cool & lam

ALGUNAS MUJERES NO ESPERAN

A. A. FAIR

Mira Woodford era una hermosa chica que creía que las mejores cosas de la vida eran costosas. Vendió sus encantos juveniles por la recompensa de ser la esposa de un hombre viejo, y su inversión valió la pena en millones cuando de pronto se convirtió en su viuda. Cuando Bertha Cool envió Donald Lam para averiguar si los besos de Mira se habían convertido en veneno para el difunto esposo de la pobre niña rica, una mirada a Mira hizo que Donald estuviera más ansioso por comprobar por sí mismo qué tan mortal era su abrazo en realidad. Pero a pesar de Mira era encantadora y dispuesta, su pasado era feo y amenazador —y cuando la pasión y el chantaje van de la mano, el asesinato no podía estar muy lejos.

epublibre

A. A. Fair

Algunas mujeres no esperan

Cool & Lam-14

ePub r1.0
fenikz 15.02.15

Título original: *Some Women wait won't*
A. A. Fair, 1953
Traducción: María Teresa Domínguez de Garza
Ilustraciones: Alvaro
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

capítulo primero

LLEGUÉ con media hora de retraso a mi despacho. En esa ocasión cualquiera hubiera creído que yo acababa de estafar cien mil dólares.

El mozo del ascensor me dijo:

—Bertha Cool ha estado preguntando por usted, señor Lam.

—Gracias —le contesté.

—Y creo que es un asunto importante.

—Gracias —repetí.

Seguimos subiendo el resto del camino en silencio. Abrió la puerta. Salí al pasillo y me dirigí a la puerta sobre la cual estaba escrito sobre el cristal esmerilado:

COOL Y
LAM
,
INVESTIGADORES
.

Abrí la puerta y la empleada de la recepción que estaba frenéticamente enchufando comunicaciones en la centralilla telefónica me dijo:

—¡Oh, al fin llegó usted! Bertha Cool quiere hablar con usted inmediatamente.

—¿Ella sola? —pregunté.

—No. Está con ella el señor Bicknell.

—¿Quién es Bicknell?

—Una persona nueva.

—Llame por teléfono a Bertha y dígale que estoy aquí y que llegaré a su despacho dentro de unos instantes.

Penetré en mi despacho y Elsie Brand mi secretaria me dijo:

—¡Cielos, Donald! Bertha está teniendo gatitos por todo este lugar. ¿No la has visto?

—Todavía no.

Elsie estaba temblando de excitación.

—¿Y sabes por qué llamó?

—¿Por qué?

—Porque te marchas a Honolulú.

—¡Magnífico!

—¿No te sientes entusiasmado?

—Tendré que esperar que me lo confirmen —le contesté.

—No, sales mañana. A bordo del *Lurline*.

—No se embarca uno en el *Lurline* pidiendo pasaje para él con sólo veinticuatro horas de anticipación —comenté yo.

Mi secretaria miró su reloj y dijo:

—Tendrás algo más de veinticuatro horas.

—¿Pero qué cosa es todo esto?

—No lo sé —respondió ella—. Te estoy dando los pocos detalles de que estoy enterada. Bertha se ha destrozado las manos al tratar de encontrarte y haciendo llamadas telefónicas constantes a la Compañía de Navegación Matson. Tuvo al empleado del archivo corriendo de un lado para otro con documentos sobre un viejo caso, y ese individuo llamado Bicknell le estuvo pidiendo que fuese a Honolulú. Ella le contestó que no había nada de eso y que quien iba eras tú y…

El pestillo de la puerta de mi despacho privado giró como si alguien estuviese tratando de arrancarlo. La puerta se abrió violentamente. Y en el umbral apareció Bertha Cool, una mujer de ochenta y dos kilos, ojos ambiciosos y ansiosa de dinero.

—¿Dónde demonios has estado?

—Fuera —le contesté.

—Bueno, eso ya lo sabía. He estado revolviendo cielos y tierra durante media hora para encontrarte. Tenemos aquí a un cliente que es una mina de oro y no podemos encontrarte. Y ese hombre quiere que se haga inmediatamente todo lo que él desea, y lo quiere ahora mismo.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Quiere que vayas a Honolulú.

—Pues déjalo que me lo diga personalmente él mismo.

—Ya ha hablado conmigo.

—Entonces él quiere que seas tú quien vaya a Honolulú.

—Lo que él quiere y lo que consiga son dos cosas diferentes.

—Muy bien; entonces vamos a hablar con él —dije.

—Espera un momento —manifestó Bertha, cerrando la puerta y echando una ojeada a Elsie Brand, como si le molestase la presencia de ésta—. Déjame que te diga algo sobre este sujeto.

—Dime, pues.

—Ése es un tipejo frágil —dijo Bertha—. Cuando le estreches la mano hazlo con tanta delicadeza como si fuera de mantequilla. Si aprietas lo más mínimo, le causarás terribles dolores en la artritis que sufre, pero a pesar de eso no dejes traslucir en absoluto que lo consideras nada menos que un gigante.

—¿Y de qué se trata? —pregunté.

—Ya tendremos tiempo para hablar de eso cuando lleguemos allí —respondió ella—. Sólo te estoy haciendo unas advertencias previas. No me gusta nunca dejar un negocio en perspectiva a solas. Los clientes son una clase de peces un tanto raros. Y es preciso dominar la situación. Deja solo a un cliente demasiado tiempo y entonces se le ocurrirán ideas extrañas. Lo único que yo quería era ilustrarte sobre la forma de entablar las relaciones iniciales con él. Me vuelvo para allá. Dame diez segundos de tiempo para que yo llegue y luego vienes allí. Haz mucho aparato diciendo que has tenido un trabajo terrible en un juicio. No quiero que él vaya a creer que en estas oficinas se pasa la gente la vida haraganeando.

—¿Y a qué se debe que ese hombre acudiese a nosotros? —pregunté.

—Él ya sabía de nosotros desde hace tiempo.

—¿Y sabía que eras una mujer?

—¡Claro que lo sabía!

—Bueno, pues eso también será una ayuda —respondí.

Bertha Cool figuraba inscrita en la puerta como B. Cool, y siendo el socio de más edad, esto nos producía situaciones embarazosas algunas veces. Porque había clientes que manifestaban su deseo de hablar con el jefe de la organización, y cuando descubrían que la B. se refería a Bertha, algunas veces resultaba difícil tranquilizarlos… y no es que Bertha no fuese capaz de hacerlo, pero de cuando en

cuando esto llevaba su tiempo. Bertha era dura como un rollo de alambre de púas y cuando al fin acababa con un cliente, quedaba fuera de cuestión que ella fuese blanda por ser mujer. Así, a veces llevaba algún tiempo fijar esta idea.

—En realidad —dijo Bertha—, lo que el señor Bicknell *quiere* es una mujer. Él entiende que éste es un caso que requiere el toque femenino.

Sabiendo yo lo que el toque femenino de Bertha significaba —un torbellino de rudeza—, no pude menos de sonreír entre dientes.

—¿Y quién es Bicknell?

—Bicknell tiene plantaciones de naranjas, minas de oro y pozos de petróleo.

—Pues si él quiere que alguien vaya a Honolulú, así de repente, tendrá que ser por avión —dije yo—. Tú no podrás conseguir irte al puerto y embarcarte en el *Lurline* como si tal cosa y…

—No seas ingenuo —interrumpió Bertha—. Él tiene pasajes reservados para media docena de personas. Él mismo embarcará en ese navío y…

—¿Quiere que tú vayas también y realices ese trabajo? —dije yo al ver que ella titubeaba.

—Bueno, pues, sí.

—Entonces, ¿por qué no vas?

—Porque no me gusta viajar. Porque no me gusta subir escaleras. ¡Dios santo, mira mis pies!

Se levantó la falda y echó adelante una pierna que, si bien tenía forma, no dejaba por ello de haber sido más propia de un jugador de futbol que de una dama. Y esa pierna descendía hasta un ancho tobillo y un pie provisto de un empeine elevado y líneas precisas, al cual no se le hubiera podido exigir que sostuviese encima más de cuarenta y cinco kilos.

—Y aquí me tienes —continuó Bertha— con unos pies que corresponden más bien a un antílope y a un fauno, pero que son como el diferencial de un camión.

Como Elsie y yo sabíamos muy bien que ella se sentía extraordinariamente orgullosa de sus pies, dirigimos nuestras miradas a los zapatos de alto precio y suave hechura que calzaba.

Asentí con un movimiento de cabeza y dije:

—Pero en el barco hasta hay ascensores.

—Sí, hay ascensores en el barco —contestó—, pero van llenos de gente. Hay colinas y montañas por todas partes en Honolulú. Ya he visto fotografías de ellas. Esa maldita isla es toda cuesta arriba. Y hace un calor infernal allí. Si yo voy a Honolulú y me entrego a una misión, no haré más que sudar y sudar. Y lo que es más, tú podrás soportar a ese individuo, pero yo no. Odio las enfermedades y odio otro tanto a las personas enfermas.

—¿Qué le ocurre a Bicknell?

—Está impregnado de pies a cabeza de artritismo. Si yo fuese en un barco con él y tuviese que escuchar los estallidos de sus articulaciones, acabaría arrojándolo por la borda al mar. Pero ahora no dejes traslucir que yo te he contado nada sobre él. Dame diez segundos de tiempo y en seguida preséntate allí y haz mucho teatro diciendo que has tenido un trabajo terrible en un juicio.

Bertha se volvió, abrió la puerta de par en par, salió la cerró de un golpe y se fue a su propio despacho.

—¡Cielo santo, Donald! —dijo Elsie—. Sería maravilloso si esto resultase ser un asunto importante y yo tuviera que tomar un avión para allá a fin de realizar trabajos de investigación secreta o algo por el estilo. Piénsalo. Honolulú, con su Diamond Head, su playa de Waikiki, los collares de flores…

—Y el pescado crudo —interrumpí yo.

Ella arrugó la nariz.

—Dicen que el pescado crudo es delicioso.

—Bueno —contesté—, no te hagas demasiadas ilusiones. Si necesitamos de alguien para que realice algún trabajo secreto en la isla, Bertha lo contratará allí mismo por horas o por días. La simple idea de enviar desde aquí a una secretaria hasta allá le produciría a Bertha un ataque al corazón.

—Ya lo sé —replicó Elsie—. Pero yo bien puedo hacerme castillos en el aire, ¿no es verdad?

—Claro que sí —le dije. Me ajusté la corbata y me dirigí al despacho en cuya puerta le leía:

B.
COOL
-
PRIVADO

.

La sonrisa de Bertha era de una dulzura acaramelada.

—Te presento al señor Bicknell, Donald —dijo ella; luego dirigió su mirada hacia Bicknell y añadió—: Le presento a mi socio Donald Lam.

Me apresuré a acercarme a él diciendo:

—No, no se levante usted, por favor —y le tendí mi mano.

Él me tendió las puntas de sus dedos y retiró su mano antes de que yo llegase a tocar aquéllos.

—Tenga usted cuidado —me dijo—. Mi mano está un poco dolorida… Es un poquito de reumatismo.

—¡Oh, lo siento! —le dije.

Consulté mi reloj y añadí:

—Bueno, al fin hemos conseguido acabar con ese caso, Bertha. Me refiero a aquel que te tenía tan preocupada anoche.

—¡Oh! ¿Entonces es por eso que tardaste tanto en venir, Donald?

Acerqué una silla y me senté.

—El señor Bicknell —dijo Bertha— tiene un problema del cual quiere que nosotros nos hagamos cargo.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Él te lo dirá —replicó ella y luego añadió—: Tendrás que ir a Honolulú.

—¿Cómo es eso?

—Porque es allí donde radica el caso. Tendrás que embarcarte mañana en el *Lurline*.

—Llama —dije— a las oficinas de la Compañía Maison, y te dirán que los pasajes para el *Lurline* están ya vendidos para…

—Tú embarcarás mañana —me interrumpió con firmeza Bertha —. El señor Bicknell lo tiene ya todo resuelto y ahora mismo te entregarán los pasajes.

Me volví hacia Bicknell y lo miré con el mayor asombro. Tenía unos cuarenta y cinco años de edad, pero un golpe de viento un poco fuerte se lo hubiera llevado. Sus cejas eran espesas y sus ojos grises y penetrantes, los pómulos salientes y su cabello negro y ralo. Su piel tenía un matiz de cera lo cual daba la impresión de ser hombre de poca salud. Vestía un traje bien cortado que debió

costarle cuando menos doscientos cincuenta dólares y calzaba unos zapatos brillantes como un espejo de fantasía; su corbata de veinticinco dólares, estaba pintada a mano y la camisa de puños franceses tenía unos gemelos de esmeralda engarzados en oro. Sus manos huesudas agarraban un bastón fuerte con empuñadura redonda. Trataba por todos los medios, de aparentar ser un hombre de empresa, pero su rostro estaba cubierto de ansiedad, como si se sintiera temeroso de alguna cosa… Quizá fuese por el temor de que rechazásemos su solicitud de nuestros servicios o quizá de que alguno de nosotros le hiciese preguntas inconvenientes.

—¿Y cuánto tiempo hace que reservó usted los pasajes para el *Lurline*? —le pregunté.

—Hace algún tiempo.

—Entonces ya sabía usted por anticipado que ese asunto iba a presentarse.

—No.

—¿Acaso, pues, proyectaba usted llevar a alguna otra persona?

—Por el amor de Dios, Donald —dijo Bertha—, deja que el señor Bicknell te lo explique todo por sí mismo. No lo interrogues. Vas a complicar las cosas.

—No, lo que yo estaba tratando de hacer era de aclararlas.

—Bueno lo que estás haciendo es poner el caballo delante del carro, o poniendo el caballo entre las varas con la cabeza para atrás en la dirección contraria.

Sonreí entre dientes y pregunté:

—¿Y quién es aquí el caballo?

Los ojos de Bertha resplandecieron de furor contenido.

—Lo eres tú —dijo ella, y, de pronto, se convirtió toda en sonrisas, mirando a Bicknell y diciendo—: A Donald le gusta bromear. No le haga caso. Es uno de los hombres más inteligentes que puedan encontrarse y dará una respuesta a su problema.

—Así lo espero —dijo Bicknell—. Pero me agradaría muchísimo más si fuese usted con nosotros, señora Cool. Y no es que yo menosprecie a usted en absoluto, señor Lam —me aseguró.

Bertha se apresuró a decir:

—Bueno ya hablaremos de eso más tarde, pero no podemos ausentarnos los dos de aquí y se da el caso de que Donald está en circunstancias de poder ausentarse inmediatamente y yo no. Y

ahora, señor Bicknell, si usted quisiera entrar en detalles, una vez más… Limítese a los puntos importantes. Yo ya he tomado algunas notas y puedo informar a Donald sobre los pormenores, pero quiero que él oiga de labios de usted la parte importante del asunto. Quiero que él se entere así directamente.

Bicknell dobló sus manos huesudas y nudosas sobre el puño del bastón, inclinóse hacia adelante de forma que sus hombros flacuchos se irguiesen al cargar el peso de su cuerpo sobre el bastón y dijo:

—En realidad, no hay detalles de ninguna clase. Tendrán que descubrirlos ustedes.

—Bueno, usted quiere que se proteja a una mujer —dijo Bertha —. Según usted, se trata de un chantaje.

—Exactamente —manifestó Bicknell—. Yo quiero que se proteja a Mira…, pero al propio tiempo no quiero que ella sepa que está siendo protegida. Es por eso que deseaba que el trabajo lo realizara una mujer. Hubiera preferido muchísimo más a una mujer, señora Cool.

—Ya comprendo —le contestó Bertha—. Al fin y al cabo, lo que usted realmente quiere son resultados, ¿no es así?

—En efecto, así es.

—Y Donald es un diablillo con un gran cerebro que conseguirá esos resultados para usted. Donald es joven, está saturado de energía y…

—Y eso puede resultar no ser una ventaja —interrumpió Bicknell, irritado.

—¿Y por qué no? —preguntó Bertha.

—Porque Mira es… Bueno, no quiero que la situación se complique.

—¿Quiere usted decir que Mira es susceptible…? —preguntó Bertha, revelando en su voz una súbita comprobación de un nuevo aspecto del asunto.

—Bueno… Mira es una mujer que nunca puede predecirse lo que hará. Definámoslo de esta manera.

—¡Oh, usted no tiene por qué preocuparse respecto a Donald! —aseguró Bertha con excesiva vehemencia—. Donald se entrega en cuerpo y alma al asunto desde el punto y hora que emprende el trabajo.

Bicknell me miró con aire de duda. Y lo mismo hizo Bertha.

—Quizá yo pueda ir allá un poco más adelante —aseguró Bertha; luego con sus ojillos ambiciosos contempló calculadoramente a Bicknell y añadió—: Eso si el trabajo resulta ser de suficiente importancia.

—El trabajo es de importancia suficiente —respondió Bicknell—. Es lo suficientemente importante para exigir el mayor esfuerzo. Queda entendido desde ahora que yo no soy una persona fácil de complacer, señora Cool. Ni tampoco soy ningún tonto. Sin embargo, estoy dispuesto a pagar por los servicios que se me presten.

—Bueno, pues nosotros somos las personas que le daremos un servicio en consecuencia con lo que usted pague en dinero —dijo, Bertha con el rostro resplandeciente—. Y ahora díganos algo más sobre Mira.

—Mira —dijo Bicknell— me ha telegrafiado que se encuentra en una difícil situación. Necesita dinero. Y eso es todo lo que sé.

—Entonces, ¿esa Mira es Miriam Woodford? —se apresuró a decir Bertha, mirándome.

—Exactamente.

Bertha examinó sus notas y después dijo:

—Y se casó con el socio de usted, Ezra P. Woodford, y éste falleció y le dejó en herencia un montón de dinero.

—Eso es exacto, en esencia. Ezra era fabulosamente rico. Y no tenía más pariente vivo que Mira.

—¿Y cuánto tiempo hace que murió él? —pregunté yo.

—Tres meses.

—¿Y cuánto tiempo hace que él se había casado con ella?

—Nueve meses.

Bertha dijo:

—Ezra Woodford tenía sesenta y nueve años, ¿no es así señor Bicknell?

—Así es; en efecto. Tenía sesenta y nueve cuando murió. Y tenía sesenta y ocho cuando se casó.

—¿Y Mira? —pregunté yo—. ¿Qué edad tiene ella?

—Veintisiete años.

Guardé silencio.

—Muy bien —dijo Bicknell, lanzándome una mirada—. Fue un matrimonio de conveniencia, pero Ezra quería a Mira. Ésta no se

arrojó sobre él. Es una buena muchacha. Y Ezra no tenía a ninguna otra persona a quien legarle su dinero, excepto Mira o yo. Él quería a Mira. Le gustaba estar cerca de ella. Tan pronto como usted la vea, comprenderá exactamente lo que quiero decir. Ella irradia vida, juventud, risa y actividad. De alguna manera ella logra hacer que usted comprenda que hay más en la vida que la ordinaria rutina de vivir. Le hace reír a uno. Hace que uno se sienta bien. Ella es como un soplo de aire fresco o como una copa de vino generoso. Ella…

—Sí, sí —le interrumpió Bertha—. Es una muchacha estupenda. Y ahora, Donald, debo decirle que el señor Bicknell era socio de Ezra Woodford. Había un acuerdo entre ellos de que si uno fallecía soltero, todos lo intereses de la sociedad pasaban al socio sobreviviente. Y si alguno de los socios dejaba viuda, entonces ésta recibía la mitad de tales intereses. Pues bien. Ezra Woodford se casó y, de acuerdo y conformidad con el convenio de la sociedad, inmediatamente cambió su testamento. Conforme a este nuevo testamento, Ezra dejó su fortuna dividida en dos partes. Una parte de ella pasó automáticamente al señor Bicknell y la otra parte pasó a Mira en usufructo.

—¿Y es usted el albacea? —le pregunté a Bicknell.

—Efectivamente, lo soy. Soy un albacea con poderes discrecionales. Invierto el dinero y entrego los intereses. Además de esto, tengo el derecho de hacer entrega del capital básico en las cantidades que a mí me parezca. Esto, sin embargo, es solamente para un caso de extrema urgencia.

—¿Y cuánto tiempo va a durar esa situación?

—Cinco años más.

—¿Y después qué ocurrirá?

—Entonces Mira recibirá el capital básico, a condición de que durante ese tiempo no se vea envuelta en ningún escándalo que, en opinión mía, pudiese manchar el nombre de su fallecido esposo.

—Y en el caso de que eso ocurriese, ¿qué se hará del capital básico?

—Eso no ocurrirá.

—Pero supongamos que ocurre.

—Entonces el dinero pasaría a varias instituciones de beneficencia.

—Ese depósito puede ser objeto de un pleito, ¿en qué Estado fue hecho ese testamento?

—En Colorado.

—¿Ha examinado usted el documento?

—Los abogados creen que el testamento está bien redactado.

—Traduciendo todo esto en términos crematísticos, resulta que el casamiento de su socio le cuesta a usted un montón de dinero.

—Así es.

—Y, sabiéndolo, ¿no se opuso usted al matrimonio?

—Al principio interpreté mal los propósitos de Mira.

—¿Y no opuso entonces al matrimonio?

—No en la forma que usted lo entiende. Ezra era lo suficiente mayorcito para tomar sus propias decisiones.

—Que le cuestan a usted la mitad de una fortuna.

—Tengo mucho dinero —dijo, riendo—. No creo posible que llegue a gastar todo el dinero que he amontonado. Sin embargo, al principio creí que Ezra hacía del tonto.

—¿Y después?

—Después comprendí que había hecho una cosa maravillosa. Había alcanzado la felicidad.

—Vayamos ahora a los hechos concretos —interrumpió Bertha —. Mira le ha cablegrafiado a usted comunicándole que se encuentra en un conflicto; que necesita una importante cantidad de dinero, además de los ingresos que recibe; y que la cosa es urgente.

—Eso es —contestó Bicknell.

—¿Y cuánto dinero pide? —pregunté yo.

—Diez mil dólares —contestó Bicknell.

—El señor Bicknell —terció Bertha— cree que se trata de un chantaje. Piensa que alguien está tratando de exprimir a Mira como un limón.

Miré a Bicknell.

Él me sostuvo la mirada, asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—A fin de cuentas, la fortuna es muy grande. La cantidad de dinero representada por este asunto no es extraordinariamente importante. Se trata más bien de una cuestión de principio. Porque una vez que se paga a un chantajista, se tiene que continuar pagándole siempre. Por ello quiero proteger a Mira enteramente. Y

no puede ser protegida pagando dinero a un extorsionista.

—¿Y quién es el que intenta sacarle dinero?

—Lo ignoro. No estoy absolutamente cierto de quién pueda ser.

—Seamos francos —dije—, en relación con esto, Bicknell. Miriam Woodford es, evidentemente, puro fuego.

—Sí, lo es.

—Tiene veintisiete años.

—Así es.

—Y se casó hace poco más de nueve meses.

Él asintió con la cabeza.

—Su marido ha muerto y ella es ahora rica. Así pues, ¿quién puede intentar un chantaje respecto a todo eso? Es bastante claro que cualquier indiscreción que ella pueda haber cometido no le va a causar gran perjuicio ni molestia… ni tampoco nada que valga diez mil dólares.

—Bueno; desde luego, Mira es una excelente muchacha. Está en una magnífica situación y, claro está, si el escándalo que se produjese quedase comprendido en los términos de la herencia, usted ya comprende mi situación, señor Lam…

—¿Dónde vivía Ezra Woodford?

—En Denver.

—¿Y Mira era una muchacha también de Denver?

—No, es de Nueva York.

—¿Y cuánto tiempo hacía que ella conocía a Ezra antes de que se casasen?

—Tres o cuatro meses.

—¿Cómo la conoció Ezra?

—La conoció en un viaje de placer por mar.

—¿Y usted cuánto tiempo hacía que la conocía?

—Yo la conocí después de Ezra.

—¿Está usted encariñado con ella?

—Es una joven muy encantadora.

—¿Qué objeto tuvo redactar el testamento de forma que ella tuviese que evitar dar cualquier escándalo durante un período de cinco años o de lo contrario perdería todo ese dinero? Porque ese testamento parece una invitación para los chantajistas.

—Nunca traté esta cuestión con Ezra. Sin embargo, supongo que él sabía que Mira era una mujer impetuosa, y entonces Ezra procuró

proteger el nombre que él le había dado al casarse con ella.

—En resumen, ¿qué es lo que usted quiere exactamente? —le pregunté.

—Quiero rodear a Mira de una muralla de seguridad. Tengo la impresión de que ha ocurrido algo y de que ella se encuentra en peligro. Lo que quiero, pues, es protegerla.

—Eso va a resultar bastante difícil sin que llegue a traslucir lo que nosotros estamos tratando de averiguar para…

—Eso es exactamente lo que yo no quiero que ella sepa. Mi impresión es que ella debe ignorarlo todo, incluso que yo comunique sus problemas a alguien, pues de lo contrario se indignaría.

—¿Qué es lo que usted desea que hagamos?

Bicknell replicó:

—Por eso precisamente yo preferiría que de esta misión se encargase una mujer. Vine aquí porque sabía que la señora Cool era una persona muy competente, muy decidida, mujer de grandes recursos y recia en extremo. Pensé que ella podría encontrarse con Mira, como por casualidad, cultivar después su amistad, averiguar el peligro en que se encuentra y hacerle frente.

—¿Supone usted entonces que ella ha sido víctima de chantaje?

—Ya lo creo que lo está siendo.

—Entonces, ¿qué clase de protección quiere para ella? ¿Acaso desea usted que sea detenido el chantajista?

—¡Cielos santos, no! Yo sólo quiero que él… Bueno, lo que quiero es que sea eliminado, que desaparezca del cuadro.

—¿Y en qué forma?

—La forma no me importa, señor Lam.

—¿Y por qué no habré de ir allá en avión? —pregunté—. Si la señora Woodford se encuentra en peligro, me parece una gran pérdida de tiempo…

Bicknell me interrumpió:

—Quiero que usted vaya allá y haga el viaje por barco, porque así tendrá ocasión de entrar en contacto con una persona a bordo.

—¿Y quién es?

—Norma Radcliff. Es una amiga de Mira. Marcha mañana en ese barco para reunirse con Mira. Pensé que así habría ocasión a bordo para entablar relación con Norma y, por intermedio de ella, se

podría después establecer contacto con Mira.

—Ya comprendo. ¿Y qué sabe usted respecto a Norma?

—Muy poco.

—¿La conoce usted personalmente?

—No. Nunca me la han presentado.

—¿Norma es también de Denver?

—No, es una muchacha de Nueva York. Es amiga de Mira desde hace años.

—Y, entre tanto, ¿qué ha contestado usted a Mira? Ella le telegrafió pidiéndole dinero.

—Le contesté comunicándole que llegaría a bordo del *Lurline*.

—¡Ah! Entonces, ¿embarca usted también mañana?

—Sí.

—¿Así, pues, ella ya sabe que usted va?

—Sí, ya lo sabe a estas horas.

—Bueno —intervino Bertha—, me parece que eso es todo, Donald.

Bicknell dijo:

—Estoy dispuesto a pagar una importante cantidad, añadida a la remuneración por los servicios prestados que se ha convenido, en el caso de que quien vaya allá sea usted misma, señora Cool.

—Me sería imposible —replicó Bertha—. No puedo andar corriendo de un lado para otro; no puedo hacer el trabajo de caminar de un sitio para otro.

Bicknell insistió:

—Pues yo preferiría muchísimo más que fuese una mujer…

Bertha consultó su reloj de pulsera y luego lanzó una mirada a los montones de papeles que había sobre su mesa.

—Y, claro está —dijo Bicknell—, no voy a ser ningún tacaño en cuanto a los gastos, señora Cool. Bien sé que cuesta mucho dinero viajar hasta aquellas islas…

Bertha me dirigió una mirada.

—¿Y por qué no? —le dije socarronamente.

Bertha me devolvió la mirada y me dijo de mal humor:

—Pues porque odio los barcos; odio viajar; odio tener que subir pendientes; odio todos esos paraísos tropicales tan cacareados que existen en el Pacífico; odio el cotorreo de los turistas; no me gusta la música hawaiana; no me gusta abandonar mi despacho. Yo

quiero estar allí donde pueda mantener un ojo abierto sobre la marcha de las cosas…

Bicknell deslizó una mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una libreta de cheques, la abrió y quedóse esperando.

Bertha cesó de hablar apenas apareció la libreta de cheques. Sus ojillos codiciosos estaban clavados en ella.

Reinó el silencio durante varios segundos.

—Muy bien —dijo Bertha, malhumorada—. Me marcho entonces a Honolulú. Dale tu pluma, Donald.

Sonreí entre dientes a Bicknell y dije:

—Si Bertha va, usted ya no me necesita a mí.

—Efectivamente, así es.

Bertha rezongó:

—¿Pero qué demonios es eso? Yo lo necesito a él también. Yo no puedo desenvolverme allí en la forma que él puede. Yo…

—¡Oh, sí, usted puede! —replicó Bicknell con su voz opaca, seca e impasible—. Usted puede realizar todo cuanto sea preciso realizar, señora Cool. Me sentiré mucho más satisfecho si usted se encarga de esto. En resumen, el acuerdo es que usted se encargará de esto personalmente; de lo contrario, quedará todo sin efecto.

Hubo un largo rato de silencio.

Tendí a Bicknell mi pluma y le dije:

—Está bien. Ella será quien vaya.

capítulo dos

BRICKNELL salió del despacho con su típica arrogancia. Su rostro grisáceo estaba contraído por una sonrisa de triunfo.

Lo acompañé hasta el ascensor y luego regresé al despacho para hablar con Bertha.

Mi asociada ya había pedido una llamada telefónica de larga distancia con el Banco de Denver, contra el cual estaba expedido el cheque. Estaba ya hablando cuando entré.

—Habla Bertha Cool, de la sociedad de abogados «Cool & Lam». Tenemos aquí un cheque por tres mil dólares; pagaderos a nuestra sociedad, firmado por Stephenson D. Bicknell. ¿Es bueno este cheque…? ¿Está usted seguro…? Entonces voy a depositarlo en mi Banco hoy mismo, para que sea hecho efectivo… ¿Está usted seguro de que es bueno…? Se lo digo porque vamos a tener que hacer algunos gastos… Muy bien, muchas gracias.

Dicho esto, Bertha colgó el auricular dando un fuerte golpe y me dijo:

—El tipo que me hablaba desde Denver ni siquiera se molestó en ir a ver el fichero de las cuentas. Se limitó a decirme que el cheque era tan bueno como si fuese oro puro.

—Ya que estás entregada a esto —dije—, telegrafía a nuestro corresponsal en Denver. Dile que deseamos averiguar todo cuanto sea posible y con la mayor rapidez respecto a Miriam Woodford, Ezra P. Woodford y Stephenson D. Bicknell.

—A nuestro cliente pudiera no agradarle esto —replicó ella.

—Muy bien, ve a ciegas en ese asunto, si así lo quieres. Pero yo tengo el presentimiento de que lo lamentarás —le dije.

—¿Por qué?

—Él nos ha dicho con insistencia que éste es un asunto urgente. Pero a pesar de tanta urgencia, quiere que vayas por barco. Insiste

machaconamente en que vayas embarcada. Sin embargo, podrías tomar un avión y llegar allí mañana mismo.

—Ya ha explicado el motivo. Quiere que preparemos las cosas por mediación de esa Norma Radcliff.

—Claro está —dije yo—. Ésa es una excelente forma de entablar relaciones con ella, pero al propio tiempo significa un retraso de cinco días. ¿Por qué razón el propósito de entablar una amistad valdría semejante pérdida de tiempo y también por qué no deja que vayas por barco y yo vaya por avión?

Bertha parpadeó, mirándome, y dijo:

—Entonces, ¿qué es lo que crees?

—Creo que el «conflicto» de Mira es mucho más serio que lo que la labor rutinaria de Bicknell pretende hacernos creer.

—¿Por qué?

—Él te envía a ti a las islas Hawai en un barco de lujo. Y no hace eso sencillamente porque crea que necesitas tomar unos bañitos de sol y respirar la brisa en la playa de Waikiki.

—¿Baños de sol? —resopló Bertha—. ¡Un millón de cuernos! Ten en cuenta que yo parezco un saco de cuando me pongo en traje de baño y se me llena de manchas el cutis inmediatamente que me toca el sol. Odio Hawai. ¿Por qué demonios se me ocurrió acceder a ir allá?

—Por el dinero —contesté.

Bertha miró al cheque.

—Tú lo has dicho, Donald.

—Muy bien. Ahora telegrafía a nuestro corresponsal en Denver.

Bertha se mostró reacia, pero al fin envió el telegrama.

A las cuatro y media de esa misma tarde ya habíamos recibido la siguiente respuesta:

MIRIAM
WOODFORD
CASÓSE CON
EZRA
P.
WOODFORD
HACE NUEVE MESES
PUNTO
SEIS

MESES DESPUÉS
EZRA
MURIÓ
DEJANDO GRAN FORTUNA MITAD A
STEPHENSON
BICKNELL
MITAD A LA VIUDA
PUNTO
MIRIAM
WOODFORD
ENCUÉNTRASE
HONOLULÚ
PUNTO
DETECTIVE
EDGAR
B.
LARSON
DE
BRIGADA
HOMICIDOS
DENVER
EMBARCA MAÑANA PARA
HONOLULÚ
A BORDO *LURLINE*
APARENTEMENTE
DE VACACIONES
PUNTO
BICKNELL
SALIÓ DE
DENVER
HACE DIEZ DÍAS DESCONOCIÉNDOSE SUS ACTIVIDADES
PUNTO
SUGIÉROLE
PROCEDER EXTREMO CUIDADO
PUNTO
VIUDA
PUEDE SER BUSCADORA DE ORO INCAPAZ ESPERAR QUE NATURALEZA SIGA SU CURSO
PUNTO
POLICÍA
INVESTIGANDO DISCRETAMENTE.

—Bueno, esto ya me parece más en forma —dije a Bertha—. Por lo que yo he llegado a deducir sobre la persona de Mira, cualquiera podría desenterrar algún episodio de su frívolo pasado sin que a ella se le moviera un pelo. Pero un asesinato ya es cosa diferente.

—Me dejas sorprendida —dijo Bertha, como hablando consigo misma y luego añadió—: Pero la viuda recibió solamente la mitad de la fortuna. Bicknell es también heredero.

—No te vayas por la borda pensando de esa manera —le contesté—. Bicknell era un socio del difunto con la mitad de los intereses. Es un hombre rico. Además, si él hubiera planeado librarse de su socio, lo hubiera hecho antes de que aquél se hubiera casado, no después.

—¿Por qué? —preguntó Bertha, y luego, antes de que yo le contestase, añadió apresuradamente—: ¡Ah, sí, ya lo comprendo! Eso hubiera hecho una diferencia de un cincuenta por ciento.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Pues a él parece que le gusta Miriam —dijo Bertha.

—Sí, ahora le gusta.

—¿Y a dónde vas por ese camino?

—Pues a que cuando Miriam se casó con Ezra Woodford, Bicknell debía odiarla. En cambio, ahora anda cantando por todas partes alabanzas sobre ella. Quizá después que Mira comprobó que él iba a ser el custodio de su dinero durante cinco años, se decidió a atraérselo y cultivar su amistad. Y si ella logró realizar ese cambio en él en un período de tiempo tan corto, es que debe ser una mujer extraordinariamente hábil. Quizá el telegrama de ella comunicándole que se halla en un conflicto no tiene en realidad otro objeto sino hacer que Bicknell regrese inmediatamente a Honolulú, donde estará bajo la influencia directa de ella, sin que toda la sociedad de Denver esté pendiente observando los acontecimientos.

Bertha me miró con ojos de búho.

—Y Bicknell —proseguí—, está portando la antorcha para Miriam Woodford. Quiere que ella sea protegida, pero al propio tiempo quiere, por encima de todo, asegurarse de que sea una mujer la que le proporcione esa protección. No le agradó en absoluto la idea de que interviniese en el asunto un hombre. ¿Pero quiere él *realmente* protegerla o, por el contrario, lo que desea es conseguir

pruebas que lo capacitarían para declarar que la viuda perdió sus intereses en la herencia?

—Haz puré conmigo, como si fuera una patata y rocíame de perejil —exclamó Bertha—. Todo esto bien pudiera acabar convirtiéndose en un lío infernal.

Y entonces le pregunté:

—¿Acaso quieres devolverle el dinero?

—¿Devolverle qué? —chilló Bertha.

—Devolverle el dinero —repetí yo.

—¿Crees que estoy loca? —vociferó.

—Bueno —le dije—, que tengas un feliz viaje, Bertha. Quizá se te presente a bordo ocasión de entablar amistad con el detective Edgar B. Larson. O bien puede ocurrir que sea él quien tome la iniciativa para conocerte a ti. Bien puede ocurrir que él sienta interés en averiguar para qué vas a aquellas islas.

Dicho esto, me marché. Me detuve de paso en mi propio despacho y dije a Elsie:

—Telefonea a una de esas compañías que tienen como especialidad embalar cosas en cestos cubiertos con celofán, muy ataditas con cintas y provistas de un montón de rotulitos, que dicen: «*Bon voyage*», pegados encima. Y envía un gran cesto de ésos a Bertha Cool a bordo del *Lurline*.

—¿Y quién pagará la cuenta de todo esto? —preguntó ella.

—Paga la oficina —contesté— y lo cargamos a la cuenta de gastos del caso Bicknell.

—Ella se pondrá furiosa como un toro —me advirtió Elsie.

—Ya lo sé —contesté—. Lo único que quiero hacer con esto es que esté de buen talante para encontrarse con cierto compañero de viaje.

—¿Quién es?

—Tú no lo conoces —repliqué—. Se llama Larson. Es miembro de la policía de Denver. Y en la cesta pondremos una tarjeta que diga: «Saludos del Cuerpo de Policía de Denver».

—¡Santo Dios! Bertha explotará como una botella de champaña.

—Bertha necesita algo que aparte su imaginación de los problemas de la oficina. Y esto lo conseguirá.

capítulo tres

ESTUVE muy ocupado durante toda la mañana del viernes. Telefoneé a mi despacho un poco antes del mediodía. Bertha había salido. Volví al telefonear a las doce y media, pero ella no había regresado.

Yo tenía que buscar algunos informes en los archivos del juez del condado. Pero esta tarea resultó ser mucho más complicada de lo que había previsto. Como consecuencia de ello, no acabé sino hasta un poco después de las dos de la tarde.

Telefoneé nuevamente a mi despacho.

—¿No ha llegado Bertha? —pregunté.

—No. ¿Es usted el señor Lam?

—Sí.

—Bertha dejó un mensaje para usted comunicando que tiene que hablar con ella antes de que se marche. Es absolutamente preciso.

—Sí, deseo hablar con ella —dije—; pero en la forma que parecen presentarse las cosas ahora, creo que tendré que ir al puerto y subir a verla a bordo. Que Elsie se ponga al teléfono.

La telefonista de la centralilla me comunicó con Elsie Brand.

Ella preguntó:

—Donald, ¿irás a despedir al puerto a Bertha?

—Creo que tendré que hacerlo.

—¿Puedo ir yo también? Ya sabes que los barcos me enloquecen y… mucho más uno que va a Honolulú. ¡Oh, Donald!, ¿por qué no fuiste tú?

—Pues porque nuestro cliente pensó que yo tengo inclinaciones de lobo —contesté—, y, dadas las circunstancias, Bertha resultaba ser la persona más adecuada.

—Bueno, te repito que me encantaría ir contigo a bordo. ¿No crees que habrá quizá una conferencia de última hora con Bertha y

que tú necesitarás a tu secretaria para tomar notas?

—Probablemente —le dije—. Entonces te recogeré ahí dentro de veinte minutos. Para entonces, ya habré acabado.

—El barco zarpa a las cuatro de la tarde —me advirtió ella.

—Ya lo sé —le dije—, pero llegaremos a tiempo.

—Asegúrate de ello. Bertha está verdaderamente nerviosa. Dejó recados por toda la oficina para que te pusieras al habla con ella.

—He estado tratando de ponerme al habla con ella —dije—. ¡Maldita mujer! No puedo andar gestionando asuntos y al propio tiempo seguirle la pista a ella. ¿Qué ha estado haciendo?

—¿Qué te imaginas que estuvo haciendo? —preguntó Elsie a su vez—. Pues ha andado de compras, fue a hacerse la permanente y a preparar ropa para ponerse a bordo.

—¿Bertha hizo todo eso? —exclamé, asombrado.

—Bertha lo hizo —me contestó Elsie—. Al fin y al cabo, ella es también una mujer, ¿sabes?

—Creo que me has engañado —contesté, colgando el auricular.

Veinte minutos después me detuve frente a nuestras oficinas y llamé por teléfono a Elsie. Me pareció que, dadas las circunstancias, era mejor que yo no subiese. Así, pues, hice que Elsie bajase para reunirse conmigo. Yo tenía mi coche al borde de la acera y abrí la portezuela han pronto como apareció Elsie, presurosa.

Saltó dentro del coche y me dijo:

—Donald, tendrás que correr como un gamo si quieres que lleguemos a tiempo.

—Ya lo sé —le dije—. Pero está tranquila.

Por unos milímetros conseguimos escurrirnos cruzando la esquina inmediata cuando ya estaba a punto de cambiar la señal del tránsito y continuamos a toda velocidad rumbo al muelle.

—Tengo aquí un plano que indica dónde está atracado el barco —me dijo Elsie.

—Está bien —contesté—. Sé cómo llegar allí.

Violamos algunas disposiciones en cuanto a límite de velocidad, nos arriesgamos a pasar una señal de tránsito que ordenaba parar y, de pronto, nos encontramos en el muelle donde el *Lurline* se alzaba majestuoso, lanzando columnas de humo azul hacia el cielo limpio y claro.

En ese momento se oyó sonar una sirena.

—¡Oh! Apostaría que hemos llegado tarde para que nos permitan subir como visitantes —exclamó Elsie, desconsolada.

—No, llegaremos a tiempo —dije yo.

—Pero si no hay, en varios kilómetros a la redonda, un lugar donde estacionar el coche. Tendremos…

Mientras ella hablaba, un automóvil arrancó del lugar donde estaba estacionado, que era casi exactamente en el lado opuesto de la entrada dela escalerilla para subir al barco.

Retrocedí con mi coche hasta situarlo en aquel lugar libre.

—Esto será algo como jugar a cara o cruz —dijo Elsie.

La tomé del brazo corrimos por el muelle hasta llegar a la escalerilla del barco.

Y allí estaba Bertha, de pie y con los labios apretados de indignación.

—Bueno —dijo—, ya era hora.

—Llamé a la oficina cuatro o cinco veces esta mañana —le expliqué—. Pero andabas de compras.

—¿Y por qué no? Santo Dios, no puedo pasearme por ese barco desnuda —replicó Bertha—. Ten en cuenta que no tenía nada que ponerme. ¿Te haces cargo de lo que significa tratar de arreglarlo todo así, de una manera inesperada?

—Bueno, el caso es que estás aquí —dije—. ¿Tienes pensada alguna cosa que quieras tratar conmigo antes de que el barco zarpe?

Elsie Brand abrió su bolso y sacó de él una libreta de notas.

—Elsie, usted se espera aquí —dijo Bertha—. Y tú, Donald, ven conmigo. Tengo algo que comunicarte.

—Si quiere usted que yo tome algunas notas —dijo Elsie—, puedo…

—No. Donald, ven conmigo —ordenó Bertha, imperiosa.

Bertha abrió su bolso, tendió a Elsie Brand un sobre doblado y dijo:

—Ahí van mis instrucciones para usted. Léalas con atención.

Comencé a seguir a Bertha subiendo la pasarela del barco.

Un guardia corpulento nos dijo:

—No se permiten más visitantes. El barco zarpará dentro de unos minutos y…

—Cállese —le dijo Bertha—. Somos pasajeros.

Siguió adelante por la pasarela y penetramos en un vestíbulo.

—Tienes que ir a ver a Stephenson Bicknell —me dijo Bertha.

—Ya no tengo tiempo —le contesté—; él está arriba, en el puente A, y…

—Sí que tienes tiempo —replicó Bertha—. Ven conmigo.

Bertha comenzó a golpear con el puño en el botón de llamada del ascensor.

—Ten compasión, Bertha —dije—. Es hora de zarpar y…

Milagrosamente el ascensor pareció surgir de la nada. El ascensorista nos abrió la puerta.

—Al puente A —ordenó Bertha.

Subimos, salimos del ascensor y echamos a andar hacia la puerta que conducía al puente.

—Jamás lograremos encontrarlo entre esta multitud, Bertha —dije yo, mirando mi reloj.

—Ven por aquí —dijo Bertha, sin prestarme atención.

La seguí por el puente A hasta una línea de camarotes individuales situada cerca de la parte de proa del barco.

Bertha introdujo una llave en una cerradura, abrió la puerta y dijo:

—Apresúrate, Donald. Tendremos que darnos prisa a hacer esto, porque el barco sale dentro de diez minutos.

Pasé al interior del camarote y me encontré en una estancia espaciosa y destinada para un solo pasajero.

De pronto, oí cerrarse la puerta de golpe y el ruido metálico de la llave desde el exterior.

Me arrojé contra la puerta. Estaba cerrada.

—¡Bertha! —grité con todas mis fuerzas.

Del otro lado de la puerta imperaba el silencio.

Miré en torno. Bajo la litera vi una maleta que me pareció familiar. La saqué tirando de ella. Era mi propia maleta. Y aún había otra más. Y ésta también era mía.

Abrí la puerta del armario y en su interior encontré un montón de ropas mías, cuidadosamente colocadas en los colgadores.

Me dirigí a la ventanilla del camarote y miré al exterior.

Los altavoces lanzaban por sus bocas un torrente de música. El lado de babor del barco estaba festoneado de adornos de papel de colores. La multitud abajo en el muelle miraba a lo alto, sonriendo y agitando las manos.

Acudí al teléfono. Pero al parecer estaba desconectado.

Intenté abrir la puerta de nuevo, Permanecía cerrada.

¡Al diablo con todo! Muy bien, si ellos querían bromear, por mí no había inconveniente. Me acosté sobre el sofá, puse una almohada debajo de mi cabeza y encendí un cigarrillo.

La sirena lanzó su aullido, que se extendió por todo el barco y cuyo eco pareció venir de regreso a lo largo del puente.

A la sazón yo ya sabía la respuesta a todo aquello: Me llevaban a Honolulú.

capítulo cuatro

ERAN más de las cinco y media de la tarde y el barco cabeceaba y se mecía por el canal, saliendo en dirección al mar, cuando oí el ruido de la llave en la cerradura.

Se abrió la puerta y la corpulenta Bertha apareció en el umbral, sonriéndome.

Yo estaba tendido en el sofá, que podía convertirse en cama durante la noche y con la cabeza apoyada en las almohadas.

—Hola —le dije.

—No te contengas y di lo que piensas —me replicó Bertha—. Échalo fuera del pecho.

—¿Qué quieres que eche fuera del pecho?

—Todo el asunto. Acabemos con ello de una vez.

—Yo no tengo nada en el pecho. Siéntate, Bertha. Pareces cansada.

—¡Maldita sea, Donald! —dijo ella—. No digas jamás a una mujer que parece estar cansada. A mí no me importa parecer un saco de harina reventado. Pero no me digas que parezco estar cansada.

—Jamás te he visto con mejor aspecto, Bertha —le dije entonces —. Siéntate.

Cerró con el pie la puerta, se sentó y lanzó un suspiro largo y cansado. Se sacó los zapatos y empezó a darse masaje en los pies.

Durante algunos segundos imperó el silencio, roto solamente por el ruido lento y quebrado del barco avanzando sobre el mar.

—Escucha eso —me dijo Bertha.

—Todos los barcos hacen lo mismo —le aclaré—. Ese ruido es completamente normal.

—Puede que sea normal para los barcos —replicó Bertha—, pero no lo es para los seres humanos. Ese cliente nuestro va a conseguir

que me vuelva loca. ¿Lo has oído crujir?

—No.

—Pues sus rodillas crujen.

—Pues probablemente a él eso no le agradará mucho más que a ti.

—¿No estás enfadado conmigo, Donald?

—¿Por qué había de estar enfadado contigo?

—Por haberte secuestrado.

—Espero —le contesté— que habrás resuelto las cosas de antemano para que Elsie Brand pudiese regresar a tierra. Yo tengo las llaves del coche, ¿sabes?

—No te preocupes por eso. Le envié una nota dándole instrucciones y acompañándole una llave duplicada del coche. Había pensado en todo. Y en cuanto a mí, debo decir una cosa, Donald: cuando me lanzo a un asunto hago siempre algo verdaderamente extraordinario.

Asentí con la cabeza.

—Por eso no quise hablar contigo en la oficina —dijo ella—. Temía que fueses a descubrir toda mi trama. ¡Santo Dios, qué momentos pasé! Tuve que ir a tu casa y preparar todo ese equipaje. Donald, tú dejas tu departamento todo revuelto como un infierno. Eso no es sistema. ¿Por qué guardas tus camisas de etiqueta mezcladas con otras camisas de color y con las blancas de a diario?

—Pues porque no tengo bastantes cajones para guardarlas separadas.

—Tu departamento es el peor que he visto en mi vida. Me fue imposible encontrar tus gemelos. Tendrás que comprar unos a bordo. En cambio, creo que conseguí traer todo lo demás.

—¿Y qué va a decir Bicknell a todo esto? —pregunté.

—No hay ningún inconveniente en cuanto a Bicknell —contestó ella—. Ya le había dicho que te necesitaba. Tengo un acuerdo establecido con él, según el cual yo seré la única que estaré con relación con Miriam Woodford y me encargará de las cosas allá… Y en cuanto a ti, trabajarás aquí a bordo procurando relacionarte y entablar estrecha amistad con Norma Radcliff. Tú actuarás como ayudante mío.

—Entonces, ¿para qué todo ese drama de capa y espada? —pregunté—. ¿Por qué no me dijiste sencillamente que viniese?

—Porque yo sabía perfectamente bien que no lo hubieras hecho —contestó Bertha—. Hubieras dicho que esto era cosa mía, que Bicknell no quería que te mezclases en este asunto y que no ibas a ir allá para recibir órdenes mías.

—Pues todavía continúa siendo ésa mi manera de pensar.

—Está bien, entonces —dijo Bertha, mirándome con ojos de fuego—. Salta por la borda y regresa a nado.

Me asomé a mirar por la ventanilla y calculé la distancia.

—No seas loco —dijo Bertha, sintiéndose de pronto preocupada.

—Ya verás como dentro de poco esto te costará tu amistad con Bicknell —le advertí.

—No, no será así —replicó Bertha—; ya le dije a Bicknell que cuando te entregabas a un trabajo lo hacías en cuerpo y alma, y yo voy a estar presente para comprobar y vigilar que estés dedicado por entero a ello. Si te atreves siquiera a mirar dos veces seguidas a esa muchacha, te romperé el cuello con mis propias manos.

Sonreí entre dientes.

—¿Y supón que es ella quien me corteja a mí?

Bertha se rió.

—Supón que lo hace —insistí.

—No lo hará —contestó Bertha—. Por la sencilla razón de que no te acercarás para nada a ella. Yo tendré el dominio absoluto de todos los tratos con ella, y créeme, ya te he retratado como una persona del todo indiferente a los encantos femeninos, a menos que éstos tengan intervención en tus obligaciones. Ya dije a Bicknell que cuando te hayas entregado a un trabajo te hundías de tal forma en él que ni siquiera eras capaz de ver a una muchacha, incluso en el caso de que ella se pasease desnuda a lo largo del puente de paseo.

—Caramba, esto me hace aparecer como un detective de todos los diablos.

—Ya sabes lo que quiero decir, Donald.

—No lo sé, pero probablemente Bicknell sí lo sabrá.

Bertha hundió su mano en su bolsillo, sacó de él una hoja de papel verde y dijo:

—Aquí tienes tu pasaje. —Luego sacó otro papel amarillo y añadió—: Aquí tienes la reserva de tu mesa en el comedor y… si no crees que pasé todo un infierno para conseguir que te dieran un sitio en la misma mesa de Norma Radcliff, entonces estás loco.

Incluso tuve que dar propinas a un par de camareros. Qué te parece tener que tirar así el dinero y…

—Lo habrás cargado a la cuenta de gastos, ¿no es así?

—Bueno, creo que no es necesario que me ponga a proclamar a los cuatro vientos que lo cargué en la cuenta de los gastos —contestó Bertha—. ¿Acaso eres capaz de creerme que puedo tirar el dinero así sin cargarlo en una cuenta de gastos?

—Entonces, ¿por qué estás gruñendo tanto? Bicknell pagará.

—Sí, pero se trata de una extravagancia tan extraña —dijo Bertha—. Este Bicknell es todo un tipo, Donald. Está llevando una antorcha para Miriam Woodford, pero él cree que nadie lo sabe. En el fondo, es tan ingenuo como un perrito de dos meses. Pero sólo es ingenuo en eso, en el amor. En lo demás, es un perro viejo con reumatismo.

—No es tan viejo —repliqué yo—. Lo que ocurre es que la artritis lo molesta y lo hace parecer más viejo.

—Es viejo —insistió Bertha—. Está gastado, quemado.

Luego añadió, de pronto.

—Bueno, quizá tenga aproximadamente mi edad, pero por la forma en que se arrastra por ahí… Ni siquiera se atreve a mezclarse a la multitud. Está encerrado en su camarote y parece que permanecerá allí hasta que se haya calmado toda la excitación de la partida. Hasta ese extremo siente temor de que alguien tropiece con él.

—Si sufrieras de artritismo también tendrías miedo de que alguien tropezara contigo.

Bertha se encogió de hombros.

—Eso es lo que me ocurre a mí —dijo—. Déjalos que tropiecen conmigo. Lo único que tienen que hacer es tropezar conmigo lo suficientemente fuerte y entonces rebotarán contra la baranda del barco.

—Bueno —le dije—, todo eso es cosa tuya. ¿Cuándo vas a servir los refrescos?

—Tienes el segundo turno en el comedor, Donald —contestó ella —. Bajarás al comedor «Waikiki» a las siete y media… ¡Santo Dios, cómo detesto la idea de tener que comer a bordo de un barco durante cinco días!

—¿Por qué? —pregunté—. La cocina, en los barcos de esta

compañía, está considerada como de lo mejor.

Bertha se quedó mirándome.

—Bueno, ¿qué ocurre?

—Sabes perfectamente bien que me comeré todo lo que me pongan delante.

—Para eso la sirven: para comerla.

—Sí, pero entonces engordaré.

—En ese caso, no comas.

—¿Estás chiflado? Con toda esa comida que anuncian en la minuta, y habiendo pagado por ella. No seré yo quien consienta a ninguna compañía naviera que me burle dejando yo de comer todos los platos por los cuales he pagado. En el mar se me despierta el apetito, y una vez sentada a la mesa con el apetito despierto y la voluntad de que la compañía naviera no se ahorre la comida por la cual yo he pagado, comeré como un caballo.

—Muy bien, me parece magnífico —comenté yo—. ¿A quién tienes en tu mesa, Bertha?

—Todavía no lo sé. Pero me pareció que era a ti a quien correspondía hacer el juego para entablar amistad con Norma. De esa manera, Stephenson Bicknell consintió en que vinieras. Pero no te descubras demasiado. Tómalo con calma, galán. No queremos que ella sospeche nada. Pórtate de una manera natural y toma las cosas tal como vengan. Y hasta sería probablemente mucho mejor que tú y yo fingiéramos que no tenemos nada en común. Nosotros podremos actuar como si no fuéramos más que conocidos de a bordo.

—¿Dónde tienes tu camarote? —le pregunté.

—A unos treinta pies debajo de la línea de flotación —dijo Bertha—. ¡Cielos! Supongo que Stephenson Bicknell debe de haber reservado para él todos los camarotes individuales del barco. Y eso debió costarle lo suyo. Porque los pasajes para este barco se supone que están vendidos con diez meses de anticipación. Claro está que la Compañía recibe constantemente cancelaciones de pasajes, pero también tiene una lista de personas que esperan por esas cancelaciones para tomarlas volando.

—¿Acaso sospechas que Bicknell planeó todo este éxodo a Honolulú con tanta anticipación?

—Yo no sé lo que él haya podido planear —replicó Bertha—.

Pero ahora voy a decirte algo respecto a él, Donald. Cada vez que tú le haces una pregunta lo pones endiabladamente nervioso. No le gusta que lo interroguen. Él quiere decirte a ti cosas, pero en el momento que tú inicias cualquier pregunta que pueda sonar como un interrogatorio, lo enfureces. Y ésa fue una de las cosas que tú hiciste que te indispusieron con él. Empezaste a interrogarlo.

—Yo no lo interrogué —dije—. Traté solamente de averiguar algo respecto a algunas cuestiones.

—Bueno, pues a él no le gusta eso. Hay algo respecto a Miriam que él está tratando de ocultar. Él es algo así como una gallina con un solo polluelo. Cree que su única razón de vivir es estar cerca de Miriam y protegerla. —¡Qué criatura debe de ser ella!—. Piensa en lo que significa haber sido capaz de cambiar a un viejo cangrejo tonto como Bicknell de enemigo mortal en un ángel tutelar y, además, hacer eso sólo en tres meses.

—Bicknell tendrá que irse acostumbrando a que se le interrogue. A mí no me gusta jugar a ciegas. Yo tengo planeadas unas pocas preguntas para que él las conteste.

—Vamos, Donald, no seas así. Es preciso que domines tu impaciencia. Mientras él nos pague un salario y los gastos, será nuestro cliente. Y ahora prepáralo todo y acicálate para atraer la atención de Norma. Trata de mostrarte un poquito tímido. En un barco de esta clase, no hay muchos hombres selectos. Si Norma es la clase de muchacha que yo creo, sabrá bien todo eso. Tú deberás ser una pieza de precio, y si Norma te deja vagar por ahí solo durante tanto como treinta segundos sin echarte el anzuelo, otras muchachas te echarán el arpón para capturarte. Norma seguramente sabe eso; así, pues, no empieces a andarte con juegos. Limítate a mostrarte tímido y deja que ella haga el juego.

—Pero supón que ella no lo hace —dije.

—No seas tonto. Esto es un barco, Donald. Tendrías halitosis y caspa y todas esas cosas que se leen en los anuncios de pastas de dientes y específicos para el cabello, y a pesar de eso cualquier muchacha decentemente ambiciosa te echaría el gancho exactamente igual. Y no es que a ella no le importe un bledo tu personalidad. Se trata de una realización femenina distinta: ser capaz de atrapar a un varón libre al iniciarse el viaje y exhibirse con él como con un vestido nuevo.

Bertha hizo girar el pomo de la puerta, abrió ésta de par en par, salió al pasillo y un camarero le preguntó:

—¿Es usted la señora Cool?

—Sí. ¿Por qué?

—Hay aquí un paquete para usted.

—¿Qué es?

El camarero señaló una enorme cesta repleta de frutas, bombones y todo alrededor envuelta en celofán amarillo.

—Lo llevaré abajo a su camarote, si usted prefiere —dijo el camarero.

Bertha arrancó el sobre que colgaba del asa de la cesta, lo abrió, extrajo de él una tarjeta, la contempló unos instantes y luego dijo presurosa:

—Déjela aquí por ahora. Podrá llevarla abajo más tarde.

Bertha cerró de un golpe la puerta y dijo:

—Donald, estamos en un compromiso.

—¿Qué ocurre?

Ella le tendió la tarjeta. Y en ésta se leía:

Saludos del Cuerpo de Policía de Denver.

Traté por todos los medios de impedir que mi rostro revelase cualquier reacción, pero hubo algo en mis maneras, o quizá algo en la extraña incongruencia de la situación, que iluminó a Bertha y la hizo adivinar.

—¡Donald! —me gritó—. Ésta es otra de tus estúpidas bromas. Tú…

Agarró la cesta ornamentada y comenzó a balancearla, como disponiéndose a aplastar todo aquello contra el suelo de mi camarote.

Yo exclamé, alarmado:

—Eso costó veinticuatro dólares y diecisiete centavos, incluidos los impuestos.

Al oír esto, Bertha paró de balancear la cesta, me miró y luego volvió a mirar la cesta.

—Vaya con tus costosas bromas.

—Bueno, pero el caso es que todo eso es aprovechable.

Bertha arrancó el celofán amarillo de la cesta y comenzó a sacar

de ella frutas, bombones, nueces, frascos de mermelada.

—No lo desempaquetes aquí —le dije—. Todo esto es tuyo.

Bertha continuó sacando cosas.

—Yo no comeré todo eso —dije—. Se desperdiciará.

Pero Bertha continuó vaciando la cesta.

—Todo ese dinero se perderá —insistí—. Unas frutas tan buenas que costaron tanto dinero. Unos bombones que…

Bertha lanzó un suspiro, arrojó al suelo las envolturas, volvió a colocar las frutas y dulces en la cesta y echó a andar hacia su propio camarote.

—Donald —me dijo—. Sabes perfectamente bien que no puedo cometer la insensatez de dejar que todo esto se estropee. Lo comeré.

—Regálalo —le aconsejé.

—¿A quién?

—A cualquiera que creas que tiene hambre.

—En este barco no puede haber nadie que parezca hambriento —respondió ella, y luego añadió—: Además, ¿a quién conozco yo aquí lo suficiente para regalarle veinticuatro dólares y diecisiete centavos de cosas como éstas?

—Pues a ese policía de Denver —le dije—. Edgar Larson. Así puedes establecer los cimientos para una hermosa amistad.

Bertha me miró con ojos indignados y se marchó con la cesta para su camarote.

capítulo cinco

CON toda intención, me retrasé un poco en bajar para la cena y en el comedor me encontré con que me habían destinado un sitio en una mesa para seis. Cuatro de los comensales ya estaban sentados a ella.

Había clara evidencia de la reserva que adopta la gente durante las primeras horas de un viaje por mar. Cada cual trata de ser acogedor, pero nadie sabe exactamente cómo proceder para lograrlo. Y cada cual también, en consecuencia, se envuelve en un aire de reserva y espera que los demás den el primer paso para entablar conocimiento.

—Buenas noches —dije al sentarme—. Me apellido Lam y creo que estaremos juntos a la mesa todos nosotros durante algunos días.

La pelirroja Norma Radcliff estaba sentada a mi izquierda. Era una muchacha con bailarines, azules y traviesos ojos, contaba unos veintisiete años y parecía como si ya hubiera oído en este mundo todas las preguntas y conociera para éstas la mayor parte de las respuestas.

A mi derecha había otra muchacha que dijo llamarse Phyllis Eaton. Era rubia y constituía una incógnita personal. Mirándola, uno diría que seguramente había sido designada físicamente para provocar palpitaciones en los corazones masculinos, pero ella mantenía continuamente los ojos bajos y su voz era tan suavemente modulada y tan baja que era preciso realizar un pequeño esfuerzo para oír lo que decía.

Al otro lado de la mesa, frente a mí, sentábase un hombre cuyo nombre era, según dijo, Sidney Selma; un tipo completamente extraño y falso que evidentemente pretendía ser oro de catorce quilates.

Por lo que pude comprender, la mujer que se sentaba a su lado,

llamada Rosa Flaxton, había sido la primera a la mesa. Selma había llegado en seguida y, naturalmente, se había sentado al lado de ella. Rosa ya comenzaba a ajamonarse, pues debía contar unos treinta años, pero era una mujer de buen carácter y acogedora que tenía unos hermosos y brillantes ojos.

Momentos después llegó el último ocupante de nuestra mesa, Edgar Larson.

Larson era un tipo de labios apretados y de unos cuarenta años. Tenía una amplia frente, ojillos de mirada penetrante y vestía un traje gris, con corbata del mismo color. Parecía como si tratase de pasar inadvertido pero el intento era tan exageradamente estudiado, que lo único que lograba era hacerse más notorio que nunca.

Tan pronto como lo vi, me di cuenta de que el hecho de que se sentase a aquella mesa había sido una cuestión de influencia. Porque un buen camarero jamás lo hubiera sentado allí, a menos que lo hubiese solicitado específicamente y respaldara la solicitud con un atractivo económico o por alguna insignia de autoridad en el barco.

Jamás hubiera podido disponer yo de un mejor escenario para la clase de juego que estaba desarrollando. Aquel sujeto llamado Selma era tan exageradamente comunicativo, que todo lo que yo tenía que hacer era recostarme en mi silla y dejar que él llevase la conversación.

En efecto, habló con extensión sobre sí mismo, sobre su pasado y sobre su maravillosa sabiduría. Nadie le preguntó a qué se dedicaba para ganarse la vida y él tampoco se prestó a suministrarnos esa información. Era un hijo de familia rica, tan típico que tras mirarlo un par de veces, me pregunté si todo eso no sería precisamente una fachada detrás de la cual se ocultaba algo más. Podría habérsele tomado por el gancho para un juego preparado de antemano por profesionales tramposos…, o bien por un estafador. Yo llegué a la conclusión de que este Sidney Selma acabaría por convertirse en un engorro antes de que terminara el viaje.

El detective Larson parecía escuchar más bien con los ojos que con los oídos. Cada vez que alguien hablaba, alzaba sus ojos grises, escuchaba con atención y luego volvía a bajar los ojos a su plato. Algunas veces sonreía de una manera más bien vaga. Así, pues, probablemente no pronunció más de diez palabras durante toda la

cena.

Cuando terminamos de cenar, salimos al puente y vagamos por allí un rato. Pero la cubierta no estaba muy agradable. Soplaba un viento más bien frío. El viento estaba cambiando rápidamente y los pasajeros, no sabiendo con exactitud qué hacer de sí mismos, cansados como estaban de haber preparado sus equipajes y de las despedidas, fueron gradualmente desapareciendo hacia sus camarotes.

Llegué a la conclusión de que Bertha se había equivocado al sugerir que Norma se lanzaría sobre mí para que ninguna otra mujer me apresase.

El camarero había servido la cena en forma tal que todos acabamos y nos encontramos dispuestos a abandonar la mesa casi al mismo tiempo, pero Norma había anunciado que iba a deshacer sus maletas, daría pues una vuelta por la cubierta y en seguida se acostaría.

Vagué un rato por el puente, esperando que ella apareciese. Pero después, como hacía frío, me fui a mi camarote, ajusté las llaves de control automático de la calefacción a fin de poder estarme allí sentado cómodamente en una butaca y leer.

Los gruesos nudillos de Bertha golpearon en la puerta a eso de las nueve.

—Entra —contesté, invitador.

Bertha penetró en el camarote y cerró de golpe la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó.

—Leyendo.

—Pero yo creí que estarías dirigiendo miradas cautivantes a Norma.

—Sin embargo, tú me dijiste que ella tomaría la iniciativa —contesté.

—Bueno. Pero, ¿qué diablos quieres que ella haga? —replicó Bertha—. ¿Que venga a tu camarote, arranque la puerta de sus goznes, te agarre por el cuello y se te lleve arrastrando al camarote de ella y una vez allí te pegue una de esas etiquetas de equipajes que llevan la leyenda de: «Equipaje de cámara»?

—Bueno, hice exactamente lo que me dijiste que hiciese. Con franqueza, ella no pareció particularmente interesada en mí.

—Una muchacha inteligente no hace su juego de esa manera.

—¿Y qué te hace creer que ella podría interesarse por mí?

—Sal de aquí y observa este barco —contestó Bertha—. La gente va a aquellas islas para divertirse. Y eso significa que tienes unas cuantas secretarias con elevados sueldos que han ahorrado el dinero necesario. Y encontrarás también algunas viudas jóvenes. Igualmente verás un puñado de mujeres casadas cuyos maridos se han quedado en tierra con la nariz pegada a la rueda del trabajo mientras envían a sus esposas de vacaciones. Tienes también otro puñado de personas setentonas que se preguntan de qué sirve haber ahorrado y tener dinero para que el gobierno acabe después llevándoselo como herencia en impuestos cuando ellos mueren. Así, han decidido retirarse de los negocios obedeciendo a un impulso dictado por esa consideración. El problema consiste en que los pobres ya no tienen ahora fuerzas para ser impulsivos y se limitan a ir a Honolulú. Tienes también a todas esas mujeres jóvenes que andan buscando por ahí hombres que estén libres. ¿Y cuántos hombres libres se encuentran en estos tiempos a bordo de un barco?

Yo continuaba haciéndome el tonto.

—No te engañes a ti mismo —prosiguió Bertha—. Cuando llega la hora, un joven sale de la Universidad, hace el servicio militar, trata de establecerse en los negocios, pero no tiene dinero para permitirse el placer de tres semanas de recreo lanzándose a Honolulú en un barco de lujo. Hay algunos tipejos adinerados y unos cuantos viajantes de comercio que tratan de aparentar que son personajes ricos. Las mujeres, por su parte, quieren encontrar a alguien que las acompañe durante el viaje, quieren un hombre que les sirva de pareja para bailar, quieren desfilar por las cubiertas demostrando que poseen todo lo que es necesario para cazar a un joven.

—Pues yo creo que un individuo llamado Sidney Selma es el sujeto que ella anda buscando —dije yo.

—Claro que lo es —me contestó Bertha—, si tú no la cortejas.

—¿Quieres decir que ella está arriba, en cubierta?

—Sí, allá anda, paseando por el puente, —confirmó Bertha.

—Pues ella dijo que iba a deshacer sus maletas y que luego daría un paseo por el puente y después se iría a acostar.

Bertha gruñó:

—¡Dios santo, pero si ella misma te dijo dónde estaría y cuándo!

¡Vamos, sal de aquí! ¡Lánzate al puente y da por lo menos a esa muchacha una oportunidad de conquistarte!

Eché mano a una gorra, apagué las luces del camarote y subí al puente.

Allí no había huella de Norma Radcliff. Sidney Selma andaba paseando por la cubierta, acompañado de tres mujeres: Rosa Flaxton, Phyllis Eaton y otra mujer, a la cual yo veía por primera vez. Todos ellos parecían muy felices.

Emprendí la retirada pero luego decidí dar otra vuelta más completa.

Esta vez observé una voluminosa figura envuelta en un abrigo de pieles de pie en las sombras.

Me lancé a ella sin más preámbulo. Era Norma.

—Diríase que está usted escondiéndose —le espeté.

Ella se rió.

—No, estoy solamente resguardándome del viento y respirando un poco de aire fresco antes de irme a la cama.

—Supongo que es una tarea tremenda poner los vestidos en los colgadores y arreglar los equipajes —dije yo, estableciendo así los preliminares de una amistad.

—En efecto, lo es.

—Sin embargo insisto en que parece como si usted se estuviera ocultando.

—Pues sí, lo estoy.

Arqueé las cejas.

—Me estoy ocultando del lobo —dijo ella.

El cuarteto de pasajeros llegó, paseando, en una nueva vuelta a la cubierta. El balanceo del barco daba a Selma ocasión para inclinarse sobre las mujeres, deslizar una mano en torno a sus cinturas y luego retirarla de forma que aquélla se deslizaba sobre sus caderas suavemente.

—Opera con mucha habilidad —comenté.

Norma asintió, comenzó a decir algo y luego cambió de idea.

Algunas personas, de más edad, vagaban también por cubierta. Había dos o tres matrimonios, cuatro o cinco pares de mujeres de treinta y tantos años que paseaban por el puente, no porque sintiesen una urgente necesidad de aire fresco, sino para observar la situación y juzgar al mismo tiempo a los pasajeros.

Bruscamente, Norma dijo:

—Bueno, ya he respirado bastante aire fresco y me voy a acostar. Buenas noches, señor Lam.

—Buenas noches —le contesté.

Se dirigió hacia la puerta. Yo abrí ésta para que ella pasase.

—¿Va usted a quedarse ahí al fresco? —me preguntó ella.

De pronto, cambié de pensamiento y dije:

—No, también me voy adentro.

—Buenas noches —volvió a decir ella con una amistosa sonrisa.

Regresé de nuevo a mi camarote en el puente A.

Bertha tenía la puerta de su camarote abierta, de forma que cuando yo pasé me vio y me hizo seña para que entrase.

—¿Conseguiste algo? —me preguntó.

Yo moví la cabeza negativamente.

—¿No la encontraste?

—¡Oh, sí, la encontré! —dije—. Estaba envuelta en un abrigo de pieles de pie en las sombras, donde era difícil verla.

—¿Pero la viste?

—Sí, la vi —contesté—. Creo que se movió o algo por el estilo y entonces la reconocí. Su abrigo de pieles era oscuro y no resultaba fácil verla.

—¿Estaba completamente sola? —preguntó Bertha.

Asentí con la cabeza.

—¿Y te detuviste y le hablaste?

—Sí.

—¿Y qué te dijo ella?

—Dijo que iba a retirarse a su camarote —contesté.

—¿Y alguna cosa más?

—Le dije que estaba procediendo como si tratara de ocultarse y me contestó que, en efecto, así era. Dijo algo sobre el lobo.

—¿Te refieres a ese oso hormiguero que andaba paseando por el puente con tres bebés y deslizaba su mano por las prominencias de ellas cada vez que se le presentaba oportunidad?

—A ése me refiero.

Bertha replicó irónica.

—¡Dios santo, ese individuo va a ser una peste! Todas ellas van a disputárselo, porque él no tiene competencia de ninguna clase. Eso a menos que ellas puedan ponerte las manos encima, Donald. Estás

actuando ahora con inteligencia. Y también Norma.

—Norma no está actuando en nada —repliqué—. Ella únicamente quería respirar un poco de aire fresco, y entonces, casi tan pronto como yo me acerqué, manifestó que estaba cansada y que se iba a dormir.

—¿Y tú le abriste la puerta de la cubierta?

Asentí con un movimiento de cabeza.

Bertha sonrió. Era una sonrisa inteligente y enigmática.

—Lo estás haciendo muy bien —me dijo.

Regresé a mi camarote y luego, transcurridos diez o quince minutos, me sentí presa de curiosidad. Me preguntaba qué habría ocurrido con Selma y sus tres mujeres.

Regresé pues nuevamente a cubierta. Prácticamente, todos se habían ido ya, pero Selma y su trío femenino continuaban dando vueltas y más vueltas por el puente.

Rosa Flaxton iba a un lado. Cuando me vio, me dijo:

—Quizá consigamos persuadir al señor Lam de que dé una vuelta con nosotros. Venga usted, señor Lam. Estamos corriendo la carrera de una milla.

Se desprendió del grupo de cuatro en fondo y me tendió la mano.

Yo se la tomé y enlacé mi brazo en el suyo.

Selma se volvió y me miró con unos ojos que estaban lejos de ser cordiales. Luego dedicó sus atenciones a las otras dos mujeres. A estas alturas ya tenía enlazado un brazo en la cintura de ambas, cada vez que el barco oscilaba, y cuando éste volvía a enderezarse apartaba sus manos.

Observé que la muchacha que iba a su izquierda había mostrado evidentemente cierto desagrado por tales familiaridades, pero en cambio Phyllis Eaton, que iba a su derecha, no protestó. Parecía tan inocente y virginal como siempre, pero mediante algún sutil proceso de telepatía, Selma ya había adivinado que no iba a recibir una bofetada. Por lo tanto, se aprovechó de tal ventaja.

Rosa Flaxton me hizo dar la vuelta al puente dos veces y luego me dijo:

—Ya está, señor Lam; aquí he acabado de pasear mi milla. Ya cumplí con mi obligación. Buenas noches.

Se volvió bruscamente hacia la pesada puerta y lanzó todo su

peso contra ella, tratando de abrirla.

—Permítame usted —le dije.

Abrí la puerta y ella entró.

—Buenas noches —me dijo, mirando con ojos sonrientes los míos—. Hasta la vista.

No comprendí si me había utilizado como una excusa para alejarse de Selma o si, en efecto, había completado su milla de paseo.

Decidí que no contaría nada a Bertha sobre esa última excursión mía al puente.

capítulo seis

A bordo de un barco es cosa correcta dar los buenos días a los compañeros de viaje, detenerse de pie junto a la baranda y entablar conversaciones con ellos y en el caso de que parezca deseable, cambiar presentaciones. Esto resulta completamente extraño en las convenciones que rigen en tierra firme, donde las personas marchan de acuerdo con sus costumbres, sin tomar en cuenta la presencia de otros seres humanos, los cuales, a su vez, siguen su camino en rebaños paralelos.

Sin embargo, a bordo de un barco la situación es diferente y las personas se ajustan a ella en formas también diferentes.

Siempre hay en los viajes por mar los *snobs* que no quieren que se les hable y que pretenden que sus compañeros se den cuenta de ello inmediatamente. Hay igualmente osos hormigueros que corren de un lado a otro, excesivamente ansiosos de hacer amistades para la travesía.

Existen otras personas que, quizá por vez primera en su vida, huyen de la horrible rutina de la existencia cotidiana y ambicionarían agregar amistades de travesía a sus otros amigos sosos y nada inspiradores.

Existen igualmente personas que quieren gozar del viaje plenamente y conocer nuevas gentes, pero que son demasiado tímidas para mostrarse acogedoras. Y hay verdaderas muchedumbres de personas normales que están deseosas de relacionarse con otras que tengan antecedentes similares y gustos coincidentes, pero que ya disponen ampliamente de amigos en tierra y no ambicionan añadir otros nuevos a la lista.

En conjunto, pues, el pasaje de un barco constituye una extraña combinación de naturaleza humana y personalidad que da vueltas y más vueltas durante el primer día del viaje, tomando el pulso a la

vida del barco y ajustándose a un nuevo modo de vivir.

Pero al segundo día las cosas ya cambian. En cierta forma, los pasajeros ya se han clasificado entre sí. La tensión de la vida de negocios en tierra ha amainado y los pasajeros comienzan a ser humanos. Es en el segundo día y en el tercero cuando se forman la mayor parte de las amistades de la travesía.

Resultaba, pues, interesante observar la actuación de aquella gente tan diversa. Sidney Selma se tropezó con algunos repudios en la mañana del primer día. Por la tarde, cuando ya las muchachas habían comprobado las posibilidades que les ofrecía el barco, Sidney Selma comenzó a parecerles un poquito mejor y, por la tarde del segundo día, avanzaba ya como el fuego en un incendio.

Norma Radcliff, sin embargo, continuaba evitándolo y tratando de escapar de él, y de esta manera tendía más y más a inclinarse hacia mí en busca de protección.

—No puedo soportarlo —me dijo ella—. No es que yo tenga un criterio muy estrecho y que sea orgullosa, pero al fin y al cabo la personalidad cuenta para algo y a una le gusta que las personas la consideren como un individuo. Pero ese Selma es una persona diferente. Sólo está interesado en una cosa. Todo lo que una muchacha precisa para atraerlo es un equipo anatómico completamente lleno.

Bertha Cool fue más incisiva en su comentario sobre esto.

—Fíjate en cómo las ausculta ese individuo —dijo ella.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Pues lo mismo podría colgarles un letrero al cuello para que todos los pasajeros lo viesen.

—¿Qué quieres decir?

—Mira lo que hace. Pasea una muchacha y le da lo suyo. Ella echa una ojeada al barco, advierte que él es uno de los pocos hombres que hay disponibles y decide aprovecharse lo mejor que pueda de lo que tiene a mano. Ella quiere gozar de la travesía y entonces da una oportunidad. Andan por ahí los dos pegados y unidos como dos ladrones, por algún tiempo, y luego, repentinamente, ella vuelve a meterse en su concha y él la abandona como si fuese una patata caliente. Entonces, con algunas de esas muchachas, él procura hacerse cada vez más amigo… ¡Diablos, bien podría igualmente poner a cada una de ellas una

etiqueta!

Me eché a reír.

—Yo no me lo había imaginado así —dije.

—Si hubieras sido una mujer, lo hubieras imaginado así —replicó Bertha—. Cada par de ojos femeninos de este barco están entregados a considerar y medir a esa rubita que anda tan pegada a él. El rostro de ella parece revelar que es una niñita dulce y virtuosa. Pero su cuerpo expresa que es un ser humano y la etiqueta que le ha puesto Sidney Selma indica que es una buscona…

Y Bertha, que no quería ser vista hablando conmigo como no fuese de paso, se alejó por el puente, acomodándose a las reglas del barco y detestando cuanto se refería a éste.

Stephenson Bicknell había hecho que le colocasen una silla extensible de cubierta en un rincón soleado. Y, además de esto, hizo que el camarero del puente lo envolviese con mantas cada vez que había el más leve síntoma de frío en el aire. Había ordenado también que la silla extensible de Bertha fuese colocada al lado de la suya y quería que ella estuviese con él constantemente.

Pero Bertha tenía otras ideas.

Desesperado, Bicknell acudió a mí, pero se había acordado de antemano que yo no me mostraría demasiado cordial con Bicknell… Solamente natural y como si la nuestra fuera sólo una efímera amistad de a bordo.

Me senté en la silla libre de Bertha y dije:

—Buenos días, Bicknell. ¿Qué tal le va a usted?

—Estoy dolorido.

—Eso es lamentable.

—El movimiento del barco me lanza de un lado a otro de vez en cuando, y si tropiezo con alguna cosa resulta lo mismo que golpear en un diente enfermo.

—¡Qué pena!

—¿Y qué tal va usted en sus relaciones con Norma Radcliff?

—¡Oh! Hablo con ella de vez en cuando.

—Pues a mí me parece que ella anda mucho con usted.

—Es que está tratando de esquivar a los lobos —dije yo.

—Comprendo —replicó él, secamente; y luego, mirándome de arriba abajo, dijo—: Tiene usted mucho éxito con las mujeres.

—¿De veras? —repliqué sorprendido.

—Sí, de veras.

—Pues es la primera noticia que tengo de eso.

—¡Y maldito si sé a qué se debe! —prosiguió Bicknell—. Usted no es alto ni guapo; no posee esos dones físicos otorgados por Dios que atraen a las mujeres, y tampoco parece que ande corriendo detrás de ellas. Pero por alguna razón que no puedo comprender, son ellas las que corren detrás de usted.

—Creo que usted me interpreta mal —contesté.

—No, no lo interpreto mal. Pero escuche, quiero que entienda usted bien lo que le voy a decir. Miriam es una mujer joven que no cabe prever qué actitud adoptará. Uno nunca puede decir lo que ella acabará haciendo… Y yo no quiero ningún problema respecto a ella.

—¿Qué pretende usted significar?

—Que no quiero que la situación vaya a complicarse.

—¿Y qué es eso de complicarse?

—Bueno, que yo no quiero… Creo que sería mucho mejor si usted dejase que Bertha Cool entre en relación con Miriam y que ésta se confíe a Bertha. Después de esto, podrá usted intervenir para ayudar a la señora Cool.

—Eso es lo que yo había entendido sobre la forma que usted quería que se llevase todo a cabo —manifesté.

—Pues siga entendiéndolo así —contestó, y echó atrás la cabeza, lanzó un suspiro y cerró los ojos.

Me levanté y eché a andar por el puente.

Volví a mi propia silla extensible y me acomodé en ella. Unos minutos más tarde llegó Norma Radcliff y se tendió en la silla inmediata a la mía.

—Espero que no le molestará, Donald.

—¿Qué?

—Soborné al mozo de cubierta.

—¿Con qué objeto?

—Para que pusiese mi silla cerca de la de usted… De esta forma, cada vez que Sidney Selma aparezca por ahí no le importaría a usted mirarme con suma atención y escuchar abstraído lo que yo le diga.

—¿Y qué es lo que usted me va a decir?

—Pues cualquier cosa —respondió ella—. Lo mismo puedo

hablarle sobre el tiempo en voz baja que puedo preguntarle qué desayunó, pero eso será una excelente ayuda si aparentamos estar tan compenetrados uno con otro que no advirtamos que Selma existe.

—Parece que no le inspira ninguna simpatía —comenté.

—¿Simpatía? —dijo ella—. Rechino los dientes cada vez que él me habla, al extremo de que estoy convirtiendo en polvo todo el esmalte de mi dentadura. ¡Con qué gusto arrojaría a ese tipejo por la borda al agua!

Mientras hablábamos, Edgar Larson, el detective de Denver, andaba de un lado a otro, con tanta cautela y silencio como un ratón deslizándose dentro de una casa una vez que las luces se han apagado y la familia se ha ido a la cama.

Aparecía de súbito a las horas más inesperadas, en el puente y en el salón de cócteles. Se encontraba en las carreras de caballos de a bordo, jugando o de pie a la puerta de la sala de cine mientras pasaba la película. Aquel hombre parecía hallarse en todas partes. Pero no estorbaba, aunque hallábase siempre presente en algún lugar estratégico, vigilando, escuchando y observando.

Y en esta tranquila manera de proceder realizaba grandes progresos. La gente hacía, confidencias a Larson. Para ello, todo lo que él tenía que hacer era dirigir la mirada de sus tranquilos ojos grises a una persona, avanzar la cabeza ligeramente, en posición de escuchar, y ya la persona parecía hallarse bajo la impulsiva obligación de comunicarle cada secreto de su vida.

Y mientras todo esto ocurría, el barco de lujo surcaba las azules aguas del Pacífico. Al tercer día de viaje, el tiempo sufrió un significativo cambio. Los fríos vientos cedieron su puesto a unas suaves brisas tropicales. El sol comenzó a adquirir un galope aterrador. La piscina de natación fue llenada de agua. Las muchachas que se tendían en el puente de baños al sol, comenzaron a tostarse como el pan en una parrilla eléctrica.

A la sazón, los pasajeros ya se conocían bien. La hora de la cena en el comedor estaba saturada de un fondo de charla continua. El salón de cócteles se llenaba de pasajeros antes de la cena, y después de ésta se reunían allí numerosos grupos, ante las copas de licor, para hablar de política, impuestos y el estado del mar.

El director del crucero a Hawai daba clases de «hula», con gran

concurrencia, y era sorprendente ver el número de mujeres que querían aprender este genuino baile hawaiano y se prestaban a presentarse ante un salón lleno de público muy concentradas en sí misma, mientras daban los primeros torpes pasos, hasta que gradualmente el ritmo y el movimiento oscilante que constituye una parte tan grande de la belleza de las bailarinas de esa isla comenzaba a manifestarse.

Toda esta gente, conforme fueron aprendiendo que la gracia del baile hawaiano no era una simple combinación usual de movimientos extemporáneos, sino que seguía una tradición en que el cuerpo reflejaba graciosamente las fuerzas de la Naturaleza, el arco iris en el cielo, la caída de la lluvia, la luz del sol, el ondear de las palmeras, el inquieto apremio rítmico del océano, comenzaron a estudiar esas danzas con una concentración recién descubierta. Lo que había comenzado por ser una broma, se transformó en estudio serio.

Era sorprendente el grado al cual, en unas pocas horas de práctica se podía llegar a desarrollar en gracia rítmica de movimiento, y naturalmente los pasajeros comprendieron lo que estaba ocurriendo también surgió un respeto recién descubierto hacia la belleza de aquellas islas.

Sidney Selma continuaba mientras tanto explotando su mercancía. Había reducido ahora su harén a cuatro o cinco mujeres, las cuales parecían enteramente satisfechas con el concepto que tenía él del compañerismo.

Luego, de pronto, llegó la noche en que Norma Radcliff ya no apareció en la silla extensible contigua a la mía, sino que anduvo paseando por el puente con Sidney Selma, mirándolo intensamente a los ojos, escuchando absorta su conversación, sus observaciones de doble y malicioso sentido y sus cuentos verdes.

Bertha vino a tenderse en la silla inmediata a la mía.

—¿Qué has hecho, Donald? ¿Qué ocurre aquí?

—¿Cómo? —pregunté.

—¡Oh, no abras tanto los ojos! ¿Qué le has hecho a esa muchacha?

—¿A qué muchacha?

—Norma Radcliff.

—Nada.

—¿Y qué intentaste hacerle?

—Nada.

—Maldita sea —exclamó Bertha—, ésa no es forma de proceder con las mujeres. Ellas han de tener siempre la sensación de que se encuentran a la defensiva. No precisas mostrarte insultante en tu ofensiva, pero precisa hacerles ver y darles la sensación de que eres un ser viviente, que ellas te producen impresión y que eres un elemento humano después de todo. Ahora, ponte en campaña y haz algo para conquistar a esa muchacha. Recupera el tiempo perdido.

—No sé por qué, Bertha, pero creo que eso sería un error.

—Tú crees que eso sería un error —replicó Bertha—. ¿Pero qué demonios sabes sobre las mujeres?

—Nada.

—Sidney Selma es demasiado agresivo. Todo el mundo sabe lo que él anda buscando. Y tú, por el contrario, eres un maldito retraído. Tu doncellita ha decidido comprobar si es capaz de provocar una chispa de celos y después volver a la vida, a ti. Probablemente la has tratado con la frialdad de un santo de yeso. Ahora, pues, levántate ya de esa silla, ve a pasearte y mantén tus ojos sobre Norma. Cuando la encuentres separada de Sidney Selma, vuelve a apoderarte de ella.

Bertha se incorporó del asiento y se marchó balanceándose por el puente, con los hombros rígidos de indignación, los ojos echando chispas y los labios apretados fuertemente. Yo continué sentado en mi silla.

La noche era cálida y de luna. Estaba observando el reflejo lunar sobre las aguas, cuando Norma Radcliff se deslizó en la silla a mi lado.

—Donald, ¿me permite pedirle una cosa?

—¿Qué?

—Un consejo.

—Diga usted.

—Me encuentro ante un problema.

Yo me volví a mirarla y arqueé las cejas, intrigado.

—No, no es esa clase de problema —dijo ella.

—¿Cuál es entonces?

—Que soy víctima de un chantaje.

—¿En relación con qué?

—En relación con unas cartas.

—¿Qué clase de cartas?

—No la clase de cartas que a uno no le importaría que fuesen leídas ante un tribunal.

—¿Y no sabe usted hacer otra cosa que escribir cartas de esa especie?

—Sí, lo sé, ahora. Pero no lo sabía entonces.

—¿Y quién es el chantajista?

—Nuestro querido y mutuo amigo —respondió ella, con el odio destilando de sus palabras.

—¿Se refiere usted a Sidney Selma?

Norma asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo creí que usted había tomado un interés grande y súbito por él —le dije.

—Es que traté de mostrarme amistosa con él cuando descubrí el problema ante el que me encontraba. Yo ignoraba lo que él pretendía.

—¿Y qué es lo que pretende?

Norma se encogió de hombros.

—¿Cuándo descubrió usted que él tenía esas cartas?

—Esta mañana.

—¿Lo conocía usted antes de subir a este barco?

Ella negó con la cabeza.

—¿Quiere decir que usted no tiene idea de lo que él quiere?

—Él quiere mi hermoso cuerpo moreno si es eso a lo que usted apunta. Pero no es sólo esto lo que él quiere.

—¿Y es moreno?

—¿Quiere usted decir que no me vio fuera de la piscina con mi traje de baño elástico?

—Creo que me perdí el espectáculo. Estaba leyendo.

Ella suspiró.

—Si no fuera usted tan adorable, sería insoportable. Yo esperaba que usted fuese a reunirse conmigo.

—No me gustan las pequeñas piscinas de los barcos.

—Pero hay espectáculo.

—Sí, desde luego. ¿Y dice usted que es un chantaje?

—Sí.

—¿Entonces él le ha dicho que tiene que comprarle esas cartas?

—Lo que me dijo equivale a eso.

—Pero él no le ha fijado precio.

—No.

—Está sondeándola, entonces. Y el precio se lo dirá más tarde.

—Así lo supongo.

—Entonces, poco es el consejo que puedo darle.

—Pues yo creí que usted podría.

—¿Qué se lo hizo creer?

—Lo creí porque usted me da la impresión de ser una especie de… Bueno, digamos que parece un hombre con cerebro y que conoce por dónde se anda. ¿Con qué se gana usted la vida, Donald?

—Se sorprendería usted si se lo dijese —le contesté.

—¿Es usted abogado?

—No precisamente.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Nada.

Norma mostró en su rostro una expresión exasperada. Yo dije:

—Supongamos que, a su vez, me permite usted hacerle algunas preguntas. ¿Cuándo se decidió usted a ir a Honolulú?

—Hace muy poco tiempo.

—El *Lurline* había vendido todos sus pasajes con meses de anticipación —le dije.

—Ya lo sé, pero usted no debe ignorar que se producen cancelaciones de muchos de ellos.

—Sí, pero las cancelaciones se distribuyen después entre una larga lista de personas inscritas que esperan conseguir pasaje.

—Bueno, según tengo entendido, existen varias agencias de viajes que tienen atribuido un cierto número de éstos en virtud de una especie de acuerdo con la compañía naviera, mediante el cual pueden mantener lo que equivale a tanto como el derecho a cancelaciones; disponer de las cancelaciones que se produzcan entre sus propios clientes.

—¿Y eso qué? —pregunté.

—Pues que yo me las arreglé así para conseguir billetes para este barco.

—¿Y por qué razón va usted a Honolulú?

—¿Es usted capaz de guardar un secreto?

—Lo ignoro.

—Pues voy a ver a cierta persona amiga.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Cuánto tiempo hace que usted la conoce?

—¡Oh, ya hace años! Es una buena muchacha y se encuentra en un conflicto.

—¿En qué clase de conflicto?

—No quiero hablar de los problemas de ella. Prefiero más bien hablar de los míos.

—¿Existe alguna relación entre los de ella y los de usted?

—¿Por qué razón me lo pregunta usted, Donald?

—Analicemos esto desde un punto de vista objetivo. Usted no sabía con mucha anticipación si podría ir o no a Honolulú.

Ella asintió con un ademán de cabeza:

—En efecto, así era.

—Y usted había escrito algunas cartas. ¿A quién iban dirigidas?

—No quiero mencionar nombres.

—¿Iban dirigidas a un hombre casado?

—Sí.

—¿Y su esposa quiere apoderarse de esas cartas?

—Su esposa lo que en realidad quiere es quedarse hasta con el último centavo de él, y para lograr esto no le importan los medios que tenga que emplear.

—¿Y Sidney Selma tiene en su poder esas cartas?

—Él afirma que las tiene.

—¿Dónde?

—Pues en un lugar a su alcance, desde donde él pueda hacer entrega de las mismas.

—¿No le agrada a usted ese Selma?

—Desprecio y detesto a ese hombre.

—¿Cuándo se enteró usted de que él estaba en posesión de las cartas?

—Esta mañana.

—¿Fue ésa la primera vez que se lo dijo?

—Sí.

—Así, pues, él tiene esas cartas. Él sabía que usted se embancaba para Honolulú. Evidentemente, él se embarcó en este navío con el exclusivo objeto de entrar en contacto con usted. Pues bien, todo

esto me parece poco lógico.

—¿Por qué?

—Porque le cuesta dinero ir a Honolulú. Y también le cuesta tiempo. Él tenía ya en su poder esas cartas. Si usted estaba efectivamente muy interesada en recobrarlas, y por lo tanto, dispuesta a pagar por ellas un elevado precio, todo lo que él tenía que hacer era poner en conocimiento de usted que las tenía y seguidamente sería usted quien acudiría a él. Sin embargo, usted pretende que yo crea que él deliberadamente tomó pasaje en este barco con el objeto de establecer las bases para el chantaje; y que él ha esperado tres días antes de dar el primer paso para tratar con usted. Todo eso no me parece en absoluto lógico y razonable.

—No obstante, ésa es la forma en que ocurrió.

—Únicamente podría resultar lógico bajo el punto de vista de una teoría.

—¿Y qué teoría es ésa?

—Que el precio del chantaje que él quiere que usted pague sea hecho efectivo específicamente en Honolulú.

—Bueno, sí, tiene usted razón.

—¿Y hay alguna cosa más que dinero de por medio?

—Él todavía no ha fijado precio.

—Quizá él tenga algo que ver con su amiga…, ésa a quien usted va a visitar en Honolulú.

—Prefiero no tratar cosas relativas a mi amiga.

—Usted no puede esperar entonces que yo le dé consejos, a menos que esté dispuesta a decirme la verdad de los hechos —le indiqué.

—Bueno, pues, supongamos que usted…, que usted tiene razón…

—Deseo saber si tengo razón o no.

—Muy bien —dijo, rápida e impulsivamente—. Me temo que tiene usted razón.

—¿Y qué quiere entonces?

—Creo que se trata de algo relativo a mi amiga Miriam Woodford.

—¿Qué significa eso?

—Donald, no lo sé ni me siento capaz de adivinarlo. Eso es una cuestión que… Y ya sé que suena como si yo no estuviese jugando

limpio con usted… Bueno, yo no puedo hacer…

—¿Quién es Miriam Woodford? —pregunté.

—Se trata de una viuda joven y atractiva.

—¿Y va usted allá a reunirse con ella?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ella se siente solitaria y quiere compañía.

—¿Y no hay alguna otra razón?

Norma meneó la cabeza, denegando.

—En cualquier momento —dije— que usted se decida a contarme la historia completa me tiene dispuesto al escucharla.

—Pues se da el caso contradictorio. Donald, de que no puedo contarle a usted la historia y, a la par deseo obtener su consejo.

—Todo consejo que no está cimentado en los hechos, sería completamente falso.

Permaneció en silencio durante unos dos minutos. De repente, se volvió hacia mí y me dijo:

—Donald, ¿ha observado usted a un hombre flaco, de unos cincuenta años, que se mantiene extraordinariamente protegido contra el estado del tiempo a todas horas? Es un hombre que se sienta en un rincón en el puente A.

—¿Y qué hay sobre él?

—Se llama Stephenson D. Bicknell. Es originario de Denver. Era socio del esposo de Miriam Woodford y conforme a las condiciones estipuladas en el testamento del difunto Woodford, él quedó como albacea de la herencia destinada a Miriam.

—¿Lo conoce usted personalmente?

—Nunca fuimos presentados. Pero sé cosas respecto a él a través de las cartas que me escribió Miriam.

—¿Y él sabe algo respecto a usted?

—Lo ignoro, Donald. Bien quisiera saberlo. He tratado de averiguar si yo significo o no algo para él. No es una persona muy sociable y que conviva mucho con los demás. Sufre de reumatismo y se mantiene en extremo recluido en sí mismo. Hay una pasajera —una tal señora Cool— con la que él habla de cuando en cuando. Usted la conoce. Lo he visto hablar con ella.

—Cool… —dije yo, como tratando de recordar el nombre.

—Sí, una mujer de unos cincuenta años, de anchas espaldas…

Bueno, de cuerpo fornido y pies pequeños.

—¡Oh, sí! —exclamé.

—Bicknell se dirige a Honolulú para proteger a Miriam —prosiguió Norma—. Pero Miriam no quiere tenerlo cerca. Lo que ella quiere es que él le entregue algún dinero para un caso de apuro en que se encuentra. Y ahora este sucio Selma viene a decirme que espera que yo haga su juego. Quisiera saber qué es lo que en realidad está ocurriendo. Todo esto me tiene desconcertada.

—Quizá lo único que en realidad quiere Selma es el hermoso cuerpo tostado de usted.

—¡Oh, sí, él quiere eso, ciertamente! —contestó ella—. Quiere toda clase de hermosos cuerpos tostados.

—Pero lo que él no quiere es devolverle a cambio esas cartas.

—Desde luego que no. Quiere también algo más. Y espera que yo marche de acuerdo con él.

—Y en todo esto, ¿qué quiere usted que haga yo?

—Que me aconseje.

—Pues dígale usted a Selma que se vaya al diablo.

—Pero como él tiene en su poder esas cartas…

—Las tiene en su poder, pero no las utilizará.

—¿Qué motivos tiene usted para creer que no? Es un hombre en extremo implacable.

—¿Qué beneficios obtendría él haciendo uso de esas cartas?

Norma vaciló por un momento y luego dijo:

—Podría vendérselas a la esposa del hombre a quien están dirigidas.

—¿Y el esposo es persona rica?

—Tiene bastantes miles de dólares.

—¿Y la esposa quiere que él le entregue todo ese dinero?

—Así es, en efecto.

—Si Selma quisiera vender esas cartas a la esposa, ya lo hubiera hecho hace mucho tiempo. No se hubiera dado tantas molestias e incurrido en los cuantiosos gastos de viajar en el mismo barco con usted para hacerlo. Por otra parte, si él tratase solamente de hacerla objeto de un chantaje, le hubiera enviado un aviso indicándole que fuese a tratar con él antes de que usted se embarcara. Existe algo en el fondo de todo eso y la única forma de averiguar de qué se trata es carcajearse en las propias barbas de Selma y decirle que se vaya

al infierno o a donde mejor le agrade con sus cartas.

Norma meditó sobre esto unos instantes y después dijo:

—Creo que tiene usted razón, Donald.

—¿Y esas cartas la perjudicarían?

—No a mí, pero sí a aquel hombre.

—¿Y qué significaría eso para usted?

—Que yo quiero ser leal y equitativa; eso es todo. La esposa de él plantearía una demanda de divorcio y me señalaría a mí como coacusada, pero eso no me importaría. Lo que yo quiero es jugar limpio con el esposo, que es amigo mío.

—Eso no tiene sentido ninguno. Si Selma es un individuo versado en cuestiones de chantaje, ofrecería en venta las cartas, bien fuese al esposo o a la esposa. En cuanto a usted, es el candidato potencialmente menos interesante de los tres.

Norma asintió con un movimiento de cabeza.

—Es verdad.

—Por lo tanto, todo ello significa que usted tiene algo que él pretende. ¿Qué es ello?

—No puede ser nada que valga la pena de un viaje a Honolulú… Nada que yo sepa, por el momento.

—Entonces, dígale que se vaya al diablo; le obligaremos a un desenlace y lo averiguaremos todo.

—Gracias, Donald. Después de lo que usted me ha dicho, me siento más tranquila.

—¿Y por qué acudió usted a mí? —le pregunté.

—Porque quería un consejo.

—¿Y por qué creyó usted que yo podría dárselo?

—Pues porque creo que tiene usted inteligencia. ¡Oh, Donald!, ¿qué pensará usted de mí?

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Me refiero a aquellas cartas. Supongo que usted pensará que yo soy una mujer ligera y mala.

—Lo que usted probablemente es, en todo caso, es humana —le contesté.

Ella me miró con cordialidad y luego dijo en voz baja:

—Sí, soy humana. Y también le estoy muy agradecida.

—Todavía no he hecho nada por usted —le dije.

—Donald, usted es un encanto —contestó, impulsivamente; y, de

pronto, inclinándose hacia adelante, me besó en la boca con un beso cálido y pleno. En ese momento, Bertha Cool, que estaba tratando de eliminar la gordura que iba adquiriendo a bordo, asomó por la esquina de la cubierta, en la primera fase de su recorrido vespertino de una milla.

capítulo siete

ERA nuestro último día de viaje. Una atmósfera de excitación contenida reinaba en todo el barco.

Las alumnas de la clase de danza hula —constituida por un grupo de mujeres de todas clases, siluetas, tamaños y edades— tenían ahora una excelente idea del baile hawaiano y estaban prestas para comparecer a su examen final y recibir los correspondientes diplomas. Celebraron sesión bajo la cálida luz solar, junto a la piscina.

De las bodegas habían comenzado a ser subidas ya maletas y baúles. Los pasajeros preparaban sus equipajes, trajinando de un lado para otro excitadamente, cambiando entre sí las respectivas direcciones de sus hogares, firmando en las listas de pasajeros y en las minutas sus autógrafos como recuerdo del viaje.

La influencia del trópico estaba ya en el aire, suavemente cálido. El océano se extendía, perezoso. Los peces voladores saltaban fuera del agua y de las olas y se deslizaban largas distancias por encima de la superficie, para finalmente ser tragados por la cúspide de otra nueva ola que avanzaba.

Detrás del barco, un alcatraz de patas negras volaba planeando y nadaba al extremo de una cuerda invisible. Los tiradores vespertinos se hallaban reunidos en la popa del navío.

Sidney Selma pasó por allí, me miró y con una extraña y nueva curiosidad, como si me viese por vez primera. No se veía por ninguna parte a Norma Radcliff. En una ocasión en que ella se encontraba en el puente, Selma había tratado de hablarle, pero ella se había escabullido de él cortésmente.

Bertha se acercó para situarse a mi lado junto a la baranda desde donde yo estaba contemplando el agua.

—Oye, picarón —me dijo, admirativa.

Me volví y arqueé las cejas en silenciosa interrogación.

—Y fingías que no conseguías nada. ¡Dios santo, esa muchacha estaba agarrada a ti como una lapa! Ya te había dicho que ocurriría así.

—Bertha, tú especificaste en alguna ocasión las condiciones de nuestra misión dejándolas completamente aclaradas con Stephenson Bicknell.

—¿Que quieres decir?

—Me refiero a lo que pretendía que hiciésemos.

—Se pretende que protejamos a Miriam Woodford.

—¿Protegerla contra qué?

—Contra todo cuanto pueda molestarla.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo. ¡Dios, cómo me duelen los pies! A mí no me hicieron para que mis tobillos y mis pies sostuvieran un peso de ochenta y pico de kilos.

—¿Y qué tal vas con aquellas frutas y dulces?

Bertha suspiró.

—Me estoy haciendo vieja. Tuve que dar a otros una parte del dulce.

—¿A quién se lo regalaste?

—A la camarera.

—¿Y qué hiciste con la fruta?

—Me la he comido casi toda.

—Pues te portaste muy bien.

—Si me juegas otra broma como ésa, te arrancaré la cabeza —me advirtió Bertha—. Como me llamo Bertha, te hago polvo la cabeza.

—Mientras eso no ocurra —le dije—, no nos mostremos demasiado amigos; he oído comentar por ahí que tú y yo debíamos conocernos antes de embancarnos.

—Imposible, no puedo creer eso —replicó Bertha.

Yo asentí, con expresión lúgubre.

—¿Y por qué esa pregunta de ti —dijo ella— respecto a nuestros deberes en este caso?

—Pues porque mañana desembarcaremos y tendremos que empezar a trabajar.

—Donald, ¿que le contaste a Norma?

—Nada.

Estiré los brazos y bostecé ostensiblemente.

—Tú, granuja…, sabes algo —me disparó Bertha, enfurecida.

—En buen lío nos encontraríamos si no lo supiese —le dije, y eché a andar, dejándola allí de pie, agarrada a la baranda.

capítulo ocho

ME encontraba ya en el puente a los primeros albores del amanecer. Delante de mí veía la luz de la Punta Makapuu y observaba cómo gradualmente iba adquiriendo forma la isla de Oahu.

Los camareros pusieron una mesa portátil y me trajeron jugo de frutas, café, bollos dulces y pasteles daneses. Pasamos frente a la Cabeza de Coco y luego la Cabeza de Diamante y enfilamos hacia el rompeolas, en la zona de los arrecifes. La lancha del práctico llegó a nuestro barco desde la orilla. A bordo comenzaron a producirse los habituales saludos oficiales, con profusión de guirnaldas hawaianas llenas de colorido.

Pasajeros distinguidos empezaron a aparecer adornados con guirnaldas formadas por una gran cantidad de flores rojas, amarillas, blancas, púrpura y carmesí.

Por todas partes comenzó a reinar la confusión. A los acordes de la banda real hawaiana y de un coro de voces nativas, el *Lurline* deslizóse rumbo al muelle.

Me las compuse para encontrarme de pie cerca de Norma Radcliff cuando Miriam Woodford vino a bordo.

Miriam era una rubia radiante, con unas hermosas piernas, llena de curvas, dientes brillantes como perlas y ojos risueños.

Contemplándola, uno no podía menos de pensar que tenía sin embargo una honda preocupación en su vida.

Se arrojó en los brazos de Norma Radcliff, le puso una guirnalda y la estaba besando cuando Stephenson Bicknell, escurriéndose como un ratón a través de la multitud y tratando al propio tiempo de evitar que lo pisaran o lo empujaran, aunque dispuesto no obstante a sufrir tales penalidades a cambio de la oportunidad de ver a Miriam, se abrió paso a través de un grupo bullicioso y

exclamó:

—¡Mira!

Pero su corazón iba en su voz.

Ella se volvió hacia él y dijo:

—Stevie, viejo querido. ¡Caramba, qué encantada estoy de verlo! Pero ¿por qué no me comunicó más pronto que venía usted?

—Porque quería sorprenderte —dijo él y se le acercó completamente olvidado de todo el resto del barco.

Mira lo besó y el bastón de Stephenson Bicknell cayó al suelo, mientras sus reumáticos brazos la estrechaban y realizaba un patético intento de darle un fuerte beso.

Mira se desprendió de él, recogió el bastón del suelo, lo tendió a Bicknell y dijo a Norma:

—Ustedes deberían haberse conocido durante la travesía.

Norma te presento a mi albacea…, Stevie Bicknell. Stevie, le presento a Norma, mi más íntima amiga.

—Tú no me dijiste que ella venía —manifestó Bicknell.

Miriam se echó a reír.

—Stevie, ya tiene usted bastantes quebraderos de cabeza con todos esos detalles financieros sin sumar a ellos la preocupación de todas y cada una de mis amigas.

Norma se volvió y cruzó su mirada con la mía. Me hizo un guiño y dijo a Miriam:

—Mira, quiero que tú y Donald Lam os conozcáis. Donald ha sido muy amable conmigo.

Miriam me dirigió una larga mirada observadora, sonrió y me tendió la mano.

—Mucho gusto, Donald Lam.

La miré a los rientes ojos azules y pareció como si algo hubiera tintineado en ellos.

—Encantado de conocerla —contesté.

—¿Conoce usted al señor Bicknell? —me preguntó Mira.

—Sí, nos conocimos a bordo.

Bicknell dijo:

—Y aquí está una amiga mía, Mira, a quien quiero presentarte. La señora Cool.

Después de esto presentó a Bertha a Mira.

Yo dije:

—Ya conocí a la señora Cool a bordo.

Un individuo perteneciente a una de las estaciones de radio locales vino a bordo armado de un micrófono y arrastrando un largo cordón tras él. Dejé al grupo junto a la baranda y me apresuré a seguirlo.

El sujeto de la radio tenía una lista de personas a las que quería entrevistar y el camarero del puente se hallaba a mano para ayudarlo a identificar a aquéllas.

Entre los entrevistados había un fabricante de no sé qué productos, que hizo declaraciones intercaladas con engolados comentarios sobre la situación internacional y luego el repórter de la radio dijo:

—Y aquí tenemos a otro interesante viajero que nos visita… Edgar B. Larson del Departamento de Policía de Denver. ¿Qué lo trae a usted a visitar a Honolulú, señor Larson?

Larson miró al entrevistador de la radio con sorpresa absoluta y dijo:

—No comprendo esto… No creí que esto fuese… Me pareció que se trataba sólo de una charla con los pasajeros respecto al viaje.

—Pues eso es precisamente —dijo el de la radio—. ¿Qué tal ha sido su viaje, señor Larson?

—¡Oh, hice un viaje magnífico! —contestó Larson brevemente.

—¿Cuánto tiempo espera usted permanecer en estas islas?

Larson titubeó un momento y luego, imaginándose evidentemente que ya el gato se había escapado del saco, se encogió de hombros y dijo al micrófono:

—Lo ignoro. Pero cuando abandone las islas Hawai espero llevarme conmigo a un asesino. He venido aquí en misión oficial. Tengo informes de que fue cometido un asesinato en Denver y de que el asesino se encuentra actualmente en Honolulú.

Los pasajeros que se habían reunido en círculo para escuchar la entrevista, quedaron de pronto en el más completo y absoluto silencio.

El charlatán entrevistador dijo:

—¿Y podría usted decirnos algo más sobre las circunstancias de ese asesinato, señor Larson?

—Todo lo que puedo decirle —dijo Larson—, es que el asesino cree que las huellas están cubiertas. Pero puedo asegurarle que no

es así. Sabemos muchísimo más de lo que esa persona puede sospechar.

—¿Sabe él que usted viene aquí? —preguntó el repórter.

—¿Y quién dijo que el asesino era *él*? —preguntó a su vez Larson.

—Bueno, yo deduje… porque usted utilizó el término *asesino*. ¿Quiere usted decir que pudiera ser una asesina?

—Sí, podría ser —contestó Larson.

—¿No está usted dispuesto a darnos ahora ninguna información?

—Solamente le diré que he venido aquí para detener a una persona que cometió un asesinato y que proyecto permanecer hasta que lo haga.

El repórter volvió a encontrarse con un campo propicio y dijo:

—Bueno, es sumamente interesante comprobar que se siente usted en extremo seguro del éxito, señor Larson. Y ya que hablamos de asesinatos impunes, eso es aproximadamente lo que nuestros patrocinadores están haciendo. Han rebajado los precios a tal punto que algunos de los artículos que venden los están en realidad vendiendo a un precio inferior al de costo.

Y lanzado a las ondas esta propaganda comercial, el repórter se dirigió a otro pasajero para entrevistarlo.

Yo me acerqué a uno de los camareros y le dije:

—Larson parece haber quedado un tanto sorprendido por lo inesperado de esta entrevista.

—Le pregunté si estaría dispuesto a aceptar, como pasajero, ser entrevistado para la radio y me contestó que se sentiría encantado de ello. Evidentemente, ignoraba que el repórter se hallaba plenamente enterado de sus relaciones con las Fuerzas de Policía de Denver.

Saqué un billete de diez dólares de mi bolsillo y le dije:

—¿Cree usted que sería capaz de averiguar cómo es que ocurrió que escogiesen precisamente a Larson para entrevistarlo?

El camarero echó una ojeada al billete de diez dólares y contestó:

—Creo que sí.

Le entregué el billete, él lo dobló y se lo guardó en el bolsillo, sonrió entre dientes y dijo:

—Yo soy el responsable de lo ocurrido. Me habían dicho que

Larson era un personaje interesante y lleno de colorido que podría contar atractivas historias sobre su profesión, las cuales resultarían estupendas trasmitidas por radio.

—¿Y quién le dio a usted el soplo de eso?

—Sidney Selma —contestó el camarero—. Y cuando lo vea, le voy a hacer por mi propia cuenta algunas preguntas.

Asentí con la cabeza.

—¿Alguna cosa más? —me preguntó, con amabilidad, el camarero.

—Eso es todo lo que deseaba saber —le contesté.

capítulo nueve

BICKNELL tenía bajo su dominio el control de las reservas de alojamiento para nuestro grupo en las islas y de esta forma quedaba a su arbitrio enviarnos donde él quisiera.

Según parecía, había supuesto que Miriam Woodford continuaría alojándose en el Hotel Royal Hawaian; pero según resultó luego, la joven viuda había tomado un departamento en el distrito de Waikiki, distante sólo unos centenares de metros del Hotel Royal. Miriam se llevó con ella a Norma Radcliff.

Bicknell reservó habitaciones en el Royal para Bertha Cool, y él mismo se quedó en ese establecimiento y me envió a mí a alojarme en el Hotel Moana.

Bertha me dio algunas instrucciones en voz baja, poco antes de que nos separásemos para ir a nuestros respectivos hoteles, y añadió:

—Nuestro cliente se encuentra muy amargado.

—¿Y a qué se debe eso?

—No le gusta la actitud adoptada por Miriam. Cree que está tratando de jugarle alguna mala pasada. Ella no quiere decirle en qué consiste su conflicto personal. Le manifestó que hablaría con él más tarde.

—¿Y hay alguna otra cosa?

—Pues que él no quiere que tú te destaques demasiado. Estima conveniente que tú recibas todas las instrucciones relativas a Miriam Woodford por mediación mía.

—Pues yo estoy muy conforme con eso —repliqué—, a condición de que ese sujeto esté dispuesto a pagar nuestros gastos aquí, mientras tú consigues la información y demás, y eso amén de nuestros salarios. Cuando acabemos con todo esto, su fortuna habrá sufrido una buena dentellada.

—Muy bien —me dijo Bertha—. Está podrido de dinero. Y ahora tú, señor enamorado, sigue adelante y nada. Mantente fuera de la vista hasta que Bertha tenga una oportunidad para sacarle los secretos a la viudita Woodford y comprobar qué es lo que ocurre.

—¿Y cuánto tiempo supones que va a llevarte todo eso?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —replicó—. Tú hablas lo mismo que si fueras un cliente. Pero recuerda que a nosotros nos pagan. Por lo tanto, tómalo con calma.

—Te encantará Honolulú —le dije.

—Odio todo esto —contestó ella—. Estoy echando humo debajo de esta montaña de flores. Me asfixian.

—Sí, pero recuerda en el tiempo que debe reinar ahora en nuestra tierra —le dije yo—. Vientos fríos que soplan, lluvia fría cayendo contra las ventanas de la oficina, las calles todas mojadas, la gente apretujándose en los tranvías con las ropas empapadas de agua y oliendo mal y…

—Guárdate eso para ti —respondió ella, y se alejó para tomar un taxi.

Yo me fui al Hotel Moana y descubrí que Bicknell no regateaba gastos cuando se trataba de elegir habitaciones. La que a mí me destinaron estaba frente a la playa y tenía unas grandes ventanas que daban a la blanca arena de la playa Waikiki, a lo largo de las ondas sobre las cuales flotaban las canoas, los esquiadores marinos y los nadadores.

Para mí todo esto estaba muy bien. En cierta forma, yo tenía la idea de que iba a transcurrir aún bastante tiempo antes de que Miriam Woodford comenzase a hacer confidencias a Bertha Cool. En realidad, pensaba que pasaría largo tiempo antes de que confiase en nadie, excepto, quizá, en Norma Radcliff.

Consideré lo magnífico que hubiera sido si yo hubiera conseguido una grabación de la charla de ambas cuando se encontraron a la llegada. Y luego me pregunté a mí mismo si esta brillante idea no se le habría ocurrido ya entonces a alguna otra persona.

Traté de averiguar dónde se hospedaba Sidney Selma, pero no pude conseguir dar con su paradero.

Sabía que Edgard Larson había ido a hospedarse al Hotel Surfrider, porque a ese establecimiento había sido llevado su

equipaje.

Continué pensando en lo que Miriam y Norma estarían hablando en estos momentos y preguntándome si quizá algún inteligente ciudadano no se las habría arreglado para instalar un micrófono secreto en el departamento de Miriam. Por mi parte, yo lo hubiera hecho así si hubiese sido un chantajista.

Sin embargo, todo esto no significaba que hubiese nada perdido por el momento dadas las circunstancias.

Bicknell nos contrató para realizar una misión y luego pretendió decirnos la forma en que habríamos de proceder para llevar a cabo dicha misión. Por mí no había inconveniente, si él quería que las cosas se hiciesen en esa forma, siempre que estuviera dispuesto a pagar su precio. Al fin y al cabo, era asunto suyo.

Hice que colocaran mis maletas donde bien me pareció y comencé a deshacerlas, preguntándome si Bertha habría pensado poner en mi equipaje mi traje de baño.

En efecto, lo había puesto.

Habíamos sentido intenso calor al venir desde el muelle a la ciudad de Honolulú y la playa se me ofrecía fresca e invitadora. Me puse mis pantalones de baño y bajé a la playa, crucé la arena hasta el agua y me lancé al mar.

El agua era como de terciopelo y lo bastante fría para resultar suavemente estimulante, hasta que el cuerpo se acostumbró a la temperatura. Conseguido esto, ya pareció tan natural como encontrarse metido dentro de una tina de baño.

Nadé mar adentro tres o cuatrocientos metros, me puse boca arriba y floté así durante una media hora, para impregnarme de la sensación del agua salada, nadando ocasionalmente algunas brazadas y dejándome acariciar por las olas hasta que finalmente me encontré de nuevo en la playa.

Entonces me puse al sol.

Alguien a mi lado dijo:

—Bueno, no pierde usted el tiempo, ¿verdad?

Alcé los ojos y me encontré con Miriam Woodford.

—¡Hola! ¿Dónde están los demás?

—Norma prefirió quedarse acostada un rato. Yo traté de traerla, para que nadara. Le dije que, nadando, se sentiría mucho mejor; pero me contestó que prefería descansar. ¿Va usted a volver a

arrojarse al agua otra vez?

—Más bien había pensado en tomar un poco el sol.

Miriam asintió con un movimiento de cabeza, se sentó en la arena y me señaló un lugar a su lado. Vio a un mozo de playa, lo llamó con un ademán y a los pocos instantes ya teníamos una sombrilla cubriéndonos. Nos tendimos en la arena, como si Miriam y yo fuésemos amigos de largos años.

La miré de arriba abajo y me sentí complacido por lo que vi.

Poseía un cuerpo que hubiera ganado muy bien un primer premio en un concurso de belleza en cualquier parte. Tenía esa clase de piel que se tuesta con un suave brillo. Algunas mujeres hacen esfuerzos fantásticos para tostarse; pero si bien consiguen esto, su piel pierde en cambio el brillo. No así la de Miriam. Era rubia y sin embargo tenía la clase de epidermis que reaccionaba muy bien al sol.

Me sorprendió mirándola así y me dijo:

—¿Se le perdió a usted algo? —Su voz tenía un tono afable y perezoso. Movió un poco las piernas.

—Me sentí interesado por el bello tueste que usted ha conseguido.

—¿Y eso es todo?

—No, no es todo.

—Me hubiera usted decepcionado si lo fuese. ¿Le gusta a usted mi tueste?

—Sí, le sienta muy bien.

—Pues lo conseguí gradualmente. Me puse al sol sólo unos pocos minutos el primer día. Un poco más tiempo el segundo día, y, además de eso, claro está, usé preparados especiales para conseguir el tueste.

—Pues parece muy hermoso —dije yo.

—Son puros convencionalismos, de todas formas. Si pudiéramos andar conforme la naturaleza nos hizo, ello resultaría muy hermoso y los cuerpos serían todos morenos. Pero tal como es en realidad, las partes que quedan cubiertas por el traje de baño resultan desagradablemente blancas. Yo bien quisiera que la gente no tuviera un criterio tan estrecho, pues de esta manera una joven podría en verdad conseguir un cueste real y completo.

—Pues si tanto le agrada, haga que reformen la Constitución en

ese aspecto —le dije yo—. Yo votaré a favor de su enmienda.

—Lo mismo sería que yo anduviese por aquí desnuda de pies a cabeza, a pesar de todas las leyes, pues cada vez que camino por la playa cada hombre que se encuentra en ella me desnuda mentalmente.

—Pero no tendrá usted forma de privarlos de ese capricho, ¿verdad?

—Bueno, el caso es que no consigo un tueste uniforme de pies a cabeza, como el que yo quisiera.

Sonreí entre dientes ante su vehemencia.

—Norma me ha dicho que usted es un hombre muy comprensivo.

—Por favor, hágale usted presente a Norma mi agradecimiento.

—No. Ni siquiera le diré que estuve hablando con usted.

—¿No?

Meneó la cabeza denegando.

—Norma se está preocupando demasiado.

—¿Respecto a qué?

—Ya lo sabe usted.

Guardé silencio.

—¿Qué cree usted que debiera hacer Norma? —preguntó.

—Eso es cosa que Norma debe decidir.

—En todo caso, ¿qué le sugeriría usted?

—Yo no tendría nada que sugerirle.

—¿Qué sospecha usted que anda buscando ese hombre?

—Los hombres —contesté— buscan cosas muy diversas. —Y concentré mi atención en un esquiador que se deslizaba por la cresta de una gran ola, realizó algunas curvas de fantasía, gobernando su patín de forma que virase rápidamente ora a la derecha, ora a la izquierda, y después siguió deslizándose en línea recta. Era un soberbio patinador que se mantenía graciosamente en perfecto equilibrio.

—¿Es usted muy comunicativo, verdad? —dijo Miriam.

Le sonreí y ella hizo lo mismo, mirándome.

—De todas formas, me gusta que usted sea así. Lo llamaré por su nombre, Donald. Usted llámeme Mira. ¿En dónde se hospeda usted?

—En el Moana.

—Yo vengo aquí para nadar un rato todos los días,

aproximadamente a esta hora —me confió.

—Pues nunca me retrasaré para venir a la playa —le dije—. ¿No le parece maravillosa esta agua?

Asintió con la cabeza y dijo:

—¿Ha corrido usted en canoa?

Denegué con un movimiento de cabeza.

—Pues ahí viene una —dijo ella—. Reman hasta fuera de la playa donde las olas son grandes y luego emprenden el regreso a la orilla con la proa hacia el rompeolas. Ponen la canoa a velocidad suficiente para que no sea tragada por el agua y entonces la ola los envuelve y los levanta hasta su cresta. En ese momento dan unos cuantos golpes de remo y todo el mundo vuelve a sentarse, gozando del paseo. A veces vienen en lo alto de una cresta más de una milla, hasta llegar al rompeolas.

—Me parece una cosa muy interesante —comenté.

—Es una de las cosas más apasionantes que he hecho en mi vida. ¿Usted no lo ha probado nunca?

—No.

—Pues voy a invitarlo. Esta vez invito yo.

Volvió a hacer seña al mozo de playa, el cual a su vez alzo una mano e hizo una señal. Momentos más tarde fue lanzada al agua una canoa y Miriam, tomándome de la mano, dijo:

—Vamos, Donald. Quiero que usted se siente en la popa. Allí es donde resulta más excitante. Va usted a pasar por una experiencia que jamás olvidará.

Alenté la esperanza de que ni a Stephenson Bicknell ni a Bertha Cool se les ocurriese venir, precisamente en esos momentos, a la playa, pero al propio tiempo tampoco vi razón alguna para decir a Miriam que se estaba extralimitando.

Nos metimos, pues, en la canoa y nos pusimos a remar y remar.

En nuestra embarcación, a popa, había tres hawaianos, hombres verdaderamente hábiles con sus remos. Me imagino que al remar nosotros poca ayuda les prestábamos, pero al fin y al cabo no dejaba de ser un poco de ejercicio. Tras haber permanecido cinco días a bordo de un barco, esto resultaba divertido.

Salimos mar adentro, hasta donde las olas eran realmente grandes.

Miriam se puso a darme explicaciones.

—Hay un arrecife que circunda esta parte de la isla. Es de coral y se halla lo suficientemente próximo a la superficie para que las grandes olas que vienen barriéndolo todo desde el Pacífico se conviertan en olas pequeñas que avanzan hacia aquí a una velocidad de diez o quince millas por hora y corren directamente hasta la playa. Estas olas no se encaracolan ni se quiebran, sino que se alzan en una elevada cresta y luego avanzan todas a un mismo tiempo. Es la experiencia más apasionante que pueda darse. Se encuentra usted así corriendo sobre un tumulto de espuma…

Los hawaianos nos gritaron:

—¡Remen, remen!

Comenzamos a remar, esta vez en dirección a la orilla, poniendo en ello todas nuestras fuerzas. La canoa se deslizaba sobre el agua y yo volví la vista atrás por encima del hombro. Una gigantesca ola que parecía tener diez pies de altura venía sobre nosotros. Era una masa de agua que se alzaba suavemente con un silbido y una cresta de blanca espuma.

La ola nos apresó y nos proyectó hacia arriba, como si estuviéramos en un ascensor.

—¡Remen, remen! —gritaron de súbito otra vez los hawaianos —. Tiren de los remos.

Tiramos de los remos y uno de los hawaianos que parecía ser el jefe dio unos cuantos golpes profundos de remo hasta situar la canoa exactamente en el punto donde él quería, que era precisamente la cumbre de la ola, con la banda de la derecha metida en la línea de la espumante agua.

La canoa adquirió entonces gran velocidad. Una ola en arco se partió en dos a cada lado, formando una delicada curva. Detrás de nosotros, la ola avanzó con un rugido que parecía aumentar su velocidad a medida que avanzaba sobre agua más profunda.

Entonces sentí el aire caliente soplando sobre mí con una velocidad que parecía cortarme el rostro y vi las chispeantes joyas del agua bañada de sol arrojada hacia atrás mientras al frente aparecía una plácida sábana de tranquilo azul.

Me volví a mirar a Miriam.

La joven tenía los brazos abiertos y el viento azotaba su cabello, mientras sus ojos chispeaban de excitación.

Ella sorprendió mi mirada y me lanzó un beso. Agité una mano

hacia ella, saludándola, y luego me volví para contemplar cómo la canoa avanzaba por las aguas.

Volvimos a salir cuatro o cinco veces más en la canoa para nuevos paseos de esta especie antes de decidir que ya había bastante.

Terminada esta experiencia, Miriam me dijo:

—Sentémonos en la playa un rato, Donald. Quiero hablar con usted.

Me senté a su lado, descansado y feliz.

—Supongo —dijo Miriam— que usted está enterado de todo sobre mi conflicto, después de hablar con Norma, ¿verdad?

—Norma no fue muy comunicativa respecto a los asuntos de otras personas.

Ella se rió y dijo:

—Sin embargo, usted está enterado, ¿verdad, Donald?

—¿Pero se encuentra usted en un conflicto? —le pregunté.

—Escuche. Yo era una niña desenfrenada en Nueva York. Estaba lanzada para disfrutar de cuanta acción y emoción pudiera presentarse. Y entonces emprendí un viaje de placer por mar. Me gustan estos cruceros marítimos. Y conocí a Ezra Woodford. Ezra era un hombre de edad y, en efecto, la representaba. Tenía costumbres muy anticuadas, pero era un buen hombre y estaba cargado de dinero. Después de conocerme, Ezra me pidió en matrimonio. Él sabía muy bien que yo no podría amarlo, pero a la vez no creía que el amor fuese necesario. Juzgaba que yo podría otorgarle un cierto grado de compañerismo que no había logrado en su vida y que, a su vez, él podría hacerme hasta cierto punto feliz. Me prometió que me dejaría en herencia, cuando muriese, la mitad de su fortuna.

—¿Y entonces usted se casó con él?

—Sí.

—¿Y él murió?

—Sí.

—¿Y usted recibió la mitad de su fortuna?

—Sí.

—¿Y esa fortuna valía la pena?

—Sí.

—¿Fue usted feliz?

—No. Resulta difícil explicar lo que una muchacha joven siente hacia un hombre viejo que es comprensivo y de amplio criterio y un buen compañero. Es una sensación confortable. Pero no es amor. No es felicidad. Supongo que es algo muy similar a las relaciones de una hija con un padre. Yo nunca conocí a un padre al cual pudiese acudir y respetar, y supongo que siempre ha habido en mí algo de esa ansia filial. Es muy difícil de explicarlo, pero, créame usted o no, yo admiraba realmente a Ezra.

—Muy bien. ¿Cuáles son sus problemas?

—Pues que alguien está dispuesto a denunciar que yo lo maté.

—¿Qué usted lo mató?

—Así es. Ellos creyeron que yo no podría esperar.

—¿Qué no podría esperar qué?

—Que no podría esperar hasta que él muriese y que tendría que apresurar las cosas.

—¿Muy bonito, verdad?

—Sí.

Ella titubeó por unos instantes y luego dijo:

—Escuche, Donald; usted se halla hospedado en el Moana, ¿verdad?

—Sí.

—Pues vaya usted a su cuarto, quítese el traje de baño, póngase algo ligero, como una camisa de deporte y unos pantalones, y venga usted otra vez a tomar una taza de té conmigo. Quiero que usted entable una relación más familiar con Norma y… Tengo la impresión de que puedo confiar en usted.

—¿A qué hora quiere usted que yo vaya allí?

—Tan pronto como se haya cambiado de ropas.

—¿Y qué me dice de usted?

—No se preocupe por eso. Estaré lista —dijo ella, riendo— en el momento en que usted llegue.

—Eso es una cita —dije yo.

—Son solamente unos cuantos centenares de metros desde su hotel.

Me puse en pie y le tendí la mano para ayudarla a incorporarse, pero ella saltó como si fuera una pelota de goma, sacudiéndose la arena de sus caderas, mientras sus ojos azules reían mirando a los míos, como si la vida fuese sólo una gran aventura y a ella no le

importase en absoluto lo que pudiera venir, a condición de que no fuese vulgar.

Me fui a mi habitación, tomé rápidamente una ducha, me puse unos pantalones y una camisa hawaiana y me dirigí a pie al departamento de Mira.

La joven me recibió vistiendo una bata de casa bajo la cual parecía no llevar ninguna otra prenda.

Acababa de salir de la ducha y su aspecto era fresco…, tan fresco como un pétalo de rosa cubierto de rocío.

Norma se hallaba tendida sobre un sofá, en pijama de seda.

Ambas jóvenes aparecían tan sencillas y descansadas, tan naturales al recibirme, que cualquiera hubiera creído que yo estaba casado con una de ellas y que la otra me consideraba como un pariente muy cercano.

Miriam dijo:

—Nosotras estamos tomando *whisky* con sifón.

—Pues yo tomaré lo mismo —contesté.

Nos sentamos todos para tomar nuestras bebidas.

—Anda —dijo Norma a Miriam—, dile lo que tienes que decirle.

Miriam me dijo:

—Me están chantajeando.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Se trata de una larga historia.

—Pues, concrétela —le dije, consultando mi reloj y pensando en Bertha y en Bicknell.

Miriam dijo:

—La primera dentellada que quieren darme es de veinte mil dólares.

—¿Y el autor de eso es Sidney Selma? —pregunté.

Ella meneó la cabeza, denegando.

—No conozco a Sidney Selma.

Arqueé las cejas, mirando a Norma.

—Sidney Selma es mi cachorro —manifestó Norma.

Yo dije:

—Pongamos algunas cartas sobre la mesa.

—Ya están sobre la mesa —contestó Miriam—. Por lo menos, lo están en este momento. Yo compré un poco de arsénico. Norma sabe sobre esto; tiene una carta mía para probarlo.

—¿Y esa carta está escrita de puño y letra de usted?

—Sí.

—Pues eso hace que la cosa sea muy bonita —dije.

—¿Verdad que sí? —dijo Mira.

—¿Y qué dice en esa carta? —pregunté.

—Pues que acababa de regresar de compras y había adquirido arsénico bastante para matar a un caballo…, y añadía otras cosas en broma, en el estilo en que Norma y yo acostumbrábamos bromear constantemente.

—¿Y dónde se halla esa carta?

—No estamos muy seguras acerca de dónde está. Norma cree que la tiene entre sus cosas en Nueva York. Apenas si nos habíamos vuelto a acordar de ella hasta hace poco tiempo. Y luego Sidney Selma hizo proposiciones a Norma a bordo. Le dijo que poseía algunas cartas que ella desearía tener en su poder. Y le ofreció darle esas cartas suyas, si ella, a su vez, le entregaba las que yo le había escrito a ella.

Me volví hacia Norma.

—¿Era eso lo que Selma quería en realidad?

—Sí. Eso era parte de lo que quería.

—¿Y por qué razón compró usted arsénico? —pregunté a Miriam.

Ella contestó:

—Ésa es la parte de la cuestión que nadie creería. Ezra pidió que lo comprase.

—¿Y para qué lo quería él?

—Estaba haciendo trabajos de taxidermia. Había sido su pasatiempo de toda la vida. Mezclaba una especie de preparado para conservar las pieles de los pájaros y ese preparado contenía arsénico.

—¿Y tenía por costumbre hacer el preparado él mismo?

—Exactamente. Y me pidió que le comprase arsénico.

—¿Y tuvo usted alguna dificultad? —pregunté.

—Ninguna, en absoluto. La droguería que suministraba el producto conocía a mi marido, y eso fue suficiente.

—¿Firmó usted entonces el recibo de ese arsénico en el registro de la droguería?

Ella meneó la cabeza negativamente y dijo:

—No. Ahí fue donde yo los engañé al parecer.

—¿Y cómo fue eso?

—Pues mi esposo trataba con un establecimiento de suministros al por mayor. Compraba grandes cantidades.

—¿Y puede usted probar que su esposo le pidió que comprase ese producto?

—No.

—¿Qué cantidad adquirió usted?

—La suficiente para envenenar a mi esposo.

—¿Y dónde se encuentra el producto ahora?

—Cuando yo comprendí que había una especie de investigación sobre todo esto, es decir, que había un interrogante sobre si Ezra había fallecido de muerte natural, me sentí invadida de pánico y fui al sitio donde había dejado el paquete de arsénico. Creí que podría demostrar que estaba sin abrir y exactamente en las mismas condiciones en que yo lo había adquirido.

—¿Y estaba así el paquete?

—No.

—¿Qué había ocurrido, pues?

—Que alguien había cortado las etiquetas que sellaban aquel paquete y había extraído una cantidad del producto.

—¿Qué cantidad, aproximadamente?

—Lo ignoro. Sólo sé que era una cierta cantidad.

—¿Y qué hizo usted al comprobar eso?

—Arrojé el resto por el fregadero y quemé la envoltura.

—Eso no fue muy inteligente…, dado el caso de que ellos alguna vez consigan encontrar la pista del lugar donde adquirió usted el producto.

—Ya comprendo que no lo fue, me doy cuenta de eso ahora. Pero no lo comprendí entonces. Sin embargo, si usted tiene en cuenta lo que sentí al comprobar que había sido extraída una cantidad del paquete también comprenderá la situación en que yo me encontré.

—¿Y quién quiere hacerle chantaje?

—Un individuo llamado Bastion…

Jerome C

. Bastion.

—¿Y está aquí ese hombre?

—Sí, está en algún lugar de estas islas.

—¿Dónde?

—Lo ignoro. No está alojado en ninguno de estos hoteles. La oficina de turismo ignora dónde se encuentra.

—¿Y usted no conoce a Selma?

—Jamás oí hablar de él.

—¿En qué forma se puso en contacto con usted Bastion?

—Él me comunica por anticipado dónde debo encontrarme con él.

—¿Se lo comunica por teléfono?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo lleva él aquí?

—Aproximadamente un mes, creo.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Un par de meses.

—¿Y cuándo tuvo usted su último encuentro con él?

—Hace unas dos semanas.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le di a entender que no me mostraría muy difícil para tratar, y que si él me entregaba todas las pruebas, yo podría darle a cambio, no tanto como pedía, pero sí una buena suma de dinero.

—¿Y él tiene algunas pruebas?

—Afirma que las tiene.

—¿Y un chantajista está intentando conseguir las cartas que usted escribió a Norma?

—Sí.

—¿Y entonces usted prometió dinero a Bastion?

—Le dije que trataría de reunir alguno.

—¿Y él la dejó en paz después de eso?

—Él sabe que estoy haciendo gestiones para reunir dinero.

—¿Y usted estaba decidida a pagar?

Miriam me miró desafiante, y dijo:

—Si no puedo librarme de él de ninguna otra manera…

—¿Envenenó usted a su esposo?

—¿Me creería usted si le dijese la verdad?

—No lo sé. ¿Lo envenenó usted?

—No.

—Prométame usted una cosa —dije.

—¿Qué cosa?

—Que usted no pagará ni un solo centavo a nadie.

—¿Cree usted que ésa es la mejor forma de llevar el asunto?

—Sí.

—Muy bien; entonces se lo prometo.

—Y también prométame usted que no dirá a nadie que habló conmigo.

—Muy bien; así lo haré.

Sorbí *whisky* con sifón y examiné la estancia.

Uno de los cuadros que pendían de la pared parecía en cierta manera estar en desacuerdo con el decorado de la habitación. Me acerqué al cuadro, lo aparté de la pared, miré tras de él y luego invité a Miriam y a Norma a acercarse.

Las dos se inclinaron sobre mí, mirando.

En la pared apareció un agujero redondo del tamaño de una moneda de un dólar de plata y detrás de él había la inequívoca rejilla de un micrófono.

Mira se movió a un lado ligeramente y me agarró de un brazo. Su respiración se hizo agitada.

Deslicé mi mano por su cintura y ahora pude comprobar que debajo de la bata no llevaba, efectivamente, ropa alguna.

Norma arrimó las redondeadas curvas de su cuerpo contra el mío, me puso una mano en el hombro y en un susurro de sorpresa exclamó:

—¡Donald!

Volví a colocar el cuadro en su sitio, de modo que el micrófono no pudiese registrar el menor sonido.

—Bueno —dije—, eso completa las cosas.

—Pero… ¿cómo pudo haber venido a parar eso aquí? —susurró Mira.

Me puse un dedo sobre los labios, invitándola al silencio, y luego dije en voz alta:

—¿Dónde está el cuarto del niño, Mira?

Ella contestó riendo:

—Está por aquí.

Hice de forma que sonase un fuerte golpe al cerrar una puerta y después atraje a Mira hacia mí y con un murmullo le dije al oído:

—Pónganse a hablar cuanto puedan sobre el viaje que hizo

Norma y toda clase de cosas. Hablen también de mí. Hagan trizas de mi reputación, hablen horrores de mí, como si yo fuera un hombre infernal. Mantengan esa conversación a todo tren y sin objetivo preciso. Preciso averiguar si esta conversación fue grabada.

Me daban ganas de golpearme por haber procedido como un ingenuo y despreciable aficionado. Porque yo debiera haber registrado la estancia en busca de algún micrófono antes de que las muchachas comenzasen a hablar.

La presencia de ese micrófono explicaba multitud de cosas. Ciertamente, nos encontrábamos ahora en un lío. Si la policía de Hawai actuando en cooperación con la policía de Denver era la autora de la instalación del micrófono, entonces estábamos perdidos. Antes de esa misma noche presentarían una orden de detención a Miriam Woodford. Y, así, Edgar Larson podría emprender el viaje de regreso con su prisionera.

Por otra parte, si el micrófono representaba la labor de unos chantajistas, ciertamente nos encontrábamos ahora en sus garras y significaba, además, que ellos precisaban a toda costa una declaración grabada.

Me dirigí al pasillo que estaba detrás de la sala, acerqué una silla y, subido a ella, comencé a buscar hilos eléctricos.

En efecto, los encontré hábilmente disimulados y tendidos entre las paredes y la moldura y luego por encima de ésta.

Una vez que encontré el primer hilo, lo seguí hasta descubrir un aparato registrador oculto debajo del piso de un pequeño pórtico de servicio, en la parte posterior de la vivienda.

Desconecté el micrófono, corté el aparato registrador y lo metí dentro para examinarlo.

Era un aparato registrador de fabricación especial. Los tambores eran los grandes tambores que son utilizados profesionalmente en los estudios de registro de voces.

El aparato registrador de aficionados corriente tiene la mitad de la velocidad de los que se utilizan en los estudios, y allí donde un tono completo no es requerido ese promedio es cortado por la mitad y en algunas de las máquinas más pequeñas es vuelto a cortar por la mitad una vez más.

Esta máquina estaba puesta a poca velocidad, pero los grandes tambores que funcionaban en una unidad giratoria que tenía fuerza

suficiente para mantenerla funcionando a ritmo regular estaban ajustados de tal forma que, por lo que yo pude calcular, uno de esos tambores servía para seis horas.

Las dos muchachas se reunieron conmigo para ver lo que había encontrado.

Me imaginé cuál era el mecanismo de aquel aparato; lo puse a funcionar a la inversa, a gran velocidad, extraje la cinta y dije:

—Es preciso que examine esa cinta y compruebe lo mala que resulta.

—¿Se refiere usted a nuestra conversación? ¿Toda nuestra conversación está registrada ahí?

—Me temo que sí. Toda la conversación que ustedes tuvieron conmigo y…

—¿Y también toda la que tuvimos nosotras estando, solas?

Asentí con la cabeza.

—¡Santo Dios! —exclamó Norma con desmayo.

Miriam rió y dijo:

—Bueno, quienquiera que escuche ese registro va a comprobar lo que las mujeres hablan en sus momentos de intimidad.

Yo asentí con la cabeza y dije:

—Por ahora yo soy quien va a escucharlo.

Me llevé el aparato al cuarto de baño.

—Donald, no…; le prohíbo que lo escuche. Usted no puede escuchar eso…

Miriam comprendió de pronto lo que yo me disponía a hacer y se dispuso a echarse sobre mí.

Cerré de un golpe la puerta del cuarto de baño en sus propias narices y le eché llave.

Encontré un enchufe eléctrico, conecté en él el aparato, puse en funcionamiento el reproductor y esperé.

Utilicé la velocidad mayor, con objeto de que transcurriesen pronto los períodos de silencio, y logrado esto, volví a ponerlo a velocidad normal y comencé a oír una conversación.

Esta conversación me llevó al lugar donde Norma y Miriam se habían sentado para su primera charla íntima, después que Norma se hubo quitado sus ropas de calle.

Y, en efecto, había una charla.

Debajo de la puerta del cuarto de baño observé cómo una ligera

línea de luz, allí donde la madera no llegaba al suelo. De vez en cuando podía observar sombras moviéndose sobre esa cinta de luz, lo cual me reveló que las dos muchachas, o cuando menos una de ellas, se encontraba al otro lado de la puerta, escuchando.

La conversación en el aparato era reproducida en forma clara. Era un magnífico aparato de registro.

Y cuando acabé con dos primeros treinta minutos de esa conversación, sabía un montón de cosas que antes ignoraba. Sabía mucho sobre la amistad entre las dos jóvenes, oí también un par de historias que resultaron nuevas para mí, y me enteré igualmente de unos pocos detalles íntimos sobre ropas y otras cuestiones personales.

También oí a Norma hablar a Miriam de mí, sobre la ayuda que yo le había prestado, y luego escuché cómo Miriam preguntaba a su amiga dónde podría ponerse en contacto conmigo.

Norma le dijo que yo me hospedaba en el Hotel Moana.

Después oí el sonido de un disco de teléfono al marcar un número. Era Miriam que telefoneaba y que luego, volviéndose desde el teléfono, decía a Norma:

»—Él está allí…, el empleado dice que lo vio salir para la playa con su traje de baño.

Norma dijo:

»—Bueno, apresúrate. Ponte ese sumario traje de baño que tienes, vete a la playa y procura que él te vea.

»—¿Y crees que eso dará resultado? —preguntó Miriam.

»—¿Que si lo dará? —dijo Norma, admirativa—. Querida, esas caderas solas bastarían para fundir una estatua de bronce.

»—¿Crees que él puede ayudarme, Norma?

»—Estoy segura de que puede.

»—¿Y piensas que querrá?

»—Un hombre que no quisiera, sería un murciélago cegato y un pazguato —replicó Norma—. Tú ya has podido comprobar eso bien a menudo. Sólo el pensarlo, me da envidia…

»—Pues no veo por qué tengas que envidiar nada —dijo Miriam —. Contémplate a ti misma.

»—Bueno, yo estoy bien de carnes —admitió Norma—, pero no siempre me gusta llegar tan lejos».

La conversación siguió por ese estilo. Evidentemente Miriam

había comenzado a ponerse su traje de baño y entonces las comparaciones anatómicas casi clínicas que siguieron me hicieron arder las mejillas de rubor.

—Donald Lam, apague usted ese horrible aparato o le romperé la cabeza hasta matarlo —me dijo Miriam desde el otro lado de la puerta, con voz entrecortada.

Dejé funcionar el aparato hasta que oí en él el ruido de una puerta cerrándose de golpe, seguramente en el momento en que Miriam había salido para irse a la playa a reunirse conmigo.

Apagué el aparato registrador y abrí la puerta del cuarto de baño. Miriam estaba sentada en la cama y su expresión era una mezcla de turbación y de regocijo.

A su vez, Norma estaba comenzando a reírse.

—Ahora ya lo sabe usted —dijo.

—Sí, ahora ya lo sé —le contesté.

—Y no solamente sabe lo que las mujeres hablan entre sí en privado —dijo Norma—, sino que sabe tanto sobre mí misma como si hubiera estado casado conmigo estos últimos cinco años.

De nuevo las dos jóvenes comenzaron a reír.

Yo les dije:

—Esto no es cosa de risa. Quien haya puesto este aparato registrador allí, ahora tiene…

—Ya lo sé, ya lo sé —chilló Miriam—. Es un momento para llorar, pero también resulta tan gracioso, tan aterradoramente cómico, que usted se siente ahí a escuchar todo ese montón de cosas sobre usted mismo y sobre la forma en que yo iba a hipnotizarlo.

—Y claro que me hipnotizó —contesté.

—Seguro que dio resultado —me dijo Norma—. Nosotras lo habíamos planeado todo en esa forma.

Ambas volvieron a estallar en un torrente de carcajadas.

—¿Quién hace el trabajo de limpieza aquí? —pregunté.

—Lo hace Mitsui, una muchachita mestiza de japonés y de hawaiano.

—¿Y sospechan ustedes que acaso ella haya podido…?

Miriam meneó la cabeza negativamente.

—Esa muchacha es la cosita más discreta del mundo. Se limita a realizar su trabajo de limpieza, poner toallas limpias y cosas por el estilo.

—¿Dónde está ahora?

—La envié al centro de la ciudad a buscar algunas cosas.

—¿Tiene su cuarto aquí?

—No, no duerme aquí. Viene a eso de las ocho de la mañana y se va aproximadamente a las ocho de la noche.

—¿Y trae con ella alguna cosa? —pregunté.

—Trae una bolsa —dijo Miriam—. En esa bolsa lleva su uniforme de camarera y se cambia de ropa en el cuarto de baño de las sirvientas.

—Vamos a echar una ojeada allí.

Nos dirigimos al cuarto de baño de la sirvienta. La pequeña bolsa estaba detrás de la tina. Tiré de ella. Dentro de la bolsa encontré dos grandes rollos de cinta de registrar.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Miriam.

—Colocaremos de nuevo esta máquina donde estaba.

—¿Y qué hacemos con todos los rollos registrados?

—Los borraremos.

—¿Y cómo puede usted borrarlos?

Le mostré la forma de poner el rollo, ajustarlo, luego dar vuelta al botón que pone en marcha la magneto y lanza la máquina a gran velocidad.

Coloqué toda la cinta en la posición adecuada en el carrete, con el micrófono conectado, antes de que la sirvienta regresara de las compras.

Dejé el botón en posición tal que quienquiera que hubiese puesto allí la máquina de registrar pensaría que se había olvidado de bajar el botón para que quedasen registrados los sonidos, y así esto explicaría que la cinta estuviese en blanco… o cuando menos yo esperé que ése fuese el resultado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Miriam.

—Ahora tendré que seguir a su dulce criadita cuando salga de trabajar —contesté—, y averiguar qué es lo que hace con esos rollos de cinta.

Miriam preguntó:

—¿Y cree usted, Donald, que podrá hacer eso?

—Así lo creo. Alquilaré un auto. ¿Dice usted que ella sale de aquí a las ocho?

—Sí. Pero puedo retenerla unos minutos más, si usted…

—No. A las ocho será buena hora.

—Y cuando ella venga, ¿querrá usted tomar el té con nosotras? Esto le dará a usted oportunidad para conocerla y observarla.

—Prácticamente ya la conozco ahora —dije—. Y ahora ustedes dos, muchachas, recuerden que todo cuanto digan va a ser grabado. Por lo que he podido ver, esa cinta que se encontraba allí hubiera estado funcionando hasta las cuatro de la tarde, aproximadamente. Y luego, antes de marcharse, ella pondrá otro rollo nuevo. Todas las conversaciones que sostengan ustedes serán así registradas. Pero si hablan con excesiva reserva, sospecharán que ustedes descubrieron el micrófono. Sin embargo…

—No se preocupe —dijo Miriam—; no habrá reservas.

Se miraron una a otra y se echaron a reír.

—Dadas estas circunstancias —les dije—, creo que no será prudente que yo aparezca mucho por aquí. Ni que me quede. Me iré a un lugar donde pueda ver a Mitsui cuando salga de aquí y seguirla. No quiero que ella me vea aquí. Es preferible que continúe siendo para ella un completo extraño. Así podré seguirla mucho mejor.

Miriam asintió con la cabeza y dijo:

—¿Cuándo volveremos a verlo a usted?

—Me pondré en contacto con ustedes, pero recuerden que es preciso que sean muy discretas. Todo cuanto digan aquí será registrado en el aparato. Si yo las llamo por teléfono tienen que disfrazar la conversación. En realidad quizá haya un empalme secreto con el teléfono, y por tanto, hablaré despistando.

—Muy bien —dijo Miriam—. Y, además de todo esto, Donald, cuando usted me vea con ese traje de baño que llevaba hoy será señal de que se prepara un golpe.

—Sí, ahora ya lo sé —le contesté.

Las dos me besaron al despedirme.

Aquéllos no fueron besos platónicos. O por lo menos, intención no era que lo fuesen. Estaban representando una comedia.

—Presión sanguínea, 180 —informó Mira.

—Pulso, 125 —dijo Norma a su vez.

Se cogieron de las manos como en un éxtasis de encanto. Y yo sabía que habrían hecho lo mismo aun en el caso de que hubieran sabido que iban a ser detenidas tan pronto como yo saliese por la

puerta. Si efectivamente había un ángulo cómico en algún punto, ellas habían conseguido captarlo.

Cuando salí, iba todo tembloroso y preguntándome si algunos de los empastes en oro de mi dentadura se habría fundido.

Ciertamente, las dos eran un par de criaturas.

Y entonces me pregunté qué estaría haciendo Bicknell.

capítulo diez

EL Hotel Royal Hawaian estaba saturado de una atmósfera de lujo extraordinariamente tranquila. Las palmeras reales proporcionaban sombra y el aire era una combinación de brisa del océano y de aroma de flores.

Anduve vagando por el vestíbulo y visité un par de tiendas antes de encontrar a Bertha Cool sentada a una mesa en una terraza que daba al océano.

Bertha tenía ante sí un cóctel fuerte y estaba un tanto enrojecida, tenía los ojos húmedos y sus labios se apretaban en una delgada línea.

La observé con atención y llegué a la conclusión de que se hallaba un poco bebida y muy enfadada.

Acerqué una silla y me senté frente a Bertha, al otro lado de la mesa.

Bertha me miró con los ojos ligeramente enrojecidos por el efecto de las copas y chispeando de furor.

—¿Pero qué te crees que estás haciendo? —me preguntó.

—Te he andado buscando.

—¡Qué estupendo detective eres!

—Naturalmente —le dije—, deshice mis maletas y me fui a chapuzar en el mar.

—¡Oh, claro! —replicó Bertha—. ¡Dios mío!, nuestro cliente no pagó setecientos cincuenta dólares por un billete de ida y vuelta para ti sin esperar ninguna otra cosa, ¿verdad?

—¿Qué esperaba, pues, que hiciese?

—Que protegieses a Miriam Woodford.

—¿Protegerla de qué?

—Eso es precisamente para lo que estamos aquí tú y yo: para descubrirlo.

—Yo creí que mi misión consistía en ser el recadero y ayudante tuyo.

—¡Vaya ayudante, vive Dios! —exclamó Bertha.

—¿Qué hay de malo?

—Todo.

—¿Cómo es eso?

—Bicknell está indignado.

—¿Contra quién?

—Contra ti, contra mí y contra él mismo.

—¡Vaya una linda combinación!

—¿Verdad que sí?

Bertha sorbió su copa y dijo:

—Ya sabía yo de antemano que este país me resultaría odioso.

—¿Qué es lo que odias de él?

—Lo odio todo. Odio ver a esas polluelas con sus trajes de baño de dos piezas y que me hacen pensar en mi tipo y mi edad constantemente. Fíjate en aquélla que va por ahí paseándose con un traje de baño tan grande como un sello de correos y tan apretado que parece la piel de una salchicha.

Miré a donde me indicaba.

—Y mira a ésa que va cimbreándose —prosiguió Bertha—. Cuando yo era una muchachita, no nos cimbreábamos así, y tampoco éramos tan bonitas.

Tomó otro sorbo de licor.

—Bueno, ¿por qué no descansas y te dedicas a observarlas?

—Porque me enfurece —replicó Bertha—. Aquí me tienes aprisionada por una faja para impedir que mis carnes se desborden más allá del asiento de la silla. Y en cambio mira aquella rubia que está allí con aquel vestido blanco. ¿Ves a la que me refiero?

—La vi mucho antes de que tú la advirtieses —le contesté.

—¿De veras? —me disparó, y se bebió dos grandes tragos de su copa.

—Al fin y al cabo —le dije—, tu fuerte no son los trajes de baño de dos piezas, sino hacer que una cuenta de banco suba.

Bertha me miró en tal forma que comprendí que no le había gustado lo que le había dicho.

Una graciosa hawaiana cubierta con una especie de bata estampada con vivos dibujos hawaianos, pasó por delante de

nosotros.

—Mira aquélla —dije a Bertha—; no lleva faja.

—No la lleva porque no la necesita —contestó Bertha.

—Pues ella pesa diez kilos más que tú y no es más alta.

Bertha la miró con interés y dijo pensativamente:

—Eso se debe a la forma en que ella se mantiene de pie. Su espalda es recta, sus hombros están exactamente en línea con sus caderas y lleva la cabeza erguida.

—¡Me pregunto si habrá algo dentro de su cabeza! —dije yo.

—¡Maldito si lo sé! —me respondió Bertha, mirando con envidia a aquella mujer—. Ella bien podría… y es más vieja que yo, Donald.

—Termina tu copa, Bertha; luego entraremos en esa tienda y compraremos uno de esos vestidos hawaianos para ti.

—¿Para mí? —replicó Bertha.

—Sí, para ti.

—¡Cómo! Yo nunca podría ponerme una de esas cosas. ¡Caramba, Donald!, ¿estás loco?

—No. Ésa —dije yo— es la forma en que tú vas a romper el hielo con Miriam Woodford. Tú viniste aquí con la apariencia de una mujer de negocios convencional, envuelta en la armadura de una faja de hierro y llena de odios hacia estos lugares. Sobre esas bases, nadie va a confiar en ti, pero si te transformas en una nativa, todo el mundo acudirá a hablarte. Por lo que sé, Miriam es una muchacha impulsiva. Adora todo cuanto es anticonvencional. Por lo tanto, ¿por qué no aproveches ese impulso, Bertha? Vamos, termina de beber tu copa.

Conseguí que Bertha terminase su copa, la tomé del brazo y la conduje a una de las tiendas hawaianas.

Bertha miró a la joven empleada de una manera desafiante, como si la retase a que le sonriera.

—Quiero uno de esos vestidos hawaianos —le dijo.

—Cómo no —le contestó la muchacha, contenta naturalidad como si Bertha le hubiera pedido un paquete de cigarrillos—. Creo que tenemos algunos de la medida de usted. ¿Quiere ver algunos modelos? O —si lo prefiere—, pase usted al cuarto de pruebas; pruébese uno para saber la medida.

Bertha manoseó cuatro o cinco modelos diferentes, seleccionó uno, se fue al cuarto de pruebas y volvió a salir con una mirada de

todos los diablos brillando en sus ojos, integrada la mitad de impulsos y la otra mitad de estímulo alcohólico.

—¿Qué te parezco. Donald?

—Mantente un poco erguida y no camines tan rígida.

—¡Santo Dios —exclamó Bertha—, no puedo mantenerme así sin mi faja!

—Ése es precisamente el problema —le dijo la vendedora—. Usted fajó tanto sus músculos que ya los puso rígidos. Sus músculos han estado contenidos por la faja, pero observe usted en cambio a estas mujeres hawaianas. Caminan derechas y sus figuras son firmes, incluso cuando son gruesas. Esto se debe a que sus músculos se han desarrollado en plena libertad.

—¿Y cómo? —preguntó Bertha.

—Pues bailando la hula.

Bertha dijo:

—Me llevaré este vestido. Envíelo a nombre de la señora Cool, habitación 817.

—Creo que debería llevarse dos de éstos.

—Muy bien, llevaré éste y aquél que está allí con el dibujo de un bosque de palmeras.

—¿Quiere usted llevarlo puesto y que le enviemos el que traía?

—¿Llevarlo puesto? —dijo Bertha—. ¿Andar yo en público con este vestido?

—Pues claro, señora Cool. Le enviaremos sus otras ropas a su cuarto. Éste es un vestido muy corriente en Honolulú.

Bertha replicó:

—Pues yo tengo la sensación de ir desnuda.

—Le sienta a usted muy bien —dijo la muchacha.

—Vámonos —dije a Bertha—. Lo mejor será que te acostumbres a esas ropas, porque tendrás que usarlas, así como también que te acostumbres a andar sin faja.

Bertha se puso las manos sobre las caderas, las presionó, un par de veces y dijo:

—Estoy tan blanda como la mantequilla derretida.

—Debía usted tratar de hacer ejercicio nadando y bailando la hula —le dijo la muchacha con la mayor seriedad.

—¿Yo bailar la hula? —contestó Bertha—. ¿Quiere usted que me asfixie?

—No, en absoluto. Pero ese ejercicio haría que sus músculos adquirieran firmeza inmediatamente. Es el mejor ejercicio que puede usted hacer y a la vez le enseña a usted ritmo y gracia.

—¿A mi edad… y con mi tipo?

—Observe usted nada más a estas mujeres hawaianas. Mire aquella que va por allí.

Bertha miró.

—Muy bien —dijo—. Envuélvame la faja, la falda y blusa y envíemelas a la habitación 817. Donald, si me sacas una fotografía vestida así y la envías a la oficina, cuando regresemos en el barco te daré un puntapié y te echaré por la borda al mar en una noche oscura, aunque después me ahorquen por esto. No sé lo que me ocurre, pero… vamos, Donald.

Cruzamos de nuevo el vestíbulo del hotel.

—Me siento tan llamativa como si no llevara ni una sola prenda encima —dijo Bertha.

Un par de turistas que habían venido en el mismo barco que nosotros y que se hallaban en la terraza, contemplaron a Bertha con asombro y luego comenzaron a reírse con gran regocijo.

Esto provocó la reacción de Bertha.

—Vayan ustedes a rascarse —les contestó Bertha a media voz, en tono venenoso—. Yo me pongo las ropas que me da la gana. Y ustedes pueden mirarme hasta que les estallen los ojos. A fin de cuentas, este cuerpo es mío y ahora voy a desarrollar mis músculos.

—Así es como hay que pensar —le dije yo—. Y ahora, lo que necesitas es un traje de baño.

—¡Un traje de baño! —exclamó.

—Sí, mejor será que te bañes con él puesto. No olvides que hay ciertas ordenanzas.

—No saldría yo a esta playa en traje de baño ni por…

—Vamos —le dije—. Demos un paseo. Y observa a algunas de esas mujeres que están en la playa. Así te convencerás de que tu figura está muchísimo mejor que la de ellas.

Bertha miró a las damas que yo le indicaba.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja.

—Bueno —continué yo—, así es la cosa. Nadie te conoce aquí. Tú viniste aquí para divertirte. Vuelve, pues, a la tienda, cómprate un traje de baño y vete a la playa.

—¡Estoy que ardo! —rugió Bertha.

—¡Claro que ardes! No has tomado ni un baño de sol en treinta años. Haz, pues, lo que te digo y vete a la playa. El sol de la tarde no te molestará. El agua está deliciosa. Date un rápido chapuzón, sal a la superficie y después nada; toma el sol crepuscular durante diez o quince minutos y después ve a tu cuarto y ponte una buena loción para la piel.

Bertha me dijo desconcertada.

—Donald, creo que estoy borracha.

—Bueno —le dije yo—, ¿para qué, pues vinimos aquí?

—Vinimos aquí porque un Don Juan apolillado nos pagó los gastos, pero ahora está que echa humo porque no conseguí establecer contacto.

—Bueno —le contesté—, tú no podrás nunca establecer contactos si te limitas a sentarte en la terraza y a beber cócteles explosivos. Anímate y échate al agua.

Bertha dijo:

—Bien, ahora me siento tan indiferente a la opinión ajena, que voy a lanzarme de veras.

—¿Dónde está Bicknell? —pregunté.

—En su cuarto. Está tan amargado como un oso viejo. No pudo encontrarte. Telefoneó y dejó recado a Miriam para que lo llamase, pero Miriam no lo llamó. Y ahora está rechinando los dientes y crujiendo como las bisagras oxidadas de una puerta.

—Consíguete el traje de baño y póntelo —le dije—. Yo voy arriba a verlo.

—Te arrojará por la ventana. Ahora lamenta haberte traído aquí.

—Magnífico. Iré allí y le haré un informe —contesté.

Bertha me miró con expresión de sospecha.

—¿Y qué es lo que tienes tú que informarle?

—Que nosotros estamos aquí a su servicio y que tú te estás preparando para establecer contactos en la playa —contesté.

Bertha manifestó con un repentino hipo:

—Piensa lo que quieras, Donald, pero yo me siento magníficamente. Y antes odiaba este lugar…

—Pues sigue adelante —le aconsejé—. Vuelve a esa tienda, cómprate un traje de baño y… Bertha, ¿preguntaste el precio de esas cosas?

Bertha me miró con repentino desaliento.

—¡Dios santo, no! —declaró.

—Bueno, ya traes puesto este vestido; así, pues, ya resulta demasiado tarde para hacer nada respecto a eso. Por consiguiente, piensa en algún medio de cargar su importe en la cuenta de gastos.

—No se trata de eso. La cuestión es que yo compré una cosa sin preguntar el precio. ¡Que el cielo me ayude, Donald, pero yo no soy tan vieja como para eso! Maldito si no sé perfectamente que no estaba tan borracha para llegar a tal extremo.

—¡Claro que no! —le contesté—. Lo que ocurre es que empiezas a sentirte más a tus anchas y a gozar de estos lugares. Cómprate el traje de baño. Yo me voy a ver a Bicknell.

Bertha se quedó de pie, mirándome con desmayo y tristeza. Sus labios estaban entreabriéndose como si fuese a lanzar un grito o a echarse a llorar.

—No pregunté lo que estas malditas cosas costaban —gimió en un tono de amargo reproche en su voz.

Me alejé con la esperanza de que ella saldría a la playa antes de que se diese cuenta de que los cócteles infernales que había ingerido, preparados en el Hotel Royal Hawaian, tienen un fuego que es capaz de lanzar al galope, hasta a una niña tan dura como Bertha Cool. Y añádase a esto el aire de Hawai, el ambiente de lujosa pereza, y entonces se comprenderá por qué tantas mujeres que ya han puesto el amor entre bolas de naftalina hace ya años, de pronto comienzan a estudiar el baile de la hula y a comprarse trajes de baño de dos piezas.

En, mi camino me detuve en un bar, me comí un emparedado, bebí un vaso de jugo de papaya y luego me dirigí, a la caza del ogro Bicknell.

capítulo once

BICKNELL no estaba en su cuarto. Un botones me dijo que creía que se encontraba en la playa.

Bajé, pues, a la playa, caminé arriba y abajo en busca de Bicknell, pero no conseguí encontrarlo. Ya estaba a punto de emprender mi regreso, cuando una silueta en vestido de baño atrajo mi mirada.

Lo que había ocurrido era que yo no busqué a Bicknell en calzones de baño y por eso constituyó para mí una sorpresa cuando lo reconocí sentado bajo una sombrilla de playa y leyendo un libro.

Él no me había visto.

Me acerqué a él y me senté a su lado.

—Hola, Bicknell, ¿cómo van las cosas?

Volvió sus ojos hacia mí y en su rostro se dibujaron unas arrugas de desagrado.

—¿En dónde ha estado *usted*?

—Buscándolo.

—Pues no me busque. Limítese a mantenerse en contacto con Bertha Cool y yo permaneceré en contacto con ella.

—Muy bien. ¿Sabe usted algo de nuevo?

—Sé que Mira está tratando de esquivarme.

—¿Por qué?

—Supongo que será porque hay algo que no quiere decirme.

Yo dije con naturalidad:

—La vi caminando por la playa, en traje de baño, hace aproximadamente una hora, y me dio la impresión de que andaba buscando a alguien. Supuse, pues, que a quien buscaba era a usted.

El rostro de Bicknell se iluminó como si alguien hubiera encendido dentro de su cabeza una luz eléctrica.

—¿Usted la vio? ¿Dónde…? —preguntó—. ¿En dónde estaba

ella? ¿Qué dijo?

—Andaba precisamente por aquí —contesté—. Y andaba buscando a alguien.

—¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo hace?

—Creo que debe haber sido hace media hora. Me preguntó si yo lo había visto a usted en alguna parte.

Bicknell dijo:

—Bueno, entonces no me he topado con ella. Me habían dicho que venía todas las tardes a la playa.

—¿Trató usted de comunicarse con ella por teléfono?

—Sí, la llamé y me contestó que no quería verme hoy.

—Bueno, eso es comprensible —dije yo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —me preguntó, volviéndose hacia mí con expresión salvaje.

—Si ella es una mujer inteligente, se le habrá ocurrido pensar que hay un enlace clandestino en su hilo telefónico y que hay probablemente también instalado un micrófono secreto en algún lugar de su departamento. Y, naturalmente, ella querrá verle allí donde su conversación no sea registrada. ¿Qué mejor para eso que venir al encuentro de usted en la playa y sentarse aquí ambos para una pequeña charla confidencial?

—¡Por todos los diablos, Lam! —exclamó—. Creo que tiene usted razón. Creo que usted ha acertado con la clave. Ésta es la razón, sin duda, de que ella me hablase por teléfono de una manera tan lacónica. Sí, cree que hay un enlace secreto en su teléfono. ¿Y quién puede haber hecho eso?

—Pues algún chantajista que quiere comprometerla.

—No trataría de hacerlo a menos que tuviese ya los elementos que la comprometiesen.

—Sí, pero también puede ocurrir que trate de sacarle dinero sin base alguna para ello. Y en ese caso, si ella parlotease un montón de cosas hablando con usted por teléfono, entonces el chantajista podría respaldar su chantaje con ciertas pruebas, si en efecto tuviese el hilo telefónico conectado secretamente. Y esto mismo es también válido respecto a una conversación cualquiera dentro del departamento de la muchacha. Si yo estuviera en el lugar de usted, me mantendría alejado del departamento de ella y trataría de hablarle sólo cuando nos encontrásemos al aire libre, con

naturalidad.

Bicknell reaccionó ante esta explicación diciendo:

—Ésa es la cosa; ésa es la razón de que ella fuese tan breve al hablar por teléfono. Bertha tiene razón, Lam. Usted es inteligente. ¡Demonios, qué inteligente es usted!

—Eso es sólo cuestión de experiencia, señor Bicknell. Nosotros hemos tenido muchos casos como éste y muchas; muchísimas veces, comprobamos que las líneas telefónicas han sido conectadas secretamente y que alguien ha instalado un micrófono secreto en una habitación donde lógicamente tendrían lugar conversaciones importantes.

—¿Usted dijo antes que ella había estado aquí en la playa y después se marchó?

—No sé si se fue o no se fue. Pero la vi.

—¡Pobre niña! —dijo Bicknell—. Creo que la he tenido abandonada. Probablemente, ella creyó que se me ocurriría venir aquí y esperar donde pudiésemos celebrar lo que parecería ser una conversación corriente, y yo lo estropeé todo. Bueno, supongo que es inútil continuar esperando. Lam, ¿quiere usted ayudarme a levantarme?

Lo ayudé a ponerse en pie.

Se sacudió la arena de sus pantalones de baño secos.

—Parece que le gusta estarse aquí al sol —le dije—. Pero si lo ha tomado demasiado tiempo, recibirá usted fuertes quemaduras.

—¡Oh, no tiene importancia! Yo soy de los que no sufren quemaduras de sol. Bien… Lam, si usted encuentra a Miriam en alguna parte de la playa o en algún otro lugar donde yo pueda hablar con ella, comuníquemelo, se lo ruego, por favor.

—¿Dónde estará usted?

—Permaneceré toda la tarde en mi cuarto; luego bajaré al salón de cócteles y después iré a cenar. Ella podrá encontrarme perfectamente. Dejaré recado al jefe de los *botones* acerca de dónde podrán encontrarme en cualquier momento.

—Está bien —contesté—. Así lo haré, pero quizá ella no tenga ya nueva ocasión hasta mañana…, probablemente lo llamará desde algún otro teléfono, pero es muy posible que las llamadas para usted estén también controladas por otras personas. Tendrá usted que tener esto siempre presente, Además, es harto probable que la

sigan y vigilen.

—¿Cree usted que es así? Quiero decir, ¿cree usted que llegarán a esos extremos…, quienquiera que ellos sean?

—¿Cómo puedo saberlo yo? En mi profesión, uno tiene que imaginárselo todo y alentar las mejores esperanzas, pero estar siempre preparado para lo peor.

—Así es, en efecto. —Me puso una mano sobre un hombro y añadió—: Donald, usted es un tipo excelente. Y está portándose muy bien. De veras que me siento satisfecho de que Bertha insistiese en que usted viniera. Creo que vamos a conseguir ganar esta partida. Pero deje usted que sea Bertha quien realice todos los contactos. Bueno, por ahora marchamos muy bien, Donald, muy bien.

—Seguro que es así —contesté.

Se encaminó hacia el Hotel Royal y yo regresé al Moana, llamé por teléfono a una de las agencias de automóviles especializadas en alquilar coches para conducirlos el propio interesado y conseguí uno de aquéllos.

A las ocho de la noche me encontraba yo esperando en un punto desde donde podía vigilar el departamento de Mira.

La muchacha japonesa-hawaiana salió de aquél, con su bolsa y un aire completamente inocente.

Esperó en la parada del autobús y subió a uno de ellos, como cualquier otra sirvienta.

Puse en marcha mi coche, tras el autobús.

El vehículo siguió por la calle Kalakaua abajo y luego dobló a la izquierda y se metió en la calle King. Cuando ya había recorrido aproximadamente media milla por esa calle, se detuvo y mi jovencita japonesa-hawaiana se apeó.

Siguió caminando por la acera durante unos diez o quince metros, se deslizó detrás del volante de un hermoso coche y lo puso en marcha a gran velocidad.

En Honolulú practican una técnica de conducir que asusta mortalmente a todo recién llegado; toman las vueltas a toda marcha en las esquinas, de una forma completamente natural, se disparan a través de las estrechas calles, zigzagueando y abriéndose paso por entre el tránsito. Existen cruces donde desembocan cuatro o cinco calles o carreteras, pero por algún sistema oculto de telepatía,

parece que cada conductor sabe de antemano o adivina lo que el otro conductor que se acerca va a hacer. Giran, se vuelven y zigzaguean y, de una forma o de otra, llegan a su destino aunque para el forastero resulte un milagro que sea así.

Y aquella muchacha era un conductor típico de Honolulú. Pasé momentos endiablados durante algún tiempo para no perderla de vista siguiéndola. No me atreví a aproximarme demasiado a ella, pero estaba seguro de que la perdería de vista si me retrasaba demasiado. Fue doblando esquinas hasta que prosiguió de frente, hacia la Cabeza de Coco, y luego se puso a marcha normal.

La seguía, a veces bastante cerca, a veces bastante lejos.

En un par de ocasiones, cuando me sentí seguro de que ella no iba a doblar ni a la derecha ni a la izquierda, aumenté mi velocidad y me adelanté a ella.

Esto produjo su efecto. Porque ella no quería que nadie se le adelantase. Pisó el acelerador y devoró la distancia hasta ponerse de nuevo delante de mí.

Al fin, aminoró la marcha y después, bruscamente, dobló por la pendiente de una colina, hacia la playa.

Resultaba bastante emocionante seguirla en este trayecto, pero yo apagué las luces y me deslicé cuesta abajo hasta un lugar en donde ella penetró en una calzada para coches.

Pude seguirla así durante un centenar de metros, hasta que el camino terminó y di la vuelta y regresé a la carretera lateral, donde encontré su coche estacionado frente a una linda casita colgada en las rocas por encima de una playita. La casa estaba sombreada por plátanos, palmeras y toda la lujuriosa vegetación tropical hawaiana.

Conduje el coche carretera abajo un trecho, lo estacioné y apagué el motor y los faros y me senté a esperar.

La muchacha regresó diez minutos después y emprendió la marcha hacia Honolulú. La seguí durante un rato, hasta que quedé convencido de que iba de regreso a la ciudad, y entonces, apresurando la marcha, me adelanté a ella y conduje a toda velocidad.

No dejé de vigilar sus faros en mi espejo retrovisor. Pero ahora ella ya no llevaba tanta prisa ni corría tan impaciente ni tan indignada cuando los coches la pasaban.

Cuando llegamos al lugar donde había más tránsito y más cruces

de carreteras, aminoré la marcha y ella se me adelantó conduciendo a marcha moderada.

Comprendí que no tenía sospecha alguna y que iba conduciendo con toda tranquilidad. Evidentemente, se había detenido en alguna parte del camino para asegurarse de que nadie la seguía.

Seguirla ahora era aventurado. Dobló hacia un barrio modesto dio la vuelta a tres o cuatro esquinas, detuvo su coche y penetró en una pequeña casa. Vi encenderse las luces en el interior. Y después, la joven bajó las persianas.

Me apeé y fui a echar un vistazo a su coche. Las puertas de éste estaban cerradas con llave y también lo estaba el encendido.

Utilizando mi pequeña linterna de mano, pude leer las cifras que figuraban en el cuenta kilómetros. Las anoté y luego regresé al Hotel Moana, vigilando el cuentakilómetros de mi propio coche.

Luego fui en busca de Bertha al Hotel Royal.

—¿Cómo se encuentra Bicknell? —le pregunté.

—Estaba muy dedicado a su cena —contestó Bertha—. Ese viejo chivo parece verdaderamente sentirse muy satisfecho. Él y yo tomamos un par de copas y luego cenó en abundancia. Después, comenzó a parecer preocupado. Miraba constantemente su reloj.

—Yo arreglaré eso —le dije.

Volví nuevamente al Hotel Moana, llamé por teléfono y pregunté por Bicknell.

La telefonista llamó al cuarto de Bicknell y éste contestó inmediatamente con un acento de ansiedad en su voz.

—¡Caramba, señor Bicknell! —le dije—. He pasado los mayores apuros para conseguir un teléfono que no estuviese ocupado. Me encuentro en este momento en el Lau Yee Chi. Mira se hallaba en el Hotel Moana cuando yo salí de ahí. Andaba por el vestíbulo, como si estuviese buscando a alguien. ¿Dijo usted algo sobre haber estado más tarde en el Hotel Moana?

—¿Yo? No.

—Pues yo creo que sí —le dije—. Creo que usted manifestó algo sobre eso cuando ella fue a recibirnos a bordo del barco. Usted dijo que le gustaba el Moana o algo por el estilo.

—Yo dije que había estado en ese hotel cuando vine aquí en otra ocasión.

—Quizá eso es lo que usted quería decir —le contesté—, pero yo

tenía la idea de que usted deseaba ir al Moana y…

—Bueno, muchas gracias, Donald —me interrumpió—. Me gustaría charlar con usted, pero en este momento estoy muy ocupado. Tengo que ver a un señor por cuestiones de negocios. Adiós.

Bicknell colgó.

Me dirigí a uno de los pequeños restaurantes cercanos y deslicé en la mano de una de las camareras un billete de cinco dólares.

—¿Para qué es ese dinero? —me preguntó ella.

—Venga conmigo y haga una llamada telefónica.

—¿Y eso es todo? —volvió a preguntarme.

—Eso es todo.

La llevé a la cabina telefónica y marqué el número del Hotel Royal.

—¿Y qué hago ahora? —inquirió la camarera.

—Pregunte por Stephenson D. Bicknell —le dije—. Él no estará. Pregunte entonces si puede dejarle un mensaje. Haga que su voz suene dulcemente seductora. Diga a la telefonista que haga el favor de comunicarle que una joven llamó, la cual procurará verlo mañana.

La camarera hizo tal como yo le indique. Después que colgó el auricular me hizo un guiño.

—Ese individuo ha andado cortejando a una muchacha y quiero que crea que va a conseguir algo —le dije.

—¡Oh! —exclamó ella, sonriéndose, y añadió—: Pero no le dé usted demasiadas esperanzas. Ya hay demasiados lobos por aquí.

—Lo que vale es la competencia —le contesté.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por la fuerza de la observación. ¿Por qué?

—Por nada —replicó ella—. No creo que encuentre usted mucha oposición.

—Se sorprendería usted de la que he encontrado —le dije.

—Pues me gustaría verlo —contestó ella, riéndose—. A cualquier hora que quiera usted hacer más llamadas como ésta, ya sabe que estoy a su disposición. Éste es el dinero que he ganado con más facilidad en mucho tiempo.

—Puede que tenga que volver a recurrir a usted otra vez. Muchas gracias.

—No hay de qué —contestó—. Buenas noches.

La camarera se quedó allí de pie, mirándome.

—Regresé al Hotel Moana, me desnudé y me tendí en la cama a leer. Antes de quedarme dormido llamé a Mira.

—Le habla su compañero de natación.

—¡Oh! ¿Cómo está…?

—¡No cite nombres! —le advertí.

—¡Oh, sí! ¿Cuándo volveré a verlo?

—Quizá mañana.

—¿Esta noche no?

—No.

—Lo lamento. Porque yo esperaba… ¿Hizo usted lo que dijo que iba a hacer?

—Sí.

—¿Y averiguó algo?

—Sí.

—¿Puede decírmelo?

—No ahora.

—Creo que es usted muy malo. Podría usted, venir aquí y…

—No esta noche. Todavía no he resuelto cierto problema. Aquí hay algo de importancia que usted debe resolver. Usted ha andado por todo Waikiki con la esperanza de encontrar a Steven Bicknell.

—¡Al diablo!

—Sí, usted lo hizo. Pero no ha podido verlo en ninguna parte. Usted intentó por todos los medios tropezarse con él para que pareciese un encuentro casual, y cree que la están siguiendo y vigilando. Usted está nerviosa. Lo llamó una vez por teléfono y le dijeron que había salido.

—¿Entonces tengo que seguir esa línea que usted me traza?

—Sí, si quiere que trabaje con usted —le contesté, y colgué el auricular.

Después de esto, leí durante un rato y me quedé dormido.

capítulo doce

CINCO minutos antes de las ocho de la mañana, Mitsui, la sirvienta japonesa-hawaiana, se apeó del autobús, llevando la bolsa, y penetró en el departamento de Miriam con el aire de una discreta y eficiente criada.

Me metí en mi coche y comencé a correr a lo largo de la calle Kalakaua. Tenía la sensación de que alguien me andaba siguiendo, pero no podía comprobarlo. Era sólo eso: una sensación. Hice virajes y di vueltas hasta que comprobé que ningún coche hubiera podido permanecer detrás de mí sin que me llamase la atención; y después de esto me lancé a toda velocidad, violando algunas de las ordenanzas del tránsito. Cuando estuve seguro de que me había desprendido de cualquier posible seguidor, giré a la izquierda de la calle King y avancé despacio, mirando los números de las placas de matrícula de los coches allí estacionados.

El coche de la sirvienta estaba casi en el mismo lugar del día anterior.

Me apeé y fui a ver las cifras registradas en el cuentakilómetros.

Aquellas cifras concordaban. En efecto, la joven había conducido su coche directamente desde su casa a este punto, donde lo había dejado, y por consiguiente, no había hecho otra excursión durante la noche.

Me fui en el auto hasta el barrio donde ella había ido de visita la noche anterior.

Eran aproximadamente las nueve de la mañana.

Un tipo de aspecto bastante cordial salía en esos momentos de la casa, llevando una cartera en la mano, y subió a su coche.

Me acerqué con el mío y le dije:

—Siento molestarlo, señor, ¿pero sabe usted dónde se encuentra la casa de Smith?

—¿La casa de Smith?

—Exactamente. Está por aquí. Tengo entendido que se alquila.

—Pues no sé de ninguna casa que esté por alquilar aquí —respondió—. ¿Está usted seguro de la dirección?

—No estoy seguro —contesté—, pero he seguido el camino que me indicaron para llegar aquí.

—Había solamente una casa por alquilar en este barrio —dijo él —, y es aquella que está al final de la entrada de coches, allá, a la izquierda. Pero fue alquilada hace aproximadamente un mes.

—¿Por un hombre llamado Smith? —pregunté, esperanzado.

—No —dijo él—. Es un nombre raro. Espere un momento. Déjeme recordar… Me presentaron a esa persona… ¡Ah, sí!, El nombre de ese hombre es Bastion. Es una persona que vive muy aislada.

Suspiré desalentado.

—Bueno, me parece que tendré que regresar y conseguir una dirección más concreta. Seguramente en el trayecto doblé en algún punto equivocado.

—No hay muchas casas por alquilar. Y las que aparecen se alquilan en seguida. ¿Con quién está usted en tratos para eso?

—Con un agente establecido —le contesté—. En realidad, yo debiera haber hecho que me trajese, pero creí que podría encontrar yo solo el camino. Bueno, muchísimas gracias.

Regresé nuevamente a Waikiki y encontré a Bertha Cool desayunándose en el Hotel Royal. Estaba comiendo un trozo de papaya.

—¡Hola, Donald! —me dijo—. Siéntate. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que esto es muy bueno —contestó Bertha, señalan con la cucharilla a la papaya.

—Claro que lo es. Y, además, es bueno para ti. Contiene mucha pepsina y ayuda a hacer la digestión. Es por eso que la utilizan para ablandar la carne y hacerla más tierna.

Bertha se quedó mirándome.

—Me gustaría que hablases sin acudir a las estadísticas. Yo no necesito de ayudas para hacer mi digestión. Yo…, yo misma personalmente digiero mi comida. Las mayores cantidades de ella. Le exprimo la parte alimenticia en interior de mi estómago por mí

misma hasta la última partícula. Y de todas formas, ¿qué demonios estamos haciendo aquí nosotros?

—Estamos esperando que tú establezcas contactos —le dije, sonriendo socarronamente.

—Encuentro algo sospechoso y que me huele mal en todo este asunto. Parece que no soy capaz ni de llegar a la primera estación. He llamado media docena de veces a ese regalo de los dioses que es esa viudita. Y cada vez me han contestado que está ausente. Una criadita maliciosa me dice que está nadando en la playa. ¿Sabes lo que yo creo? Pues que esto es andar corriendo en un círculo. No creas que ella desee la ayuda de nadie. Estupenda manera de dirigir una agencia de detectives. ¿Por qué no te pones, a trabajar y a conseguir algo?

—¿Conseguir qué?

—Averiguar qué demonios es todo esto.

—Yo creí que eras tú la encargada de ello. Tenía entendido que yo no era otra cosa que un recadero tuyo.

—Estás hablando igual que Bicknell.

—Bueno, ¿entonces qué quieres que haga yo?

—Que averigües lo que ocurre. Quisiera no haber abandonado jamás mi oficina. Los negocios son ahora diferentes de lo que eran antes, Donald. Eres tú el que tiene que ir al frente y planear todo este asunto. Y a Bertha le corresponde sentarse en la oficina y hacer que los clientes se desprendan de sus billetes verdes como hojas de lechuga y que éstos pasen a nuestra cuenta en el banco. Pero aquí, soy completamente una calamidad y esa cabeza de alcornoque de cliente nuestro nos va a despedir. Él embrolló todas las cosas insistiendo en que actuásemos conforme él quería, y ahora al fracasar nos echará la culpa.

—Muy bien —le dije yo—. Para que te enteres aquí tienes una noticia. Sidney Selma, que vino en el mismo barco con nosotros, es un chantajista. Intentó hacer chantaje a Norma Radcliff y, según creo, consiguió adelantar algo. Me parece que han ocurrido algunas cosas acerca de las cuales Norma no nos ha dicho nada.

—¿Y qué? —preguntó Bertha.

—Y hay también otro chantajista que anda detrás de Miriam. Es un individuo llamado
Jerome C

. Bastion, que vive en una casa alquilada en un pequeño barrio de aquí. La dirección es calle Nipanuala, número 922.

Bertha se quedó mirándome.

—¿Pero qué demonios estás diciendo?

—Te estoy diciendo lo que ocurre.

Repentinamente, Bertha abrió su bolso, sacó un lápiz y una libreta de notas.

—¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Jerome C. Bastion.

—¿Y la dirección?

—Calle Nipanuala, número 922.

—Dime cómo se escribe —dijo Bertha.

Le deletreé el nombre.

—Estos nombres hawaianos… —protestó Bertha—. Lo vuelven a uno loco. Es un lenguaje que lo deja a uno bizco.

—Kapakahi —le dije yo.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Bertha.

—Bizco —le contesté.

—Eso fue lo que yo te dije, ¿qué significa kapakahi?

—Bizco.

Bertha se puso roja de indignación.

—Te estoy diciendo que este idioma pone bizco a cualquiera y tú me contestas con una palabra idiota hawaiana. Y ahora, dime, ¿qué demonios estás diciéndome?

—Kapakahi —le contesté—. Eso significa bizco en hawaiano.

Bertha resopló y, gradualmente, fue calmándose hasta decir:

—Algunas veces me dan ganas de estrangularte con mis propias manos. ¿Y cómo te enteraste de todo eso?

—Pues actuando de detective, alquilando un automóvil y siguiendo la pista a los espías.

—¿Y llevas toda la cuenta de gastos?

—Desde luego.

—Ahora eso ya me parece mejor —dijo Bertha, como descansando—. Cuéntame sobre ese hijo de perra llamado Bastion.

—Pues que quiere sacar veinte mil dólares a Miriam Woodford.

—¿Y por qué los quiere?

—Para eliminar ciertas pruebas que indicarían que ella asesinó a su esposo.

Bertha quedóse pensativa y luego dijo:

—¡Que me frían como una trucha! Y ese individuo de Denver… ¿Qué me dices de él? Me refiero a ese Edgar Larson. Empieza a inspirarme un poco de miedo, Donald. Es peligrosamente discreto. Y relamido. Si él no estuviese consiguiendo algo, es que ha estado dando vueltas en círculo. En ese caso, le estaríamos pisando la cola. Pero no es así. Se ha metido en un agujero y sigue en él. No sería difícil de hallar si en realidad no estuviese consiguiendo algo práctico.

—Ésa es la razón de que yo le hable sobre Bastion.

—¿Por qué?

—Porque creo que Larson es un hombre inteligente y juzgo que tendremos que disputarle el terreno palmo a palmo.

—¿Y qué podría hacer Larson?

—Pues podría muy bien lanzarse y realizar un cambalache con Bastion y llegar a un acuerdo con él.

—¿Y qué podría cambiar él con Bastion?

—Pues que Bastion le comunicase lo que éste sabe.

—¿Y qué es lo que sabe Bastion?

—Bertha, no creo que él sepa mucho hasta este momento. Sólo sabe lo bastante para sospechar y sobre esa base está tratando por todos los medios de conseguir más información. Tengo la sensación de que sólo está lanzando bravatas.

—¿Y entonces qué?

—Entonces —le dije yo—, vas y te lanzas a la playa y…

—¿Yo a la playa? —exclamó Bertha—. ¿Que yo vaya allí y me llene los zapatos de arena y me estropeé las medias?

—No, que vayas con tu nuevo traje de baño.

Bertha me miró fijamente.

—Irás descalza —proseguí—. No llevarás zapatos de ninguna clase. Ni tampoco llevarás medias. Si quieres puedes ponerte unas de esas sandalias de playa. Vas allí abajo y encontrarás a Bicknell sentado bajo una sombrilla. Cuando llegues allí, él se encontrará ya algo impaciente y un poco agrio. Y probablemente comenzará a hacerte reproches, a preguntarte qué has hecho y señalarte que ya llevas aquí tiempo suficiente para haber realizado algo.

Bertha lanzó un gruñido y dijo:

—¿Qué puedes decirme sobre eso? Tales son las consecuencias

de que le encarguen a uno una misión detectivesca y que luego tenga que realizarla conforme al criterio caprichoso del cliente. El cliente quería que yo estableciese contacto con Miriam. Pero, ¡caray!, Mira no tiene más intenciones de hablar conmigo de las que yo tengo de llamar por teléfono a la Oficina de Impuestos, pedirles que echen una ojeada a los libros y vean si pueden encontrar alguna forma de cargarme un poco más de dinero en mi última declaración de impuestos.

—Bertha —dije yo—, tendrás algunas noticias para comunicar a Bicknell. Puedes demostrarle que estamos entregados al trabajo y decirle también que la sirvienta que trabaja en casa de Mira está al servicio de los chantajistas y que, por lo tanto, él no debe acercarse a esa casa y que tendrá que entenderse con Mira aquí, en la playa.

Los ojillos codiciosos de Bertha resplandecieron al mirarme, a la par que grababa estos informes en el fondo de su cerebro.

—¿Entonces esto va cada vez más para arriba?

—Sí, cada vez más para arriba.

—¿Y cómo averiguaste eso sobre la sirvienta?

—Pues siguiéndola anoche.

—¡Maldita sea, Donald, hay ocasiones en que me siento verdaderamente orgullosa de ti! Prosigue y dame más detalles.

—La casa de Mira tiene instalados aparatos secretos. Hay un micrófono que fue instalado por la sirvienta. De esa forma, todas las conversaciones que se efectúen en el salón son registradas en una cinta.

—¡Que me mate un tren expreso! —exclamó Bertha—. Y después me pongan mis pedazos a adobar con clavo y ajo. ¿Cómo pudiste averiguar todo eso?

—Pues inspeccionando aquel lugar. Éstos son los informes que tengo para ti por el momento.

—¡Estupendo! Y ahora ve y consigue más.

—Y tú ponte tu traje de baño, baja a la playa y busca a Bicknell. Ya te dije que estaría sentado debajo de una sombrilla.

—Yo estaba medio aplastada cuando me metiste en la cabeza la idea de comprarme un traje de baño. Me lo probé esta mañana. Pero me queda muy apretado en algunas partes.

—Pues que te quede apretado. ¿Para qué diablos viniste aquí? ¿Para ganar dinero o para ganar un concurso de belleza?

Bertha fulguró de indignación. Proseguí:

—Tienes que trabajar rápido, porque Bicknell está comenzando a preguntarse qué es lo que en realidad estamos haciendo. Tengo la impresión de que se va a poner de mal humor.

Bertha agarró su cuchillo con el aire de una persona que intentase clavarlo en el plato de jamón y huevos que el camarero acababa de servirle.

—Bueno —le dije—, continúa disfrutando de tu desayuno.

—Donald —me dijo, tajante—, ¿a dónde crees que vas?

—Afuera —le contesté, y haciendo con la mano una señal de despedida mientras cruzaba el comedor y la dejaba sentada, llena de indignación.

Yo sabía muy bien que no trataría de seguirme. Aquel jamón y aquellos huevos ya estaban pagados por adelantado y Bertha permanecería sentada allí para comérselos aunque sobreviniesen de pronto una inundación, el hambre y la peste.

Me dirigí a una cabina telefónica y llamé a Miriam Woodford.

La sirvienta me contestó:

—La señora Woodford no se ha levantado aún.

—¿Y la señorita Radcliff?

—Tampoco.

—Tome usted un recado para ellas.

—Yo no puedo tomar ningún recado —me contestó en un tono algo orgulloso, pronunciando con claridad cada palabra y separadamente—. Están durmiendo.

—Despiértelas —le dije—. Y lléveles este mensaje. Dígales que es Donald Lam quien habla y que voy para su casa.

—No están levantadas —repitió.

—Lléveles este mensaje —insistí. Y colgué.

Dejé pasar unos diez minutos y luego me dirigí a pie a casa de Miriam.

Fue la propia Miriam quien me abrió la puerta y me hizo pasar. Llevaba una bata de seda de un color opaco, sin ninguna otra prenda debajo. Por un momento, mientras permaneció de pie en el umbral, vi la silueta de un hermoso cuerpo transparentada contra el fondo de seda por la iluminación de los rayos de sol que penetraban en el comedor por una ventana a espaldas de ella.

—Bien —dijo ella—, es usted un pájaro tempranero. ¡Qué

ocurrencia la suya de despertarnos en esta forma!

—Hay un trabajo que realizar.

—Entre usted, Donald. Apenas empezamos a desperezarnos. Norma está en la ducha.

Penetré en la sala, hice un ademán señalando hacia el cuadro que ocultaba detrás el micrófono y luego hacia el dormitorio.

—Venga usted aquí unos momentos —dijo Miriam—. Norma me dijo que tenía algo importante que comunicarle. —Luego llamó en voz alta—: Norma, ¿puedes ya venir?

Norma respondió:

—¿Quién es?

—Donald.

—Estoy en la ducha.

—Pues quédate ahí unos instantes —replicó Miriam.

Me llevó al dormitorio y me dijo:

—Siéntese, Donald.

Cerré la puerta y luego me puse a inspeccionar las paredes y a mirar detrás de los cuadros. Miriam me observaba con ojos pensativos.

Cuando hube terminado mi inspección, ella arqueó las cejas en silenciosa interrogación; yo meneé la cabeza negativamente y dije:

—Probablemente sólo encontraron sitio para un micrófono y colocaron éste en la sala.

—Y ahora cuente usted —me dijo.

—Seguí a su sirvienta. Ésta tomó un autobús, igual que haría cualquier otra sirvienta, pero se apeó tan pronto como dobló en la calle King. Allí tenía ella estacionado un bonito *Chevrolet*. Se metió en él y se fue a Cabeza de Coco, hasta una casita situada en un promontorio con una pequeña playa abajo. Hay una media docena de casas encaramadas en la ladera de una colina.

—¿Y dónde es eso, Donald?

—Un lugar llamado Vía Nipanuala, en el número 922. Allí vive Jerome Bastion.

—¿Y qué hizo Mitsui?

—Permaneció allí el tiempo suficiente para entregar un par de rollos de cinta magnetofónica, recoger otros nuevos y luego regresar, subir a su coche y marcharse a su casa. Esta mañana se levantó, llegó en su coche hasta la calle King, lo estacionó, tomó el

autobús y vino a trabajar.

—¡Esta gata traidora! —dijo Miriam—. Me dan ganas de arrancarle los ojos.

—Eso no serviría de nada —le dije—. Lo que nosotros tenemos que hacer es jugar la partida con las cartas muy pegadas al pecho.

—¿Y qué haremos, pues?

—Quiero que ustedes dos se pongan los trajes de baño más seductores. Después quiero que vayan a la playa tan pronto como se hayan desayunado. Encontrarán allí a Stephenson Bicknell, sentado en la arena, bajo una sombrilla de playa.

Por un instante el rostro de Miriam se contorció con una mueca de disgusto.

Yo arqueé las cejas, interrogándola en silencio.

Miriam dijo:

—Yo no sé. Él era socio de Ezra y me simpatizaba como tal. Pero ahora él está a cargo de todo mi dinero. Y en este aspecto me desagrada.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan los guardianes. No me gustan las dueñas protectoras; no me gustan los espías; no me gustan los entrometidos; no me gusta la disciplina; no me gustan los convencionalismos. Jamás me gustó nada de todo esto.

Norma asomó su cabeza por la puerta del cuarto de baño y preguntó:

—¿Hay moros en la costa?

—Donald está aquí.

—Norma se volvió hacia mí me dijo:

—¡Hola, Donald! ¿Le permite a una muchacha ponerse algunas ropas?

—¡Oh, no seas tan tímida! —exclamó Miriam con ligereza—. Donald ya te conoce bien.

—Pero no en esta forma —dijo Norma.

—Pues yo apostaría a que te conoce.

—¿Cuánto apuestas?

Miriam lo pensó un momento y luego dijo:

—Doscientos dólares.

—Tú has hecho una apuesta. Pero no, no la has hecho. Lo que estás tratando es de estropearme mis posibilidades. —Se rió—.

Donald, si Mira no me quiere acercar esa bata, ¿me la acercará usted?

Yo me reí.

—¿Y por qué he de ser yo? Dígame un par de razones para eso.

Se quedó pensando y luego dijo:

—Me pone usted en un aprieto. Pero, ¡caray!, ¿quién es ése?

Y señaló con el brazo desnudo hacia la puerta. Miriam y yo nos volvimos a mirar hacia aquella dirección.

Oí el ruido de unos pies desnudos y luego me volví con el tiempo justo para ver a Norma apoderándose de su bata y cubriéndose con ella.

Miriam estalló a reír cuando Norma, con la espalda desnuda, se dirigía otra vez al cuarto de baño. Un momento después, Norma, con una sonrisa iluminándole todo el rostro, volvió a salir con la bata ceñida por la cintura.

—Son ustedes muy inteligentes.

—Buena faena —dijo Miriam—. Nos la jugaste.

—Bueno —dije—. Ahora necesito que me den algunas informaciones. ¿Qué hubiera dicho usted, Norma, o qué hubiera sentido, si yo, obedeciéndola, le hubiese tendido la bata cuando usted me la pidió?

—¡Caramba! Pues hubiera pensado que era usted un perfecto caballero —contestó Norma, y luego añadió—: Pero lo hubiera odiado por ser poco delicado.

—Yo se lo hubiera soplado al oído —dijo Miriam.

—¡Un cuerno! No lo habrías hecho —le contestó Norma—. En otro tiempo tal vez.

—Bueno, volvamos a nuestros asuntos —dije yo—. Vayan ustedes a la playa. Una vez allí, sepárense, si así les agrada, pero cuando Mira se encuentre con Bicknell quiero que Norma se acerque a ambos casi inmediatamente.

—¿Y qué habré de hacer? —preguntó Norma.

—Pues merodear por allí y ser afable. Muéstrele su anatomía y su elegancia.

—Yo creo —dijo Miriam— que él ya tiene proyectos matrimoniales, Donald. Vio lo feliz que Ezra había sido en su matrimonio y entonces comenzó también a sentirse enamoradizo. Cuando ayer él me besó, se convirtió en todo un Romeo.

—Es muy posible que así sea —comenté yo.

—Sí, pero yo me casé con un viejo por dinero una vez —dijo Miriam—, y ahora ya tengo el dinero.

—¿Pero no quiere usted más?

—No, no quiero más dinero si ha de ser obtenido casándome con Bicknell y esperar luego hasta que estire la pata.

—Bueno, habla por ti misma —dijo Norma, riendo—. Pero no me olvides a mí.

—Tú no serías capaz de esperar —le contestó Miriam.

Miriam se volvió hacia mí y dijo:

—Así, pues, vamos a cazar a Bicknell. Y después que lo encuentre. ¿Qué hacemos?

—Cuando lo encuentren —les dije—, háganse inseparables las dos. Usted insiste en lanzar indirectas a Norma, pero ella se hace la desentendida. Por ejemplo, le dice que debiera irse a visitar las tiendas de la playa y escoger algunas ropas, y que usted se quedará con el señor Bicknell mientras tanto.

Norma preguntó:

—¿Y qué haré yo entonces?

—Conteste a Miriam que quiere que ella la acompañe a sus compras y no acepte ninguna de sus sugerencias.

—¿Tengo que desempeñar ese papel de tonta?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—¡Oh! Bueno —replicó Norma—, creo que probablemente podré hacer que la comedia resulte convincente, a fin de cuentas.

—El objeto de todo esto —dije—, es dar la impresión de que Miriam se siente ansiosa de tener una oportunidad para hablar con Bicknell a solas, pero usted es su invitada. Son amigas inseparables y no se le ocurre a usted en forma alguna que pueda existir cualquier razón para que Miriam desee librarse de usted. Ambas deben aparentar ser íntimas amigas y que no tienen secretos entre sí.

Norma asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Y en qué momento habremos de hacer eso?

—Inmediatamente que se hayan ustedes desayunado.

—¿Y qué nos dice sobre la sirvienta Mitsui?

—La sirvienta, naturalmente, está preguntándose qué es lo que yo vengo a hacer aquí. Por ello tengo que representar con toda

propiedad mi papel en todo esto.

—¿Cómo explicaremos, pues, la presencia de usted aquí?

—Ustedes afirman que las conocí en Nueva York. Y que las conocía mucho. Y, asimismo, que ando cortejando a Norma.

Norma preguntó:

—¿Y aparentamos que consiguió algo en ese respecto?

Me sonreí y dije:

—Resultará mejor si aparentamos que yo había avanzado algo en el pasado.

—Muy bien —dijo Norma—. Revístanme ustedes de un pasado color púrpura y yo me ajustaré a él.

—Bueno, pero no traten ustedes de prescindir de mí en esto —manifestó Miriam.

—No, no prescindiremos de usted —la tranquilicé—. No lo haremos mientras Mitsui acuda a informar a Bastion.

—¿Y después qué ocurrirá?

—Nadie puede predecirlo. Es posible que él busque un nuevo ángulo para realizar su chantaje. Y ahora recuerden ustedes que el micrófono está operando y que tan pronto como ustedes penetren en el otro cuarto tendrán que empezar a hablar sobre cosas que suenen a íntimas. Pueden hacer pequeñas insinuaciones, hablar sobre mí y después acercarse una a otra y susurrar. Pero asegúrense bien de que sus susurros sean lo suficientemente apagados para que el aparato no los registre. Pueden limitarse simplemente a unos sonidos sibilantes que sonarán en el aparato como legítimos susurros.

—¿Por qué habríamos de hablar en murmullos si se supone que no sabemos que hay oculto allí un micrófono? —preguntó Norma.

—Esos susurros se justificarán a causa de la presencia de la sirvienta en la casa —le expliqué—. Con esos murmullos tratan de proteger el buen nombre de Norma.

—¿Proteger mi buen nombre, después de recibir a mi antiguo enamorado en el dormitorio, antes del desayuno y mientras nos estábamos vistiendo?

—Olvida usted que Miriam está aquí. Hay un grado de seguridad que depende siempre del número de personas presentes.

De pronto, Norma echó atrás su cabeza y rompió a reír.

—¿Qué es lo que le hace gracia? —pregunté.

—La idea de que Miriam se convierta en mi señora de compañía o de que ella pueda representar para mí una seguridad.

Miriam dijo, pensativa:

—Donald, ¿por qué no podría usted…?

—Acabe de decirlo —le dije cuando ella dejó en suspenso la frase.

Dudó un momento, miró a Norma y luego prosiguió:

—¿Por qué no podría ir usted a casa de Bastion? Quiero decir que, mientras él se halla ausente nadando en la playa, vaya usted allí, penetra en la casa, la registra y ve si puede encontrar las pruebas acusadoras que él tiene en su poder y… Bueno, difícilmente podría él acudir a la policía y presentar una denuncia por robo, puesto que no se atrevería a declarar que tenía ocultas pruebas con propósitos de chantaje.

—¿Va usted a decirme acaso lo que tengo que hacer? —le pregunté.

—Ella me miró y replicó:

—Sí.

—Pues no lo haga —le dije—. He tenido entre mis manos tantos asuntos de chantaje, que ya son un lugar común para mí. Hay complicados factores en este caso sobre los cuales usted no sabe absolutamente nada. Procure, pues, hacer exactamente lo que yo le diga.

En la puerta de la estancia se oyeron unos suaves golpes de nudillos. Miriam titubeó y miró a Norma.

Se abrió la puerta. Los inescrutables ojos de Mitsui, que parecían aceitunas maduras y brillantes, recorrieron rápidamente el cuarto.

—Voy de compras —dijo ella—. Desayuno estará en la mesa.

Mitsui volvió a cerrar la puerta y desapareció.

—¿Qué les parece a ustedes esto? —preguntó Miriam—. Vaya con la independencia de ese diablillo. Y todo porque estamos un poco retrasadas para ir a desayunar. Cualquiera hubiera creído que tenía que ir a tomar el tren en estos momentos o algo por el estilo.

—¿Va ella de compras todas las mañanas? —preguntó Norma.

—Efectivamente, y tiene además que ir a una hora fija.

Norma rió.

—Son los problemas con la independencia de los sirvientes, incluso en el paraíso del Pacífico.

—Bueno, me marcho —dije—. Ustedes, muchachas, apresúrense a desayunarse y vayan en seguida a la playa.

—Así lo haremos, rápidamente —dijo, Miriam—. Nos pondremos en un segundo los trajes de baño, y listas.

—Muy bien —le dije—. Me pongo, pues, en camino.

—¿Y a dónde va usted, Donald?

—A varios sitios.

—¿Quiere usted ir a nadar con nosotras?

—No. Ustedes dos representen los papeles que les he explicado.

—Pues yo tengo —dijo Miriam— que acabar viéndolo a solas alguna vez. No veo que sea de alguna utilidad llevar a rastras conmigo a Norma y estropearle la mañana. Puede que ella vea a alguien que…

—No; obren en la forma que les dije —le contesté, y me marché inmediatamente.

Me di prisa en llegar a mi hotel, me cambié de ropa por el traje de baño, alquilé una lancha y fui remando por la orilla de la playa hasta frente al lugar donde Bicknell estaba sentado, en el espacio reservado para los huéspedes del Hotel Royal.

Saqué la lancha del agua, La dejé en la arena y caminé por ésta para ir al encuentro de Bicknell.

—¡Hola! —le dije—. ¿Qué tal se siente usted?

—Mucho mejor. Creo que el sol y el aire fresco me están haciendo mucho bien para mi artritis. Míreme, estoy comenzando a tostarme.

—Pero tenga cuidado de no recibir quemaduras del sol.

—No, no me quemaré. Pero ya siento una pequeña sensación de escozor en la piel. Me parece que voy a conseguir un bonito tono tostado. Donald, ¿qué han conseguido averiguar usted y su socia colaboradora?

—Estamos poniendo los cimientos —le contesté vagamente.

—No, no me hable usted de esa manera tan vaga.

Me volví hacia él, arqueando las cejas.

Bicknell dijo:

—Ustedes son en extremo incapaces como investigadores, o bien por el contrario van ustedes en camino de conseguir algo, pero me lo están ocultando.

—¿Cómo es posible —le pregunté— que nosotros estemos

camino de conseguir algo, cuando usted insiste en que realicemos nuestros contactos a través de Miriam Woodford, y Bertha no puede ponerse en relación con ella? Usted pretende que Bertha se ponga en contacto sobre una base de mujer a mujer.

—Bueno, ¿y qué hay de erróneo en eso?

—Nada, excepto que no ha dado resultado y que no creo que lo dé.

—¿Y por qué no puede conseguirlo Bertha?

—Pues porque Bertha no puede ir a casa de Miriam, tocar el timbre de la puerta y decir: «Hola. Usted es mujer y yo soy mujer también, por lo tanto, confíeme sus problemas».

—Usted está tratando de hacer que mi plan suene a cosa ridícula. No, yo no quiero que la señora Cool vaya a llamar a la puerta de Miriam. Lo que quiero es que ella esté a mano aquí en la playa, donde pueda ver a Miriam como por casualidad, hablarle y quizá, si es preciso, decirle que ella es un detective de California. Entonces Miriam pensará, meditará sobre sus problemas, pedirá a la señora Cool su consejo y ya estarán ustedes encarrilados sobre ciertas bases. Confieso que me siento un poco decepcionado respecto a su colaboradora, Donald. Parece carecer en absoluto de imaginación.

—Bueno, ella llegará aquí de un momento a otro y entonces puede usted decirle todo esto personalmente.

—Así lo haré.

Regresé de nuevo a mi lancha, hice una gran exhibición remando hacia mar adentro y después, ya con más sencillez, me abrí paso entre otras lanchas para regresar al Hotel Moana. Entregué allí la lancha, subí a mi habitación, me di una ducha, retorcí mi traje de baño para que le escurriera el agua, lo colgué a secar y me asomé a la ventana de mi cuarto para observar la playa, tratando de ver a Mira, y Norma.

Pero la distancia era demasiado grande para poder reconocerlas. No tenía unos anteojos de larga vista y había en la playa demasiadas muchachas bonitas.

Me retiré de la ventana y me senté a esperar. Y esto es lo más duro siempre.

Nada ocurría.

Pasó una hora. Luego dos. Sonó el teléfono.

Me sentía tan nervioso como una muchacha esperando una insinuación de un enamorado. Agarré apresuradamente el auricular.

La voz de Bertha, entrecortada por la emoción, me llegó a través del aparato.

—¡Donald, por el amor de Dios, ven aquí en seguida!

—¿A dónde?

—A la Jefatura de Policía.

—¿Qué ha ocurrido?

—Muchísimas cosas. Ven aquí.

—¿Y dónde me encontrará contigo?

—En la oficina del sargento Hulamoki. Tiene a su cargo la Brigada de Homicidios.

Colgué el auricular y luego llamé al teléfono de Miriam.

La propia Miriam me contestó.

—Le habla Donald, Miriam —le dije.

—¡Hola, Donald!, ¿qué hay de nuevo?

—¿Vio usted a Bicknell?

—¿Está usted bromeando?

—¿Lo vio usted?

—Norma y yo nos pusimos unos trajes de baño que hasta a mí me parecieron indecorosos, Bajamos después a la playa. Pero allí no había ningún Bicknell.

—Pues sí que estaba. Se hallaba allí, bajo una sombrilla de playa.

—Pues nosotras no encontramos a Bicknell.

—¿Está usted segura?

—¡Claro que estoy segura!

—¿Y no vio a Bertha Cool?

—¿Se refiere usted a aquella mujer que vino en el barco con usted?

—Sí.

—No, no la vimos. ¿Cree usted que andaba por allí en traje de baño?

—Probablemente.

Miriam lanzó una risita chusca y luego dijo:

—No, no la vimos.

—Muy bien; permanezcan quietas a la espera. Ha ocurrido algo. No sé lo que es todavía —le dije, y colgué.

Corrí a la Jefatura de Policía, pregunté por el sargento Hulamoki y me condujeron a su despacho.

Bertha y Stephenson Bicknell hallábanse allí sentados, rígidamente erguidos y con aspecto de terror. Frente a ellos, al otro lado de la mesa, estaba el sargento Hulamoki.

El sargento y yo nos saludamos con un apretón de manos.

—Solamente estaba tratando de poner en claro cierto pequeño asunto —dijo el sargento—. Y la señora Cool pensó que usted podía contribuir a ello.

—¿Algo grave? —pregunté.

El sargento Hulamoki dijo:

—El señor Bicknell es un testigo poco propicio.

Bicknell me miró, apretó con la mano el puño de su bastón un poco más fuerte y se agitó, inquieto.

El sargento Hulamoki me miró y dijo:

—Desde luego, no hay necesidad de mantener el disfraz de que sean ustedes extraños unos a otros. La policía de la isla tenía ya una lista de los pasajeros del *Lurline* varios días antes de que atracase aquí. Examinamos esa lista con objeto de averiguar exactamente quiénes son los que favorecen nuestras islas con su visita.

Asentí con la cabeza y guardé silencio, porque no decir nada era lo más seguro que podía hacer.

—Así, pues, estamos enterados de todo respecto a la firma Cool y Lam, Investigadores. Estamos familiarizados con el pasado y la historia de Stephenson Bicknell. Por todo ello, sospechamos que en la visita tan urgente de éste había alguna razón apremiante.

—¿Apremiante?

—El señor Bicknell empezó a hacer urgentes gestiones para conseguir reservas de pasajes en el *Lurline*. Para ello se dio muchas molestias e incurrió en bastantes gastos. Nosotros no sabíamos con exactitud quiénes iban a ocupar los camarotes reservados hasta el día anterior al de la salida del barco.

Asentí con la cabeza, con expresión inteligente.

—Y a nosotros nos agradaría muchísimo recibir de ustedes una declaración franca —prosiguió el sargento Hulamoki—. Ustedes vinieron aquí porque fueron contratados para venir; ocuparon camarotes en el barco que habían sido reservados por el señor Bicknell. Por lo tanto, es obvio que han hecho el viaje por asuntos

de él. El señor Bicknell, desde luego, está interesado en asuntos financieros en los cuales está interesada también la viuda de Ezra P. Woodford.

—Creo que ella prefiere que la llamen señora Miriam Woodford —terció Bicknell—. Y no intente usted sumar dos y dos de forma que la suma resulte veintidós.

—Muy bien, la señora Miriam Woodford —concedió afablemente el sargento Hulamoki—. Debe presumirse, por consiguiente, que el señor Bicknell vino aquí a causa de ciertos negocios importantes relacionados con Miriam Woodford.

—¿Y qué razones tiene usted para creerlo así? —preguntó Bicknell.

—Que usted no tiene otros negocios en estas islas; no tiene amigos aquí. Pero a pesar de eso, usted manifestó a la Compañía de Navegación Matson que su viaje era por asuntos de negocios en extremo urgentes.

—Lo que yo quería era llegar aquí —manifestó Bicknell.

—¿Y usted empleó a la firma Cool y Lam para que lo ayudasen a disfrutar del viaje?

Bicknell guardó silencio.

El sargento Hulamoki sacudió la cabeza negativamente y dijo:

—¿Cómo explica usted el hecho de que Donald Lam haya visitado en su casa a la señora Woodford?

Bicknell resopló y clavó sus ojos en mí.

—Y la última vez que la visitó —continuó el sargento Hulamoki — fue esta mañana, antes del desayuno, mientras ambas muchachas estaban vistiéndose. Evidentemente, Donald Lam es un antiguo amigo de ellas.

—¿Por qué esa traición de hijos de perra? —exclamó Bicknell, lanzándose de cabeza en la trampa.

—Ellas lo invitaron; fue recibido en el dormitorio mientras se estaban vistiendo.

—¿Las dos muchachas? —preguntó Bicknell.

—Las dos muchachas —contestó el sargento Hulamoki.

—¿Hacen ustedes comprobaciones —preguntó— tan detalladas como ésta de los visitantes de este país, sargento?

Él me miró, sonrió y dijo:

—No.

—Muchas gracias —le expresé—. Me siento muy honrado.

—Debiera usted estarlo.

Bicknell me estaba observando con ojos fríos y enfurecidos.

—Tenemos razones —dijo el sargento— para creer que el señor Bicknell fue testigo de un crimen y que el señor Bicknell se muestra excesivamente vago en la información que pudiera proporcionamos.

Bicknell contestó:

—Ya le he dicho todo cuanto sabía.

—Pues nosotros creemos que podría prestarnos una mayor ayuda.

—¿Podría usted decirme exactamente quién fue asesinado? —pregunté.

El sargento Huiamoki dijo:

—El asesinato fue cometido en la Vía Nipanuala, n.° 922. La víctima es
Jerome C
. Bastion, quien hacía algunas semanas se encontraba de visita aquí.

—Bertha Cool y yo —me dijo Bicknell— fuimos en coche hasta esa casa. Yo quería hablar con ese sujeto.

—¿Y por qué? —pregunté, manteniendo cubierto mi rostro con una máscara de inocencia.

—Porque tenía un asunto de negocios que quería discutir con él.

—¿De qué se trataba?

—Asuntos enteramente privados.

—Sigan ustedes —dijo, invitador, el sargento Hulamoki.

—Ya le he dicho a usted todo lo ocurrido una docena de veces.

—Pero usted no se lo ha dicho al señor Lam, y yo creo que Lam está muerto de curiosidad.

—Hay una entrada para coches muy angosta —dijo Bicknell—. No existe espacio para estacionar un coche sin que éste no interrumpa el tránsito, a menos que hubiésemos dado vuelta a la esquina. Me apeé del coche y toqué la campanilla. No recibí respuesta a mi llamada y volví a repetirla. Tampoco hubo respuesta esta vez. Pensé entonces que el ocupante de la casa podría encontrarse abajo en la playa, nadando. En efecto, oí a alguien batiendo en el agua, allí cerca, y el sonido de voces.

—Continúe usted —le dije.

—Me acerqué para observar al interior de la casa a través de una

de las ventanas, de la cual se hallaba levantada la persiana veneciana.

—¿Después, qué?

Con un pequeño temblor nervioso, Bicknell dijo:

—No me gusta ni siquiera recordarlo.

—Prosiga —le indicó el sargento Huiamoki—. Tendrá usted que recordarlo muchas veces aún. Y cuando lo haya recordado tan repetidamente, se le pasaran los temblores.

—Bueno, pues, a través de la ventana vi a un hombre tendido sobre una cama. Era evidente que le habían disparado un tiro entre los dos ojos.

—¿Y qué más vio usted allí? —preguntó el sargento Hulamoki.

—Vi a alguien que corría.

—¿Era un hombre o una mujer?

—Era una mujer. Ya le he dicho a usted esto.

—¿Y qué aspecto tenía esa mujer?

—Eso no pude precisarlo; sólo la vi de espaldas. Vi, durante un momento, una pierna y unas caderas. Iba vestida o bien con un traje de baño o estaba completamente desnuda…; no podría decir cuál de las dos cosas.

—¿Y qué estaba haciendo?

—No tuve más que una visión relámpago de ella, en el momento en que corría hacia la puerta de aquella estancia.

—¿Podría usted describir cómo era el traje de baño?

—Era un traje tan ceñido que no puedo ni siquiera tener la seguridad absoluta de que fuese un traje de baño. Podría ser también una mujer desnuda.

—¿Y qué hizo usted entonces?

Bertha intervino:

—Él regresó al coche; yo estaba esperando para ver si había alguien en la casa antes de ir a estacionar el coche. Bicknell tocó la campanilla. Lo me quedé sentada en el vehículo, observándolo en la puerta, y llegué a la conclusión de que no había nadie en aquella casa. Después vi a Bicknell mirar a través de la ventana. Y en seguida vino rápidamente hacia el coche, agitando sus manos en el aire y corriendo cuanto podía. Sufre de artritis, pero a pesar de eso corría todo lo de prisa que le era posible.

—¿Y entonces qué ocurrió? —preguntó el sargento Hulamoki,

observando a Bertha pensativamente.

Bertha dijo:

—Me contó lo que había visto y me dijo que corriese a un teléfono y lo notificase a la policía.

—¿Y entonces qué hizo usted?

—Dejé el coche donde estaba y acudí a telefonear a la policía.

—¿Y qué más?

—Después de telefonear volví a la casa, miré por la ventana vi el cadáver e hice que Bicknell se sentara en el coche conmigo mientras esperábamos la llegada de la policía. Esto fue sólo cuestión de minutos.

—¿Y a dónde fue usted a telefonear?

—Exactamente allí donde yo le dije la primera vez, la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta —replicó Bertha, indignada—. Subí un millón de peldaños, hasta una casa arriba en la colina y pregunté si podría utilizar su teléfono.

—¿Y usted no penetró en la casa…, me refiero a la casa donde estaba el cadáver?

—Pues claro que no… Todavía tengo algún sentido común.

—¿Y Bicknell entró?

—Seguro que no.

—¿Y podía usted ver a Bicknell desde el lugar donde estaba telefoneando?

—Pues ocurre que sí, efectivamente. Cuando penetré en la casa y expliqué lo que deseaba, y la mujer de la casa me mostró el teléfono, pude echar una mirada a través de la ventana y vi a Bicknell de pie, allá abajo, con el aire de un cordero descarriado.

Bicknell dijo:

—Ni siquiera probé la puerta de la casa. No soy tan tonto como para haber entrado en ella.

—No estoy bien seguro de lo contrario —dijo el sargento Hulamoki—, pero lo que sí creo es que usted vio bastante más de la persona de aquella muchacha de lo que confiesa.

—Pues no vi más.

El sargento Hulamoki se volvió hacia Bertha.

—Y ahora, dígame, ¿cuándo usted regresó, después de haber telefoneado a la policía, hizo algún intento para penetrar en la casa por la puerta de atrás?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Pues porque había un asesino dentro de la casa.

—Diga usted más bien porque *había habido* un asesino dentro de la casa —rectificó Bertha—. Supongo que usted no esperaría que ella se quedase allí. Y Bicknell la vio huir corriendo del cuarto del crimen. Ella oyó la llamada de la campanilla de la puerta del frente, y por lo tanto, se alejó a toda prisa.

—¿Y cómo salió ella de allí?

—Pues probablemente saldría por la puerta de atrás, luego bajaría los peldaños hasta la pequeña playa para ir a nadar, cruzar allí a nado hasta el otro lado y meterse en su coche o bien en la casa donde vive. ¡Maldita sea! Yo no sé cómo ella consiguió escapar de la casa del crimen, pero tuvo que haber salido.

—¿Y no hubiera sido fácil para usted haber subido a algún punto desde donde pudiera usted ver con amplitud la playa y las escaleras que conducen a ella, y por lo tanto, haber visto la aquella sombra… eso en el caso de que el señor Bicknell no la hubiera reconocido antes y no quisiese que usted supiera quién era?

—Yo no soy ninguna gacela —contestó Bertha—. Mis actividades como cabra montesa han quedado muy limitadas últimamente. Ascender hasta las cumbres, saltar de una roca a otra, son actividades que en verdad no me atraen.

—Pero el señor Bicknell estaba allí. Y éste dispuso libremente de todo el tiempo que usted pasó en la casa vecina telefoneando. Aparentemente, él permaneció en el porche del frente. Lo que yo quiero puntualizar es que parece haber habido una singular falta de curiosidad por parte de ustedes en cuanto a la identidad de esa mujer joven y desnuda que huyó de la casa.

—Bicknell está completamente tullido de artritis —dijo Bertha —. Le cuesta grandes trabajos moverse.

El sargento Hulamoki movió la cabeza denegando.

—Pues yo creo que el señor Bicknell podría darnos una descripción más precisa y detallada de la joven que estaba en la casa.

Bicknell se encogió levemente de hombros.

—¿Acaso se trata de que usted está intentando proteger a alguien? —preguntó el sargento Hulamoki.

—Desde luego que no —contestó Bicknell, indignado.

El sargento dijo:

—Pues eso es extraño, señor Bicknell, porque se da la circunstancia de que nosotros sabemos una gran cantidad de cosas sobre
Jerome C
. Bastion.

Bicknell se irguió en su silla, pero su rostro permaneció inmutable.

Yo miré a Bertha. Su rostro estaba tan impasible como si fuera de piedra.

El sargento Hulamoki prosiguió:

—Ese caballero asesinado era un chantajista muy hábil y técnico profesional. Se ganaba la vida, y por cierto una vida estupenda, con el chantaje. Pero ocurre que el detective Edgard B. Larson, de la Policía de Denver, vino en el mismo barco de ustedes. El viaje del sargento Larson era por razones profesionales. Había averiguado que
Jerome C
. Bastion se encontraba aquí y que había venido con propósitos de chantaje. El sargento Larson tenía razones para creer que la víctima en perspectiva del chantaje de Bastion era ni más ni menos que la pupila de usted: Miriam Woodford.

—Yo no soy su guardián.

—Bueno, usted es su guardián financiero.

—Pero eso no hace ni significa que ella sea mi pupila. Aunque yo quisiera que así fuese.

—¿Por qué?

—Porque así yo no puedo controlar a la mujer, no puedo conseguir que se dé cuenta de la seriedad de la situación.

—¿De qué situación?

—De su situación financiera y de su situación social, del hecho de que era preciso que hubiese una mayor apariencia de luto, sin perjuicio de lo que ella pudiese sentir respecto a Ezra. Pero esto tampoco marcha, es exacto; no es precisamente como yo quería expresarlo. Lo que quiero decir es que traté de inculcarle que su carácter naturalmente espontáneo debiera ser…; bien, que no debería incurrir en ninguna ligereza.

El sargento Hulamoki observó a Bicknell pensativamente y dijo:

—Aquí en las islas, señor Bicknell, no nos impresiona extraordinariamente ni la riqueza ni la influencia. Cuando investigamos un caso, procuramos por todos los medios realizar la mejor labor posible de que somos capaces.

—Eso me satisface —dijo Bicknell.

—Y si descubrimos que ha habido falsedades por parte de cualquiera procedemos con mucha dureza.

—Me parece una magnífica actitud la que ustedes adoptan —dijo Bicknell.

—¿Tiene usted algo más que añadir a su declaración?

—Nada en absoluto.

—¿Cree usted que aquella muchacha a quien usted vio estaba en traje de baño?

—Así me lo pareció.

—¿Y cree usted que era joven?

—Era muy esbelta y graciosa y también muy rápida en sus movimientos.

—¿Qué estatura tendría más o menos?

—Era más bien una muchacha alta.

—¿Y delgada?

—No. Su pierna era bien redondeada, así como su espalda.

—¿Estaba bien formada entonces?

—Sí, bien formada —contestó Bicknell.

El sargento Hulamoki se puso en pie detrás de su mesa y dijo:

—Si ustedes, señores, me perdonan un momento…, tengo una cita con el sargento Larson. Quiero conferenciar con él.

El sargento Hulamoki salió de la estancia y la puerta se cerró de golpe tras él.

Me levanté de mi silla, señalé a una lámpara de mesa que tenía un extraño soporte, hice una advertencia a todos poniéndome un dedo sobre mis labios y luego dije:

—Muy bien. Rápido, amigos, cuéntenme ustedes lo que ocurrió. ¿Qué ha sido todo esto?

—Bien pues la realidad es que nosotros… —dijo Bicknell.

—Bertha le dio con el pie en el tobillo y entonces él se puso a hacer gestos de dolor agónico.

—Dijimos la entera verdad, Donald —intervino Bertha—. Las cosas ocurrieron exactamente tal como Bicknell las describió.

—¿Y reconoció él a la muchacha? —pregunté.

—Pregúntaselo a él —dijo Bertha.

Le hice una señal de advertencia con la mano y le dije:

—Bicknell, cuéntemelo todo en detalle y con toda rapidez. Estamos trabajando para usted, y por lo tanto, tiene que decirnos la verdad. ¿Reconoció a la muchacha?

—No, en absoluto —contestó Bicknell, comprendiendo al fin mi propósito—. Yo dije a la policía exactamente todo lo que ocurrió.

—¿Con exactitud?

—Con toda exactitud.

—¿No ocultó usted nada?

—Absolutamente nada.

—Hemos tenido —dije— un montón de experiencias en este asunto y usted no. Y ahora cuéntemelo usted todo, tal cual fue, Bicknell. ¿Está usted diciendo de veras toda la verdad?

—Estoy diciéndole toda la verdad, hasta en sus detalles más mínimos.

—Bueno —dije yo—, pues entonces así son las cosas. Resulta extraño que hubiese usted visto a la muchacha salir por la puerta y que, sin embargo, no pueda dar más detalles sobre ella. ¿Dónde se encontraba ella cuando miró usted la primera vez por la ventana?

—No lo sé —contestó Bicknell—. Posiblemente estaría de pie en las sombras, en alguna parte. Ya sabe usted lo que ocurre. Que el más leve movimiento atrae su atención. Y lo primero que vi fue una cosa blanca que se movía y entonces advertí la pierna de la muchacha… no había mucha luz allí dentro, ¿sabe usted, Donald? Había muchas sombras en aquel cuarto y era difícil ver en el interior mirando a través de la ventana. Me parece que había reflejos provenientes del exterior que me molestaban y me impedían ver allí dentro. De todas formas, todo cuanto yo sé es que la primera visión algo clara que tuve de esa muchacha, fue precisamente cuando ella se hallaba cruzando el umbral corriendo.

Me volví hacia Bertha.

—Cuéntame lo ocurrido, Bertha. No trates de ocultarme nada.

—¡Maldita sea! —replicó Bertha—. Yo no le ocultaría nada a nadie. Éste es un asunto de asesinato. Y yo no voy a ocultar nada en cosas de asesinatos en favor de ningún cliente. Le estoy diciendo toda la verdad. Personalmente, yo no creo que Bicknell haya podido

reconocer a la muchacha.

—Era una pierna de mujer… y una espalda.

—¿Pero usted cree que era una mujer, en efecto? —pregunté a Bicknell.

—Era una pierna de una mujer… y una espalda.

—¿Y qué clase de traje de baño llevaba?

—Si en realidad llevaba puesto un traje de baño, éste era… Pero no puedo decir que fuera un traje de baño: creo que más bien estaba completamente desnuda.

—¿Y qué se hizo de esa mujer?

—Pues evidentemente huyó por la puerta posterior de la casa.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me parece haber oído cerrarse de golpe esa puerta mientras yo permanecía allí de pie.

—¿Y usted no hizo nada en relación con eso?

—¿Qué podía hacer yo? ¿Cree usted que podría ir renqueando por el paseo de cemento para ir a enfrentarme con una mujer que acababa exactamente de matar a un hombre? No sea usted tonto. Ese trabajo es para la policía. Yo ya no soy ningún joven. No soy físicamente un hombre robusto, y por tanto, ¿qué posibilidades tenía yo de apresar a alguien que acababa precisamente de cometer un asesinato?

—¿Y esa mujer no dio la vuelta en torno a la casa para dirigirse a la parte frontera de ésta?

—No. La forma en que yo me lo imagino —contestó él—, aun cuando no se lo he dicho a la policía, es que ella se fue a la playa a nadar, vistiendo una bata y nada más. Creo que ella abrió la puerta de atrás, se despojó de la bata y penetró en ella desnuda. De esa manera, nadie podría tener ocasión de encontrar salpicaduras de sangre ni siquiera en su traje de baño. Después de cometer el crimen, corrió otra vez a la puerta de atrás, se puso de nuevo la bata y bajó las escaleras hacia la piscina. En el primer descansillo de la escalera, ella giró, siguiendo otro tramo de escaleras, aparentando ser una joven que regresaba de un rato de natación matinal. Así, nadie le hubiera prestado atención y si no llevaba debajo de la bata el traje de baño, ¿quién iba a darse cuenta de ello?

—Y luego ¿adónde se fue ella? —pregunté.

—Ese sitio tiene una serie de casas encaramadas en la colina, por encima de la piscina. Hay una media docena de ellas, en terrazas y con caminos en tres niveles. Ella se limitaría, pues, a subir a uno de los caminos más altos. Allí tendría un coche estacionado, y eso fue todo. Ella ya había desaparecido antes que la señora Cool consiguiese comunicarse con la policía.

—Bien —dije yo—, no es mucho lo que nosotros podemos hacer hasta que la policía averigüe más sobre eso. ¿Conoció usted alguna vez a Bastion?

—No.

—¿Nunca se lo presentaron?

—Nunca.

—Y tú Bertha, ¿lo conocías?

Bertha meneó la cabeza denegando.

—No he visto el cadáver, pero ese nombre no significa nada para mí.

—Muy bien. Y ahora dígame, ¿por qué fueron ustedes allí?

Bertha contestó:

—Fuimos allí porque yo tenía un soplo de que el hombre vivía en esa casa estaba intentando hacer objeto chantaje a Miriam Woodford.

—¿Y dónde recibiste ese soplo? —le pregunté mirándola directo a los ojos.

—Ésa es una cosa que yo no diré, ni siquiera a ti…, por ahora —contestó Bertha.

—¿Y por qué no?

—Porque es una información confidencial. Y yo no voy a divulgar mis fuentes de información a nadie. Prometí que no lo haría y voy a mantener mi promesa.

—¿Y qué te proponías hacer cuando llegases allí? —pregunté.

—Pensaba amenazarlo con el castigo de Dios. Detesto los chantajistas y proyectaba exigir un ajuste de cuentas con él.

—¿Y supongamos que él no se hubiera atemorizado?

—Entonces —intervino Bicknell—, yo estaría allí presente con mi libreta de cheques, señor Lam, si en realidad quiere usted saber el desenlace, con todos los detalles, del asunto.

—Bueno, yo quería saber todos los detalles, en efecto —contesté —. Muchísimas gracias. ¿Hay alguna cosa más?

—Eso es todo —manifestó Bicknell.

—No hay nada más —dijo a su vez Bertha.

Encendimos cigarrillos y esperamos allí sentados.

Transcurridos apenas dos minutos se abrió la puerta y entró el sargento Hulamoki, acompañado del detective Edgard Larson de la Policía de Denver.

—¡Hola, señor Larson! —le dije.

Hizo una inclinación de cabeza y dijo secamente:

—Sería preferible que pusiésemos algunas cartas boca arriba sobre la mesa. Yo vine aquí en apariencia como turista. Pero en realidad pertenezco a la policía de Denver y tengo como misión casos de homicidio.

Yo asentí con un movimiento de cabeza.

—No voy a entrar en detalles, pero teníamos razones para pensar que Miriam Woodford hubiese asesinado a su esposo Ezra P. Woodford.

Bicknell se incorporó en su silla y trató de ponerse en pie, pero no lo consiguió; sus débiles músculos no le suministraron la fuerza necesaria para ello. Echó mano a su bastón.

—Usted no va a hacer una declaración de esa especie impunemente —gritó—. Usted…

Larson le contestó:

—Cállese y escuche. Tenemos razones para creer que Jerome C. Bastion, que ocupaba aquel chalet alquilado, poseía alguna prueba que comprometía a Miriam Woodford en el asesinato de su esposo.

—En primer lugar —replicó Bicknell—. Ezra Woodford no fue asesinado. Y en segundo…

Larson lo interrumpió:

—¿Hasta qué punto puede usted responder de Miriam Woodford?

—Sé que ella es una persona honrada. Es probable que no estuviese muy enamorada de Ezra, pero hizo un trato con él y mantuvo su palabra.

—¿Y qué sabe usted sobre el pasado de ella?

—Nada —dijo Bicknell—. Y lo que es más, tampoco quiero saber nada de él.

—Pues su pasado —dijo Larson— es un tanto turbio, por lo que

concierne a los convencionalismos. En el cuadro de su vida hay unas cuantas salpicaduras color púrpura.

—En otras palabras —exclamó, sarcástico, Bicknell—, desde el momento en que una joven deja de ser virgen ya puede ser acusada de asesinato, ¿no es así?

—Ésa no es la cuestión —contestó con calma Larson, sin revelar la más ligera reacción de que el sarcasmo lo hubiese ofendido—. Nosotros estamos tratando simplemente de obtener un retrato claro de los personajes relacionados con este caso.

Bicknell quedóse sentado, con los labios apretados y en indignado silencio.

—Miriam era una muchacha alegre que hacía viajes de recreo por mar —continuó Larson—. Fue en una de esas excursiones cuando conoció a Ezra Woodford. Por esa época ella se llamaba Miriam Vernon. Woodford era un hombre solitario y rico, y Miriam era un paquete de dinamita humana. Tenía con ella a Norma, para que la ayudase en su juego. Y ambas jugaron sus cartas muy bien. Ezra se casó, pues, con Miriam.

Bicknell dijo:

—Oiga usted, yo era el socio de Ezra; conocí muy a fondo sus sentimientos y lo que pensaba. Y puesto que usted ha planteado la cuestión, voy a decirle que él no estaba bajo los efectos de cosas ilusorias respecto a Miriam. Sabía que era una muchacha alegre que había andado divirtiéndose por ahí, pero ella le gustaba; Miriam tenía el arte de hacerlo reír, lo conservaba vivo. Él era un hombre solitario y ansiaba tener a su alrededor juventud. Y estaba, por lo tanto, dispuesto a pagar por ello. Hizo un trato con Miriam. Ésta se casaría con él y él se cuidaría de ella para toda su vida. Y Miriam cumplió su compromiso y él el suyo.

—El problema —manifestó el sargento Larson— era que Ezra Woodford parecía más bien duradero. Resultó ser un hombre de fuerte constitución física y de conceptos definidos propios. Miriam estaba dispuesta a participar en ese juego por algún tiempo, pero el problema era que no se sentía capaz de esperar.

—¿Qué quiere usted decir con que ella no era capaz de esperar?

—Pues exactamente eso —contestó Larson—. Miriam no es persona capaz de esperar. Tiene demasiado impulso y muy poca paciencia. Y decidió entonces ayudar un poco a la obra del tiempo

con una dosis de arsénico.

—¿Con arsénico? —exclamó Bicknell—. ¡Usted está loco!

—Tengo algunas pruebas. Y creo que voy a disponer de más. Y cuando las haya conseguido, tendré en mis manos un caso completo.

Bicknell dijo:

—Ezra murió de causas naturales. Los médicos así lo dijeron.

—Los síntomas fueron de un envenenamiento con arsénico.

—El certificado de defunción declara que fue a causa de un agudo envenenamiento con comida.

Larson guardó silencio.

El sargento Huiamoki lo miró.

Larson asintió con un movimiento de cabeza.

El sargento Hulamoki dijo:

—Bueno, creo que esto es todo por el momento. Ustedes, señores, pueden irse ahora. Es posible que volvamos a llamarlos de nuevo.

Nos pusimos en pie y salimos.

—Yo me iré en el coche contigo, Donald —dijo Bertha—. Bicknell tiene un coche alquilado. Él puede conducir el coche de regreso y después nos encontraremos en el Hotel Royal.

Bertha y yo subimos al coche. Lo inspeccioné para comprobar si no habían instalado allí mientras tanto registradores de voz o micrófonos secretos y luego dije:

—Muy bien, y ahora dime la verdad.

Bertha contestó:

—¡Dios mío, Donald, estoy metida en un lío! Me siento terriblemente asustada.

—¿Qué hiciste entonces? —le pregunté—. ¿Entraste en aquella casa?

—Bertha entró en la casa —asintió.

—Cuéntame.

—Bicknell me convenció de que lo hiciese. Yo comprendí que estaba tomando un riesgo tremendo, pero Bicknell estaba allí, balanceando su libreta de cheques, y… bueno, ya sabes lo que le ocurre a Bertha ante eso. No puede resistirse a tender la mano a un poco de dinero extra.

—Prosigue —le dije—. Cuéntamelo todo. ¿Cuándo fue eso? ¿Fue

antes de que telefonearas a la policía o después?

—No, fue después. Telefoneé a la policía, según dije, y después regresé a reunirme con Bicknell allí en el porche y a esperar la llegada de aquélla.

—¿Y entonces qué?

—Entonces —continuó ella— fue cuando a Bicknell se le ocurrió la idea. Me dijo que Bastion estaba haciendo objeto de chantaje a Miriam; que su asesinato era lo peor que hubiera podido ocurrir porque seguramente tenía en su poder alguna prueba material acusadora, de alguna clase, guardada allí en la casa. Me dijo que la policía la encontraría y que entonces la grasa caería al fuego.

—¿Y tenía él alguna idea sobre lo que Bastion estaba utilizando como elemento de chantaje?

—Era algo relativo al pasado de Miriam. Supongo que, en efecto, era una joven alegre. Al parecer, Bicknell sabe perfectamente todo eso, pero no le preocupa en absoluto. No sé, Donald, pero quizá sea algo más grave. Quizás ella decidió apresurar las cosas con la muerte de su espeso. Nunca se puede predecir lo que harán estas niñas alocadas. Se les ocurren muchas ideas. Y esta Miriam me tiene desconcertada, Ella y Norma son unas muchachas modernas, y por consiguiente, son ya de una raza distinta de…

—No te preocupes por eso —la interrumpí—. ¿Cómo supo Bicknell acerca de Bastion, en primer lugar?

—Se lo dije yo.

—¿Cuándo, dónde y por qué?

—Fue allí en la playa, unos minutos después que tú te fuiste, y porque ese hijo de perra me estaba torturando diciéndome que nosotros no íbamos a ninguna parte, que él estaba tirando su dinero al habernos traído aquí y que estaba muy disgustado.

—¿Y le dijiste la forma en que te habías enterado?

—No soy yo quien se lo diría, querido. En eso puedes confiar en Bertha. Le dije que tenía que proteger mis fuentes de información, como dije a la policía.

—Pues sigue haciéndolo así —le dije—, porque fui en el coche allí esta mañana para merodear. Quizá resulte mejor que la policía no se entere de ello.

—Bueno, pero ellos no pueden cargarte a ti nada sobre eso, porque el crimen fue cometido un poquito antes de que nosotros

llegásemos —dijo Bertha—. El médico ha confirmado esto.

—Muy bien —le dije yo—. Cuéntame los detalles. ¿Era Miriam la muchacha a quien Bicknell vio allí?

—Yo creo que lo era.

—¿Pero tú no lo sabes?

—No. Él no quiere confesar nada.

—Entonces, ¿por qué crees que era Miriam?

—Pues porque él se muestra tan malditamente evasivo en sus descripciones de ella. Yo creo que él la vio mucho mejor de lo que afirma.

—Muy bien. Aquí viene otra pregunta: ¿No fue Bicknell quien lo hizo?

—No, él no pudo hacerlo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estaba él en la playa…?

—Él estaba conmigo. Lo recogí en la playa inmediatamente después que tú te marchaste. Lo perdí sólo de vista durante el tiempo en que nos cambiamos de ropa en el Hotel Royal, y ésa fue la única vez, excepto cuando yo subí las escaleras hasta aquella casa de la colina para telefonear a la policía; pero eso fue *después* de haberse cometido el crimen…

—¿Cuándo se apeó él del coche y se dirigió a la puerta de la casa?

—Yo lo estuve observando constantemente. Tocó la campanilla, miró al interior de la casa por la ventana y después vino corriendo hacia mí. Yo creo que fue Miriam quien lo hizo, Donald. Y si fue ella, nosotros no podemos protegerla.

Medité sobre esto y dije:

—Todo depende de lo que la policía descubra. ¿Qué más ocurrió allí? Cuéntame la historia completa.

—Después que telefoneé, Bicknell me dijo que todo indicaba que Bastion había recibido un tiro mientras se encontraba en la cama. Al parecer, estaba leyendo el periódico, el cual se hallaba caído en el suelo, al lado de la cama. Bicknell dijo que probablemente Bastion había abierto la puerta recogió el periódico que le había traído el repartidor y estaba tendido en la cama leyendo. Eso significa que la puerta de la fachada principal estaría sin cerrar con llave.

—Continúa —dije a Bertha. Era algo así como estarle sacando

las muelas.

—Bueno —dijo ella—, yo estaba dispuesta a dejar que se saciara su curiosidad en ese aspecto, y por lo tanto no protesté cuando él probó el pestillo de la puerta.

—¿Y entonces qué ocurrió?

—Pues resultó lo que él había deducido por la posición en que se encontraba el cadáver. La puerta estaba sin cerrar. Él abrió la puerta y nos encontramos con el camino libre para penetrar en la casa. Y hacerlo, parecía una cuestión bien simple. Yo me quedé atrás, pero entonces Bicknell se apresuró a cantarme la canción de la sirena con su libreta de cheques. Bertha no pudo resistir pues.

—¡Qué tontos! —exclamé—. Vosotros no podíais entrar en la casa sin dejar las huellas dactilares y…

—Vamos, espera un momento —interrumpió Bertha—. Bicknell no es tan tonto como todo eso, y, aun en el caso de que él lo fuera yo no soy ninguna niña perdida en los bosques. Saqué mi pañuelo y limpié el pestillo antes de que diésemos un paso dentro de la casa y advertí también a Bicknell de que no dejase huellas dactilares. Bicknell tenía un par de guantes ligeros en su bolsillo, se los puso y me dijo que iba a echar un vistazo por allí y que no debía tocar nada.

—Sigue —le dije—. ¿Qué sucedió?

—Penetramos en el cuarto del crimen y nos pusimos a examinarlo. Bicknell abrió unos cuantos cajones y registró las ropas de Bastion, hasta que encontró su cartera.

—¿Y qué había en su cartera?

—Pues había un montón de dinero y algunos papeles —dijo Bertha.

—¿Y qué eran esos papeles?

—Eso no lo sé. Bicknell les echó una rápida ojeada y luego se los guardó en su bolsillo.

—¡Ese estúpido loco! —dije yo—. La policía lo registrará y…

—Vamos, espera un momento —me interrumpió Bertha—. No empieces a formularte conclusiones. Bicknell es un hombre inteligente; no estuvo allí más de cinco o diez minutos. Y yo no estuve más de dos. Bicknell temía que la policía pudiese llevárselo a la Jefatura y registrarlo, y por lo tanto ansiaba ocultar aquellos papeles en algún lugar donde la policía no pudiese encontrarlos

pero donde pudiera él recogerlos más tarde.

—Y luego, ¿qué hicisteis?

—Existe una pared de piedra enfrente de aquella casa.

Cuando salió de allí, metió los papeles en uno de los guantes, enrolló éstos y lo metió todo en un pequeño agujero de la pared, bien al fondo, y luego lo tapó con una piedra que estaba en el suelo.

—¿Y tú no sabes qué contenían esos papeles?

—No. Y dudo que Bicknell lo sepa tampoco. Sólo les echó una rápida mirada, pero al parecer fue un hallazgo interesante y algo de lo que él deseaba apoderarse.

—¿Algo más? —pregunté.

—En un armario había un montón de rollos de cinta, así como también un magnetófono, en el cual aquéllos podían ser empleados. Creo que algunos de esos rollos eran nuevos y en blanco, y otros en cambio estaban ya grabados. Supongo que contienen conversaciones registradas entre Miriam y Norma pero no nos atrevimos a tocarlos. No hubiéramos podido sacarlos de aquel lugar. La policía los encontrará, los pondrá en un aparato para escucharlos y caerá sobre Miriam Woodford con el peso de mil toneladas de ladrillos antes de que se acabe el día.

—Prosigue. ¿Qué más tienes que decirme?

—Y ahora llego a la parte que me intranquiliza a mí. Donald, yo debía estar completamente loca.

—Prosigue —le dije, impaciente—. No disponemos de todo el día. Cuenta las cosas en concreto. No ayudas en nada con mostrarte tan remilgada.

—Hasta ese momento, yo no me había comprometido en nada. Era Bicknell quien estaba realizando todas las actividades ilegales.

—Sí, pero tú habías entrado en la casa.

—Eso es cierto; yo había entrado allí dentro, pero no había tocado nada.

—Continúa.

—Pero entonces empecé a sentir los pies fríos, terriblemente fríos.

—Ya era tiempo de que eso te ocurriese —le dije.

—Dije a Bicknell que me iba fuera de la casa y me pondría a vigilar, y en caso de que llegara la policía, lanzaría un silbido.

—Y entonces, ¿que hiciste?

—Salí al exterior.

—¿Dejando a Bicknell dentro de la casa?

—Sí.

—Sigue —le dije—. Tienes algo en la cabeza que no quieres decirme. ¡Por el amor del cielo, dímelo!

—Eso ocurrió, Donald, cuando salí por la puerta al exterior. Me hallaba de pie en el pequeño vestíbulo de la entrada, donde me detuve unos segundos. Había allí una estantería con algunos libros y uno de éstos estaba un poco fuera de línea. Supongo que podría reclamar el derecho de decir que fue el detective que llevo dentro quien lo observó. Pero no fue así. Fue el instinto femenino natural, el del ama de casa. ¡Y, maldita sea, no te rías de mí porque tenga instintos femeninos!

—Yo no me río.

—El libro era una imitación. Tan pronto como lo toqué, comprendí que había algo anormal en él. Lo saqué de la estantería y resultó no ser más que la mitad de un libro.

Las páginas interiores habían sido cortadas y quedaba únicamente la cubierta.

—Continúa —le dije—. Apresúrate, porque nos vamos a estar todo el día con esto. Vacía lo que llevas dentro. Sepamos de una vez con qué nos enfrentamos.

—Bicknell se hallaba en el otro cuarto, husmeando. Tan pronto como toqué el libro, advertí que su peso no era el lógico, ni tampoco su equilibrio. Traté de empujarlo y colocarlo en la posición adecuada, pero encontré resistencia y tiré de él; y entonces vi que, según te dije, era sólo un medio libro. En la parte cortada había una cámara de cine corriente y ordinaria.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo —contestó ella.

—¿Y qué hiciste?

—Antes de pensarlo siquiera, ya había sacado yo la cámara del libro y estaba contemplándola, y entonces súbitamente comprendí que estaba dejando mis huellas dactilares sobre aquel objeto. Bueno, entonces saqué el pañuelo y froté con él el libro lo mejor que pude y luego comencé a hacer algo con la cámara de cine, pues comprendí que la había llenado de huellas dactilares y que me iba a ser dificilísimo borrarlas.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Robé la cámara de cine y volví a poner el falso libro otra vez en el estante.

—¿Y qué hiciste con la cámara?

—Bueno, yo tenía miedo de que la policía fuese a registrarme. Estaba más segura de que, bajo cualquier pretexto, registrarían el automóvil. Así, pues, salí afuera y me quedé de pie en el porche, sosteniendo en la mano aquel aparato, y entonces se me ocurrió una brillante idea. Bajé por el camino, hasta donde éste entronca con la carretera. Había allí media docena de buzones para el correo. Uno de esos buzones tenía el nombre de Abney. Yo no sé a qué hora se distribuye el correo aquí, pero tengo la idea de que es a última hora de la tarde. Como quiera que sea, corrí el riesgo. Abrí el buzón y metí la cámara de cine en él.

—¿Dejando en ella tus huellas dactilares?

—No. La limpié lo mejor que pude; sin embargo, eso me preocupa. Quizá no conseguí borrarlas todas. No tenía guantes conmigo.

—¿Y después qué?

—Después regresé al porche y en esos momentos oí el sonido de una sirena. Hice la señal a Bicknell y éste salió.

Le pregunté si había encontrado alguna cosa más y me contestó que no, que lo único que había encontrado habían sido aquellos papeles.

—¿Y él los había escondido?

—No. Todavía los tenía con él. Fue en ese momento cuando se le ocurrió meterlos en el guante, hacer con los dos guantes una pelota e introducir ésta en el agujero de la pared y luego taparlo con la piedra que había en el suelo. Creo que probablemente la piedra había caído de la misma pared.

—¿Y no le dijiste nada a Bicknell sobre la cámara?

—Donald, yo no he dicho nada a nadie sobre la cámara ni a nadie se lo diré. Mentiré como todos los diablos si tratan de atribuirme algo. Lo que hice fue una tontería. Pero tengo la idea de que quizá haya en esa cámara alguna película que contenga cosas interesantes, elementos que tal vez Bastion estaba utilizando en su chantaje.

Bertha hizo una pausa, me miró suplicante y prosiguió:

—Y tú, que eres un hombre tan audaz y de tantos recursos, supón que te lanzas a recuperar esa cámara y la película y revelas ésta. La policía va a estar vigilándonos, a Bicknell y a mí, pero seguramente podría haber una oportunidad para ti de ir hasta allí y realizar la operación.

—¿Y por qué no dijiste a Bicknell que habías encontrado la cámara? —le pregunté.

—¡Vaya! Entonces me hubiera puesto en las garras de un cliente rezongón. ¡Demonios, con eso hubiera metido mi cabeza debajo del hacha! Tú bien lo sabes, Yo también lo sé, y lo que es más, Bicknell se hubiera dado cuenta de ello. Cuando llegue la hora de hacer cuentas definitivas con Bicknell, no creas que éste nos diga: «Muy bien, señora Cool. Usted ha arriesgado su licencia profesional por haber realizado una cosa ilegal tratando de ayudarme y por ello voy a pagarle a usted una cantidad extra». Ni hablar de eso. Si él supiera de alguna cosa con la cual pudiera eliminarme del negocio es lo bastante ingrato y mezquino para aprovecharse de ello. Pero yo también soy lo bastante ingrata, e interesada, y mezquina, para mirarlo en forma acusadora y recordarle el hecho de que yo sé que él violó la ley al entrar en aquella casa y registrarla.

—¿Y tú no la registraste?

—Yo tuve buen cuidado de no registrar nada. Me quedé de pie allí en el umbral, mirando.

—Y mientras tú te hallabas fuera metiendo la cámara de cine en el buzón, ¿no sabes lo que Bicknell estaba haciendo?

—Pues estaba registrando.

—Quiero decir si sabes lo que encontró.

—Él dijo que no había encontrado nada.

—Pero eso es lo que él te dijo. No tienes medio de saber si es verdad.

—Tienes razón.

—Y ahora, ¿puedes decirme, más o menos, dónde fueron ocultados aquellos guantes en la pared?

—Aproximadamente a unos tres metros a la derecha de la pared y a unos dos tercios de altura de la misma. Hay allí una piedra con una mancha de cal inmediatamente debajo de esa piedra.

—Muy bien —dije—. Voy a ver lo que puedo hacer. Mantén la boca cerrada.

—Así lo haré —contestó Bertha—. No vayas a creer que me dedicaré a andar por ahí contando todo esto a todo el mundo.

—Y otra cosa más, Bertha. ¿Había mucha sangre en el cuarto?

—Bastante. Fue un crimen atropellado.

—La policía probablemente no estará muy dispuesta a empezar a mirar tu ropa con un microscopio en busca de manchas de sangre y…

—Pero yo nunca me acerqué a donde había sangre —dijo Bertha.

—¿Y Bicknell?

—Trató de proceder con todo cuidado.

—Sí, trató de hacerlo —dije yo—. Pero tú no puedes asegurar con precisión lo que ocurrió. Así, pues, recuerda bien esto, Bertha: la policía de aquí es en extremo hábil. Observaron los zapatos que llevabas puestos. Saben exactamente lo que llevabas puesto. Y también observaron las ropas de Bicknell.

—¿Y eso qué? —preguntó Bertha.

—Más tarde, hoy mismo, decidirán registrar vuestras habitaciones. Si comprueban que las ropas que vistes ahora, y en especial tus zapatos, han desaparecido, entonces sabrán la respuesta a todo eso. Por consiguiente, queda a tu cargo establecer contacto con Bicknell y ponerlo sobre aviso en esta cuestión. Dile que no trate en forma alguna de hacer desaparecer ni sus zapatos ni sus ropas. Es preciso que tenga extremo cuidado en no, enviar tampoco ropas a limpiar a la tintorería.

—¿Y qué ocurriría si apareciesen manchas de sangre en sus zapatos?

—Advierte a Bicknell que baje a la calle y pasee por la playa, metiendo los zapatos en la arena y fingiendo de vez en cuando que la artritis le hace torcer el pié.

—Ya comprendo lo que quieres —dijo Bertha—. Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Voy a seguir vuestras huellas —le contesté.

capítulo trece

SI la policía me hubiese detenido por conducir con exceso de velocidad en ese preciso momento, esto hubiera sido para mí una manera segura de comprar billete solamente de ida a la cárcel. A mí no me agradaba lo que yo estaba haciendo, pero era una tarea que había que realizar a toda costa.

Me aseguré primero de que nadie me seguía y luego lancé el coche a toda la velocidad a que fui capaz de arriesgarme. Como conocía el camino, no tuve que perder tiempo en rodeos y averiguaciones para saber dónde se encontraba la Vía Nipanuala. Me metí, pues, por ella y conduje hasta lo que correspondía a la manzana 800. Encontré aquel lugar repleto de automóviles.

A pesar del poco tiempo transcurrido, la noticia del crimen se había propalado y los agentes de policía habían echado una cuerda a lo ancho de la calle, pero los curiosos se amontonaban hasta el pie de la cuerda, tomando fotografías, parloteando y observando.

Esto facilitó las cosas para mí, pues había una multitud acumulada en las inmediaciones de los buzones de correo particulares. Me quedé merodeando por allí y esperé hasta que se me presentó la oportunidad cuando la mayor parte de aquella gente estaba mirando fijamente hacia la casa.

Entonces abrí el buzón de Abney y metí la mano dentro.

Lancé un suspiro de alivio. La cámara estaba allí.

Saqué la cámara, bajé la tapa del buzón empujándola con el hombro, me reuní al grupo que estaba observando y a poco subí a mi coche y regresé al Hotel Moana.

Disponía de una hora más o menos de libertad de acción, pero no mucho más tiempo.

Abrí la cámara de cine. En su interior, en vez de haber el rollo de película grande que le correspondía, había en realidad un

pequeño rollo de películas, los recibos de alquiler de dos cajas de seguridad, una de un Banco de Francisco y la otra de un Banco de Salt Lake City, y llaves correspondientes a esas cajas, todo esto envuelto en papel de seda de forma que no hiciese ruido dentro de la cámara.

Miré el rollo de película.

Era una película microfilm que ya había sido revelada. Con mi lupa de bolsillo pude examinarla y comprobé que contenía fotografías de cartas. Debía haber en ellas centenares de cartas reproducidas.

Una de aquellas cartas estaba escrita de mano femenina. Apliqué a ella mi lente. Con toda probabilidad era una carta que Norma había escrito a un hombre. Era bochornosa. La tonta había firmado con su nombre.

No tenía tiempo para continuar mi examen. Tenía en mis manos un paquete de dinamita que podía hacer explosión en cualquier momento. Así, pues, guardé aquel material en mi bolsillo.

Salí en mi coche y rodé en él hasta llegar a una tienda de máquinas fotográficas. Penetré en ella, compré un nuevo rollo de película y lo coloqué en la cámara. Luego me fui hasta la calle King, donde la espía había dejado su coche estacionado.

El coche tenía las puertas sin cerrar con llave, aunque la del arranque no estaba puesta.

Tomé algunas fotografías del coche allí estacionado, lo mismo de la parte delantera que de la de atrás. Después pasé un par de minutos limpiando todas las huellas que pudiera haber en la cámara, metí ésta en el departamento de los guantes que había en el tablero de mandos, me fui a una tienda, compré un despertador, lo saqué de su caja de cartón, metí en ésta la película y las llaves, la cerré, fui a la oficina de correos, le puse los sellos correspondientes y envié el paquete por correo aéreo con entrega inmediata urgente a nombre de Elsie Brand, dirigida a nuestra agencia en el territorio de los Estados Unidos.

El sargento Hulamoki me había parecido un oficial de policía verdaderamente hábil. Yo sabía, pues, que aun siendo la mitad de lo hábil que parecía ser nos hubiera mantenido detenidos en la Jefatura hasta que los agentes hubieran dispuesto todo para registrar el departamento ocupado por Miriam Woodford. Pero para

asegurarme más, pasé caminando cerca de aquel lugar. En efecto, allí estaban dos coches policíacos.

Sin embargo, no había ninguna señal de Miriam o Norma.

Esperé al otro lado de la calle, observando la casa a fin de enterarme de los acontecimientos. El hecho de que estuviesen allí dos coches de la policía me llevó a creer que las dos muchachas se encontraban todavía allí.

Y, efectivamente, el presentimiento fue acertado pues transcurridos unos cinco minutos salieron de la casa dos agentes escoltando a Miriam y a Norma. Hicieron subir a las dos jóvenes en uno de los coches policíacos y se las llevaron en él.

Cuando se hubieron ido, crucé la calle hasta la casa y llamé con los nudillos en la puerta.

Transcurrió un minuto sin que nadie respondiese, y luego, repentinamente, la puerta fue abierta por un policía.

—Entre usted —me dijo.

Hice un movimiento negativo con la cabeza.

—Entre usted.

Esta vez era una orden.

—Lo siento, pero no voy a entrar —dije—. Sólo quería decirle a usted que registrase bien a fondo este departamento.

—¿Y quién es usted?

—Soy el amigo de las dos jóvenes. Tengo especial interés en que se descubra quién cometió el crimen.

—Entre usted —volvió a decirme—. Quiero averiguar por mi parte algo más sobre usted.

—Ya le dije que no quiero entrar.

Extendió el brazo, me agarró por la pechera de la camisa, tiró de mí a través de la puerta, me zarandeó y me empujó hasta hacerme sentar en una silla.

—No se las dé usted de inteligente —me dijo—. Cuando yo le ordeno que entre, es que quiero que usted entre. Y ahora, ¿quién…?

Yo dije, con cansancio:

—Me llamo Donald Lam. Soy detective privado en Norteamérica. Estoy aquí por razón de negocios, negocios que son confidenciales. Ya he estado en la oficina del sargento Hulamoki, me han interrogado a fondo. Y puesto después en libertad.

—Entonces, ¿qué demonios está usted haciendo aquí?

—Sólo vine a decirle que hiciese un buen registro.

—Usted no tiene que decirnos lo que tenemos que hacer.

—Espero que no, pero sinceramente deseo que haga usted un buen registro.

—¿Por qué?

—Porque —dije yo— no quiero que sea colocada subrepticiamente alguna cosa aquí para utilizarla después como prueba contra las muchachas y que luego parezca que usted pasó por alto el lugar donde se hallaba oculta en su primer registro.

El policía meditó sobre esto.

—¿A cuál de las muchachas representa usted?

—Ninguna de ellas me ha pagado un solo centavo.

—¿Qué interés tiene usted, pues, en esta cuestión?

—Me gustaría descubrir quién cometió el crimen.

—Entonces debe sospechar que lo hizo una de las dos muchachas, pues de otra forma no hubiera venido aquí.

Yo bostecé y dije:

—Si usted se entregase a su registro y me dejase a mí con mis propios asuntos, sería mucho mejor para los dos. En realidad, yo ansío que sea usted quien atrape al asesino para que la policía no intente echarme la culpa de ello.

Tras mirarme de arriba abajo, dijo:

—¿Y por qué iban a tratar de echarle a usted la culpas de ello?

—Para que así les fuera posible dar por concluido caso.

—A mí me parece que fue usted quien vino aquí para dejar algo subrepticiamente.

Me puse en pie y alcé los brazos en alto diciendo:

—Pues regístreme usted.

El policía me registró.

Después le dije:

—Yo solamente trato de conseguir que usted registre bien este lugar, de que haga un magnífico trabajo. Yo ya sabía de antemano que usted estaría aquí registrando. Y sabía también que iban a interrogar a las dos muchachas durante algún tiempo, que luego se las llevarían a la Jefatura de Policía para continuar el interrogatorio y que usted se quedaría aquí para efectuar el registro. Estuve esperando fuera hasta que dos agentes se llevaron a las muchachas en uno de los coches, y entonces vine aquí para comunicarle que si

se encuentra alguna prueba después que usted haya practicado el registro, quiero hallarme en posición de demostrar que fue puesta subrepticiamente aquí. Y ahora dígame si es usted capaz de hacer un registro tan completo como todo eso.

El policía me contestó:

—No se preocupe por mí. Mi compañero y yo vamos a hacer astillas este lugar. Y cuando hayamos acabado, si efectivamente hay algo aquí, nosotros lo habremos descubierto.

—Estupendo —le dije—. ¿No le importaría decirme su nombre?

—Daley —me contestó.

—Pues que haga usted un trabajo perfecto —le dije, y eché a andar hacia la puerta.

Me fui a mi cuarto en el hotel, me puse un traje de baño y salí para ir a tumbarme en la playa. Luego alquilé una lancha y me puse a remar a lo largo de la orilla, observando a la gente.

Transcurridos diez o quince minutos, descubrí a Bertha Cool sentada bajo una sombrilla de playa.

Remé hacia aquel lado, saqué a la arena la lancha y dije a Bertha:

—¿Cómo marchan las cosas?

Ella me miró y dijo:

—Si haces algún chiste sobre mi tipo utilizaré esta sombrilla como lanza y saldré a tu caza hasta el hotel. ¿Conseguiste resolver aquello?

—Sí.

Dirigí los ojos hacia el mar y contesté:

—Así lo creo. ¿Dónde está Bicknell?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? No soy ninguna niñera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Buscando una oportunidad para hablar con Bicknell y con aquella muñeca.

—¿Qué muñeca?

—Miriam Woodford.

—La están interrogando ahora en la policía.

Bertha me dirigió una mirada relampagueante.

—¿De veras? —dijo sarcástica—. Jamás lo hubiera creído.

Guardó silencio por unos instantes y luego dijo:

—¿Y por qué estás haraganeando por aquí?

—Estoy dándole tiempo a la policía para que registre mi cuarto —contesté—. Si miras hacia la terraza más alta del Hotel Moana observarás allí a un agente de policía provisto de unos gemelos y observándome aquí abajo en la playa, a fin de que pueda avisar a su compañero si me ve emprender el regreso al hotel.

Bertha lanzó un suspiro.

—Me supongo que también estarán registrando mi cuarto —dijo —. Espero que no revuelvan mis cosas y las dejen en completo desorden.

Permanecieron un rato allí, sentados y en silencio.

—Éste es un caso infernal —dijo Bertha—. Estamos dando vueltas en torno a un círculo y no logramos saber lo que hay en el fondo de todo esto.

—¿Y qué te hace creer que damos vueltas en círculo?

—Ésa es la sensación que tengo.

—Bueno, mejor será que me meta en mi lancha y me vaya hacia un lugar donde el policía pueda observarme.

—¿Cuándo vas a regresar a tu cuarto?

—Cuando ese policía que está allá en la terraza alta deje de vigilarme con los gemelos. Ésa será la señal para mí de que han terminado de registrar mi habitación.

Cargué con mi lancha, la llevé de nuevo al agua, hinché el pecho y comencé a remar hacia la marejada.

Media hora después remonté una ola. No veía a nadie observando. Regresé entonces con la lancha, entregué ésta, subí a mi cuarto, tomé una ducha, me vestí y luego me puse a examinar la estancia.

Tenía en mi poder el número de matrícula del automóvil que la sirvienta de Miriam había estado conduciendo. Hice comprobaciones y averigüé que se trataba de un coche de alquiler. Llamé a la agencia que lo había alquilado y allí me dijeron que el alquiler había sido hecho a nombre de
Jerome C
. Bastion.

Yo sabía ya que la policía había comprobado todo en relación con el departamento de Miriam. Estaba seguro también de que habrían encontrado el micrófono. Y todo esto tendría lógicamente que conducir a un interrogatorio riguroso de la sirvienta, pero lo

problemático era el resultado de ese interrogatorio.

Llamé por teléfono a la Jefatura de Policía y pregunté por el sargento Hulamoki.

Cuando se puso al aparato, le dije:

—Le habla Donald Lam, sargento.

—¡Ah, sí! —Su voz contenía una gran cantidad de interés—. Yo quería… ¿Qué es eso…? ¡Ah! Perdóneme usted un momento, Lam. Quiero hablar con usted desde otro despacho. Aquí hay gente que está escuchando.

Esperé con el auricular en la mano, sonriendo entre dientes. Yo sabía lo que eso significaba: ni más ni menos que iba a situar a un testigo para que oyese nuestra conversación desde otro teléfono y quizá probablemente también enchufar un magnetófono para recoger en éste nuestra conversación telefónica.

Un momento después me llegó de nuevo su voz amistosa, y cordial.

—Magnífico. Ahora ya podemos hablar, Lam. No me era posible hacerlo libremente antes. Había en aquel despacho algunos periodistas. ¿Qué es lo que le ocurre a usted?

—Estoy interesado en ese crimen.

—Ya sé que lo está.

—Pero probablemente no sabe que estoy interesado en otro sentido del que usted cree.

—Bueno, no discutamos sobre eso. El hecho es que está, usted interesado. ¿Y entonces, qué? ¿Por qué me ha llamado?

—Yo realicé algunas comprobaciones por ahí, y entre ellas algunas en las agencias de automóviles para ver si
Jerome C
. Bastion había alquilado un coche.

—Sí, sí, continúe.

—Y descubrí que, en efecto, había alquilado un coche y tengo su número de matrícula. ¿Quiere usted saberlo?

—No, gracias, Lam. Ya hicimos eso mismo hace una hora.

—Yo creí que quizá ustedes encontrasen el coche en algún lugar y que eso sería una clave.

—Uno de los coches estaba en un garaje, en la agencia de alquiler, ¿sabe usted?

—¿*Uno* de los coches? ¿Quiere usted decir entonces que él

alquiló dos?

—Así fue —replicó el sargento Hulamoki—. Uno de los coches lo tenía en su casa. Nosotros lanzamos una advertencia general a la policía por radio para que capturasen el otro coche. Estamos seguros de que será detenido de un momento a otro en cualquier parte y entonces probablemente podremos sacar deducciones por el sitio donde se encuentre estacionado.

—¿Dos coches? —exclamé yo, meditativamente.

—En efecto, eran dos. Uno correspondía a una agencia de alquiler y el segundo a otra agencia distinta. Si usted comprobó en todas las agencias por teléfono, resulta extraño que no descubriese que eran dos coches.

—No, yo no comprobé en todas las agencias —le dije—. Sólo hice averiguaciones en algunas, hasta que descubrí que había alquilado un coche, y entonces ya no proseguí mis gestiones.

—Sí, lo comprendo —dijo el sargento Hulamoki—. No me permitiría yo envanecerme de dar consejos a nadie, pero en nuestra labor de investigación no acostumbramos detenernos, aun cuando tropecemos con un descubrimiento en lo que averiguamos.

—Muchas gracias —le contesté, humildemente—. De todas formas, agradezco en cuanto vale su consejo. Después de lo ocurrido, creo que realizará todas mis investigaciones al estilo de ustedes en Honolulú.

—¿Se le ocurre a usted alguna otra cosa? —me preguntó el sargento Hulamoki.

—Pues debo decirle que me acerqué para ver a sus agentes en el departamento de la señora Woodford y sugerí que se hiciese un registro enteramente a fondo.

—Sí, ya me enteré de que usted lo hizo. ¿Y cuál era su propósito?

—Pues mi propósito consistía en que si más tarde alguien colocase allí subrepticiamente alguna cosa comprometedora, yo deseaba que quedase comprobado que se trataba de algo subrepticio.

—Pues creo que no tiene usted necesidad de preocuparse por eso, Lam —dijo él, y después de unos momentos, añadió—: ¿Tiene usted algo más que decirme?

—Sí, algo sobre otro pasajero que vino en el barco. Su nombre

es Sidney Selma. A mí se me ocurrió que bien pudiera tratarse de otro chantajista. Y si, en efecto, lo fuese, es muy posible que haya tenido alguna relación con Jerome Bastion.

—¡Vaya, vaya, vaya! Eso es muy interesante. ¿Y qué fue lo que le sugirió a usted que pudiera ser un chantajista?

—Pues algo que me llamó la atención en él.

—¿Un presentimiento?

—Puede usted llamarlo así.

—Había a bordo —dijo el sargento— setecientos diez pasajeros, y usted, después de haberlos examinado en bloque, tuvo de pronto el presentimiento de que uno de ellos era un chantajista y ahora cree que deberíamos echarle el guante y acusarlo de asesinato.

—Yo no dije eso.

—Pero lo sugirió.

—Eso es verdad. En efecto, lo hice.

Halagado, el sargento dijo:

—¿Quiere usted decir que ésa fue su idea?

—Tal fue mi idea.

—Entonces usted tiene que saber algo más de cuanto me ha dicho.

—Me desagradaría la sola idea de que pudiese decirle todo lo que sé en una breve conversación telefónica.

—Me refería a todo lo que sabe usted sobre el asesinato —puntualizó él.

—Y eso es también lo que yo quiero decir —le contesté.

El sargento guardó silencio unos segundos y luego dijo:

—¿Alguna cosa más?

—Eso es todo.

—Pues tenga la seguridad de que puede usted llamarme a cualquier hora que se le ocurra algo más —me dijo, y colgó.

capítulo catorce

MANTUVE mi vigilancia sobre el departamento de Miriam Woodford. Los policías que habían estado registrando la vivienda se marcharon al fin. Unos treinta minutos más tarde llegó otro coche de la policía, trayendo a Miriam Woodford y a Norma Radcliff a su casa.

Eché a andar para presentarles mis respetos, pero antes de que comenzase a cruzar la calle otro coche dobló la esquina, se detuvo y el frágil Stephenson Bicknell, a pesar de su artritis, intentó hacer una demostración de vigor masculina ayudando a Bertha Cool a apearse del vehículo. La escena era extraña en grado sumo. Bertha, intentando aparecer femenina y elegante, tendió la mano. Aquella corpulenta Bertha, que hubiera podido agarrar a Bicknell, alzarlo en vilo y arrojarlo como un fardo sobre la capota del automóvil. Pero ella seguía el juego de Bicknell y éste disfrutaba representando el papel de un hombre fuerte.

Sonreí y volví a retroceder, para esperar. Evidentemente, Bicknell y Bertha habían estado también vigilando estos lugares, en espera del regreso de las dos muchachas.

Bertha y Bicknell salieron de la casa una hora después.

Aguardé a que se alejasen en su coche y entonces crucé la calle y oprimí el timbre de la casa.

Miriam Woodford en persona me abrió la puerta, preguntando:

—Bueno, ¿quién llama *ahora*? Nosotras… ¡Oh! ¡Hola, Donald! Me estaba preguntando dónde andaría usted.

—Pues aquí estoy.

—Así parece. Entre usted.

Le hice seña en silencio, señalando hacia el dormitorio, y ella me condujo allí. Nos sentamos uno al lado del otro en la cama y empezamos a hablar en voz baja.

—¿Cansada? —le pregunté.

—Cansadísima —contestó Mira—. Esos orangutanes de la Jefatura de Policía trataron de aplicarnos todos los recursos.

—¿Qué clase de recursos?

—Todos cuantos se les ocurrieron. Saltos elevados, saltos bajos, andar a gatas…

—¿Y qué les dijeron ustedes?

—Yo les dije un montón de cosas —contestó Miriam, enfurecida.

—¿Las interrogaron juntas o por separado?

—Primero por separado, después juntas; luego, otra vez por separado.

—Supongamos que usted me cuenta todo lo ocurrido —le dije.

—Pues bien, después que usted se marchó esta mañana, bajamos a la playa.

—¿Juntas? —le pregunté.

Ella evitó mirarme.

—¿Juntas? —insistí.

—Pues empezamos a bajar para allá juntas.

—¿Y después qué?

Después, Norma se encontró con uno de sus compañeros de viaje en el *Lurline*…, un sujeto que le había dedicado algunas galanterías y que parecía atractivo…

Miré a Norma.

—Creí que debía detenerme y charlar unos momentos con él —dijo Norma—. Parecía hallarse solitario y…

—¿Quién era?

—Un individuo llamado Ray Geary.

—¿Cuánto tiempo permaneció usted con él?

—Pues creo que mucho más del que había pensado —contestó Norma, riendo nerviosamente—. Fuimos a nadar juntos, salimos del agua, nos tendimos a secarnos al sol y me divirtió bastante. Mientras tanto, yo pensaba que debía irme a reunir con Miriam y ver si había encontrado al viejo reumático Bicknell, pero me gustaba lo que me estaba contando Ray Geary y…, bueno…, me distraje con él.

—¿Cuánto tiempo duró eso?

—No podría decírselo.

—¿Y qué ocurrió?

—Bien, al fin me separé de él y me fui por la playa en busca de Miriam, pero no la encontré. Anduve arriba y abajo de la playa, recorriéndola un par de veces de un extremo a otro. Pero Miriam había desaparecido y tampoco vi a Bicknell por ninguna parte.

—¿Dónde estaba usted, Miriam? —pregunté a ésta.

—Pues me aburrí de andar desfilando de arriba abajo por la playa, buscando a Bicknell, y entonces pensé que él bien podía venir y buscarme a mí a su vez.

—Entonces, ¿él no estaba allí?

—Caramba, no… No lo vi por ninguna parte.

—¿Y qué hizo usted?

—Bien —prosiguió ella—, me fui a un lado y me puse a la sombra de una de las canoas varadas y esperé que apareciese Norma. Yo no quería ir adonde ella se encontraba e interrumpir su *tête-à-tête*. Pensé que su charla debía ser muy interesante.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que la sombra era tibia y agradable allí donde me encontraba, y oía el golpear de las aguas, y de pronto me quedé profundamente dormida.

—¿Y luego qué ocurrió?

—Que cuando me desperté no sabía cuánto tiempo había estado durmiendo.

—¿No tenía usted reloj?

—Claro que no. No llevo puesto el reloj cuando nado.

—¿Y luego que pasó?

—Volví a dirigirme a lo largo de la playa, buscando Norma. Regresé al lugar donde la había dejado, y ya no estaba allí.

—¿Y después qué?

—Después me volví a casa. Me quité el traje de baño, tomé una ducha y me quedé tumbada disfrutando de la laxitud y el bienestar, después de haber estado en la playa.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que llegó la policía.

—¿Y Norma se presentó mientras tanto?

—¡Oh, sí!

—¿Cuándo llegó?

—Pues una media hora antes de que llegaran los policías.

—¿Dónde había estado usted, Norma?

—Había estado buscando a Mira. La conciencia comenzó a remorderme y anduve por la playa buscando a Mira, pero no la encontré. No vi a nadie conocido, me irrité conmigo misma por haber perdido una buena ocasión de disfrutar de algunos piropos y galanterías, regresé buscando a mi amigo y éste se había ido, y entonces decidí abandonarlo todo, me eché al mar para nadar un poco en la marejada, regresé a casa, me di una ducha y me quedé discutiendo con Miriam todo lo ocurrido y haciéndonos mutuos reproches.

—Así, ¿cada una de ustedes culpaba a la otra de haberse separado?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y ustedes dijeron todo eso a los detectives?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo les dijo usted que había permanecido con Ray Geary?

—No lo sé. Yo no llevaba reloj y él tampoco.

—¿Fue un rato?

—Sí.

—Supongo que usted sabe que una de las dos, lo mismo la una que otra, pudo durante ese tiempo ir a la casa alquilada de Jerome Bastion y matarlo.

—No sea usted tonto —dijo Norma—. Yo no soy de esa clase de muchachas.

Miriam rióse alegremente.

Norma dijo:

—Ya la policía indicó eso repetidamente. No sea usted pesado, Donald.

—Bueno, lo siento, si eso la aburre a usted.

—Pues sí, me aburre.

Yo traté de mantener mi voz en su tono natural.

—¿Y qué me dicen de la sirvienta? Ésta puede darle a usted una coartada, Miriam; debe saber que usted vino a casa, se bañó y se quedó tendida descansando.

—No. Mitsui no estaba aquí. Había salido de compras.

—¿Y cuándo regresó?

—Pues un poquito antes de que llegara Norma.

—¿Y la policía interrogó a la sirvienta?

—No. No tuvieron ocasión de hacerlo. Cuando los agentes llegaban a la puerta de enfrente, ella salía por la puerta de atrás.

—¿Está usted segura de ello?

—Tan pronto como ella advirtió la llegada de los policías, oí sus pasos y luego que la puerta de atrás se cerraba de un golpe.

—¿Y después no regresó?

—Al parecer no. No pudimos encontrarla en ninguna parte cuando nos marchamos para ir a la Jefatura. Nosotros queríamos decirle que se quedase en casa y lo tuviese todo en orden. Pero había desaparecido.

—¿No creen ustedes que quizá los agentes de policía la hicieron salir por la puerta de atrás y se la llevaron a la Jefatura para interrogarla?

—No lo creo. Los policías la andaban buscando también.

—¿Les dio el nombre de ella?

—Sí.

—¿Y su dirección?

—No teníamos su dirección. Trabajaba aquí durante el día y después se iba a su casa. No sabíamos dónde vivía.

—Ellos la encontrarán —le dije—, si en efecto quieren encontrarla.

—Pues yo creo que quieren encontrarla.

—Obedeciendo a un presentimiento —dije a Miriam—, llame al sargento Hulamoki y dígale que sencillamente necesita que pongan en libertad a su sirvienta, porque usted va a dar una cena esta noche y precisa de sus servicios.

—Y supongamos que la pone en libertad, ¿qué haremos nosotras para dar una cena entonces?

—Yo seré su invitado. No me gusta mucho la comida de los restaurantes.

—¡Es usted tan bueno para nosotras! —susurró Miriam.

—Yo también podría invitar a cenar a Ray Geary —se apresuró a decir Norma—. Así seríamos un cuarteto. Sí, hagámoslo, Mira.

Miriam titubeó un momento, luego se dirigió al teléfono, marcó el número de la Jefatura, preguntó por el sargento Hulamoki y dijo:

—Habla Miriam Woodford, sargento. Necesito esta noche a Mitsui. Voy a dar una cena. Tendría usted que ponerla en libertad.

Hubo un silencio de un minuto y luego Miriam dijo:

—¿Que usted no…? Bueno, no puedo comprenderlo…, no. Ya le dije que nosotras no tenemos su dirección… ¡Oh, ya comprendo…! Sí, esperaré.

Esperamos en silencio, mientras Miriam continuaba con el auricular al oído; después acercó la boca al micrófono y dijo:

—Sí… ¡Oh, ya veo…!, Buenos, muchas gracias; se lo agradezco mucho. Entonces; ¿cree usted que podremos disponer de ella para la cena?

De nuevo se produjo una pausa de silencio.

—Volveré a llamarlo —dijo Miriam, y colgó.

—¿Qué ocurrió? —le pregunté.

—Me dijo que no sabían dónde se encontraba Mitsui, pero en el mismo momento en que yo estaba hablando por teléfono le llegó una información. Mitsui acababa de ser detenida conduciendo uno de los coches que había alquilado
Jerome C
. Bastion.

—¡Qué suerte y qué casualidad que esa información llegase en tan preciso momento!

—¿Quiere usted decir que cree que eso es una jugada?

—No —dije yo—, creo que, en efecto, fue detenida conduciendo ese automóvil.

Miriam me miró.

—Donald, usted sabe algo sobre esto que no quiere decirme.

—Estoy tratando de ayudarla, Mira.

—Puede que esté tratando de ayudarme, pero lo que no hace es decirme todo lo que sabe.

—La policía —contesté— encontró el magnetófono. Y ellos saben que tuvo que haber sido colocado allí y que había alguien que cuidaba de él. Sabe que había alguien aquí que le cambiaba las cintas de registro. Y naturalmente, esto hizo que quisieran interrogar a la sirvienta. Y ahora resulta que, con la mayor oportunidad, encuentran a esa sirvienta conduciendo uno de los automóviles que Bastion había alquilado.

—Esto les proporcionará —dijo Miriam— un punto directo de enlace entre Mitsui y Bastion. Así sabrán también quién colocó el magnetófono aquí.

—Y —dije yo—, también les proporcionará un enlace directo

entre usted y Bastion.

Al oír esto, Mira se mordió los labios.

—¿Qué dijo usted a la policía sobre Bastion? —le pregunté.

—Les dije que no sabía nada en absoluto respecto a él, que me era completamente desconocido en todo lo que a mí concernía.

—¿No confesó usted que había tratado de sacarle dinero por medio del chantaje?

—No sea tonto. ¿Iba yo misma a cargar sobre mí un motivo para asesinarlo?

—Si pueden demostrar que él había tratado de chantajearla a usted, entonces sabrán que usted les mintió.

—Van a tener grandes dificultades ahora para demostrar cosa alguna, una vez eliminado Bastion.

—Escuche usted, Mira. Mitsui fue de compras esta mañana. Permaneció, pues, largo tiempo ausente. ¿Qué compró?

Norma y Miriam se miraron.

—No lo sabemos.

—Echemos un vistazo y veamos si podemos averiguarlo.

Salimos del dormitorio y husmeamos en la cocina y en la nevera. Pero no encontramos ni una sola cosa comprada por Mitsui.

—Muy bien —dije—. Recordemos bien esto.

—Pero ella no llevaba puesto un traje de baño —dijo Miriam.

Me dirigí delante de ellas al dormitorio y dije:

—De acuerdo con lo declarado por Bicknell, la joven que vio quizá estaba completamente desnuda. Una chica inteligente se hubiera quitado sus ropas antes de cometer el crimen. De esta forma, si caían sobre ella algunas salpicaduras de sangre podía ir a su casa y lavarlas. Las manchas de sangre sobre la piel no serían lo mismo que sobre las ropas, donde quedarían impresas más tiempo.

—Vaya —dijo Miriam—, pues eso es una buena idea. Me pregunto si se le ocurrirá pensarlo así a la policía.

—Indudablemente que se les ocurrirá, pero podría ser una excelente cosa para usted llamar a su amigo, el sargento Hulamoki, otra vez y decirle que quiere hablar con Mitsui, que se trata de algo importante y que desea hablar con ella tan pronto como la llamen para interrogarla.

—¿Y consentirá él en que ella me llame?

—¡Dios santo, no! —dije yo—. Lo que él hará será preguntar a

usted qué es lo que quiere decir a Mitsui, para transmitir a ésta su mensaje.

—¿Y cuál será mi mensaje?

—Diga al sargento que pregunte a Mitsui dónde están las provisiones que fue a comprar esta mañana, que usted no puede encontrarlas y que no sabe qué hizo con esas cosas que ella trajo del mercado.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Miriam, quien dijo:

—Comprendo lo que usted propone. En otras palabras, de lo que se trata es de que yo ponga la idea en la cabeza de él.

Asentí y me puse en pie para marcharme.

Norma dijo:

—Oiga, Donald, ¿vendrá aquí esta noche? Vamos a celebrar una pequeña cena íntima. Simpatizará usted con Ray Geary.

—Pero suponga que Mitsui no se presenta. Yo no creo que venga.

—¡Oh, eso no tiene importancia! Usted venga de todas formas. Mira y yo podemos preparar…

—¿Tú y quién más? —preguntó Miriam.

—Tú y yo —dijo Norma.

Miriam denegó con la cabeza y dijo:

—Tú puedes hacer lo que más te plazca con tu joven amigo, pero a mí no hay hombre que me guste lo suficiente para meter mis manos en agua grasienta de lavar platos y hacer toda esa comedia para una cena íntima alumbrada con velitas.

El rostro de Norma reveló su decepción.

—Pero —dijo Miriam, volviéndose hacía mí— usted puede llevarnos a cenar a un restaurante de Lau Yee Cthai, Donald.

—¿Cena para un cuarteto? —pregunté.

Norma pensó un momento y luego dijo un tanto desafiante:

—¡Oh, muy bien! Si a ti te parece así, Mira, está bien. Tú puedes irte a cenar con Donald y yo haré que Ray me lleve a mí.

—¿Acaso él lo sabe ya? —preguntó Miriam.

—¡Pues claro que no! —dijo Norma—. Pero lo llamaré por teléfono y lo invitaré a cenar, y luego, a última hora, le diré que la policía tiene detenida a nuestra cocinera y que todo quedará en nada. Pero, naturalmente, él vendrá a buscarme y me invitará a

salir como todo un caballero.

—Ahora estoy comenzando a aprender sobre las mujeres —dije riendo—. ¿Qué posibilidades tiene de defenderse un hombre sencillo contra una técnica como ésa?

Miriam me miró, rencorosa, y dijo:

—Ninguna, absolutamente ninguna. Donald. Y quizá sea bueno para usted recordar esto.

capítulo quince

LLAMÉ por teléfono a las compañías de aviación para ver si podía conseguir billete para un avión nocturno a los Estados Unidos.

La suerte estaba conmigo. Había un asiento libre en un avión nocturno y me apresuré a pedirlo.

El empleado que tenía a su cargo la venta de billete me preguntó mi nombre.

—Sidney Selma —le dije, y luego me dirigí allí a recoger el billete.

Si, en efecto, me marchaba en ese avión, iría con el nombre de Selma. Y si la policía estaba vigilando la salida de viajeros, sabría que Sidney Selma estaba planeando abandonar Honolulú a toda prisa.

Yo no estaba ni siquiera seguro de que aquel puesto vacante en el avión nocturno no fuese una trampa. Quizá la misma policía lo había arreglado para que existiese esa vacante y poder comprobar así quién trataría de eclipsarse.

Haría una hora que yo había regresado al hotel cuando sonó el teléfono.

—Por favor, Donald, ¿podría usted venir aquí?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mitsui ha venido otra vez a trabajar. Y están aquí también el sargento Hulamoki y uno de sus detectives.

—Voy en seguida —le dije.

Me dirigí a toda prisa a casa de Miriam.

El sargento Hulamoki no pareció muy encantado de verme.

—Usted no es abogado, ¿verdad, Lam?

—No figuro como tal.

—¿Ni tiene usted permiso para ejercer en Honolulú?

—No.

—Entonces, ¿qué interés tiene usted en este asunto?

—Estoy solamente tratando de aclararlo.

—¿Y actúa usted por encargo de Woodford?

—Ya le he dicho a usted antes que ella no me ha pagado ni un centavo.

—Pues yo quiero que él esté aquí presente —dijo Miriam.

—¿Por qué?

—Porque creo que él puede aclarar todo este asunto.

El sargento Hulamoki dijo:

—Voy a poner las cartas boca arriba sobre la mesa ante ustedes, amigos. Cuando registramos esta casa descubrimos un micrófono detrás de ese cuadro y un cordón eléctrico que iba a conectar con un magnetófono debajo del porche de servicio. Y cada seis horas alguien tenía que cambiar el rollo de cinta de ese aparato. Naturalmente, eso debía hacerlo alguien que se hallaba convenientemente situado, alguien que tenía acceso a esta casa, una persona que podía entrar y salir sin provocar sospechas. Y nosotros comenzamos a sospechar que esa persona era Mitsui.

Ésta dijo:

—Yo no tengo nada que ver con ese aparato.

—Así, pues —prosiguió el sargento Hulamoki—, lanzamos una orden de detención contra Mitsui, así como también otro aviso general a la policía para que detuviese el segundo automóvil que había alquilado Bastion.

El sargento hizo una pausa para dirigirme una significativa mirada y continuó:

—Porque había dos coches, ¿sabe usted?

Sonreí y contesté:

—Sí, ya sé.

—Registramos la casa de Bastion, escudriñándolo todo con lupa. La verdad es que andábamos buscando allí alguna cosa.

—¿Y la encontraron? —pregunté.

El sargento dio por ignorada la pregunta y continuó:

—Cuando hicimos un inventario de comprobación, encontramos algunos rollos de película, pero en cambio no encontramos la cámara de cine a la que correspondía. Esto nos contrarió un poco.

Porque todo lo demás parecía estar en su sitio. Y cuando registramos la casa de Bastion descubrimos un extraño escondite. Era un libro en una estantería llena de volúmenes; pero dicho libro había sido cortado en tal forma que en su interior podía ocultarse un objeto del tamaño exacto de la cámara a la que correspondía la película que encontramos.

—¿De veras? —susurré con afabilidad.

El sargento me miró y dijo:

—¿Qué le parece a usted todo esto, Lam?

—Puede usted registrarme —le dije.

—Pues no vaya a creerse que no lo haremos —me contestó, serio.

Hizo pausa por un momento y luego prosiguió:

—Cuando encontramos el segundo automóvil que Bastion había alquilado, descubrimos que lo había estado conduciendo Mitsui, y en el departamento de guantes del coche estaba la cámara de cine que había sido sustraída de la casa de Bastion.

—Yo no sé nada sobre eso —dijo Mitsui.

—¿Y por qué andaba usted conduciendo ese coche?

—Porque me lo prestaron.

—¿Quién se lo prestó?

—Un amigo.

—¿Y quién es ese amigo?

—Un muchacho amigo mío.

El sargento Hulamoki se volvió hacia Daley, el detective que había registrado la casa de las muchachas, y dijo:

—¿Usted registró esta casa, Daley?

—¡Y vaya si lo hice!

—¿Y la registró usted minuciosamente?

—A fondo.

El sargento Hulamoki miró pensativamente y en forma especulativa a la sirvienta y dijo:

—Pues a mí me parece que esta mujer ha estado mezclada con Bastion en alguna clase de trato relacionado con la señora Woodford, pero que ocurrió algo desagradable entre ellos. Porque una mujer fue a casa de Bastion esta mañana, se desnudó y luego le disparó con un revólver.

El sargento continuó mirando, ceñudo y pensativamente, y

después, bruscamente, se volvió hacia Daley y le dijo:

—¿Registró usted esta casa hasta el último rincón?

—Miré por todas partes —contestó Daley.

—Bueno, yo mismo iré a echar una ojeada —dijo el sargento Hulamoki.

—Pues eso es precisamente lo que yo no quería —tercié—. Dije a Daley que quería que esta casa fuese registrada de forma que nada apareciese después y…

—Los dos le dijimos eso mismo.

—Yo la registré —manifestó Daley.

El sargento Hulamoki penetró en el cuarto de baño y dijo:

—Pues yo voy a buscar.

Penetré también en el cuarto de baño, para observar lo que él hacía.

—¿Qué es lo que usted pretende? —me preguntó.

—Usted sospechó de mí.

—Es cosa mía sospechar de todo el mundo.

—Pues yo sospecho de usted —dije—. Y es cosa mía también sospechar de todo el mundo.

—¿De qué tiene usted miedo, pues?

—De que usted puede colocar aquí algo subrepticiamente.

—¿Que yo puedo hacerlo?

—En efecto.

—¿Y qué puedo hacer, por ejemplo?

—Poner aquí un revólver.

—Usted bien sabe, Lam, que yo podría zarandearlo hasta que le castañeteasen los dientes y enseñarle a comportarse debidamente.

—Usted podría zarandearme hasta que me castañetearan los dientes —le dije—, pero eso no impediría que yo continuara sospechando que usted podría colocar subrepticiamente aquí un revólver.

—Muy bien, venga usted —dijo—. Miraremos los dos juntos.

Abrió el botiquín, se subió a una silla para mirar en la parte alta de aquél. Volvió a bajarse y alumbró con una linterna de mano a los rincones. Tiró del resorte del retrete, haciendo correr el agua. Después fue a ver en el recipiente destinado a la ropa sucia. Abrió los cajones de un armario y sacó cuidadosamente todas las toallas y demás cosas que había allí.

Luego quedóse de pie en el centro del cuarto de baño, mirando atentamente en torno.

Tras unos momentos de inspeccionar pensativamente, se dirigió al retrete y comenzó a sacar todas las cosas que se hallaban sobre el estante de porcelana que había sobre el depósito del agua.

Cuando lo hubo sacado todo, levantó la tapa y casi al mismo tiempo la soltó.

—¡Santo Dios —exclamó—, mire aquí, Lam!

Me acerqué para mirar por encima de su hombro.

En el depósito del agua había sumergido un revólver del calibre 38.

—Eso es precisamente lo que yo me temía —dije.

—¡Demonios! —exclamó él—. Pues yo no lo puse aquí. Yo no me he acercado a este lugar para nada.

—Entonces, ¿quién lo puso aquí?

—Pues tiene usted tres hipótesis —replicó—. Mitsui, Miriam Woodford o Norma Radcliff.

—Pero aún hay alguien más —le dije.

—¿Quién?

—Cualquiera que haya podido escabullirse aquí dentro por la puerta de atrás y colocar subrepticiamente el revólver. Ésas son las consecuencias de no realizar un registro minucioso.

—Espere un momento —contestó Hulamoki. Y alzando la voz llamó—: Daley, venga usted aquí.

Volvió a colocar la tapa sobre el depósito del agua.

Daley abrió la puerta y dijo:

—¿Qué desea usted, sargento?

—¿Registró usted este lugar?

—Pues claro que lo hice —contestó Daley.

El sargento Hulamoki lo miró fijamente y luego dijo:

—Venga usted aquí. Quiero enseñarle algo.

—¡Alto! Espere un momento —intervine yo—. Quiero formular una pregunta.

—Cállese —me dijo Hulamoki—. Yo soy el encargado de esto. Daley, eche una ojeada aquí.

El sargento Hulamoki levantó la tapa del depósito de agua y preguntó:

—¿Ve usted ese revólver?

—¡Dios mío, sí! —contestó Daley, abriendo la boca.

—¿Y miró usted este lugar cuando registró aquí, Daley? —preguntó el sargento Hulamoki.

Confundido y con la cabeza baja, Daley hizo un ademán negativo.

—¿Y por qué no miró usted aquí? —le pregunté.

—Pues no se me ocurrió hacerlo —contestó.

Lancé una palabrota en la cual condensaba mi opinión sobre su capacidad profesional y salí de allí.

Miriam Woodford levantó sus ojos hacia mí.

—Han fraguado algo —le dije—. Pero usted manténgase firme, no diga nada y no conteste a ninguna pregunta. Y esto mismo se aplica a usted, Norma.

Mitsui me miró con sus inescrutables ojos japoneses. Su rostro era tan plácido como un ramo de loto florido.

—¿Y qué hay de mí? —me preguntó.

—Deje que su propia conciencia la guíe —le contesté—, en el caso de que tenga usted conciencia. —Y después de un segundo, añadí—: Todo lo que tiene usted que hacer es decir algunas mentiras más sobre Bastion y entonces se encontrará con una acusación de asesinato envuelta en torno a su pescuezo.

El sargento Hulamoki y Daley permanecieron en el cuarto de baño durante unos interminables cinco minutos. Cuando salieron de allí, traían el revólver acondicionado para someterlo a prueba en busca de huellas dactilares cuando estuviese seco. Sabían perfectamente que esto no serviría de nada, y yo también lo sabía; pero a pesar de ello, llevaron a cabo esos formalismos.

El sargento Hulamoki dijo:

—Siento lo ocurrido, Lam.

—En verdad que debe usted lamentarlo.

—¿Usted cree que este revólver fue colocado aquí subrepticiamente, verdad?

—Sí.

—¿Puede usted probarlo?

—Pruebe usted también que no lo fue —le contesté yo.

El sargento miró a Daley y dijo:

—Éste es el endiablado problema.

—Es que a mí jamás se me ocurrió —dijo Daley— que éste

pudiera ser un lugar para ocultar nada. Me pareció que toda la caja era de una sola pieza. Busqué en todos los demás lugares, sargento.

—En otras palabras —le contestó Hulamoki—, usted miró en todos los lugares, excepto en aquél donde estaba el revólver.

—Excepto donde el revólver fue colocado posterior y subrepticiamente —interrumpí yo—. ¿Qué clase de entrenamiento da usted a sus ayudantes, sargento?

—Los entreno magníficamente —me contestó—. Tengo buenos ayudantes y los entreno bien.

—Pues ya se ve.

—Todos cometemos errores.

—Pero algunos cometen más errores que otros.

—Creo que puedo prescindir de sus chistes, Lam.

—Claro que sí —le dije—; puede prescindir de ellos *ahora*.

Me miró con el rostro oscurecido.

—Si me lo ordena, sargento —dijo Daley—, lo amarraré ben forma tal que parecerá una rosquilla.

El sargento Hulamoki meneó la cabeza negativamente y dijo:

—Todavía no nos llegó la hora con él. Yo creo que él sabe algo.

—A mí me consta completamente que él sabe algo —contestó Daley.

—Me temo que no puedo devolverles ese cumplido —dije, mirando directamente a Daley.

El policía dio un paso hacia mí.

—¡Daley! —gritó, imperativo, el sargento Hulamoki.

Daley se paró en seco.

El sargento Hulamoki miró a Mitsui y le dijo:

—Se suponía que usted había ido de compras esta mañana. Pero no lo hizo. Tomó un autobús hasta la calle King, donde tenía estacionado su coche. Se apeó del autobús y se subió a su automóvil.

El rostro de la sirvienta permaneció impasible, como si fuera de madera, pero sus ojos comenzaron a girar mirando en torno, como una rata caída en una trampa.

—¡Oh, nosotros también hacemos algunas cosas acertadas! —dijo el sargento Hulamoki con sarcasmo—. Interrogamos a los conductores de los autobuses que realizaron viajes esta mañana y les preguntamos acerca de usted. Y uno de ellos la recordaba. Y lo

que es más, declara que usted ha estado apeándose de ese autobús y subiendo a ese automóvil en la calle King durante toda la semana pasada.

—¿Es acaso un crimen que alguien me preste un automóvil? —preguntó ella.

—Eso depende de quien se lo prestó.

—Fue un muchacho amigo mío.

—¿Y ese muchacho amigo suyo era Bastion?

La sirvienta se quedó pensativa y silenciosa durante unos momentos.

—¿Fue él?

—No.

—Él le prestó un automóvil solamente porque quería proteger a la esclavizada clase obrera, supongo —dijo Hulamoki, irónico.

La muchacha guardó silencio de esa manera impasible, enteramente oriental, que parece constituir una barrera completa a toda pregunta.

Pero eso no era problema para el sargento Hulamoki.

Conocía el estilo oriental y la forma de proceder con él.

—A menos que me diga la verdad, será usted detenida.

Se sentó, observándola en silencio.

Ella le devolvió la mirada y un manto de pesado silencio descendió sobre la estancia.

Mitsui parecía una figura tallada en madera, excepto por la vida de sus ojos. Éstos miraban nerviosamente de un lado a otro, tratando de evitar los escrutadores ojos de Hulamoki.

El sargento la observaba constantemente, con una fijeza y una insistencia que se transformaban en una verdadera presión mental.

Nadie decía una palabra.

El sargento Hulamoki consultó su reloj, luego miró la Mitsui.

No dijo nada acerca de concederle un determinado límite de tiempo dentro del cual ella le dijese la verdad. Fueron sus acciones lo que lo hicieron. Permanecía sentado, a placer, sin hostilidad, pero tampoco amistoso. Era únicamente el policía cumpliendo con su deber y tratando de hacerlo cortésmente, pero a la vez dando la impresión de ser un hombre capaz de proceder con mano dura si se veía obligado a ello.

La tensión del ambiente se hizo excesiva.

Y entonces Mitsui dijo:

—Hablaré.

—Hable —le ordenó Hulamoki.

—Hace poco más de una semana ese hombre vino a mí.

—¿Quién?

—Él dijo que se llamaba Bastion.

—¿Y qué quería?

—Algunas cosas.

—¿Y qué le dio a usted?

—Cien dólares por semana.

—¿Y qué tenía que hacer usted?

—Dejarlo entrar en la casa cuando la señora saliese.

—¿Y usted hizo eso?

—Lo hice.

—Y él, ¿qué hizo aquí?

—Perforó un agujero en la pared, puso allí un micrófono e instaló los cables. Me dijo que barriese y limpiase todo el polvo de la cal y que lo hiciese tan escrupulosamente que nadie se diese cuenta de lo ocurrido.

—¿Y usted lo hizo?

—Sí.

—¿Y luego?

—Instaló un magnetófono y me enseñó la forma de cambiarle los rollos. Cada seis horas tenía que cambiarle uno.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí, lo hice.

—¿Y qué hacía usted con los rollos de cinta que sacaba del magnetófono?

—Lo guardaba en mi bolsa.

—¿Y después qué?

—Los llevaba al automóvil y luego iba a entregárselos al señor Bastion.

—¿Y qué hacía él con ellos?

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Bastion le proporcionó ese automóvil?

—Sí, me proporcionó el automóvil para que pudiese llevarle los rollos rápidamente.

—¿Y que hay sobre la cámara?

—No sé nada sobre la cámara.

—¿Y quién más sabía que Bastion le había prestado un automóvil?

—Nadie lo sabía.

—¿Y qué más hizo usted por orden de Bastion?

—Eso fue todo.

—¿Y él le pagó?

—Dos veces.

—¿Doscientos dólares, en total?

—Sí.

—¿Y usted escuchó las cosas que se decían aquí? ¿Recuerda usted nombres de personas que vinieron aquí de visita?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y usted iba a informar de ello a Bastion?

La muchacha asintió nuevamente.

—¿Adónde fue usted esta mañana?

—Fui de compras.

El sargento denegó con la cabeza.

—Usted debía ir de compras, pero cambió de itinerario. Algo ocurrió que la obligó a cambiar sus planes. ¿Qué fue pues, lo que ocurrió?

—Fui de compras —insistió la sirvienta.

—Muy bien. Entonces, ¿qué compró usted?

Ella se detuvo a pensar.

—Compré café. Compré…

—Compraste el café ayer, Mitsui —la interrumpió Miriam.

Mitsui volvió a guardar silencio.

—¿Qué fue lo que usted compró hoy? —insistió el sargento Hulamoki.

La sirvienta miró desolada a Miriam y luego al sargento Hulamoki.

—¿Qué fue lo que compró usted?

—No puedo recordar lo que compré.

—¿Y adónde fue usted?

—Al mercado.

—¿Y para qué fue allí?

—Para hacer compras.

—¿Qué compras?

Ella se quedó callada.

—¿Conoce usted, Mitsui —dije—, a un individuo llamado Sidney Selma?

La sirvienta se volvió a mirarme con las ventanas de la nariz dilatadas y el rostro convertido en una máscara de odio mortal.

Al observar esto, el sargento Hulamoki entornó los ojos y preguntó:

—¿Conoce usted a Sidney Selma, Mitsui?

El rostro de la sirvienta quedó repentinamente sin expresión.

—No —contestó.

El sargento Hulamoki se puso en pie.

—Muy bien, Mitsui, venga usted conmigo. Voy a detenerla hasta que haya sido examinado ese revólver en busca de huellas dactilares.

—Y también —intervine—, podría usted hacer averiguaciones en busca de huellas en el depósito de agua del cuarto de baño.

—Las huellas de ella tienen que estar impresas en ese depósito. Y también las de la señora Woodford y las de Norma Radcliff. Por lo tanto, no significarían nada. Venga usted, Mitsui.

capítulo dieciséis

RAYMOND L. Geary estaba hospedado en uno de los hoteles más baratos de la orilla del mar. Me pareció una espera eterna el tiempo que tardó en llegar al hotel. Lo dejé que se encaminara a su cuarto para que no creyese que yo lo estaba esperando y luego subí a mi vez y llamé con los nudillos en la puerta.

Me abrió la puerta, esperando, probablemente, encontrarse con algún *botones* del establecimiento, portador de algún mensaje. Pero al verme, se quedó mirándome y dijo:

—Hola. Yo lo conozco, lo he visto antes. Usted venía en el mismo barco que yo.

—Así fue, en efecto. Desearía hablar con usted unos momentos.

—Pues entre usted.

Su tono y expresión eran cordiales.

No disponía de tiempo para entregarme a minucias diplomáticas preliminares, pero a pesar de ello me lancé a formular unas cuantas preguntas que fuesen como la entrada en materia.

—¿Lo pasa usted bien aquí?

—Estupendamente.

—¿Y se ha dedicado a nadar?

—Claro.

Miré en torno, y cual si me inspirase algo que acababa de ver, le pregunté:

—¿Acaba usted de llegar?

—Sí, acabo de llegar —me contestó—. He estado en una gira por las islas… Hice el viaje en autobús.

Y se echó a reír. Abrió una pequeña maleta de cremallera, sacó media docena de rollos de película y una máquina de retratar de poco precio.

—Estoy interesado —le dije— en averiguar algo y creo que

usted puede servirme de ayuda.

—¿De qué se trata?

—¿Conoce usted a Norma Radcliff, que vino a bordo del mismo barco que nosotros?

Se detuvo a mitad de un ademán, púsose enteramente rígido y me miró al tiempo que me contestaba:

—Sí.

—Ella estuvo en compañía de usted durante algún tiempo esta mañana.

—Sí, es cierto.

—Me pregunto si sería usted capaz de determinar el tiempo que pasó con usted.

—¿Por qué?

—Porque si usted pudiera hacerlo, eso prestaría una gran ayuda a Norma.

Me miró detenidamente y luego dijo:

—¿Tiene usted algún parentesco con ella?

—No.

—¿No es usted su marido?

—No.

—¿Lo envió ella a usted aquí?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que usted se propone? ¿Qué objeto tiene eso?

—Estoy solamente haciendo unas comprobaciones.

—Usted anduvo muy estrechamente ligado a Norma a bordo, al extremo de que se me ocurrió pensar que usted le había pagado el pasaje.

—Pues se equivocó usted completamente. Yo jamás la había visto antes de que embarcara en el *Lurline*.

—Entonces, ¿qué puede importarle a usted el tiempo que ella haya pasado en la playa conmigo esta mañana?

—Nada, personalmente. En cambio, puede ser de una extrema importancia para ella.

—¿Por qué?

—Hay ciertas razones por las cuales nosotros tratamos de comprobar dónde pasó ella el tiempo esta mañana.

—¿Y quiénes son esos *nosotros* a que se refiere?

—Yo y algunas otras personas interesadas.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué cosa tan interesante! Siéntese y dígame: ¿Cómo se llama usted? —dijo sentándose.

—Lam… Donald Lam.

—Ésta es una situación muy interesante.

Yo me eché a reír y dije:

—Son sólo cosas formularias. Se da la circunstancia de que por ciertas razones personales, Norma está tratando de dar fe en dónde pasó el tiempo esta mañana y de tener testigos de ello.

—Por ciertas razones personales, ¿eh?

—Así es, efectivamente.

Se quedó pensativo unos breves momentos y luego dijo:

—¿Sabe usted que yo hice ya un viaje de recreo en un barco también con Norma?

—¿De veras?

—Pero entonces ella ni se dio cuenta siquiera de mi presencia.

Yo guardé silencio.

—Ella viajaba a la sazón con un rico juerguista, el cual pagaba los gastos a Norma, y por lo tanto, la tenía monopolizada y en exclusiva para él. Desde entonces me he preguntado muchas veces cosas sobre ella.

No contesté ni una sola palabra.

—Por lo que a mí respecta, le diré que no dispongo de dinero para derrocharlo con las mujeres —prosiguió—. El poco dinero que tengo para gastar me lo gasto en mí mismo. Me gusta realizar viajes a diversos países. Me interesa estudiar y observar a la gente. Quiero conseguir una sólida base. Quiero comprobar por mis propios ojos algo de lo que está ocurriendo en el mundo actualmente. Y tengo sólo el dinero indispensable para realizar viajes de esa especie a base de gastos cuidadosamente estudiados de antemano.

Yo no rompí mi silencio.

—Las muchachas como Norma —continuó—, no toman en cuenta a las personas que, como yo, realizan viajes a base de grandes economías. Y ellas se dan cuenta perfectamente en los barcos de quiénes son los pasajeros pertenecientes a esa especie. Sí, ellas los conocen.

—¿Y cómo se dan cuenta y los conocen? —pregunté.

—Pues por el número del camarote que tienen abajo, en la

cubierta E, por el hecho de que no concurren al salón de cócteles e invitan a tomar copas a otros pasajeros antes de las comidas, etc. Oiga lo que le digo. Yo, aunque no sé si ella es una buscadora de fortuna, sí he comprobado que siente una predilección especial por los hombres de dinero. Esta mañana, Norma se había permitido una escapada de esas predilecciones. Ella me gusta. Me gusta muchísimo. Y tengo la idea de que también yo le gusto a ella…, o más bien le gustaría si yo tuviera dinero. Las muchachas como Norma no pueden permitirse en lo más mínimo perder su tiempo. Yo tengo ciertos objetivos en la vida. Norma también los tiene. Pero los objetivos de ella y los míos, no coinciden —dijo, y lanzó una risilla sarcástica.

Se rió con risa amarga.

—Pero a pesar de todo lo que usted acaba de decir, no ha contestado a mi pregunta —le dije.

—Eso es verdad. No he contestado.

Sonó el timbre del teléfono.

Geary me miró con una cierta expresión hostil.

—Usted viaja solo en un camarote individual de lujo —dijo—, en la cubierta A. Sin embargo, no se manifiesta como un tipo juerguista y derrochador. Usted…

El teléfono continuaba sonando. Geary se interrumpió para ir a tomar el auricular.

Yo oía su parte de la conversación, pero no lograba oír nada de lo que le estaban diciendo al otro extremo del hilo.

—Sí… Hola… Sí, habla Raymond Geary… ¿Cómo es eso…? ¿Quién? ¡Oh, sí, sargento, la conozco! Sí, yo estuve… ¿Un asesinato…? Vaya, vaya, vaya… Desearía pensar con más detenimiento en una cuestión de esa importancia, sargento… Yo… Bueno, yo tengo que reconstruir los hechos. Sí… Lo haré… Tengo un amigo aquí conmigo en estos momentos. ¿Qué le parece si lo llamo dentro de unos diez minutos…? Sí, así estará bien… Muy bien, ya tengo el número… Muchísimas gracias. Adiós…

Garrapateó el número sobre un papel y luego se volvió hacia mí con una leve sonrisa en el rostro.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo.

Yo no dije nada.

Geary se aproximó a mí y me estrechó la mano diciéndome:

—Encantado de haberlo conocido, Lam. Y muchas gracias por haber venido a visitarme. Y ahora tendrá usted que perdonarme. Tengo una importante cita para esta noche. Una cita muy importante y muy dulce.

—Perdóneme, pero no sabía que tenía usted tanta prisa para cambiar de traje.

—Lo que tengo es prisa para resolver ciertas cosas relacionadas con mi cita —contestó con una amplia sonrisa—. Según parece, Raymond Geary ha tropezado con algo turbio. ¿No es así?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que me he convertido en un testigo clave en un caso de asesinato, ¿sabe usted, Lam? Una muchacha como Norma jamás se hubiera fijado en mí hasta que yo hubiese sido ya demasiado viejo para que eso me importara. Es decir, hasta que yo tuviera muchas arrugas, una buena panza y una cuenta corriente en el banco y pudiera permitirme viajar en camarotes de lujo en excursiones de placer. Y, claro, para entonces Norma estaría ya fuera de circulación, pero ya habría alguna otra muchacha igual que ella a bordo del barco…, una muchacha con un buen tipo y ojos vigilantes…, una joven que sonreiría a los hombres convenientes… una chica que estaría a disposición de uno bajo las oportunas circunstancias… Eso cuesta dinero, Lam. Eso cuesta dinero. Y he aquí que, de pronto, Raymond se encuentra en situación de ser el principal testigo. Yo no le guardo ningún rencor, Lam. No sé en qué radica el interés de usted en esta cuestión. En realidad, eso no me importa un comino. Pero usted estaba intentando conseguir algo a cambio de nada. Y ahora si usted se va inmediatamente al diablo y me deja solo, telefonearé a Norma y procuraré que ella sea mi pareja esta noche… y mañana por la noche, y la siguiente. Sí, Lam, he metido la mano en la propia salsa del guisado.

—¿Pero no puede usted precisar el tiempo que Norma permaneció con usted?

—No ahora…, no ahora. Tengo que llamar al sargento Hulamoki dentro de unos diez minutos para tratar de decirle eso mismo. Pero van a ser unos diez minutos muy largos. Porque primero me pondré en contacto con Norma. Quizá a la hora en que pongamos nuestras cabezas juntas, ya podremos determinar con un poco más de precisión eso del elemento tiempo. Desde luego, uno no lleva un

reloj de pulsera cuando va a nadar allá abajo, a la playa. Por lo tanto, me llevará lo suyo reconstruir los hechos y fijar el elemento tiempo, enlazando y relacionando algunos de aquéllos. Diré al sargento Hulamoki que hay varias personas que pueden ayudarme a recordar. Pero usted no es una de éstas, Lam. Lo siento. A bordo del barco, usted era el amo y hacía las cosas enteramente a su voluntad. Yo tenía que conformarme con ver a Norma constantemente pegada a usted, tendidos los dos en sendas sillas de cubierta. Me dijeron que ella había sobornado al camarero de cubierta para que éste pusiera la silla de ella al lado de la de usted. La pasajera a quien le correspondía el sitio del que Norma se adueñó de esa manera, y que estaba inmediato al de usted, tuvo que ser aplacada en sus protestas dándole a escoger completamente gratis uno de los lugares más selectos de cubierta. Naturalmente, al observar eso yo creí que usted era un ricacho juerguista. Y aún sigo creyéndolo. Supongo que el interés de usted en esta cuestión débese a que le gustaría convertirse en un caballero de brillante armadura que galopa en su corcel para salvar a su princesa Norma de una acusación de asesinato. ¡Vaya, vaya, vaya!

Geary no cesaba de sonreír.

A mi vez, le sonreí también. Luego le dije:

—Pero no olvide usted que es muy posible que el teléfono de Norma esté conectado secretamente con otro desde el cual personas extrañas puedan oírlos hablar. No abuse usted de su suerte en forma desmesurada.

—¡Oh, no lo haré! —respondió—. Puedo asegurarle que no lo haré en forma alguna. Lo único que ocurre es que esa jovencita me gusta extraordinariamente y si yo tuviera dinero creo que la haría mía. Sé perfectamente, estoy seguro de que lo haría. Pero ahora tengo en mis manos algo que incluso vale más que el dinero. Y hasta ahora, no sabía que existiese nada más valioso que el dinero. Bien, buenos días, Lam. No lo detengo a usted por más tiempo. Y, además, tengo un montón de cosas que hacer. Muchas gracias por su visita.

Me levanté, abrí la puerta y dije:

—Se da la casualidad de que me consta que usted le gusta a Norma por usted mismo, al margen de toda cuestión monetaria.

—Gracias, muchísimas gracias, Lam. Veo que las cosas andan

mejor cada vez.

—Pues que se divierta usted mucho —le deseé.

—Así lo espero —replicó—. Buenas noches, Santa Claus.

Estaba riéndose para sí mismo cuando salí y cerré la puerta tras de mí.

capítulo diecisiete

REGRESÉ a mi hotel para encontrarme allí con recados urgentes de Stephenson D. Bicknell. Había estado telefoneando y preguntando por mí cada quince minutos. Y, además de eso, me había dejado un mensaje para que me pusiera en comunicación con él inmediatamente que yo llegara.

Por consiguiente, lo llamé por teléfono.

Al contestarme, la voz de Bicknell estaba saturada de impaciencia.

—Vaya que resulta difícil ponerse al habla con usted —me dijo.

—Es que estuve fuera.

—Ésa es la respuesta que usted me da siempre —replicó, furioso.

—¿Acaso puede usted encontrar otra mejor? —le contesté.

—Yo lo traje a usted aquí con un propósito determinado, ya lo sabe usted, —me dijo.

—Pues claro que lo sé. Y por eso mismo me encontraba fuera de casa.

Se produjo un tenso silencio durante unos momentos y luego, con voz ya un poco más suave, me dijo:

—Perdóneme usted, Lam, si me muestro impaciente. Pero es que tengo los nervios de punta. Me pregunto si podría usted venir aquí. Tengo a Bertha conmigo y los dos estamos en extremo deseosos de celebrar una conferencia con usted antes de que las cosas se pongan todavía más amargas de lo que ya lo están.

—Iré inmediatamente.

Colgué el auricular, me dirigí a pie al Hotel Royal Hawaian y, al llegar, tomé el ascensor hasta el piso de Bicknell.

Al entrar en su cuarto y verle los ojos, comprendí que había estado bebiendo en demasía. Y también me di cuenta, por la expresión hostil del rostro de Bertha, de que Bicknell acababa de

consumir las reservas de paciencia de que disponía Bertha para aquella tarde.

—Siéntese usted —me ordenó Bicknell.

Acerqué una butaca.

—Vamos a tener que actuar con toda rapidez con objeto de salvar a Mira de una publicidad ingrata.

Yo guardé silencio. Como él quería hablar, yo estaba dispuesto a dejarlo que charlase cuanto quisiera.

—Al ser descubierto el revólver —prosiguió Bicknell—, la situación ha sufrido un cambio completo. La aparición del arma significa que ahora hay tres mujeres fundamentalmente sospechosas: Mira, Norma y Mitsui.

—Tache usted a Norma de esa lista.

—¿Por qué? —me preguntó mirándome con aire de sospecha.

—Le he dicho que la tache de entre los sospechosos.

—Vamos, Lam, escuche usted. Yo lo he empleado para encargarse de vigilar y defender los intereses de Miriam Woodford. Creo, pues, que usted comprende cuál es la situación y que en el mismo instante en que elimine a cualquiera de las otras sospechosas, disminuye en igual proporción las posibilidades de proclamar la inocencia de Mira. Usted…

—Yo le he dicho que tache a Norma —insistí—. Y eso no obedece a mis simpatías o sentimientos, sino a la fría razón de los hechos. Es por este motivo que yo me encontraba fuera de casa operando. Estaba tratando de conseguir que el hombre que tiene en sus manos la coartada de Norma hablase, antes de que supiera lo que había ocurrido. Desgraciadamente, el sargento Hulamoki telefoneó a ese hombre en mitad de nuestra conversación y lo echó todo a perder.

—¿La coartada de Norma? —preguntó, perplejo, Bicknell.

—Sí, porque Norma tiene una coartada —le contesté.

—Pues no sabía que la tuviera.

—Yo no dije que la tuviera antes. Digo que la tiene ahora.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó Bertha.

—Raymond Geary. Vino en el mismo barco que nosotros. Es un turista que viaja con la máxima, economía y en busca de conocimientos; que recorre estas islas en autobuses y se aloja en un hotel barato del puerto. Geary se encontraba en la playa esta

mañana, cuando llegó Norma allí, se sentó a su lado y estuvo hablando con él.

—¿Cuánto tiempo estuvo ella allí? —preguntó Bicknell.

—Eso —contesté yo— es lo que yo estaba en vías de averiguar cuando el sargento Hulamoki telefoneó a Geary y estropeó mis planes.

Bicknell frunció el ceño.

—¿Y eso qué diferencia hace? —dijo.

—Pues que Geary comprendió de pronto que en lugar de tener unos pocos triunfos en la mano para conquistarse el cariño de Norma, se encontró de pronto con que todo su juego era de triunfos mayores y tenía todos los ases de la baraja.

—¿Y Norma querrá capitalizar eso? —preguntó Bertha.

—No se preocupe usted por Norma. Ella y Mira son íntimas amigas, pero cada una de estas muchachas piensa y actúa por cuenta propia. Dé usted a Norma una oportunidad, para presentar una coartada perfecta relativa al tiempo exacto en que se produjo el asesinato y puede usted apostar a que Norma sabrá aprovecharse de ella. Probablemente ya se aprovechó, a estas horas.

—¿Quiere usted decir que Geary procede con tanta rapidez?

—Sí, quiero decir que procede con toda rapidez.

—Pues esto complica la situación —comentó Bicknell.

—Yo nunca dije lo contrario.

—¿Y no podía haber previsto usted todo eso?

—Lo ignoro. Lo que sí sé es que hubiera conseguido averiguar la verdad de Geary si el sargento Hulamoki hubiera retrasado su llamada cinco minutos. En cuanto a si, en efecto, vamos a saber ahora la verdad, es cosa de adivinarlo.

—¡Demonio! —exclamó Bertha.

—¿A qué hora fue cometido el crimen? —pregunté.

Bicknell respondió:

—Nosotros llegamos allí a eso de las diez y cuarenta y el crimen fue cometido no más de dos o tres minutos antes de que llegásemos. La mujer que lo cometió andaba de un lado para otro dentro de aquel cuarto; buscando sin duda alguna cosa.

—¿Y la policía está enterada de eso? —pregunté.

—¡Oh, sí! Y lo que es más, lo comprobaron. El médico forense que hizo la autopsia declara que el asesinato fue cometido en un

plazo inferior a una hora antes del momento de nuestra llegada allí.

—¿Y a qué hora llegó el forense?

—Yo diría que fue a eso de las once y cuarto, más o menos —replicó Bicknell—. Por lo tanto, la autora del crimen resulta ser ahora Mitsui o Mira. He meditado sobre estas cosas y creo que he prestado una colaboración bastante importante para esclarecerlas.

—¿A qué se refiere usted?

—Al color de la pierna de la muchacha que yo vi —dijo Bicknell —. He estado reconstruyendo en mi pensamiento todo lo ocurrido, y ahora estoy convencido de que la pierna desnuda que yo vi era de un moreno completamente natural.

—Miriam ha estado con harta frecuencia en la playa —dije— y su piel tiene un tostado muy hermoso.

—Ya sé, ya sé —contestó impaciente, Bicknell—. Pero era diferente. Miriam lleva un traje de baño siempre. Como consecuencia, sus piernas tienen un tostado muy hermoso, pero la… la parte alta…, el…

—Su nalgas —interrumpió Bertha, interesada de súbito.

—Exactamente —prosiguió Bicknell—, la parte ésa tenía que ser blanca, completamente blanca; pero ahora cuanto más pienso en ello, más convencido estoy de que aquella muchacha que cometió el crimen estaba completamente desnuda y que no había parte blanca alguna en torno al…, bueno a la parte de las piernas…, eso que la señora Cool ha calificado de nalgas.

—¿Y no contó usted esto —dije— al sargento Hulamoki cuando lo interrogó?

—No, no se lo conté.

—¿Por qué?

—Bueno, pues porque todo esto me vino más bien de repente a la cabeza, y yo no había tenido tiempo de coordinar mis pensamientos.

—Exactamente —comenté yo—. En cambio, ahora ha tenido demasiado tiempo para coordinar sus pensamientos. Usted está interesado en el problema, trata de salvar a Miriam, ha gastado ya tres mil dólares para tratar de salvarla de cuanto pudiera perjudicarla. Usted es un partidista. Por consiguiente, su testimonio en relación con un asunto de esta especie no va a ser de mucho valor.

Hice castañetear mis dedos.

Bicknell replicó:

—No me gusta la actitud que usted adopta, Lam.

—No había pensado que le agradase —le contesté—. Si quiere usted tener seguridades absolutas y tranquilidad, puedo sentarme aquí y pasarle la mano por la espalda, y hacerle ver las cosas de color de rosa, y entonces usted creerá que todo marcha bien. Usted nos pagará unos buenos honorarios. Pero después irá a chocar contra las sombrías realidades y recibirá un golpe en la mandíbula que lo dejará fuera de combate. ¿Qué quiere usted hacer? ¿Proyectar algo que dé resultado, que sea eficaz, o limitarse a escuchar la charla que le sea grata?

Bicknell se quedó mirándome fijamente, pero comprendí que mis alegatos habían producido su efecto en él.

—Y aún hay otra posibilidad —proseguí diciendo—, que creo que debiéramos sugerir a la policía. Ese sujeto Bastion estaba metido en el negocio del chantaje. Lo había convertido en una carrera. Por consiguiente, es probable que supiese los medios de andar por ahí consiguiéndose materiales que después pudiera usar como proyectiles. Unos materiales que le pudiesen servir de excelentes elementos para el chantaje. Así, pues, tenía que tener gran cantidad de éstos.

—Siga usted —dijo Bicknell.

—En vista de ello, cada persona a la que hacía víctima de sus chantajes puede resultar sospechoso de haberlo asesinado —proseguí—. Nos costaría un tiempo endiablado encontrar a todas sus víctimas, pero si pudiésemos descubrir los materiales que estaba utilizando ahora para sus chantajes, podríamos imaginarnos mejor quiénes fueron sus víctimas.

Bicknell se pasó la lengua por los labios y dijo:

—Eso es una idea muy inteligente, muy inteligente, Donald.

—Y ahora dígame por qué estaba Bastion viviendo en esa casita alquilada. Yo tengo la idea de que debía ser por alguna razón importante. Y tengo también la idea de que Miriam no era la única víctima suya en Honolulú. Creo que él vino aquí para matar varios pájaros de un solo tiro.

—¡Vive Dios que está usted utilizando con gran clarividencia su cabeza, Donald!

—Yo no creo que Miriam lo haya matado —dije—. Tampoco creo que lo matase Norma. Y dudo también que fuese Mitsui, aunque esto no puede decirse. Pero Mitsui tiene que haber sido seguramente la persona que colocó el revólver donde fue encontrado. Hubo alguien que se lo dio para que lo pusiese allí. Si nosotros encontrásemos a la persona que se lo dio sabríamos quién es el asesino.

Bicknell se puso en pie, vino hacia mí y me estrechó la mano a su delicada manera, cuidando de no darme oportunidad para que se la apretase.

Bertha sonrió ampliamente.

—Así, pues —añadí—, quiero concentrarme en Mitsui. En esto, nosotros vamos más adelantados que la policía. Ellos tienen que considerar como sospechosos a Norma y a Miriam. Nosotros, en cambio, podemos tomar por el atajo. Sabemos que fue Mitsui quien colocó el revólver allí subrepticiamente. Quizá ella mató a Bastion o quizá fue otra víctima de sus chantajes quien lo hizo, y después sobornó a Mitsui para que colocase el arma del crimen en un lugar donde comprometería a Miriam. Eso quiere decir que nosotros precisamos considerar a otra persona más como sospechosa, y ésta probablemente es una mujer casada. Quizá se trata de alguien que habita muy cerca de la casa alquilada donde vivía Bastion y es posible incluso que sea en el grupo de casas encaramadas en lo alto de aquella pequeña caleta. Y su esposo es posible que tenga un empleo en la ciudad. Así, pues, cuando el esposo salió para su trabajo esta mañana, ella tomó un revólver, lo ocultó en su traje de baño, se deslizó dentro de la casa de Bastion desnudóse completamente y luego aplicó a Bastion el único tratamiento efectivo que ella pensó que sería permanente, dadas las circunstancias, y con el cual compraría para siempre el silencio de él.

—¿Y después, qué? —preguntó Bertha.

—Después, ella volvió a ponerse su traje de baño, corrió escaleras abajo hasta la caleta, saltó al agua, tomó su baño matinal y regresó a su casa tan tranquila, como si nada hubiera ocurrido. Se dio una ducha, se cambió de ropas y se dirigió al centro de la ciudad a hacer sus compras.

—¿Y él revólver? —preguntó Bertha.

—El revólver —dije yo— se lo dio a Mitsui para que lo llevase y lo colocara en un lugar del departamento de Miriam donde a buen seguro lo encontraría la policía. Pero fue una suerte que la policía no lo encontrase en el primer registro efectuado allí.

—¿Pero cómo podía ella estar lo suficientemente enterada para conseguir que Mitsui colocase el arma en el departamento de Miriam?

—Ésa es la cuestión —dije yo—; ésta tiene que ser nuestra clave básica. Esa persona misteriosa tenía relaciones lo bastante íntimas con Bastion para saber que existían otras víctimas de él. Igualmente tenía que saber respecto a Mitsui. Y Miriam era la ciruela más grande en lo alto del árbol. En cambio, esa otra mujer misteriosa era una ciruela secundaria, pero a pesar de ello se hallaba en la más desesperada de las situaciones.

Bicknell, que había estado observándome, dijo:

—Yo creo que todo eso es una posibilidad, pero por el momento estoy forjándome teorías para arrojarlas entre las ruedas de la maquinaria policíaca a fin de impedirles que conviertan a Miriam en su única persona sospechosa. ¿Pero en qué cree usted en realidad? —preguntó Bicknell.

—Creo culpable a Sidney Selma. Me parece que éste era el socio de Bastion. Creo que él se las arregló para averiguar algo a través de Norma que apretase el caso contra Miriam, y que después de conseguirlo ya no vio razón alguna para dividirse las ganancias con Bastion.

—Es una magnífica teoría —comentó Bicknell con aire de duda —, ¿pero, puede usted demostrarla? ¿Puede cimentarla en algo que no sean simples suposiciones?

—No tengo ni lo más mínimo con que cimentarla —le contesté —. Ésa es la razón por la cual quiero desenterrar alguna otra víctima y utilizarla como cebo. Personalmente, creo que Selma era socio de Bastion. Y creo también que Mitsui lo sabía. Ése es el motivo por el cual ella se prestó a colocar el revólver donde fue encontrado, para ayudarlo a él.

Bicknell meditó sobre estas cosas y luego asintió lentamente con la cabeza. Permaneció asintiendo así, pensativo, durante unos momentos.

—Por consiguiente —continué—, cualquier cosa que pueda,

darnos una pista sobre las otras víctimas de Bastion, se transforma para nosotros en el elemento de prueba, más importante que necesitamos.

Bicknell miró a Bertha.

—¿Le dijo usted algo sobre los papeles ocultos en la pared?

Ella asintió.

—No tuve ocasión todavía de leerlos, Donald, pero me parece que son precisamente lo que usted quiere. Vaya, pues, a buscarlos.

—Eso no va a ser tan fácil como usted cree —le contesté—. Durante algún tiempo la policía va a estar vigilando esos lugares. Tenemos que dejar eso para otra ocasión. Yo tenía la esperanza de que usted habría echado una ojeada a esos papeles y había visto algo.

Bicknell meneó la cabeza denegando y dijo:

—Allí había una carta. Pero no la leí. No disponía de tiempo.

—Entonces tendremos que intentar alguna otra cosa —dije yo.

Bicknell comenzó a darse golpecitos en el ángulo de su mandíbula con los nudillos de sus dedos, que se destacaban prominentes y daban a su mano un aspecto extrañamente anormal de exagerada fuerza.

—Si yo pudiera identificar a Mitsui de manera absoluta como la muchacha a quien vi en la casa del crimen —dijo él—, la única forma que ellos podrían probar que yo estaba equivocado sería presentando a la mujer que realmente cometió el crimen, quienquiera que ésta sea.

—No se engañe usted a sí mismo en eso —le dije yo—. Un buen abogado haría trizas la declaración de usted.

—No estoy de acuerdo con usted, Donald.

—¿Quiere usted hacer la prueba? —le pregunté.

—¿Es usted acaso un buen abogado? —me dijo con la voz llena de sarcasmo.

—Soy lo bastante bueno para hacer tiras la historia de usted.

—Pues inténtelo —manifestó, desafiante—. Supongamos que acabo de comparecer en el estrado de los testigos y he declarado que vi una pierna de una muchacha desnuda. Yo estoy ahora convencido de que estaba desnuda. No llevaba puesto nada encima. Se había quitado todas sus ropas con el fin de que no se manchasen de salpicaduras de sangre. La piel del cuerpo que yo vi era

decididamente el de una mujer morena.

Pensó sobre todo esto por un momento, luego asintió con la cabeza, se volvió hacia mí y dijo:

—Y ahora interrógueme usted.

—Usted comprende, ¿no es así, señor Bicknell —dije—, que con el hallazgo del arma del crimen en casa de Miriam Woodford las sospechas recaen naturalmente sobre una de las tres muchachas que tenían acceso a esa vivienda? Y esas muchachas son: Miriam Woodford, Norma Radcliff y la sirvienta Mitsui.

—Ciertamente —dijo él—. Yo poseo una cierta cantidad de inteligencia. Creo, pues, que eso es bastante obvio.

—Norma Radcliff se ha eliminado a sí misma del trío de sospechosas demostrando sus andanzas a la hora del crimen —dije yo.

—Decididamente, no era ni la pierna ni la cadera de Norma Radcliff las que yo vi.

—¿Y no tiene usted interés en Mitsui?

—Ciertamente, no.

—¿No tiene usted nada que declarar contra ella?

—Nada en absoluto.

—¿No es usted amigo de ella?

—No, de ninguna manera. Al fin y al cabo…

—¿Pero usted tiene amistad con Miriam Woodford?

—Porque ella se casó con mi socio. La conocí cuando era la esposa de aquél, y bajo las condiciones impuestas por el testamento de mi socio yo soy el albacea de una parte de la herencia de ella.

—¿Tiene usted algún interés por ella?

—Sólo en el sentido que ya he declarado.

—Pero tiene usted un interés suficiente para contratar detectives y traerlos aquí para protegerla.

—Solamente como albacea de su herencia.

—¿Y usted carga en la cuenta de ella esos gastos?

—Bueno, no precisamente…

—¿Es usted entonces quien los paga?

—Sí.

—¿Personalmente?

—Sí.

—Entonces usted está interesado en ella personalmente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Ha pedido usted alguna vez a ella que se case con usted?

Se volvió a mirarme con los ojos enrojecidos y dijo:

—¡Maldita sea su impertinencia, Lam! Yo no estoy obligado a contratarlo a usted; hay otros detectives disponibles, los cuales…

—No es con el señor Lam con quien está usted hablando ahora —le contesté—. Es con el abogado defensor de Mitsui, con el que la está defendiendo, y es éste quien le está interrogando a usted. Conteste a mi pregunta.

—No tengo para qué contestar a esa pregunta —replicó con el rostro todavía enrojecido y con la mirada llena de cólera y turbación.

Yo le sonreí y dije:

—Está bien. Dejaré, pues, de ser el abogado defensor de Mitsui ahora para volver a ser el detective que usted contrató. Confío, sin embargo, en que he dejado en claro el punto de vista. Y también debo recordar a usted que su identificación llegó un poco tardía. Esto conforme a una declaración que usted hizo al sargento Hulamoki, la cual fue puesta por escrito y usted firmó. Usted no podría ver a la muchacha lo bastante bien para reconocerla. Usted ni siquiera sabía con certeza si ella llevaba puesto un traje de baño o no.

Bicknell se agitó en su butaca.

Sonaron unos golpes dados con los nudillos de una mano a la puerta.

Bertha me miró.

—Y ahora, ¿quién diablos llama ahí? —dijo Bicknell.

Los nudillos volvieron a golpear de nuevo, esta vez forma perentoria.

—Creo —le dije— que, por el estilo de llamar, debe ser la policía.

Me puse en pie y abrí la puerta.

El sargento Hulamoki y el agente Daley se hallaban de pie en el umbral.

—¡Vaya, vaya! —dijo el sargento, penetrando en la estancia sin esperar a que lo invitasen a entrar—. ¡Qué suerte cazarlos a todos juntos en esta forma! Estarían discutiendo el estado del tiempo, supongo.

—No estábamos planeando nuestras vacaciones en estas islas, sargento —le dije—. Estamos reunidos para ponernos de acuerdo sobre cuándo realizaríamos un viaje por las islas y adónde habríamos de ir.

—Sí, sí; ya comprendo —dijo él, sonriendo.

Daley cerró la puerta y los dos policías se procuraron asientos, Daley en la cama y el sargento Hulamoki en una silla.

—Hay algunas novedades interesantes —dijo el sargento Hulamoki.

—Yo también tengo algunas noticias interesantes —le contestó Bicknell.

—Bueno, las cosas van progresando, ¿no es así? —dijo el sargento—. ¿Cuáles son sus noticias, Bicknell?

—Creo que más bien debería usted decirnos las suyas primero, sargento —intervine yo.

Él meneó la cabeza negativamente y me sonrió.

—No, no, Lam. Los contribuyentes tienen siempre lugares preferentes. Y a nosotros nos gusta siempre conseguir informes. ¿De qué se trata, Bicknell?

—He reflexionado en todo ello; he aclarado mi mente un poquito respecto a la mujer a quien vi.

Yo tosí.

Bicknell se volvió a mirarme.

Fruncí el ceño y meneé la cabeza negativamente.

Daley, sentado en la cama, me dijo:

—¿No estará usted entre corrientes de aire, Lam? Porque si es así, usted y yo cambiaremos de sitio. Aquí en las islas, estamos acostumbrados a las corrientes. Vivimos al aire libre.

—No —le contesté—. Era solamente algo que me molestaba en la garganta.

—Prosiga usted entonces, Bicknell —dijo el sargento Hulamoki.

—No creo que aquella muchacha llevase puesto un traje de baño —declaró Bicknell.

—Bueno, eso puede simplificar las cosas —dijo el sargento, mirando de reojo a Daley—. Pero, naturalmente, usted no podía ver el interior de la casa claramente.

—Podía ver bastante bien.

—Ya lo sé —dijo el sargento—, pero cuando hizo su primera

declaración manifestó que no podía afirmar si aquella muchacha llevaba puesto un traje de baño o iba desnuda. A fin de cuentas, Bicknell, existe una diferencia importante entre una figura femenina completamente desnuda y una que lleva puesto un traje de baño.

Bicknell guardó silencio.

—Pero continúe, señor Bicknell; cuéntenos lo que tenga de nuevo.

—Eso era todo —dijo Bicknell.

—¿Nada más?

—Eso era todo. Pero debe usted recordar que una mujer blanca desnuda tiene que tener las piernas tostadas por el sol y las nalgas blancas. En cambio, una mujer morena tiene que tener un color uniforme en todo el cuerpo.

—Muy interesante.

—Yo creo que eso es bastante significativo.

—Sí, pudiera serlo. ¿Y, según creo, nos ha dicho ahora todo cuanto recordaba?

—Sí. Esta declaración suplementaria lo abarca todo.

—¿No tiene nada más que decirnos que hubiese olvidado declarar cuando celebramos nuestra pequeña conferencia?

—No.

—¿Ninguna cosa nueva?

—No.

—Bueno, magnífico —dijo el sargento—. Ya sabe usted que siempre nos desagrada vernos obligados a recordar a alguien posteriormente hechos vitales. Me satisface que usted se haya tomado tiempo para pensar de nuevo sobre todo eso en forma detallada. ¿Porque usted lo ha hecho así, verdad, Bicknell?

—¿Que he hecho qué?

—Que ha pensado usted sobre todo ello en detalle.

—Sí.

—¿Y lo ha pensado usted repetidamente?

—Supongo que sí.

—Y, aparte el hecho de que usted crea ahora que la muchacha que vio probablemente no llevaba puesto un traje de baño…, y, desde luego, usted no está seguro de ello…, ¿no tiene usted ninguna otra cosa nueva que decirnos?

—No.

—¿Ni una sola?

—No.

—Bien, eso es excelente —dijo el sargento Hulamoki—. Y ahora le comunicaré nuestras nuevas noticias.

Procuré dar a mi rostro una expresión de impasibilidad.

El sargento Hulamoki dijo:

—Registramos aquella casa con extrema atención. Teníamos las mayores sospechas de que ese sujeto se estaba ganando la vida valiéndose de recursos que no eran nada claros. En suma, nadie parece saber de qué vivía. No tenía documento alguno del seguro social ni tampoco había presentado su declaración de ingresos. Sin embargo, se las arreglaba para vivir bien. Gastaba bastante dinero. Resulta más bien extraño que los funcionarios de impuestos no lo hayan perseguido, pero, claro está, el hecho de que no presentase declaración alguna le proporcionaba un cierto respiro.

—Prosiga —dijo Bicknell, impaciente.

—Bien, encontramos algunos recibos. Uno de ellos era un recibo a nombre de
Jerome C
. Bastion expedido por la «Photostatical Wide-Awake Company», de Denver, y su importe era solamente de dos dólares, pero por alguna razón Bastion había creído conveniente conservar ese recibo.

—¿Por una fotocopia? —preguntó Bicknell.

—Así es —dijo el sargento, sonriendo—. Y, ¿sabe usted?, esto nos intrigó. Bien, como aquí vivimos, a causa de la distancia, más o menos aislados, tenemos que confiar en gente que nos ayude. He estado en contacto por teléfono con la policía de Denver, más o menos constantemente durante el día de hoy, y les pedí que fuesen a visitar a la «Photostatical Company», para ver si podían averiguar algo respecto al asunto a que correspondía esa cuenta. Y ocurrió que ese servicio fotográfico conserva informes detallados, y resultó que esa cuenta de dos dólares era por la reproducción de ciertos documentos existentes en los archivos de la «Compañía Químico-Farmacéutica de las Montañas Rocosas». Pues bien, la policía de Denver acudió a esa Compañía y la secretaria del empleado que tiene a su cargo los archivos recordaba el asunto y sacó los datos de lo que había sido reproducido. Fue la más extraordinaria coincidencia.

El sargento Hulamoki hizo una pausa dramática, esperando que le formulasen preguntas.

Yo hubiera preferido verlo arder vivo antes que preguntarle nada, pero Bicknell echó adelante su rostro, se humedeció los labios con la punta de su pálida lengua y dijo:

—¿Y qué era ello?

—Pues un recibo firmado por una gran cantidad de arsénico —dijo el sargento Hulamoki—. Estaba a nombre de Ezra P. Woodford, quien, al parecer, tenía cuenta allí, y el recibo revelaba que había sido recogido por la señora Ezra P. Woodford, y la fecha del recibo corresponde exactamente a cuatro días antes de la muerte de Ezra P. Woodford. Y ahora yo pienso que probablemente a estas alturas estoy en posición de revelar algo que hasta ahora había sido mantenido en secreto, pues ésa es la razón de que Edgar Larson, de la policía de Denver, se encuentre aquí. Y ocurre que la policía ya tenía sospechas de ciertas circunstancias que rodeaban la muerte de Ezra P. Woodford y que su cadáver había sido exhumado secretamente. Y los toxicólogos habían encontrado en el cadáver arsénico bastante para matar a un caballo.

El sargento Hulamoki nos miró sucesivamente a cada uno de los tres: Bicknell, Bertha y yo.

—¿Y quién…, quién ordenó la preparación de ese arsénico? —preguntó Bícknell.

—Pues fue pedida por teléfono por una mujer que dijo ser la señora de Ezra Woodford. No podemos probar nada con eso ante un tribunal, como ustedes comprenderán, porque ningún testigo puede declarar sobre una voz oída por teléfono, a menos que ese testigo conozca esa voz de antemano. Pero es, desde luego, una circunstancia para ser considerada en relación con nuestras tareas investigadoras. Como usted comprenderá, señor Bicknell, la policía con suma frecuencia considera ciertas cosas en relación con sus tareas de investigación, pero que no podría considerarlas como pruebas ante un tribunal. Existe, por consiguiente, una considerable diferencia. Ante un tribunal es preciso ser absolutamente positivo. Hay que jurar sobre los hechos fríos y concretos; no hay margen para conclusiones; es el jurado quien las saca. Pero en el trabajo de investigación tenemos derecho a sacar ciertas conclusiones.

—¿Y habló usted…, habló usted con la señora Woodford

respecto a eso? —preguntó Bicknell.

—Creo que uno de mis colegas está tratando de ese asunto con la señora Woodford en estos momentos —contestó el sargento Hulamoki—. Pero me pareció oportuno recurrir a visitarlo a usted y hablarle sobre ello.

—¿Hablar conmigo?

—Exactamente. Usted es el albacea de la herencia de Miriam Woodford.

—Sí.

—Y tiene autoridad para pagar partes del capital principal, además de la renta, o para hacer anticipos sobre la renta, si lo cree necesario y surge algún asunto de urgencia. ¿Hay alguna razón para que usted lo haga así?

—Sí.

—Entonces —continuó el sargento Hulamoki—, ¿no resultaría una situación curiosísima e interesante si Jerome Bastion, armado con copias fotográficas de ese recibo firmado con la fecha y la firma de la señora Woodford, llegase aquí y tratara de hacer un chantaje exigiéndole una importante suma de dinero, digamos veinte o treinta mil dólares, y Miriam Woodford, bajo los efectos del terror, comunicase a usted que, debido a un caso de urgencia, la naturaleza del cual ella no quería revelar, necesitaba una importante suma de dinero, ya fuese obtenida del capital principal o como anticipo sobre la renta y…?

Bicknell empezó a decir algo.

—No, espere usted un poco. Déjeme terminar —lo interrumpió el sargento Hulamoki—. No quiero atraparlo, señor Bicknell. Pero no resultaría en realidad extraño si usted, teniendo la impresión de que la señora Woodford se encontraba en alguna clase de dificultades, acudiese a la firma «Cool & Lam», que son muy buenos investigadores y que gozan fama de ser muy discretos y obtener buenos resultados, y les pidiese que vinieran aquí y lo ayudaran a proteger a Miriam contra cualquier cosa que estuviera molestándola.

»Estoy dispuesto a otorgarle el beneficio de la duda aceptando que usted no sabía de lo que se trataba. Usted probablemente sospecho que era un chantaje, pero no estaba seguro de ello y tampoco tenía conocimiento de la compra del arsénico, aunque sí

sabía que había algo que intranquilizaba a la señora Woodford, y a usted no le sorprendió en absoluto la idea de que aquello podía ser un chantaje. Nuestras investigaciones revelan que la señora Woodford no ha llevado precisamente una vida muy recatada. Y nuestras investigaciones señalan también que usted expidió un cheque a favor de Cool y Lam por valor de tres mil dólares. Desde luego, una parte de ese dinero fue para gastos de viaje. Sin embargo, cuando se reúnen todos esos elementos nos encontramos con un cuadro muy interesante. Y ese cuadro revela que usted no trajo a sus dos amigos a estas islas sólo para unas vacaciones, señor Bicknell.

Bicknell se pasó los dedos por entre su cabello.

El sargento Hulamoki se volvió hacia mí y dijo:

—Y aún hay otro hecho muy interesante, Lam. Nosotros encontramos aquella cámara de cine en el coche que Mitsui andaba conduciendo. Revelamos las películas que había en esa cámara y resultaron ser vistas del coche en el cual fue encontrada la cámara. Y esas vistas, tomadas al parecer sin ninguna razón especial, presentaban al coche estacionado junto a la acera en la calle King. Esas vistas presentan una parte de una escena callejera. En ellas aparece una rápida visión del tránsito. Otra parte de la película muestra a un coche en medio del tránsito con la suficiente claridad para que nosotros pudiéramos comprobar su número de matrícula. Por lo tanto, fuimos a hablar con la dueña de ese coche, que resultó ser una joven en extremo atractiva por cierto, y le preguntamos cuándo había pasado últimamente con su coche por la calle King. Ella había estado ausente. Y resulta que la única vez, en esta semana, que ella pasó con su coche por la calle King fue precisamente el mismo día y más o menos dos horas después de cometido el asesinato.

Bostecé tapándome delicadamente la boca con la mano.

El sargento Hulamoki me miró.

Estoy seguro de que mi rostro no reflejaba ninguna expresión.

Entonces el sargento miró a Bertha y ésta le devolvió la mirada.

—He pensado que quizá usted podría proporcionarnos alguna información, señor Lam —dijo el sargento.

—Bastion llevaba aquí ya un mes —contesté—. Y esas películas pueden haber sido tomadas cualquier día durante ese mes. Pregunte

usted, pues, a su linda conductora de ese coche cuántas veces pasó con él por la calle King durante el último mes.

—Desde luego —dijo el sargento Hulamoki en tono de reproche —, yo no estaba tratando de considerar esto como una cosa definitiva. Solamente hablaba en términos de tarea de investigación, sin atribuirle un valor de prueba decisiva ante un tribunal.

Nos miramos mutuamente a los ojos y yo dije:

—Pues yo sí que estoy hablando en términos de pruebas para presentar a un tribunal. Porque ésas son las únicas pruebas que pueden utilizarse.

—Yo no sé si usted —dijo Bicknell— está acusando a Miriam de alguna cosa. Si lo está o si proyecta hacerlo, contrataré al mejor abogado de estas islas para que la defienda y ella cesará de hacer declaraciones hasta que comparezca en el estrado de los testigos.

—No, no la acusamos de nada.

—Entonces, ¿qué es lo que está usted haciendo? —le pregunté yo.

—Sólo estamos tratando de conseguir la cooperación de ustedes.

Bertha sonrió, sarcástica.

Yo la miré con el ceño fruncido, y dije a Hulamoki:

—Indudablemente, le agradecemos su consideración y le aseguramos nuestra cooperación.

En los labios del sargento se dibujó el espectro de una sonrisa.

—Muchas gracias, Lam. De veras se lo agradecemos mucho. Ya lo visitaremos. No se preocupe por eso. Estaremos en constante contacto con usted. En realidad, consideramos su cooperación tan valiosa que no queremos que ninguno de ustedes trate de abandonar estas islas sin comunicárnoslo antes.

Bicknell tenía el aspecto de un hombre que acabase de tomar dos onzas de aceite de ricino.

—Ella no lo hizo —exclamó—. Ella no podía hacerlo. Confío en ella. Yo… estoy enamorado de ella.

Luego se llevó las manos al rostro.

Bertha y yo guardamos silencio.

De pronto, Bicknell alzó la mirada hacia nosotros y dijo:

—¡Lárguense de aquí! Quiero permanecer solo; pónganse a trabajar. Hagan que Miriam sea protegida contra esas hienas… Y no

me importa el precio que haya que pagar por ello. Ahora el límite de gastos es solamente el tiempo.

Bertha me miró con los ojillos resplandecientes de codicia y dijo:

—No se preocupe usted; estamos completamente dispuestos a dar a esa gente de la policía de Hawai la sorpresa más grande de su vida.

Bertha abrió la puerta y salimos, dejando allí a Bicknell con la cabeza entre las manos.

—Ya apareció la cosa —dijo Bertha una vez en el pasillo—. Está enamorado de esa muchacha, Donald. ¿Oíste lo que dijo?

—¿Sobre que estaba enamorado de ella?

El rostro de Bertha reflejó como un espasmo de expresión.

—No, pajarillo inteligente; me refiero a lo que dijo de que no había límites para gastos.

—Sí, pero a condición de que la saquemos de todo esto —hube de recordarle.

—Bueno, ponte a actuar y sácala de todo esto —replicó ella.

—¿Y cómo?

—A mí me importa un bledo como sea, como si dejas que esa mujer se enamore de ti, ya estás perdido. Ahora comprenderás por qué Bicknell quería una mujer detective. Sintió miedo de ti desde el punto y hora en que te conoció. Comprendió que eras el tipo ideal de Miriam.

—No —contesté yo—, el tipo ideal de Miriam era Ezra Woodford.

capítulo dieciocho

ME puse a esperar al pie de mi teléfono. Pero no fue sino hasta después de oscurecer cuando sonó.

—¿Sabe usted quién le habla? —me preguntó Miriam.

—Sí.

—¿Dónde tiene usted su coche?

—En el parque de estacionamiento del hotel.

—Pues lo esperaré en él.

—¿Conoce usted mi coche?

—Sí.

—Muy bien. ¿Inmediatamente?

—Inmediatamente.

Colgué el auricular, apagué las luces del cuarto y salí a la cálida noche hawaiana. Me dirigí al parque de estacionamiento, me metí, en el coche y esperé.

Una voz muy suave me dijo desde el asiento de atrás:

—Muy bien; póngase en marcha.

Yo ya sabía que no tenía que mirar atrás.

Miriam se hallaba oculta, tendida en el suelo.

Puse en marcha el motor, conduje el coche fuera del parque de estacionamiento y, cuando ya había recorrido unos quinientos metros, Miriam se incorporó en el asiento de atrás y dijo:

—Si usted no ha visto piernas hasta hoy, voy a darle toda una sorpresa.

Se levantó la falda hasta más arriba de las rodillas y, echando las piernas sobre el respaldo del asiento delantero, vino a sentarse junto a mí.

—Había visto piernas antes, pero ningunas tan bonitas como éstas —dije.

—Éste no es el momento para galanterías.

Se inclinó contra mí y me agarró de un brazo. Sentí que su mano temblaba. Por el espejo retrovisor comprobé que nadie nos seguía.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Siga conduciendo hasta que lleguemos a algún lugar donde podamos estacionar el coche y hablar.

Pasamos por la Cabeza de Coco, seguimos en torno a la isla hasta llegar a un sitio donde la carretera bordeaba por encima de una hermosa bahía. Había allí un amplio espacio para estacionarse, cerca de una pared de piedra que se asomaba sobre el océano. No había allí ningún coche. A lo largo de la carretera circulaba un tránsito poco intenso. Detuve el coche, apagué el motor, extinguí los faros, me volví a Miriam y dije:

—¿Y bien?

Ella se volvió en el asiento y puso su espalda apoyada contra el volante, de forma que su rostro quedó cerca del mío.

—Donald —dijo ella—, ¿confía usted en mí?

Yo deslicé mi brazo en torno a su cuello, por encima de sus hombros para aliviar la presión de éstos contra el volante, y contesté:

—Eso depende.

—¿De qué depende?

—De lo que usted vaya a decirme ahora. ¿Qué dijo usted a la policía?

—Pues todo lo que dije fue puesto a raya.

—¿Con quién habló usted?

—Donald, quizá usted no me crea, pero hablé con el propio jefe de la policía.

—¿Cómo se portó?

—Se portó muy amablemente, Donald.

—Cuénteme lo que usted le dijo.

—Yo creo que ellos saben algo —contestó Miriam.

—¿Y no le dijeron de qué se trataba?

—No.

—¿Qué le dijeron?

—El jefe dijo que me encontraba en una situación comprometida. Luego añadió que lo que pudiera sobrevenir dependería del grado en que yo les dijese la verdad; que él quería que yo se lo dijese todo respecto a mis relaciones con Ezra

Woodford, todo sobre mi matrimonio y todo respecto a cuanto supiese de Bastion. Manifestó que si le decía la verdad absoluta, esto podría ayudarme. Y dijo también que si yo mentía sería igualmente muy malo para mí.

—Entonces, ¿qué dijo usted?

—Pues se lo dije todo.

—Cuénteme cómo fue.

—¿Hasta qué punto quiere que le cuente?

—Cuéntemelo todo.

—Le contaré todo, excepto que no llegué demasiado lejos por lo que a la policía respecta.

—Pues vaya usted todo lo lejos posible para mí —le dije.

—Yo siempre estuve ansiosa de aventura. Supongamos que era una muchacha arriesgada y… bueno, tenía la vida entera delante de mí, presta para ser explorada y… fui seducida.

—También lo fueron otras muchachas —manifesté—. Empiece a partir de ahí.

—Me tocó en suerte un paquete regular. Le entregué mi confianza, todo mi amor. Yo era suya. Él procedió conmigo de una manera taimada y luego me abandonó.

—¿Y qué ocurrió?

—Debiera haberme puesto desconsolada, desorientada y haberme sentido herida y furiosa. Pero no fue así. Gocé de aquello y, para decirle a usted la verdad, comenzaba a estar un poco cansada de él cuando rompió conmigo. Cierto que hirió mi vanidad el hecho de que me dejara por otra muchacha que, al parecer, tenía algo que yo no tenía. Resolví entonces que esto jamás volvería a ocurrir. Tomé la decisión de estudiar más las cosas y ser yo la que abandonaría a los demás en el futuro. No me gusta que me pisotee nadie.

—Bueno, cuente usted a partir de ahí.

—La próxima vez que me cortejó un mozo, yo ya sabía perfectamente mi papel. Y a ese papel agregué algunas líneas por mi cuenta y dejé al pretendiente en ascuas.

—¿Y después qué?

—Después ocurrió que en realidad se puso loco de amor por mí. Y a mí me pareció que yo estaba enamorada de él.

Él era rico y quería casarse conmigo.

—¿Y luego?

—Luego probé el matrimonio, pero aquello no marchó bien.

—¿Por qué no?

—Porque, en realidad, yo no lo amaba. Él no era más que un pez colgado de mi anzuelo con el cual yo estaba jugando, pero no un hombre a quien yo amase. Francamente, yo no sentía respeto por él. Transcurrido aproximadamente un año, decidimos separarnos. Pero lo que de nuevo me enfureció fue que otra mujer me había ganado la delantera.

—¿Y quién era ella?

—Una morena que lo miraba con los ojos negros más ardientes y alzaba unas pestañas tan grandes que él prácticamente caía dentro de sus ojos y ella volvía a cerrar los párpados y suspiraba trémulamente.

—¿Se trataba de una comedia? —pregunté.

—Donald, no sea ingenuo —dijo Miriam—. Cuando una mujer es bonita estudia sus rasgos más hermosos frente a un espejo y aprende así a destacarlos más. Aquella picara había adquirido una extraordinaria técnica para atraer a los hombres. Así, pues, se encaramó en mi nido y me echó a mí de él. Y no es que a mí me importase un bledo el nido. Lo que sí odiaba era que hubiese alguien que me ganase la partida.

—¿Y qué ocurrió después?

—Que cuando me marché —contestó ella— yo ya tenía algo que llevarme conmigo.

—¿Cuánto?

—Bastante. Él estaba ansioso por la morenita. El abogado se llevó una buena tajada, pero yo recibí unos cuarenta mil dólares…, no todos de una vez, sino diez mil en dinero y el resto a recibir en el futuro como pensión.

—¿Y después?

—Bueno, ésa fue la última vez que alguien me ganó la partida, aunque me esté mal decirlo. Yo también tenía un espejo, y por lo tanto, me puse a ejercitarme delante de él. Decidí en mi pensamiento que si los hombres querían todas esas tonterías de apasionamientos, párpados, graciosos mohines, yo aprendería bien todos esos trucos y toda esa técnica.

—¿Los estudió usted?

—Los estudié y los puse en práctica.

—¿Y consiguió buenos resultados?

Ella rió alegremente.

—Siga usted adelante —le dije.

—Bien —dijo—. Yo no me sentía con ganas de sentarme y ponerme a actuar. Decidí, pues, emprender un viaje de recreo por mar, pensando que esto me proporcionaría horizontes más amplios.

—¿Y fue así?

—Así fue.

—Muy bien. ¿Y qué ocurrió?

—Que a bordo había un juerguista. Tenía montañas de dinero. Él quería acción. Y yo quería dinero.

—¿Por qué? Usted ya tenía mucho.

—Pero quería más. Tenía la sensación de que el dinero era mi seguridad; no creía que pudiese haber otra forma de seguridad más que ésa.

—¿Entonces se vendió usted?

—No me gusta esa forma de expresión, Donald. Él era generoso y, ciertamente, yo no iba a ser una bromista o una estafadora. Hicimos un viaje por Sudamérica y luego una excursión por el Mediterráneo.

—¿Todo eso en un solo viaje?

—No, en varios viajes.

—¿Y qué ocurrió entre esos viajes?

—Permanecía en un departamento.

Guardé silencio.

—Y ahora no se sorprenda usted —dijo ella—. Después de todo lo demás, hay ciertos hechos en la vida que usted tiene que reconocer y aceptar. Jamás podrá usted comprender lo fácil que es resbalar y caer en…

—¿En qué? —pregunté yo.

—No sé exactamente qué es —dijo ella—. No es la cloaca moral que las hermanas lloronas descubren. Es solamente…, es sólo la oportunidad.

—Muy bien. Siga usted.

—En algún punto de esos viajes, me encontré con Ezra.

—¿La cortejó?

—No sea ingenuo. Él era un hombre solitario y enfermo. Había

trabajado demasiado duro y cuando llegó para él la hora de divertirse resultó que había olvidado cómo hacerlo. Así, pues, si hubiera tratado de divertirse, la gente lo hubiera mirado con asombro y burla. Todos lo juzgaban como un viejo fósil cuyo verdadero sitio en la vida era pasear por cubierta con una expresión adusta en su rostro y quizá rindiendo tributo a cualquier mujer vieja que quisiera cambiar impresiones con él sobre las operaciones sufridas y sobre los nietos de su hermana.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Me di cuenta que yo le gustaba a Ezra. Yo podía afirmarlo así, pero no le di un revolcón personal. Por el contrario, traté de levantarle el ánimo y en verdad que realicé una linda obra.

—¿En qué forma lo hizo usted?

—¡Oh! Lo dejaba que me invitara a tomar copas y lo hacía reír, y cuando él decía algún chiste malo yo me reía hasta el grado de que tuvieran que atarme, y de vez en cuando le ponía mis manos sobre su brazo, lo miraba a los ojos y lo halagaba diciéndole que debía ser un jefe de empresa maravilloso.

—¿Pero estaba usted atada por esa época?

—Yo estaba atada y no estaba timando. No soy de esa clase, Donald, aunque lleve la fama de ello. La gente cree que lo soy.

—¿Y después qué?

—Pues bien, Ezra comenzó a enviarme tarjetas postales, y cuando yo rompí con el mozo juerguista, Ezra vino a Nueva York y trató de recuperar algo del espíritu alegre y libre de aquel viaje por mar.

—¿Y lo consiguió?

—Eso no puede hacerse en tierra, Donald.

—¿Por qué no?

—Lo ignoro. Hay algo especial en los viajes por mar. En ellos los pasajeros están lanzados juntos. Todos y cada uno tienen intereses comunes. Todos cenan al mismo tiempo. Juntos toman cócteles. Uno se mezcla a un grupo y todo el mundo está entregado a divertirse. No hay otra cosa que hacer más que eso. Allí no hay prisa ni tensión. Se empieza a reír y a divertirse y…, bueno, es diferente de lo que ocurre en tierra. Cuando una se encuentra en Nueva York se acuesta tarde, se levanta temprano y se embellece, y luego llega nuestro acompañante y una sale para ver la ciudad. Hay

sólo un cierto número de cosas que se pueden hacer. Una puede ir a ver funciones de cine o de teatro si consigue las entradas para ello. Una puede ir a los *cabarets* Twentyone o al Stork Club. Una puede husmear por ahí en los restaurantes pequeños con ambiente propio. Se puede conseguir buena comida, se puede beber y hablar. Pero una se encuentra sola. Tenemos la muchedumbre rodeándonos. Y no se tiene comunidad de intereses con la inmensa mayoría de los demás.

—¿Y entonces qué?

—Entonces —continuó ella—, Ezra se puso serio. Se sentía terriblemente solo y también se sentía terriblemente viejo.

—¿Y le pidió que se casase usted con él?

—Él quería…, bien, quería vida y acción, y me quería a mí.

—¿Y usted qué le contestó?

—Donald, quiero que me crea. Le estoy diciendo la verdad. Le dije que él podía tenerme y que no necesitaba casarse conmigo, pues si lo hacía acabaría lamentándolo.

—¿Y qué contestó él?

—Donald, me resulta casi imposible hablar a usted de Ezra y conseguir que lo vea en la forma que él era. Ezra había trabajado muy duro, y no se había divertido. En una época de su vida, se había casado con una de esas mujeres que acaban convirtiéndose en una de esas criaturas asquerosamente suspicaces que quieren saber dónde se encuentra el marido a cada minuto del día y de la noche. Su vida de hogar, pues, debió ser un infierno.

—Ya veo —dije—. Su mujer no lo comprendía.

—No, Donald, no era precisamente eso. Era diferente respecto a él. Yo sé que lo era. Le diré a usted lo que ocurrió. Él era uno de esos hombres que prueban el matrimonio, y éste no resultó, y entonces… Bueno, él comenzó a recluirse en la oficina y a encerrarse en los negocios, porque no quería permanecer en su casa. Por lo tanto, dedicaba todo el tiempo a los negocios, y ganó una enormidad de dinero, y obtuvo un éxito extraordinario, pero se transformó en un hombre dedicado al trabajo constante y nada de diversiones.

—¿Entonces se convirtió en un tipo tristón?

—Así fue.

—¿Y luego qué?

—Él no creía que le quedase mucho tiempo de vida. Tenía montones de dinero y me dijo que él sabía que yo no podría amarlo en el sentido romántico de la palabra, pero que era lo suficiente franco para decirme también que no creía que me amaba a mí, aunque sí estaba fascinado por mí y cautivado por mi espíritu de juventud. Me dijo también que lo único que él quería era tenerme cerca para verme. Quería tenerme allí donde pudiese contemplarme jugando, oírme reír y tenerme cerca. Por lo tanto, manifestó que estaba dispuesto a pagar lo que fuese por todo eso.

—¿Y en qué forma quería pagar él por ello?

—Teniéndome como esposa. Me dijo que en Denver no podría ser de otra manera. No quería tenerme como amante en un lugar donde él pudiese ir a visitarme de vez en cuando. Lo que él quería era tenerme allí donde yo pudiese estar en su casa todo el tiempo, donde conociese a sus amigos y todo lo demás.

—¿Y entonces que hizo usted?

—Acepté.

—¿Y luego lamentó usted haber hecho ese trato?

—No, no lo lamenté. Cuando yo hago un trato, lo hago con los ojos abiertos y cumplo con él. Yo sabía que Ezra no se vería compensado por su dinero, a menos que yo fuese feliz. Yo le retribuí, pues, su dinero. Hice todo cuanto me fue posible para conseguir que él recibiese aquello por lo que había pagado.

—¿Y él era feliz?

—Era feliz como un pájaro. Desde que nos casamos floreció como una rosa, y yo gozaba con ello. Denver es un lugar muy agradable. Y Ezra tenía allí muchos amigos. Todos eran completamente agradables para mí. Yo di a Ezra lo que él había ambicionado. Lo tenía constantemente alegre y yo me mantenía siempre de buen ánimo, bromeando y…, bueno, Donald, lo hice real y verdaderamente feliz.

—¿Y acaso se cansó usted de esperar?

—¿De esperar qué?

—De esperar que él muriese.

—Donald, míreme a los ojos. Créame, estoy limpia de culpa. Yo no esperaba nada; llevaba a cabo la parte del trato que me correspondía y al hacerlo no me sentía infeliz en lo más mínimo.

—Muy bien. ¿Y qué me dice usted de Bicknell?

—Bicknell, claro está, hizo patente su desaprobación cuando se enteró de ello. Cuando Ezra fue a Nueva York, Bicknell comprendió que iba a verme. Nosotros habíamos mantenido correspondencia y…, bueno, supongo que hay indiscreciones cuando existe una asociación estrecha de esa clase, y probablemente la secretaria de Ezra parloteó alguna cosa y…, como quiera que sea, Bicknell se enteró.

—¿Y él desaprobaba eso?

—No tiene usted idea de hasta qué extremo lo desaprobaba.

—¿Y luego qué?

—Ezra regresó y dijo a Bicknell que nos íbamos a casar; y entonces Bicknell puso el grito en el cielo. Habló a Ezra de tal forma, que casi provocó la ruptura de su amistad.

—¿Y después qué?

—¡Oh! —dijo ella—. Lo de siempre. Bicknell contrató a unos detectives, y éstos se pusieron a escarbar en mi pasado. Honradamente, Donald, no tiene usted idea de hasta qué extremo puede llegar un buen detective. ¿Pero qué estoy diciendo? Pues claro que la tiene. Usted mismo es detective.

—¿Cómo lo supo usted?

—Me lo dijo la policía.

—Continúe.

—Bueno —dijo ella—, aquellos detectives lo averiguaron todo respecto a mí, retrocedieron desde el presente hasta la época de mi infancia. Incluso creo yo hasta la época en que fui engendrada. Y, sin duda alguna, desde el momento en que tuve mi primer novio. Y, créame usted, tenían elementos hartos y feos contra mí. Parecía muy destructor cuando el romance y el brillo y la luz de la luna fueron diluidos y todo aquello fue extendido sobre papel y en líneas mecanografiadas.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que Bicknell se lo mostró a Ezra y le dijo que lo leyese.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Que Ezra lo leyó, lo rompió en pedazos, arrojó éstos al fuego de la chimenea y dijo a Bicknell que si alguna vez volvía a mencionar aquello siquiera fuese en parte, lo mataría.

—¿Y luego qué?

—Luego se casó conmigo y nos fuimos a vivir a Denver.

—¿Y su matrimonio significaba alguna diferencia financiera para Bicknell?

—Sí; en una forma.

—¿Cómo?

—Había un acuerdo de ambos socios según el cual cada uno de ellos dejaría el capital de su sociedad al otro socio superviviente, en el caso de que no hubiese una viuda de uno de los dos. Si uno de ellos se casaba y moría, la viuda recibía una parte del capital y el socio la otra mitad.

—Entonces, ¿si Ezra hubiese muerto antes de haberse casado con usted, hubiera dejado toda su fortuna a Bicknell?

—Sí.

—Así, pues, ¿Bicknell perdió una fortuna bastante grande a causa del matrimonio de su socio?

—Desde luego, Bicknell no esperaba que Ezra muriese.

—Pero era posible que ustedes dos lo pensaran.

—Así lo supongo.

—¿Y Bicknell, naturalmente, no sentía simpatía por usted?

—No.

—Entonces, ¿por qué Ezra hizo a Bicknell depositario de la herencia de usted?

—Para explicarlo tenemos que volver al momento en que yo fui por primera vez a Denver.

—Cuénteme eso.

—Pues bien; Bicknell me trató como si yo fuera una basura debajo de sus pies.

—¿Y usted qué hizo? ¿Trató de atraérselo?

—No, no lo hice. Me limité a ignorarlo. Dije a Ezra que tendríamos que procurar que Bicknell no viniera a nuestra casa. Esto fue algo en lo que yo insistí a todo trance.

—¿Y después qué?

—Al cabo de algún tiempo, cuando Bicknell vio que yo realizaba el juego, lamentó haber adoptado aquella actitud. Ezra quería atraerlo a casa y al fin yo consentí.

—¿Y luego qué?

—Yo tenía muy animado a Ezra, y éste reía, y estaba alegre constantemente. Había comenzado a preocuparse de su aspecto personal. Iba a la barbería y a la manicura. Se compraba trajes

elegantes, y se apresuraba a correr a casa desde su oficina, y a descansar y gozar de la vida, invitar amistades y… Se sentía orgulloso de exhibirme y, como usted comprenderá, no toco la trompeta para pavonearme, sino que digo que se sentía tan orgulloso de mí como Puch.

—¿Y cómo reaccionaba la gente?

—Al principio, todos creían que yo era algo que él había comprado en el mercado público, que yo era una mercancía que no sería buena para él. Tuve, pues, que luchar contra todos, pero sabía bien que tendría que hacerlo así y, por consiguiente, no me causó molestia alguna. En una situación de esa índole ser una esposa resulta diez veces más difícil que ser amante, pero yo había pensado en todo eso por adelantado y sabía con lo que iba a encontrarme. Tenía tomadas mis medidas para vencer esa situación y hacer que la gente acabase queriéndome. No es que a mí me importara nada por mí misma, pero sabía que Ezra querría tener amigos invitados y no encerrarse a solas en una casona enorme con una esposa a la cual todo el mundo despreciaba.

—¿Entonces logró usted que los amigos de él acabasen queriéndola?

—Sí, poco a poco lo conseguí. Y no fue muy difícil. Las personas son al fin humanas, a mí me gusta la gente y terminé por hacerme simpática a la mayoría.

—¿Y cómo consiguió usted todo eso?

—Sencillamente, siendo franca y natural. Los jóvenes chivos me galanteaban e insinuaban que yo debía sentirme muy sola y otras tonterías por el estilo.

—¿Y usted qué hizo?

—No me indigné por ello —contestó Miriam—. Me limité a reírme en sus propias barbas y les dije que fueran a escarbar al campo con sus pezuñas.

—¿Y después qué?

—Comenzó a circular la versión de que yo era una buena muchacha y… súbitamente resultó que la gente simpatizaba conmigo.

—¿Y le llevó mucho tiempo eso?

—Creo que no pasó de dos meses. Es sorprendente la rapidez con que se producen las cosas. A mí me parecía una eternidad, pero

resultó que la gente quería a Ezra y, en cierta forma, hicieron extensivo ese afecto a mí. Yo los divertía constantemente, y a Ezra le gustaba dar fiestas y a la gente le agradaba ir a nuestra casa a cenar.

—¿Y Bicknell?

—Bicknell comenzó también a ser incluido entre los invitados.

—¿Y luego qué?

—Luego —prosiguió ella—. Ezra se sentía el hombre más feliz del mundo y sus amigos me estimaban precisamente porque yo lo hacía feliz. Cesaron ya de considerarme como una mercancía de segunda mano y a tenerme más bien como un tónico para Ezra y una excelente anfitriona para ellos.

—¿Y entonces?

—Entonces, repentinamente, Ezra murió. Y en su testamento me dejaba la mitad de su fortuna.

—¿Y a cuánto asciende?

—¡Caramba, Donald! La herencia todavía no ha sido liquidada, pero se la calcula en muchísimo dinero. Él tenía minas de oro, pozos de petróleo y otros negocios. Lo tenía en verdad todo. Y ahora yo soy rica. Es decir, lo seré.

—No lo será si se ve envuelta en algo que acarrea, el escándalo sobre el nombre de Woodford —le dije.

Ella guardó silencio.

—Y un asesinato es un escándalo —continué—. Y eso era la cosa por la cual Bastion la estaba molestando a usted con su chantaje.

—Pero yo no maté a Bastion.

—¿Lo temía usted?

—Sí.

—¿Y le hubiera dado dinero?

—Sí.

Callamos durante medio minuto y después dije:

—Cuénteme más sobre Bicknell.

—Pues que Bicknell se ha enamorado de la idea de sentirse enamorado de mí.

—¿Y no puede usted decirme más que eso?

—Bueno, él… ¡oh, resulta difícil traducirlo a palabras! Bicknell, a su vez, ha vivido más bien solitario. Su esposa murió hace años y él no volvió a casarse. Tengo la impresión de que nunca tuvo

muchos deseos de hacerlo. Él era lo que podemos llamar un gruñón, un cascarrabias; un ganso, un guiñapo mojado…

—Ya lo sé.

—Pues bien, él sabía lo que le ocurría a Ezra antes de que yo me casase con él, y lo solitario que aquél vivía; y luego pudo observar el cambio que experimentó después de nuestro matrimonio, y por ello creo que Bicknell se convenció por completo de que el matrimonio puede ser una cosa excelente.

—Sí, pero el matrimonio con una muchacha muy joven y muy bonita —dije yo—. Sí, es un negocio estupendo cuando se logra.

—Pues él está tratando de lograrlo.

—¿Le ha pedido que se case con él?

—¿Es preciso que se lo diga a usted, Donald?

—Sí.

—Pues bien, quiere que me case con él. Incluso me lo ha propuesto por escrito.

—¿Qué quiere usted decir?

—Después que yo llegué aquí me escribió una carta diciéndome que me había juzgado mal, que él era una persona justa, que yo era una buena muchacha y me pedía que transcurridos unos meses, cuando las cosas hubieran alcanzado un punto en que la gente ya no tuviese razón de crítica, pensase en si quería casarme con él.

—¿Y usted qué le contestó?

—Yo no le dije nada de palabra —contestó ella—. Le escribí y le comuniqué que había muchas cosas que yo quería aclarar con él cuando nos viésemos, y dejé la cuestión en eso. Él es un hombre maduro, enamorado de la idea de que está enamorado. Y si usted supiera lo que ocurre con los hombres así…, se ponen tontos como polluelos.

—¿Y dijo usted algo de esto a la policía?

—Se lo dije todo, excepto que Bicknell quiere casarse conmigo. Me pareció que no era procedente que les dijese nada relativo a las cosas íntimas de Bicknell.

—Muy bien —dije yo—. Creo que realizó usted una buena faena con todo eso. Evidentemente, confesó todo lo que sabía y consiguió convencerlos, pues de lo contrario no estaría usted aquí.

—No, no les conté más de lo que debía. Y ellos continúan realizando más investigaciones.

—La policía sugirió, desde luego, la posibilidad de que Bastion la estaba haciendo víctima de un chantaje y de que usted llegó a la conclusión de que no tenía más que un camino para vérselas con el chantajista.

—Sí. Ellos no me acusaron en concreto, pero me interrogaron sobre ello.

—¿Y qué les dijo usted?

—Les pregunté si estaban locos. Yo no soy una mujer capaz de agarrar un revólver y salir a matar a nadie. Ésa no es la forma de resolver las cosas.

—¿Y cuál es el concepto de usted para vérselas con un chantajista?

—No conozco medio alguno —contestó ella.

—¿Usted estaba dispuesta a pagar?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Oh, no lo sé! No podría decírselo. Era sencillamente el hecho de que no quería que me molestasen. A fin de cuentas, el dinero que él exigía no era demasiado, y… bueno, Bastion me dijo que no pasaría de ahí en total. Él solamente necesitaba con urgencia algún dinero y…

—Usted ignora que un chantajista es una sanguijuela. Uno no puede librarse de él. Y cuanto más lucha uno, más se hunde.

—Adivino que eso es verdad con la mayor parte de los chantajistas, y probablemente lo hubiera sido también en este caso —contestó ella—, pero, ciertamente, Bastion me echó un buen anzuelo.

—¿Cómo?

—Me dijo que lo que había ocurrido era que se había tropezado con esos informes y que incluso se odiaba a sí mismo por haber pensado en aprovecharse de ellos; que él no era de esa clase de personas, que no era un chantajista, que había tratado de ser un hombre decente, pero que se encontraba en una situación económica endiablada. Necesitaba dinero y dijo que, al darse la circunstancia de poseer esas informaciones, sabiendo que yo tenía dinero, se le ocurrió que podría hacerle un préstamo. Manifestó que eso sería todo. Me juró que me lo devolvería. Dijo que estaba en una situación en que necesitaba algún dinero para pagar algunas

deudas y aprovechar la ventaja de una oportunidad de negocios que se le había presentado y… bueno, ya sabe usted lo que es esto.

—¿Y qué era esas información con la que él se había tropezado?

—Una relativa a que yo había comprado arsénico inmediatamente antes de la muerte de Ezra.

—¿Y Ezra había pedido a usted que lo comprase?

—Sí. Era destinado a sus trabajos de taxidermia. Le he dicho la verdad completa sobre esto, Donald.

—¿Y dijo usted todo eso a la policía?

—Sí, hasta el último detalle.

—Muy bien, Miriam. Me ha convencido usted —le dije.

—¿De qué?

—De que no mató a Bastion y de que es usted una buena muchacha.

—Donald —me dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Me gusta usted.

—¡Magnífico! Y yo la quiero.

—¿Pero usted me quiere a mí?

—Sí.

—Pues no da señales de ello.

—Estamos tratando de negocios.

—A esta hora están ya cerradas las oficinas.

—En este trabajo no hay horas de oficina. Estoy en realidad entrando en calor para empezar a trabajar.

—¿Trabajar en qué?

—En sacarla a usted de un conflicto.

—Donald…

—¿Qué?

Guardó silencio, pero se recostó en mi brazo, que tenía extendido a lo ancho del volante, me miró y el óvalo de su rostro brilló a la luz de la luna que se filtraba a través de las ventanillas del coche.

Después de un momento dijo:

—No es posible salirse de eso así, Donald. Si usted no me besa, seré yo quien lo bese a usted.

—No, usted no me besará —le dije—; no podemos mezclar el amor con esto. Nosotros…

Sus brazos ya estaban enlazados en torno a mi cuello y sus labios eran un círculo llameante sobre los míos. Se estrechó contra mí.

Durante unos momentos estuvimos entregados a aquella caricia.

La aparté de mí y dije, respirando hondo:

—Y ahora, escucha, Mira…

Ella me interrumpió:

—No me empieces con sermones. Voy ahora a respirar a fondo unas cuantas veces y luego a repetir nuestro beso. Después de ello, me sentaré muy quieta a tu lado y tú me llevarás de nuevo a la ciudad a partir de ahora mis asuntos están en tus manos. Puedes llevarlos como mejor te parezca. Pero en estos instantes me siento solitaria y bajo los efectos de un ansia de cariño, y tú me pareciste lo mejor desde el primer instante en que te vi.

—Si comenzamos a acariciarnos, eso acabará revolviendo todas las cosas. Tú estarás…

—Ya sé —dijo ella, y me puso un dedo suavemente sobre los labios—. No me prediques, Donald.

—Probablemente me has manchado toda la cara de lápiz de labios.

—No seas tonto. Me quité toda la pintura de los labios cuando estaba sentada en la parte de atrás del coche.

—¿Por qué? —pregunté.

Ella respondió, riendo:

—Porque lo había planeado de esa manera.

Mi pulso martilleaba como una máquina perforadora que levanta un piso de cemento.

—Escucha, querida —le dije—, esto es cosa seria. Estás metida en un conflicto de lo más grave. Y creo que Norma Radcliff está consiguiendo ponerse a salvo.

—Sí, lo está —dijo Miriam—, y no hay por qué criticárselo. Norma ha estado durante años realizando un juego en el que tenía que andar buscando un primer premio. Si no lo hubiera hecho así, nadie lo habría hecho por ella.

—Muy bien. Supongamos que ahora tú te preocupas por ti misma. Y ahora, dime, ¿dónde te encontrabas a las diez y veinte minutos de esta mañana?

—He estado pensando en eso, Donald, y la única forma en que

puedo explicar dónde pasé el tiempo es que me encontraba abajo, en la playa, donde estuve aproximadamente una hora y media.

—¿Y qué hacías allí?

—Empecé a buscar a Bicknell y luego di la vuelta, al no encontrarlo, y me tendí en la arena un rato. Como te dije, estuve en la playa, me dormí allí, me tosté al sol y anduve paseando de un lado a otro.

—¿Y no viste alguien conocido mientras paseabas?

—No. No permanecí allí mucho tiempo, después que desperté, y eché a andar por la playa. Había todo un cargamento de soldados en el puerto y supongo que un par de centenares de ellos bajaron a la playa de Waikiki. ¡Pobres chicos! Sentí pena por ellos. Trataban de aparentar buenas maneras y creo que habían recibido órdenes sobre eso de andar silbando y lanzando aullidos a las mujeres, pero les era imposible dominar sus ojos. A duras penas conservaban la cabeza en su sitio, pero sus ojos me devoraban. Se percibía claramente que los pobrecillos se sentían solitarios y buscaban a alguien con quien hablar, y probablemente ansiaban cortejar a las mujeres. Cada uno de ellos tiene a alguien, allá en su tierra, y cuatro o cinco muchachas que creen que ellos son muy interesantes. Y de pronto, toda esa compañía femenina les fue arrancada de su vida, y ahora vienen a ese puerto extraño, se pasean arriba y abajo de la playa, viendo preciosas niñas en trajes de baño, y… ya puedes comprender cómo se sentirán.

—Sí, pero ésta es una cuestión al margen. ¿Cuántos amigos tienes aquí en Honolulú?

—Por desgracia muy pocos.

—¿Y has hecho algunas amistades en la playa?

—No. Ya sabes lo que ocurre. Allí no hay más que un desfile constante de turistas que vienen y van. Llegan a la playa el primer día con la piel del color de la leche, tratan de conseguir tostarse en seguida, se exceden permaneciendo al sol, se queman, se ponen rojos como cangrejos, se quedan fuera de la playa por algún tiempo, luego vuelven a acudir a ella para tostarse más. Y así nos los encontramos perdiendo la piel como las naranjas y algunos de ellos consiguiendo tostarse como el cuero de las sillas de montar. Y a eso parece reducirse todo lo que ambicionan: estar tumbados allí en la playa y tostarse. A mí me gusta también. Me gusta tener la piel

morena y bien tostada, pero eso de convertirlo en el único objetivo en la vida me parece excesivo. Lo que quiero decir es que no tengo nada de común con esa gente y…

—¿Y qué me dices de los lobos galantes? —pregunté.

—No hay muchos de ellos en la playa de Waikiki. Se comportan muy bien. Esa playa está vigilada y patrullada por la policía, y a los individuos atrevidos no los dejan permanecer allí. Desde luego, una encuentra allí a muchas personas que miran con insistencia…, pero lo que a ti te interesa saber, Donald, es si yo he hecho algunas amistades galantes, ¿no es eso?

—Así es, en efecto.

—Pues bien, no.

—Precisamos encontrar alguna forma de demostrar que tú estuviste a esa hora en playa de Waikiki.

—Pues te va a costar un trabajo endiablado conseguirlo —contestó ella.

Puse en marcha el motor.

—Sí, eso es lo que yo me temo.

—¿Regresamos ahora, Donald?

—Sí.

—¿Para qué?

—Me voy a poner a trabajar.

Ella lanzó un suspiro y dijo:

—¡Pobre de mí! Eres de veras un hombre de decisiones.

—¡Maldito si no lo fuese! —le contesté.

No me atreví a llevar a Miriam hasta su casa. Sabía perfectamente que aquélla estaba vigilada por la policía y, por el momento, no quería que la policía hiciese averiguaciones y descubriese lo que yo estaba haciendo.

Detuve el coche unas cuatro esquinas antes de la casa de Mira y dije a ésta:

—Bueno, ya hemos llegado. Ahora irás a pie desde aquí.

—¿Y tú adónde vas? —me preguntó.

—A diversos sitios.

—¿Y no quieres decírmelos?

—No.

—¿Estarás después en tu hotel?

—No, por algún tiempo.

—Donald, quiero saber dónde encontrarte.

—¿Por qué?

—Para poder así ponerme al habla contigo.

—¿Por qué quieres ponerte al habla conmigo?

—No lo sé. Me siento terriblemente sola aquí. Tengo la sensación de que va a ocurrir algo.

—Queda tranquila —le dije—; habrá policías vigilando tu casa esta noche.

—Sí, así lo supongo. Pero, Donald, ¿me vas a dar un beso de despedida?

—Ya te lo he dado.

—¿Y sólo estás para negocios, verdad?

—En un noventa por ciento.

Ella rió.

—Me quedo con el otro diez por ciento —dijo.

—No, la próxima vez.

Estiré el brazo y abrí la portezuela del lado de ella. Se apeó del coche, empezó a decir algo, pero yo ya había puesto el coche en marcha antes que ella pudiera cambiar de idea.

Seguí directamente por la Vía Nipanuala.

Al parecer, la policía había sido retirada de allí. La casa donde había sido cometido el crimen se hallaba a oscuras y en silencio. Unos cuantos buscadores de curiosidades merodeaban en las cercanías.

Estacioné mi coche, me apeé y miré en torno.

Un hombre me preguntó:

—¿Es aquí donde se cometió el asesinato?

—Creo que sí —le contesté—. Pero no estoy seguro. Tengo la dirección de la calle. Es Nipanuala, número 922.

—Entonces, ésta es la casa —dijo él.

—¿Está usted interesado en ella por alguna razón particular? —le pregunté.

—Es sólo curiosidad —me dijo—. Lo mismo que usted.

Avancé por las inmediaciones de la casa y mi nuevo amigo se pegó a mí como una carda en una manta.

Me encaminé a lo largo del césped próximo a la pared de ladrillo. Y en el lugar exacto que me había indicado Bertha, vi la piedra de la que ella me había hablado, con una mancha blanca. Un

poco más abajo, había una oquedad con un pequeño agujero producido al ser sacada de allí una piedra.

La piedra correspondiente estaba al suelo, al pie de la pared. El agujero era una boca negra a la luz de la luna.

¿Estarían allí los guantes, hechos una pelota, con los papeles encerrados dentro? No lo sabía. Pero tampoco me atrevía a acercarme más para comprobarlo. No podría decir si aquella piedra en el suelo había caído por sí misma o si alguien había encontrado el agujero y los guantes.

Fingí ser un curioso corriente tratando de acercarme más a la pared, pero sin llamar la atención. Sin embargo, esto no era fácil. El nuevo amigo acompañante me estaba observando. Y bien pudiera ocurrir que llevase oculta en su chaqueta una placa de policía. Cuando volví de regreso a mi coche, mi nuevo amigo me acompañó hasta allí.

A estas alturas, comprendí que estaba interesado en ver el número de matrícula de mi auto.

Entonces decidí fingir lo más posible, para que el sargento Hulamoki comprobase que mi actuación era completamente natural:

Dije a mi acompañante:

—No se lo diga usted a nadie, pero se da la casualidad de que estoy interesado en este caso. Me Llamo Donald Lam y mi socio, Bertha Cool, fue la mujer que descubrió el cadáver.

—Pero ¿qué diablos dice usted? —exclamó él, sorprendido.

—Así es. Solamente quería echar un vistazo a estos lugares y ver su situación.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—¿Ha tratado usted alguna vez de hacerse un retrato mental de un lugar conforme a la descripción hecha por una mujer?

Él se echó a reír.

—Pues bien —proseguí—, ahora por lo menos ya puedo tener una idea de la historia de ella y saber de qué habla. Eso es todo lo que yo quería. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó él.

Me metí en mi auto de alquiler y me marché.

capítulo diecinueve

SUBÍ al cuarto de Bertha en el Hotel Royal y comencé a llamar a la puerta. Pero, de pronto, me detuve al oír los inconfundibles acordes de una música hawaiana que procedían del interior del cuarto.

Era el estribillo fácil de una hula popular titulada: «Todo el mundo va a la Hukilau».

Después llamé a la puerta.

La música cesó bruscamente y oí la voz de Bertha diciendo:

—¿Quién es?

—Donald —le contesté.

—Un momento.

Bertha dudó un instante; luego, al parecer, cambió de idea y abrió la puerta.

Entré en el cuarto. Bertha estaba ataviada con su vestido hawaiano.

Encima del baúl de viaje de Bertha había un fonógrafo portátil. Lo había parado cuando yo entré y un cierto rubor en el rostro de ella me convenció de que había estado ejercitándose en el baile de la hula.

Nada dije, pero Bertha comprendió que sólo trataba de ser discreto.

—¿Qué demonios ocurre en esta maldita isla que se le mete a uno en la sangre? —preguntó ella.

—No sabría decirlo —contesté—. Es el clima, la cordialidad, la hospitalidad, la tolerancia racial. Puede ser cualquier cosa entre una docena de ellas.

—Pues sea lo que sea —dijo Bertha—, yo estoy procediendo como una loca.

—¿Por qué?

Bertha señaló al espejo y al fonógrafo y dijo:

—Si cuentas algo de esto sobre mí a Bicknell, te partiré el corazón.

—No te preocupes —le dije—. El clima también está produciendo sus efectos en Bicknell. Si continúa aquí un par de semanas más, acabaremos viéndolo columpiarse de los árboles como Tarzán de los monos, golpeándose el pecho y lanzando el aullido que es su grito de guerra. Y ahora, pon a un lado todos esos accesorios musicales y quítate el vestido hawaiano, porque vas a tener que trabajar.

Bertha me clavó sus ojos.

—Éste es un trabajo —proseguí— que tiene que realizarlo una mujer, una mujer que ha de tener la cabeza serena, ser sensata y estar dotada de tacto. Se reirían de cualquier hombre que intentase hacerlo.

—¿De qué se trata?

—Eso tiene que ser realizado en tal forma que la policía no se dé cuenta de nada hasta que hayamos conseguido las pruebas que queremos.

—Continúa —dijo Bertha.

—Llegó a este puerto un transporte de tropas y los soldados saltaron a tierra esta mañana, con permiso. Un rebaño de ellos invadió la playa Waikiki y se dedicó a vagar por allí, armados de cámaras fotográficas y tratando de dominar sus ojos y que éstos se portasen decentemente.

—¿Y con eso qué?

—Pues Miriam Woodford dice que ella estuvo tendida en la playa durmiendo y tomando el sol.

—Muy bien —dijo Bertha—; quizá haya estado. —Me miró y añadió—: Pero después de eso quizá también estuvo en casa de Jerome Bastion y lo asesinó.

—Es posible que estuviese —admití.

—Eso ya me parece mejor —comentó Bertha.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues quiero decir que esa aprovechadilla te está mirando con ojos de cordero y va a enrollarse en torno a ti como un trozo de cordel de un paquete de Navidad. Va a hipnotizarte completamente, hasta el punto de que acabarás creyendo que ella es inocente del principio al fin. Y ya entonces todo tendrá que ser interpretado a la

luz de tu convicción en su inocencia.

—¿Tan mala está la cosa? —le pregunté.

—Puedes estar seguro de que sí lo está.

—Muy bien —dije al Bertha—; mantendré mi mente alerta.

—Tú podrás tener tu mente alerta —replicó Bertha—, pero apostaré cincuenta dólares contra cinco a que esa niña ya encontró una oportunidad para embaucarte.

—¿Quieres escuchar lo que tengo que decirte o…?

—¡Cincuenta dólares contra cinco! —insistió ella—. Y ése es dinero de Bertha Cool… Dinero particular mío y no de la cuenta de gastos. Ya sabes cuánto detesto perder dólares. Pero piensa que no haría una apuesta semejante a menos que estuviera completamente segura de ganarlos.

—Ya lo sé.

—¿Aceptas la apuesta?

—Lo que estoy tratando de hacer es hablar de negocios.

Bertha me miró sarcástica y dijo:

—Era una apuesta loca, en primer lugar. Porque si ella no te hubiera cortejado ya, hubieras aceptado la apuesta, y si ella no lo hubiera hecho, tú no la aceptarías. Tú estás hablando de negocios. Bueno, pues, continúa. ¿Qué quieres?

—Pues quiero que encuentres a algunos jóvenes oficiales al mando de ese transporte de tropas. Estos amigos se sienten solitarios, son impresionables, idealizan a las mujeres y tú puedes…

—¿Quieres decir que me idealizarán a mí? —replicó Bertha.

—Seguramente lo harán.

—Soy toda oídos. He estado reprimiendo la risa y ahora trato de impedir volverme a enfurecer.

—Acude a ese oficial y dile que comience a circular entre sus soldados para conseguir un par de ellos que lo ayuden si es necesario.

—¿Pero qué es lo que quieres?

—Quiero que interrogue a todos los que tomaron fotografías en la playa de Waikiki. Tan pronto como hayan revelado y sacado copia de sus películas quiero verlas. Cada soldado puede firmar su nombre al dorso de sus fotografías. Lo que yo quiero son fotografías que muestren gente en la playa.

—¿Y crees que en esas fotos aparecerá Miriam Woodford?

—Si ella estaba allí a esa hora aparecerá. Si lo que ella dice es verdad y estaba durmiendo a esa hora, tendida con su traje de baño o bien caminando por la playa, entonces puedes apostar que cuando menos una docena de cámaras apuntaron hacia ella para tomarle una fotografía más o menos subrepticia.

—¿Por qué?

—Probablemente habrás observado la figura de Miriam.

—Bien, sí —contestó Bertha.

—Pues lo mismo habrán hecho un par de cientos de soldados —le dije.

—¿Suponte que en esas fotografías no aparece Miriam?

—Eso —dije yo— es la razón por la cual queremos averiguarlo antes que a la policía se le ocurra eso mismo o que se dé cuenta de que lo estamos intentando.

—Muy bien, pondré manos a la obra mañana —dijo Bertha, suspirando.

Hice una mueca.

—¿Qué hay de erróneo en eso?

—Todo.

—¡Dios mío, Donald! Seguramente que no esperarás que empiece esta misma noche.

Asentí con la cabeza.

Bertha respiró hondo.

—Siempre hay alguien que le quita a una las alegrías de la vida. Te diré que te vayas al infierno si no me demuestras que se trata de algo lógico. Suponte que encontramos la fotografía de ella entre ésas… Entonces, ¿qué?

—Entonces nos pondremos en contacto con las personas que tomaron esas fotografías y veremos de conseguir de ellas que señalen la hora en que se encontraban en la playa.

—Eso no va a ser fácil ni convencerá a la policía.

—No serás la única que hará esas preguntas.

—¿Y quién las hará entonces?

—Será Miriam, a condición de que esté todavía en libertad —dije.

—Entonces envía a Mira al transporte de tropas y que pregunte si los muchachos la reconocen. Recibirá un noventa y ocho por ciento de respuestas afirmativas. Cada uno de ellos estará dispuesto

a jurar que…

—Pues ésa es precisamente la cuestión —dije yo—. Eso es lo que yo quiero evitar. Quiero conseguir las fotografías primero y con ellas hacer la prueba.

—Bueno, en efecto, es una cosa lógica —confesó Bertha a regañadientes—. Muy bien. Entonces voy a jugarme la cabeza.

—¿Y qué tal marcha Bicknell?

—Bien. Ciertamente, está portando la antorcha a favor de Miriam. ¿Sabes lo que ocurrió?

—¿Qué?

—Pues vino a mi cuarto y me dijo que aunque le costase cien mil dólares de su fortuna personal iba a intentar que Miriam no fuese acusada ni condenada. Va a conseguir los mejores abogados y a darnos libertad de acción.

—¡Magnífico! —dije yo.

—¡Maldita sea!, Donald, desearía que no fueses tan completamente indiferente a las cifras.

—Y no lo soy.

—No —respondió Bertha—, yo observé que estabas mirando a Miriam cada vez que se movía. ¡Dios mío, esa muchacha tiene una andadura semejante a un caballo en la pista de un circo!

Sonreí a Bertha y me marché, dejándola murmurando algo sobre las mujeres fatales y los hombres sensitivos.

Fui en el coche hasta el lugar donde Mitsui había estacionado el suyo la noche antes, subí las escaleras y toqué el timbre.

Un mozo hawaiano-japonés acudió a mi llamada.

—Mitsui —le dije yo.

Se me quedó mirando con expresión pétrea.

Me llevé la mano a la solapa de mi chaqueta, la levanté un poquito y luego volví a dejarla caer en su sitio.

—Sí, oficial —dijo él.

Un momento después Mitsui acudió a la puerta. Al verme, retrocedió como si le hubiera dado un golpe.

La seguí al interior de la casa.

El mozo hawaiano-japonés la miró interrogadoramente.

Ella le dijo algo en japonés.

Me senté en una silla.

El mozo vino hasta mí y pronunció una sola palabra:

—Fuera.

Yo continué sentado.

Él avanzó amenazador un paso hacia mí y yo deslicé mi mano derecha bajo la solapa izquierda de mi chaqueta y lo miré con fría hostilidad.

No le gustó aquella mirada.

Mi ficción dio resultado y él retrocedió.

—¿Qué desea usted? —me preguntó.

Yo me volví hacia Mitsui.

—¿Quién le pagaba para sacar los rollos de aquella grabadora, Mitsui?

El rostro de la muchacha era como de madera. Creí por un momento que no me contestaría, pero luego dijo con su voz suave y musical:

—Bastion.

—¿Y alguien más?

—Nadie más.

—¿Conoce usted a Sidney Selma?

—¿Sidney Selma…? —repitió con su voz cantarina.

—Sidney Selma —insistí.

—No lo conozco —contestó ella.

—La noche pasada usted fue a casa de Bastion.

Sus ojos parpadearon varias veces, pero no movió la cabeza para asentir o denegar, sino que se quedó mirándome fijamente.

—¿Había alguien más en la casa? —pregunté.

—¿Mujer?

—Quizá mujer… cualquiera… hombre o mujer.

Nuevamente se quedó callada.

—¿Vio usted a alguien allí? —pregunté.

Sus ojos negros, tan inescrutables cual si hubieran estado cubiertos con laca negra, miraron fijamente a los míos.

—¿Vio usted a una persona que estaba de visita allí en casa de Jerome Bastion?

Ella guardó silencio.

—Sidney Selma estuvo allí anoche o bien se puso en contacto con usted hoy. Tiene unos treinta años, es bastante alto, con ojos azules y ancho de hombros. Es posible que le haya dado otro nombre, pero él la vio a usted, ya sea ayer u hoy, y le dio dinero

por alguna cosa. Quiero saber qué fue.

Ella continuó mirándome, con sus facciones completamente inmóviles y unos ojos serenos e impenetrables.

Fue el mozo japonés-hawaiano quien me dio inesperadamente la señal. No pudo dominar su expresión. Algo ocurría.

Sin levantarme de mi asiento, volví la cabeza.

Sidney Selma estaba de pie en el umbral, mirándome con ojos fríos y duros y apuntándome con un revólver de acero azul.

—Usted es un hijo de perra narigudo y entrometido —me dijo—. Korioto, toma este revólver.

El joven japonés vino hacia mí. Ahora sonreía y su sonrisa era de glacial triunfo. Se movía con la agilidad de un gato.

—No te pongas en la línea de fuego —le advirtió Selma.

Mantuve mis ojos fijos sobre Korioto y le dije:

—No intentes nada, muchacho; vais a ser condenados a muerte. Selma no podrá explicar la presencia de otro cadáver más. Yo sí.

Korioto dudó.

—Sigue adelante —le ordenó Selma—; no dejes que te engañe. Voy a agujerearlo y después que lo explique todo.

Fue Mitsui quien rompió aquella situación. Dijo algo en japonés a Korioto y, súbitamente, éste se lanzó sobre mí con un rápido salto felino.

Lo esquivé y le lancé un puñetazo.

Eso era precisamente lo que Korioto quería. Me agarró por la muñeca con dedos de acero. Tuve una breve visión de él agarrándome por la cintura y luego sólo vi el cuarto girando en un círculo mareante. La mesa estaba por encima de mi cabeza y el techo debajo de mis pies. Después di otra vuelta completa y fui lanzado contra la pared.

Korioto estaba ya de nuevo encima de mí, como si él fuera un gato y yo un ratón.

Me sentí tan sacudido que experimenté náuseas, pero traté de apresarlo para echarle una llave. Me retorció como si fuera un trapo y luego sentí los pasos de Mitsui, cuando se me acercó y se quedó en pie impasible a mi lado mientras tendía a Korioto una venda de hilo.

Selma dijo:

—Quítale el revólver.

Las ágiles manos de Korioto me ataron las muñecas, luego introdujo su mano en mi costado izquierdo, bajo la chaqueta, buscando un revólver. Al no encontrarlo, me palpó los bolsillos.

—Bueno —dijo Selma—, ahora ven y toma el revólver.

La voz de Korioto era ronca de contrariedad.

—No revólver.

Selma echó atrás la cabeza y rió estrepitosamente.

Conseguí echar una ojeada a los ojos de Korioto. Pensé que quizá Selma estaba representando una mala comedia con aquella estrepitosa risa.

—Está bien —dijo Selma tras un momento, metiéndose el revólver en el bolsillo—. Regístralo bien.

Me desabrocharon la chaqueta y la camisa, me sacaron los pantalones, me levantaron la camiseta, y luego me dejaron completamente desnudo en el suelo. Selma registró mi ropa. Korioto y Mitsui también me registraron en el cuerpo.

Cuando acabaron, Sidney hizo un inventario de las cosas que había en mis bolsillos y las colocó sobre la mesa.

—Muy bien, tipo listo —me dijo—. ¿Dónde está eso?

Sentía mi cabeza como si alguien me la hubiera operado con un martillo. Cada vez que mi corazón latía, sentía una palpitación y un dolor atenazante que me recorría todo el cerebro.

—¿Dónde está qué? —pregunté débilmente, tratando de mantener mi voz libre de la amargura de la derrota.

Él rió y se acercó a mí, echó atrás su pie y me dio una patada.

Me retorcí.

Korioto rió con una nerviosa risa japonesa.

—Y ahora escuche —dijo Selma—. Sabemos que usted lo tiene. Ya hemos registrado su cuarto. También registramos su coche. Hemos registrado cada pulgada de cada cosa que usted haya tocado y no podemos encontrarlo. Tengo que confesar que es usted inteligente. Pero yo no voy a estar jugando a la gallina ciega por toda la isla para encontrarlo. No tengo tiempo para eso. Quiero que me lo entregue.

—No sé de qué está usted hablando —le contesté.

Vi cómo su rostro se ensombrecía. Entonces le dije:

—Yo no sé lo que usted está intentando hacer aquí con Mitsui y Korioto, pero si quiere retenerlos no hay nada que se lo impida. La

traición entre socios parece ser una costumbre entre ustedes. Usted mató a Bastion porque pensó que si se quedaba con toda la ganancia resultaría mejor que dividirla entre dos. Yo no sé qué clase de convenios tendrá usted con Korioto y Mitsui, pero…

Volvió a darme otra patada.

Y esos golpes me lastimaban. Me agarrotaban la espina dorsal. Igualmente hacían extenderse el dolor por todo el cerebro. Comprendía que mi única posibilidad de salvación dependía de lograr que Mitsui y Korioto perdiesen su confianza en él, pero no podía continuar soportando aquellas patadas. Tenía la sensación de que acabaría vomitando si volvía a golpearme así.

Traté de reunir todas mis fuerzas para poder continuar y resistir.

—Vamos —dijo Selma—. ¿Dónde tiene eso?

Volvió a darme otra patada cuando menos lo esperaba.

Comencé a sentirme enfermo.

—Póngale su ropa —ordenó Selma.

Mitsui se arrodilló en el suelo y empezó a vestirme. Me puso los pantalones, me abrochó la camisa y hasta volvió a colocarme la chaqueta. Después que me hubo puesto los pantalones, me ató los tobillos.

Selma arrastró una silla, se sentó y dijo:

—No crea que ya he acabado con usted. Me gusta golpearlo. Experimento una tremenda satisfacción al hacerlo. Y si a usted le gusta sufrir, por mí no hay inconveniente. Le voy a proporcionar cuanto sufrimiento quiera. Voy a llevarlo a un lugar donde pueda decidir lo que debe hacer.

Sacando fuerzas de flaqueza, contesté:

—Está usted equivocado de camino. Si lo que usted quiere es practicar el sadismo, entonces está bien; pero lo que usted no puede con todos sus golpes es arrancarme algo que yo ignoro.

Él se rió entonces con aquella risa repulsiva y ronca suya y dijo:

—No sé cómo fue a parar allí, en primer lugar; pero lo que sí es cierto es que no fue usted muy inteligente cuando sacó aquella cámara cinematográfica del buzón del correo. Porque sucedió que nosotros encontramos a un testigo que lo vio a usted. Éste no le dio importancia en aquel momento. Confieso con franqueza que aquella cámara de cine era cosa nueva para mí, pues nunca creí que Bastion pudiese ocultar allí el material. Pero no se engañe usted. Yo no lo

maté, pero estoy endiabladamente seguro de que me hubiera aprovechado de aquel material apoderándome de él si hubiera sabido dónde estaba.

Comprendí entonces que me tenía en sus garras. Ya no valía, pues, la pena de hacerme el tonto y seguir recibiendo golpes. Creo que me hubiera maltratado hasta matarme y que le hubiera divertido hacerlo.

Selma echó hacia atrás su pie para aplicarme un nuevo golpe.

—Se lo diré, pues —le dije.

Retuvo el pie, aunque reacio a no continuar con su brutalidad.

—Bueno —dijo—. ¿En dónde está?

—En el único lugar donde usted no fue a buscarlo.

—Yo miré en todas partes.

—Entonces tiene que haberlo encontrado usted.

No pudo resistir a esta lógica y se puso a pensar por un momento; luego dijo:

—Está bien. ¿Cuál es ese sitio donde yo no busqué?

—Las persianas venecianas.

—No sea usted estúpido.

—No me refiero a las tiras de madera —dije—, sino al interior del marco que forma el decorado en la parte alta.

—¿Dentro del marco?

—Sí, dentro —dije yo—. Yo tomé papel engomado y coloqué ese material en el interior. Usted no podría verlo a menos que levante hasta la mitad la persiana y luego saque la cabeza afuera de la ventana.

—¡Vaya hijo de perra! —exclamó con un cierto acento de admiración en su voz.

Permanecí en silencio, con los ojos cerrados.

Encima de mí podía sentir a Selma, de pie y meditando. De pronto, dijo:

—Está bien, y aquí tiene otro puntapié más, bien medido para compensarme de que me prive del placer de patearlo hasta convertirlo en papilla.

Me dio otra patada y, súbitamente, comenzó a golpearme con el tacón de su zapato, frenéticamente y buscándome el estómago.

Me encogí para protegerme y Korioto lo apartó de mí.

El japonés le dijo:

—Eso vendrá más tarde. Ahora adelántese usted a ganarle la mano a los policías en apoderarse de los papeles.

A pesar del febril deseo de Selma de patearme hasta convertirme en papilla, no podía sin embargo pasar por alto la fría lógica de la situación. Y ésta era que, de un momento a otro, la policía podía encontrar antes que él aquello que tanto buscaba.

Korioto lo agarró por los hombros, lo hizo volverse hacia la puerta y le dijo:

—Vaya.

—Mantén a ese tipo aquí —dijo Selma— hasta que yo regrese. Tenlo exactamente así como está. No te dejes convencer por nada.

Selma salió rápido por la puerta y un momento después oí el roncar de un motor que se ponía en marcha y un coche que salía a toda velocidad.

Abrí los ojos.

Korioto estaba allí de pie, junto a mí, con un cigarrillo encendido en la mano y mirándome especulativamente.

—¿Qué hay, estúpido? —le dije.

—¿Qué quiere decir con eso de estúpido?

—Quiero decir estúpido.

—¿Quiere que le den más patadas?

—Yo sólo le estaba advirtiendo —le dije.

—Cuando Selma regrese creo que le dará más patadas. Quizá yo lo ayude.

—En eso es lo que eres estúpido. Tú crees que Selma va a regresar.

Korioto me miró, bajó las pestañas hasta entornar los ojos y dio una larga chupada a su cigarrillo.

—Tú crees que cuando Selma consiga apoderarse de lo que busca va a ser lo suficiente tonto para venir aquí y repartirlo contigo. ¿Crees que va a quedarse aquí en la isla donde la policía puede sacudirlo y hacerle confesar? No seas tonto.

—Entonces, ¿qué va a hacer? —preguntó Korioto, cual si se sintiera reacio a jugar mi juego haciéndome esa pregunta, pero a la vez incapaz del dominar su curiosidad.

—Cuando él se haya apoderado de eso, tomará un avión y se largará a su tierra. Tiene ya reservado el billete para esta noche en el avión.

—¿Un avión para su tierra?

—Seguro.

—¿Tiene reservado el billete?

—Tiene una reserva, ¡demonios! Es más, tiene ya su billete.

Sus ojos eran ahora unos minúsculos puntitos.

Mitsui le dijo algo en japonés.

—No creas en mis palabras —le dije débilmente—. Ve y llama a la compañía de aviación.

Hubo un nuevo intercambio de frases en japonés y después oí los pies calzados con sandalias de Mitsui caminando con ese extraño *clac-clac-clac* que caracteriza el paso japonés, como si fuera de un pichón.

Oí el ruido del disco del teléfono al marcar un número y la voz de Mitsui preguntando con mucha delicadeza:

—Por favor, el señor Sidney Selma sale en avión esta noche… ¿Tiene ya plaza reservada…? ¿Ya tiene el billete?

Gracias, muchas gracias.

Colgó el auricular.

Hubo un volar de palabras japonesas por toda la estancia que parecía el restallido histérico de unas castañuelas.

Oí pasos apresurados y luego vi a Mitsui de pie a mi lado. Se inclinó y me colocó sobre los labios un grueso y ancho pedazo de esparadrapo.

Luego oí nuevas frases en japonés y más pasos apresurados. Una vez más escuché el ruido de una puerta cerrándose de golpe y otra vez el ruido de un motor que arrancaba y de un coche que se ponía en marcha junto a la acera.

Traté de retorcer las ligaduras de mis muñecas. Éstas habían sido atadas con la habilidad y la malicia de un japonés cuyos antepasados han estado trabajando con cuerdas en los últimos diez mil años.

Todo lo que yo podía hacer era rodar sobre mi propio cuerpo.

Había una mesita al pie de la ventana sobre la cual había un vaso de cristal color sangre y una estatuita tallada.

Metí los pies por debajo de la mesa, me encogí, volví a estirarme y empujé dando un golpe con los pies.

La mesa salió disparada contra los vidrios de la ventana y el vaso de cristal rebotó por el lado de fuera en el porche. Oí el ruido

que hacía al rodar.

Volví a levantar y bajar mis pies y más cristales volvieron a rodar por el piso.

Esperé.

Aquello parecía un siglo entero de silencio. Me pregunté si sería capaz de reunir fuerzas suficientes para lanzar la mesa volando a través de la ventana.

Y entonces oí pasos por el lado de fuera y una voz de hombre que en tono atemorizado preguntaba:

—¿Ocurre alguna cosa?

Parecía cual si estuviese presto a echar a correr a la más simple insinuación de que ocurría algo malo.

Traté de producir ruidos con mi garganta. Volví a hacer tambalear la mesa otro poco.

En ese momento apareció un rostro mirando por la ventana y luego el hombre se volvió y echó a correr. Oí sus pasos apresurados fuera del porche y luego, tras un momento de silencio, los pasos volvieron a aproximarse, temerosos, cautos y precavidos. El rostro blanco volvió a atisbar por la ventana. Después de un momento, una mano probó el pestillo de la puerta y el hombre penetró en la casa.

Estaba mortalmente asustado. Si yo me hubiera movido, él probablemente hubiera echado a correr. Se inclinó hacia mí, metió el dedo bajo el borde del esparadrapo que tenía sobre mi boca y tiró de él.

Sentí como si cada milímetro de mi piel me fuera arrancada de mis labios, pero el esparadrapo se desprendió.

—¡Ladrones! —le grité—. Desáteme. Llame a la policía.

—¿En dónde están?

—Ya se han ido —le dije tranquilizándolo.

Eso era lo que en realidad él estaba deseando saber, pues inmediatamente puso manos a la obra y desató los nudos que sujetaban mis muñecas. Luego me senté en el suelo, saqué mi navaja del bolsillo y corté las ligaduras de mis tobillos.

Me sentía terriblemente magullado.

—Tuvieron que irse —le dije—, pero esperan regresar. Por eso me dejaron aquí atado para que ellos…

Eso fue suficiente. Ni siquiera esperó que le diera las gracias.

Salió de aquel lugar como si alguien le hubiera disparado con una catapulta.

Calculé que disponía de unos diez minutos.

Todo el cuerpo me dolía. Cada vez que daba un paso, mis músculos magullados lanzaban una protesta, pero a pesar de eso hice un examen minucioso de la casa.

En un clavo en la cocina había dos llaves, las cuales correspondían a cerraduras de precio. Las examiné. Eran las llaves de diferentes cerraduras. No hubieran correspondido ni a la puerta del frente de la casa ni a la de atrás de la casa donde vivía Mitsui.

Me las guardé en el bolsillo.

No pude encontrar nada más que valiera la pena.

Ya me dirigía hacia la puerta del frente, cuando oí unos pasos presurosos en el porche. Me oculté detrás de la puerta del frente y me quedé rígido.

Sidney Selma abrió la puerta de un golpe y entró.

Se hallaba en una estupenda posición allí de pie, mirando desconcertado y con expresión estúpida aquella estancia vacía.

Descargué sobre él todo cuanto pude.

Al golpe de mi pie cayó hacia adelante sobre manos y rodillas. Le di una patada en el costado.

—¿Qué tal le sienta esto? —le pregunté, al tiempo que le daba otra patada en el pecho.

Alzó los ojos, en los cuales se reflejaba la más aguda sorpresa e incredulidad.

Estaba tratando de ponerse en pie cuando le di una nueva patada en la barbilla y salí. Comprendí lo fácil que es convertirse en un sádico. Porque aquella última patada que le apliqué me produjo una real satisfacción.

capítulo veinte

LA compañía de aviación era la cortesía personificada. Tenían allí un par de personas que esperaban, por si se producía alguna vacante en el último minuto y que se mostraron en extremo satisfechas al ver que yo cancelaba mi billete. Todo lo que querían era saber el número del billete. Yo había escrito éste en mi libreta de notas y así todo resultó fácil. Me dijeron que podía entregar el billete en su oficina al día siguiente o cambiarlo por otro para un viaje diferente.

Después fui a casa de Bertha Cool y llamé a la puerta de su cuarto. Ella me abrió. Me miró sorprendida y dijo:

—¡Vaya! Has asustado a los peces de una pecera. Entra, llegas a tiempo.

Entré.

Bicknell estaba sentado al borde de su silla, sosteniendo en sus manos el bastón y con una expresión lo bastante irritada para creer que se daba a todos los diablos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Bertha—. Caminas como si estuvieras tullido.

Trató de contener las dos últimas palabras antes de pronunciarlas, pero ya era demasiado tarde. Y entonces se apresuró a decir algo que las suavizase:

—¿Te ocurrió un accidente de automóvil? —preguntó y miró de reojo a Bicknell, para ver si éste se había ofendido.

Me acomodé en una butaca.

—He tenido una pelea —le contesté.

—¡Dios mío! —exclamó Bertha—. Has vuelto a dejarte golpear. Palabra de honor, no sé cómo lo haces. Te limitas a dejarlos que te tiren rebotando de un lado para otro como una pelota de tenis. ¿Acaso no eres capaz de vencer a nadie?

—Al parecer, no —contesté.

—Bueno, pues estamos metidos en un lío infernal —me dijo Bertha.

—Bicknell me miró y dijo:

—Cuando una persona trabaja para mí, espero de ella la más completa confianza y lealtad. Confío en él y espero que él obre honradamente conmigo.

Traté de acomodarme en una postura en la que mis maltratados músculos, al presionar contra el asiento de la butaca, no me torturasen.

—Sí, pero no juzgue usted mal a Donald —intervino Bertha—. La gente lo maltrata, pero es un picaruelo muy inteligente y acabará logrando resolverlo todo.

—Sí, pero no me compensará el dinero que gasté —dijo Bicknell —. Por lo que a mí respecta no me gusta que me estafen.

—Vamos, escuche usted —dijo Bertha—. Este asunto puede ser resuelto y…

Bicknell meneó la cabeza negativamente.

Bertha le dirigió una mirada como si quisiera fulminarlo con ella.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Desgraciadamente —dijo Bicknell—, he sabido ahora por vez primera que la señora Cool descubrió algo en la casa de Bastion.

—No era más que una vieja y sencilla cámara de cine. ¡Dios mío! Le compraré a usted doce como ésa si se pone así a causa de eso.

Bicknell contestó:

—No se trata de la cámara, sino de lo que había dentro de ella. Y ahora, Lam, ¿qué hizo de ella?

—La tiene la policía.

—Quiero decir más bien qué se hizo del material que había dentro de la cámara.

—Había unas películas. Y la policía las reveló.

—Ya lo sé —dijo él—. Y encontraron allí fotografías del tránsito en la calle King que habían sido tomadas dos horas después que fue cometido el crimen. ¡Dios santo, yo creía que por lo menos podría confiar en ustedes como amigos! Les di dinero en abundancia, procedí noblemente con ustedes y, en verdad, no esperaba que me

traicionasen.

—¿Y quién le ha dicho que lo están traicionando?

—Lo digo yo.

—Bueno, pues, usted está recibiendo exactamente aquello por lo que pagó.

—Eso no es verdad. Yo los contraté a ustedes para…

Le interrumpí:

—Usted nos contrató para proteger a Miriam Woodford.

—Exactamente —dijo él.

—Y nosotros la estamos protegiendo.

—No, no es así. Ustedes debieron haberme entregado aquella información a mí, fuese la que fuera.

Lo denegué con la cabeza.

—Considero eso como una absoluta y completa deslealtad.

—Hay ocasiones —contesté—, en que es aconsejable dar al cliente todos los informes que uno tiene, pero hay otras ocasiones en que no lo es. Y ocurrió que esta vez no era aconsejable.

—Yo quiero saber lo que había dentro de aquella cámara, Lam.

—Había un rollo de microfilm, un par de recibos de cajas de seguridad y algunas llaves correspondientes a estas cajas.

Estaba sentado muy rígido en su butaca.

—Entonces —dijo— hemos encontrado el asunto, el material de la culpa. Eso era precisamente lo que nosotros precisábamos. Ése es el material que lo decidirá todo. Ahora es cuando en realidad podemos proporcionar alguna protección a Miriam.

—¿Está usted satisfecho de que nosotros encontrásemos eso? —pregunté.

—No necesita usted preguntármelo.

—Está muy bien. Bertha encontró la cámara y yo saqué el material de ella. Y ese material se encuentra en un lugar donde nadie podrá apoderarse de él. Por lo tanto, no tiene usted que preocuparse. Ese material era el que usted quería que desapareciera. Pues bien, ya desapareció. Así, pues, puede usted dejar de preocuparse ya. Y debiera usted felicitarnos por haber realizado un trabajo tan bueno en lugar de estar ahí sentado y gruñir.

—Si ustedes me hubieran informado de ello, yo hubiera dejado de preocuparme.

Meneé la cabeza denegando.

—Usted olvida que la policía encontró el recibo del trabajo fotográfico y que está enterada de todo lo de la adquisición del arsénico.

—Sí —dijo él pensativamente—. Así es.

Dirigí, una mirada a Bertha y arqueé las cejas.

—¡Oh, yo se lo dije! —intervino Bertha, con indignación—. Me remordió la conciencia y se lo dije, en confianza, y luego él se indignó y armó un escándalo.

—Bueno, ¿por qué no había de hacerlo? —dijo Bicknell—. Se suponía que en este asunto trabajaríamos unidos, y ésa fue la primera indicación que tuve de que semejante cosa había sido encontrada.

—¿Usted no lo sabía —dije— cuando la policía lo interrogó, verdad?

—No.

—Cuando usted haga sus rezos esta noche, no deje de incluir eso como algo por lo que tiene que sentirse agradecido.

—¿Por qué?

—Pues porque la policía lo hubiera descubierto si usted lo hubiera sabido entonces. Bertha procedió con el mayor acierto. Y ahora, según tengo entendido, usted tenía unos guantes ligeros, metió en ellos algunos papeles, los enrolló y los ocultó en una pared de piedra.

—Así fue.

—¿Y los recuperó usted?

—¿Quiere usted decir si volví a sacarlos de la pared?

—Eso es.

—No.

—Entonces, ¿dónde están?

—Supongo que están todavía en la pared.

—¿No se sirvió usted de alguien para que fuese allí y se los recogiese para usted?

—No.

—¿Y no dijo usted a nadie nada de lo que había hecho?

—No. La señora Cool era la única persona que lo sabía.

—Pues ahora ya no están allí. Desaparecieron.

—¿Está usted seguro de ello?

—No estoy absolutamente seguro, porque no tuve ocasión de

meter la mano en el agujero de la pared y comprobarlo definitivamente, pero sí vi que la pequeña piedra que tapaba el agujero de la pared estaba en el suelo y a la luz de la luna observé que no había nada perceptible dentro. Yo creo que si hubiese algo allí hubiera sido posible verlo.

Frunció el ceño y respondió:

—Pues eso podría resultar cosa grave.

Yo guardé silencio.

—Sin embargo —dijo él—, quiero volver a este asunto que yo considero como una clara ruptura de la buena fe por parte de ustedes.

—Pues yo no lo considero así.

—Yo sí.

—Usted nos contrató para proteger a Miriam —le dije.

—Así es.

—Muy bien. Pues la estamos protegiendo.

—¿Protegiéndola de qué?

—Según recuerdo fuimos contratados para protegerla contra cualquier peligro que pudiera amenazarla.

—Exactamente —dijo él—. Y lo primero que hicieron fue ocultarme la primera información de valor que encontraron.

—Es verdad. Pero lo hicimos precisamente para proteger a Miriam.

—¿Quiere usted decir que no podía confiarme a mí una información referente a Miriam?

—Exacto —le contesté.

—¿Cómo es eso? —gritó Bicknell.

Bertha dijo:

—¡Tómalo con calma, Donald, tómalo con calma! Podemos resolver esto perfectamente y…

—No, no podemos —dijo Bicknell—. Ustedes ya han acabado; están despedidos. Los dos. Ahora mismo quedan despedidos. Ya es demasiado tarde para mí detener el pago del cheque que les di. Ya lo han cobrado, pero, ¡por Dios!, que habrán de pagarse sus propios gastos a partir de hoy. Intenten, si se atreven, demandarme por sus honorarios. Demándenme por sus gastos. Yo los arrastraré por los tribunales y los denunciaré como el par de traidores que ustedes son. Estoy dispuesto a gastar cincuenta mil dólares si es preciso

para impedirles recibir un solo centavo mal ganado.

Bertha me miró, desesperada.

Yo dije a Bicknell:

—¿Y cómo ocurrió que tenía usted aquellos guantes en su bolsillo esta mañana?

—No lo sé —contestó, irritado—. Siempre trato de proteger mis manos. Me quemé un poco con el sol y…

—La gente no usa guantes en Honolulú.

—Muy bien; pero yo sí.

—Eso fue porque usted sabía que iba a registrar la casa de Bastion y no quería dejar allí huellas dactilares.

—¿Qué está usted diciendo? El asesinato fue cometido en los mismos momentos en que nosotros llegábamos allí.

—¿Y por quién? —pregunté.

—Por una mujer.

Yo meneé la cabeza negativamente.

—Mentira, mentira, Bicknell. Usted no debía ocultar esas cosas a sus propios detectives.

—¿Qué está usted insinuando?

—Que usted planeó todo eso con el máximo cuidado.

Bertha me interrumpió:

—No, no, Donald. No salgas de tus casillas. No podemos permitirnos fijar teorías equivocadas en este asunto, lo sabes. Bicknell permaneció en la playa toda la mañana, hasta que yo le conté lo de Bastion. Entonces decidió que fuésemos allá los dos. Yo estuve con él todo el tiempo.

—¿Cuándo fue cometido el asesinato? —pregunté a Bertha.

—En el momento en que nosotros llegamos allí —dijo Bertha— o un poquito antes.

—Fue cometido cuando marchaste a telefonear a la policía —le dije.

—¿Cómo? —exclamó, asombrada, Bertha—. Tú estás loco. Yo telefoneé a la policía después…

Paró de hablar, de repente.

—Seguro —le dije—. Tú no te apeaste del coche, no viste el cadáver. Bicknell caminó hasta el porche, miró a través de la ventana al interior de la casa, regresó en seguida junto a ti y te dijo que Bastion había recibido un tiro entre los ojos, estaba tendido,

muerto sobre la cama, con un montón de periódicos a su lado en el suelo.

Bertha me miró y sus ojillos verdes parpadearon.

—Pero eso es verdad —dijo ella—. Yo vi el cadáver con mis propios ojos.

Le sonreí y dije:

—Después que regresaste de telefonear a la policía el cadáver estaba, en efecto, tendido allí en el suelo. Cuando Bicknell se acercó la primera vez al porche, Bastion se encontraba en la cama leyendo el periódico matutino. Bastion había comenzado a hacer chantaje a Miriam. Pero Selma, que era la cabeza maestra en el negocio, comprendió que había mucho más dinero en otra parte que no en Miriam, una víctima que, además, tenía una conciencia culpable y por lo tanto, era doblemente vulnerable.

—¿Pero de qué está usted hablando? —preguntó Bicknell.

—Sobre el asesinato de Bastion.

—Siga, pues.

Me volví hacia Bertha.

—Bicknell te dijo que fueses y telefoneases a la policía y que él te esperaría allí mismo. Tú empezaste a subir las escaleras hacia una casa cercana, con el exclusivo objeto de llamar a la policía. Bicknell entonces penetró en la casa, sacó el revólver de su bolsillo, disparó contra Bastion exactamente entre los ojos y ya se encontraba de vuelta en el porche cuando tú apenas acababas de explicar a la vecina lo que querías y te habías situado en un lugar desde donde pudieras ver a Bicknell desde la ventana de aquella casa próxima. Él había esperado disponer de tiempo suficiente para matar a Bastion y buscar y apoderarse de los documentos que quería antes de que tú estuvieses de regreso, después de telefonear a la policía. Pero ocurrió que no pudo encontrar lo que buscaba en los breves momentos de que disponía y, así, tuvo que convencerte de que entrases en la casa con él y la registraseis.

—¡Es usted un traidor embustero! —gritó Bicknell—. Haré que le quiten su licencia.

No le hice caso alguno. Continué hablando y dirigiéndome a Bertha.

—A Bicknell le importa un bledo Miriam Woodford. Todo lo que él ha hecho es una comedia. Miriam consiguió el arsénico, es cierto,

pero ése no fue el arsénico que mató a Ezra Woodford. Ése sirvió para encubrir el otro; Ezra pidió a Miriam que adquiriese el arsénico, y lo hizo así porque Bicknell pidió a Ezra que le consiguiese algún arsénico para él, porque quería hacer experimentos de taxidermia.

Lleno de fría rabia, Bicknell dijo:

—No sé exactamente qué podré hacer para dejarlos a ustedes cesantes en su profesión, pero no regatearé, para conseguirlo, ni tiempo, ni dinero, ni esfuerzos ni paciencia. Son ustedes los investigadores más bajos que he conocido: son la escoria de la profesión, pues traicionan a sus propios clientes.

Lo miré, sonriendo.

Bertha me miró y dijo:

—¡Maldita sea, si soy capaz de comprenderte, Donald! He aquí un caso en el que tenemos por cliente a Santa Claus y te vas por ahí poniendo piedras en nuestro camino.

—Y ahora le diré a usted algo más —me dijo Bicknell—. Hay una pequeña cosa que se llama pruebas. Ignoro si usted ha oído hablar de ellas alguna vez, pero en el caso de que no, esto puede ser una buena ocasión para que se entere de ellas. Usted ha estado leyendo demasiadas novelas policíacas, en las que el inteligente detective apunta con el dedo a alguien, el cual inmediatamente se desmorona y confiesa o bien saca un revólver e intenta suicidarse, o bien echa a correr. Pero yo ahora voy a invertir ese proceso. Usted ha hecho una acusación falsa delante de un testigo. Voy a demandarlo por difamación. Lo obligaré a que pruebe alguna de esas absurdas acusaciones que ha hecho, joven Y cuando ya lo haya conseguido, le demostraré para lo que usted sirve.

—Bueno, si usted ha de hablarnos —dijo Berta— de esa manera, insignificante y putrefacto hijo de perra, también nosotros le vamos a enseñar algo sobre el arte de luchar que jamás vio hasta ahora. Y precisamente yo creo…

Sonaron unos golpes de nudillos en la puerta.

Todos guardamos silencio.

Bicknell me dijo en tono significativo:

—No quiero que nadie nos interrumpa ahora. Quizá a fin de cuentas todos nosotros perdimos los estribos; tal vez, si nos serenamos, podremos conseguir una base clara de entendimiento

y…

Volvieron a sonar los golpes de nudillos, esta vez en forma más perentoria.

Me dirigí a la puerta y la abrí. El sargento Hulamoki estaba de pie en el pasillo, inclinándose y sonriendo.

—¿Me permiten ustedes entrar? —preguntó.

—No —gritó Bicknell.

—No —chilló Bertha.

Yo me puse a un lado de la puerta. El sargento Hulamoki entró y dijo:

—Muchísimas gracias.

Yo cerré la puerta.

El sargento Hulamoki dijo:

—Usted estaba hablando sobre pruebas, señor Bicknell. Y esta discusión era muy, muy interesante. Así, pues, pensé que quizá yo pudiese contribuir con alguna cosa a ella y ésa es la razón por la cual decidí venir aquí por unos momentos.

—¿Quiere decir que estuvo usted oyendo nuestra discusión? —preguntó Bertha.

—¡Oh, ciertamente! —dijo el sargento Hulamoki—. Tenemos una instalación secreta de micrófonos, ¿sabe usted? Por lo tanto, estábamos oyendo la conversación desde el cuarto contiguo.

—¿Y esta conversación fue registrada en cinta? —preguntó Bertha.

—¡Oh, desde luego! Fue registrada y oída por testigos. Pero no se preocupe, señora Cool; todo esto no es más que una cuestión de formulismo policíaco.

—Muy bien —dijo Bicknell—. Esto me proporciona los testigos que necesitaba para una magnífica demanda contra Donald Lam por difamación y calumnia.

El sargento Hulamoki dijo:

—Y, hablando de pruebas, señor Lam, usted sacó algunas conclusiones muy interesantes y hasta podría llamarlas deducciones.

—Llámelas usted sospechas —replicó Bicknell.

—Pues ahora probablemente estamos en condiciones de suministrar las pruebas.

—¿Sí? —pregunté.

—Se trata del revólver que estaba en el depósito de agua del cuarto de baño —dijo el sargento Hulamoki—. Ese revólver es el arma del crimen y ya no hay duda de quién lo puso allí ni tampoco la hay respecto al momento en que fue puesto allí.

Bicknell empezó a decir algo, pero luego cambió de idea.

—Desde luego, se hizo evidente —dijo el sargento Hulamoki— que si alguien había tomado ventaja de una extraña combinación de circunstancias para matar a un chantajista; proyectó echar la culpa del crimen a la señora Woodford y que de alguna manera el revólver sería colocado subrepticiamente en su casa. Yo creo que usted tenía esa idea en la mente, señor Lam, cuando insistió en sugerir que las personas que estaban realizando el registro en aquella casa hiciesen una buena tarea.

Yo asentí con la cabeza.

—Bien. Desde luego, yo también tenía esa misma idea —dijo el sargento Hulamoki.

Bicknell replicó, sarcástico:

—Entonces, ¿por qué ustedes, tontos micos, no fueron a mirar en el depósito de agua del cuarto de baño cuando hicieron el primer registro? Eso lo hubiera simplificado todo.

—Pero, claro está —dijo el sargento Hulamoki—, ésa es una sencilla cuestión de formulismo policiaco. Así lo hicimos, en efecto.

—¿Lo lucieron ustedes? —preguntó Bicknell, con la mandíbula caída.

—Pues claro —contestó el sargento Hulamoki—. ¡Santo cielo! ¿Cree usted que seríamos capaces detener en nuestra policía de Honolulú a un hombre encargado con la responsabilidad de investigar un crimen de esta importancia que omitiera ir a examinar un sitio tan notorio para ocultar algo?

—¿Notorio? —preguntó Bicknell.

—Pues claro —dijo el sargento Hulamoki en tono amable—. Quizá no para usted, señor Bicknell. El aficionado que entra en un cuarto de baño buscando apresuradamente algún lugar donde poder ocultar algo acusador, observará la estancia, encontrará el depósito de agua del retrete y llegará a la conclusión de que descubrió el sitio ideal para ocultarlo, considerándolo como un rayo de genialidad. Pero, ¿sabe usted, señor Bicknell?, nosotros somos profesionales. Nos encontramos con cosas como ésa todos los días.

Para usted quizá sea sólo una cosa que le ha ocurrido por primera vez en la vida. Dudo si usted jamás, antes de ahora, tuvo algún objeto que precisaba ocultar apresuradamente en algún cuarto donde los lugares apropiados para ello, por la especial naturaleza de aquél, fuesen limitados. Así, pues, el depósito de agua del retrete le produjo a *usted* la impresión de ser el lugar ideal. Pero nuestros hombres tienen que vérselas con problemas como ése muchas veces al año y puedo asegurarle que no es usted la primera persona que llegó a la conclusión de que el depósito de agua era un sitio ideal para ocultar algo. Un sitio donde a la policía jamás se le ocurriría mirar.

»Desde luego —prosiguió el sargento Hulamoki—, nosotros tenemos la certidumbre de que cualquier prueba que tuviese que ser colocada subrepticiamente lo sería en el cuarto de baño, a menos que Mitsui, la sirvienta japonesa, fuese la que hubiera de colocar allí ese objeto, en cuyo caso más bien hubiera sido colocado en la cocina. Ella hubiera pensado, por ejemplo, en la caja de la harina o que el recipiente del azúcar sería el sitio ideal.

»Se sorprendería usted si supiera cuántas, cuantísimas veces, las sirvientas y cocineros creen que pueden poner cosas dentro de los recipientes, de harina o de azúcar y hasta a veces del café. Tienen la sensación de que es una idea llena de inspiración escoger esos sitios para ocultar algo. Así, claro, cuando tenemos que practicar registros en cocinas, buscamos allí casi desde el primer momento, lo mismo que invariablemente examinamos los depósitos de agua cuando registramos en un cuarto de baño.

»Y ahora, en su caso, señor Bicknell, usted fue a visitar a Miriam Woodford con la señora Cool. Usted deseaba asegurar a Miriam que iba a apoyarla a toda costa, que contrataría abogados que, cuidarían de los intereses de ella y que suministraría todo el dinero que fuese necesario para protegerla y todo lo demás.

»La ventaja de eso, por lo que a usted afectaba, era que lo dejaba completamente a cargo de la defensa de ella. Y siendo también la persona que iba a pagar su abogado, usted estaría en situación de planear la estrategia de la defensa. Desde luego, esto daría a usted una excelente oportunidad para buscar el medio de que ella fuese declarada culpable del asesinato mientras al propio tiempo usted aparentaba tratar de salvarla.

—¡Oh, sí! —replicó Bicknell, sarcástico—. ¿Y quizá también quiere usted decirnos por qué había de pasar yo por todos esos problemas para traicionar a la mujer que admiro tanto?

—¡Oh, ciertamente! —dijo el sargento Hulamoki—. Usted sabía que Ezra Woodford había pedido a su esposa que le adquiriese arsénico. Y así, muy oportunamente, usted envenenó con arsénico a Ezra. Sin duda alguna, un examen de los libros de su sociedad descubriría la causa de ello. Y aquel chantajista, Bastion, era muy agudo. Pero consiguió pruebas equivocadas. Estaba tratando de sacar dinero de Mira cuando en realidad usted era el verdadero culpable. Sidney Selma, el cerebro director de la banda de chantajistas, vino aquí para ajustar cuentas con Bastion. Usted supo que él venía y entonces gestionó pasaje para el mismo viaje; y se trajo detectives para proteger a Miriam. Fue muy listo, pero no lo bastante.

El sargento Hulamoki se inclinó hacia Bicknell sonriendo.

—¿Acaso sabe usted lo que está diciendo? —gritó Bicknell.

El sargento Hulamoki lo miró con aire sorprendido y dijo:

—Desde luego que sé lo que estoy diciendo. No estoy sólo formulando las palabras en mi cerebro, sino que también puedo oírlas con mis propios oídos. Claro que sí, ciertamente.

—Usted está haciendo una acusación directa —dijo Bicknell.

—¡Claro que la estoy haciendo! —respondió el sargento Hulamoki.

Hubo un momento de silencio.

El sargento Hulamoki prosiguió:

—Confío en que no se me esté interpretando mal. Señor Bicknell, usted tuvo una excelente oportunidad para ir al cuarto de baño, y éste fue probablemente el único cuarto en el que usted pudo haber entrado y donde pudiera estar solo sin que nadie lo observase y donde nada hubiera parecido particularmente extraño. Así pues, siendo un viejo amigo de la casa, usted penetró con toda naturalidad en el cuarto de baño. Permaneció usted allí durante varios minutos, con la puerta cerrada y probablemente echada la llave. Tenía usted el revólver en sus manos y estaba tratando de encontrar sitio para ocultarlo. Usted sabía que precisaba encontrar algún sitio así en aquel cuarto de baño.

»La única cosa que usted no sabía era que el señor Lam había

solicitado a los policías que hicieron el primer registro que realizasen éste a fondo, de forma, que no pudiese ser colocada después allí, subrepticiamente, un arma; y, desde luego, usted no se dio cuenta de que yo también había dado a mis hombres exactamente esas mismas órdenes.

»Y así ocurrió, señor Bicknell, que cuando usted penetró en el cuarto de baño estaba usted metiéndose en una trampa preparada de antemano. Le aseguro a usted que cada pulgada de ese cuarto de baño había sido registrada. Y no sólo registramos todo en el cuarto de baño, sino que tuvimos el cuidado de examinar los mosaicos, para asegurarnos de que no había ninguna loseta desprendida, debajo de la cual pudiese ocultarse alguna cosa. Y conforme resulta, señor Bicknell, usted fue la única persona que entró en el cuarto de baño durante la visita que hizo con la señora Cool a la casa de la señora Woodford.

»Así, pues, más tarde, cuando yo entré en el cuarto de baño, que fue el lugar donde comencé primero a registrar, me dirigí casi inmediatamente al depósito de agua del retrete y, en efecto, allí estaba el revólver. Puedo revelar ahora, señor Bicknell, que las pruebas efectuadas por los técnicos demuestran absolutamente que ésa fue el arma del crimen.

—Usted no puede fraguar —dijo Bicknell— una cosa como ésta contra mí. Lucharé contra todo esto hasta el fin. Dispongo de dinero para gastar en abogados y voy a procurarme los mejores.

El sargento Hulamoki sonrió ampliamente.

—¡Oh, estoy encantado de oírle a usted eso, señor Bicknell! Encantado. Me temía que usted fuese a perder el tino y a limitarse a confesarse culpable y entregarse a la gracia del tribunal. Pero de esta manera será mejor, muchísimo mejor.

—¿Por qué? —preguntó Bertha Cool.

El sargento Hulamoki la miró sorprendido, como si pensase que ella debiera haber adivinado la respuesta sin haber formulado la pregunta.

Pero exclamó cortésmente:

—Sepa usted, señora Cool, que nosotros dependemos de los contribuyentes para nuestros salarios, nuestros gastos y todo nuestro sostenimiento, y como es natural, nos gusta que los contribuyentes se enteren de lo que hacemos para protegerlos.

»Son tantas las veces que nos encontramos con un caso en el que se ha realizado un estupendo trabajo detectivesco y luego resulta que el delincuente se confiesa inmediatamente culpable y se entrega a la gracia del tribunal. Y entonces los contribuyentes no tienen manera de saber lo que nosotros hemos realizado.

»Por otra parte, cuando hay quizá un punto débil en nuestra prueba, resulta que el delincuente se presenta ante un tribunal con un montón de abogados y pone a la policía en una situación poco menos que infalible.

»La gente tiene la costumbre de no considerar que la policía no *hace* las pruebas. La policía solamente trata de *reunir* las pruebas, y cuando algún abogado listo insiste en machacar contra el Departamento de Policía diciendo al jurado: "¿Por qué no presenta de una vez la prueba? ¿Por qué no consiguieron esa prueba? ¿Por qué no hicieron esto y aquello?". Entonces con harta frecuencia los jurados comienzan a asentir con movimientos de cabeza, de acuerdo con el curial, y lo primero que vemos es que el delincuente es absuelto y todas las censuras van a caer sobre la policía. Pero ahora, en este caso, las cosas son completamente al contrario. Tenemos un caso tan estupendo para acusar, que incluso los mejores abogados podrían…

—¡Oh, acabe con esa charlatanería! —le interrumpió, indignado, Bícknell—. Yo soy un hombre de negocios. Por lo tanto, sé algo sobre lo que debe y lo que no debe hacerse. Usted está arrojando bravatas. Supongamos que yo fui al cuarto de baño. La única forma en que usted podría probar que yo puse allí el revólver sería habiéndome seguido allí dentro y recogido inmediatamente el arma. Pero tal como usted dice que ocurrió, son demasiadas las personas que tuvieron oportunidad de entrar allí. Pudo ser Miriam, pudo ser Norma, también estaba allí este minúsculo detective y estaba…

—¡Oh, claro que sí! —dijo el sargento Hulamoki haciéndole esta concesión en seguida—. Tiene usted toda la razón, señor Bicknell. Eso ni siquiera se presta a discusión.

—¿Y entonces? —dijo Bicknell.

—Pero —continuó el sargento Hulamoki— usted tuvo la oportunidad de hacerlo. Desde luego, tiene usted que admitirlo así.

—La tuve yo y otras varias personas.

—Pues claro, señor Bicknell. ¿Cree usted acaso que somos unos

niños?

—En ese caso no tiene usted una acusación perfecta, como pretende —replicó Bicknell—. Mi abogado va a convertirlo a usted en un mono ridículo cuando comparezca en el estrado de los testigos.

—Sí, pero como va usted a explicar el hecho de que cuando nosotros comprobamos los números de este revólver y averiguamos en relación con la compra de esta arma y su propietario y descubrimos que…

—Ustedes no pueden confirmar nada acerca de que ese revólver me pertenezca —le interrumpió Bicknell—. Le prometo a usted una cosa: demostrarle que ese revólver no fue adquirido por mí.

—Claro que no, desde luego —dijo el sargento Hulamoki—. Usted no hubiera sido tan estúpido como eso. Ese revólver fue vendido hace unos quince años a un hombre que, desgraciadamente, ya no puede declarar. Ha muerto.

—Muy bien. Así es —dijo Bicknell.

—Pero —continuó el sargento Hulamoki— la policía de Denver es rigurosamente meticulosa en cuanto a las personas que poseen armas. Cualquier ciudadano honorable tiene permiso para llevar un arma si existe alguna razón especial para ello. Pero la policía gusta de poseer informes de eso en sus archivos, y así resulta que hace diez años usted presentó una instancia solicitando permiso para tenencia de armas y la instancia fue inmediatamente aprobada por la policía. En esta ocasión, sin embargo, usted informó acerca de la marca y número del arma que deseaba utilizar.

El rostro de Bicknell mostró un súbito y completo desaliento.

—Y —siguió diciendo el sargento Hulamoki—, el número de esa arma era exactamente el mismo de ésta que fue encontrada en el depósito de agua del retrete, el arma que mató a
Jerome C
. Bastion.

»Sabe usted, señor Bicknell, la policía necesita trabajar rápidamente en ciertas cuestiones y procurar abarcar el máximo de espacio en el mínimo de tiempo. Aquí, en estas islas, nos encontramos, lógicamente, un tanto aislados; por lo cual utilizamos muchísimo el teléfono, lo que hace aumentar considerablemente los gastos de sostenimiento del Departamento de Policía. Así, pues, va a

resultar muy ventajoso para nosotros tener una oportunidad de demostrar a los contribuyentes que esos gastos son justificados.

»Y ahora debo decirle, señor Bicknell, que me desagrada molestarlo; bien sé que se encuentra usted afectado de artritis. Temo que las esposas en sus muñecas podrían quizá constituir un elemento de crueldad que nosotros no quisiéramos emplear. Y, claro está, hay también la humillación de tener que cruzar el vestíbulo detenido.

»Desde luego, usted tendrá que abandonar su cuarto del hotel, porque desgraciadamente, señor Bicknell, Honololú está en la actualidad muy lleno de visitantes. Hay una larga lista de pedidos de habitaciones en este hotel, y el hotel se manifiesta un tanto terco sobre estas cuestiones. Por lo tanto, le proporcionaré a usted dos detectives para que lo ayuden a preparar su equipaje.

»Hay muchísima gente, ¿sabe usted?, que desearía mudarse a las habitaciones que ahora tiene usted, pero en el lugar donde usted va a dar por terminada su visita a Honolulú y no existen muchas personas que deseen permanecer allí. Perdóneme usted una pequeña broma, señor Bicknell, porque el bromear algunas veces alivia la tensión de la situación.

»Ahora yo lo ayudaré a ponerse en pie. Sírvase tomar su bastón, pero recuerde, por favor, que éste debe utilizarlo solamente para auxiliarse para caminar y no como un arma. Cualquier intento de usted de recurrir a la violencia sería en extremo desafortunado, en particular para un hombre en la situación de usted. Y ahora, si está usted listo…

El sargento Hulamoki se acercó a Bicknell, le puso la mano sobre un brazo, le ayudó a levantarse de la butaca, le dio su bastón, nos hizo una inclinación despidiéndose y dijo:

—Me perdonarán ustedes mi intrusión, pero cuando oímos que la conversación de ustedes tomaba aquel giro, pensamos que quizá era tiempo de que interviniéramos. Existía la posibilidad de que las voces de ustedes saltasen hasta el escándalo, y desde luego, hay que considerar en ese aspecto que el Hotel Royal es de la más alta clase y seriedad; no le hubiera agradado que se produjese en estas habitaciones una disputa que pudiera oírse fuera de ellas. Y en cuanto al reloj despertador que usted compró, señor Lam, está usted en libertad de quedarse con él; pero en lo que respecta a la caja en

que colocó ciertos artículos, la cual usted mandó por correo a la señorita Elsie Brand, dirigida a la oficina de usted en la metrópoli, desde luego nosotros estamos muy interesados en ella. He cablegrafiado a la policía de la metrópoli para que, cuando esa caja sea entregada mañana, un agente de policía y un inspector postal acompañen al cartero que vaya a hacer la entrega. Y, desde luego, esperamos que la señorita Brand cooperará con ellos.

—Sí, lo hará —confirmé yo—; pero por nuestra parte, esperamos que usted también coopere.

—¿En qué forma?

—Sólo Dios sabe la gran cantidad de material de chantaje que hay impreso en ese microfilm —dije yo—, y nosotros quisiéramos tener a nuestros clientes protegidos contra eso.

—¿Sus clientes? ¡Oh, usted se refiere a la señora Woodford y a la señorita Radcliff! Por el momento, había pasado por alto la situación en ese aspecto, señor Lam. Pero comprendo que un hombre tan astuto como usted difícilmente hubiera acusado a su improvisado patrono de asesinato sin haber realizado antes algunos arreglos financieros razonables con las dos mujeres que, naturalmente, se beneficiarán de tal acción.

»Desde luego, desde luego, señor Lam, usted nos encontrará dispuestos a cooperar al máximo en esas cuestiones. Detestamos el chantaje tanto como pueda detestarlo usted. Y creo que puede usted confiar en nuestra discreción.

»Y hablando de otro asunto, señora Cool, la comisión que fue usted a realizar a bordo del barco transporte de guerra, me refiero a su intento de conseguir fotografías de Miriam Woodford hechas en la playa, de eso ya hay quien está encargado.

»Fue un rasgo de inteligencia por parte de usted, señor Lam, pensar en eso. Pero nuestros hombres se pusieron a trabajar en ello inmediatamente. Y como resultado, ya tenemos en nuestro poder varias fotografías que muestran a la señora Woodford en la playa… ¡Qué encantadora figura tiene esa muchacha!

»Dos de esas fotografías la presentan teniendo como fondo el Club de Canoas, y usted recordará, señor Lam, que ese club tiene un gran reloj instalado en la torre frente al océano, para que los nadadores puedan ver la hora desde el agua.

»Estas fotografías establecen por completo la inocencia de la

señora Woodford. Pues demuestran que ella se encontraba en la playa en el momento en que fue cometido el crimen.

»Y ahora, señor Bicknell, si hace usted el favor de venir conmigo… Puedo asegurarle que al cruzar el vestíbulo y acudir a la administración para pagar su cuenta al abandonar el hotel, nosotros haremos de forma que parezca que es usted nuestro huésped de honor, un prominente y rico turista al que suministramos escolta policíaca para realizar una excursión de placer por la isla y visitar sus lugares interesantes.

»Muchas gracias a usted, señora Cool, y también a usted, señor Lam. De hecho, señor Lam, agradecemos enormemente su cooperación en este asunto. Señora Cool, me temo que ha sido usted culpable de una indiscreción, respecto a la cual nuestro jefe deseará hablar con usted; pero eso puede esperar hasta mañana o quizá pasado. El jefe está por el momento muy ocupado.

»A nosotros no nos gusta crear problemas a los visitantes que nos llegan de la metrópoli, particularmente cuando sus esfuerzos conducen al final a beneficiosos resultados. Pero en los próximos días, señora Cool, en un momento que más le convenga a usted, el jefe tiene que hacerle algunas preguntas respecto a haberse llevado pruebas del lugar de un crimen.

»Y aún hay otra cuestión. El chantajista Selma, que usted se mostró tan ansioso de señalar a nuestra atención, señor Lam, ya hay quien se ha cuidado de él. Por un momento pensamos que él pudiera haber cometido el asesinato, pero ahora parece ser que no. Quizá se le ocurrió la idea de hacerlo, mas se sentía desesperado ante la posibilidad de perder las pruebas que Bastion tenía en su poder. Con centenares de miles de dólares en juego, ¿quién puede criticárselo? Nos hemos encargado de, él muy suavemente, señor Lam. Por una de esas coincidencias del destino, Selma pasará la noche en una celda contigua a la que ocupará el señor Bicknell.

»Pero estoy entreteniéndolos. Sin duda, ustedes tienen negocios que discutir. Así, pues, acompañará al señor Bicknell a su nuevo alojamiento. Y ahora, buenas noches a ustedes dos.

El sargento Hulamoki condujo a Bicknell a través del pasillo del departamento. Al otro lado de la puerta había dos hombres esperando.

La puerta se cerró suavemente.

—¡Que me frían como una trucha! —exclamó Bertha—. ¡Que me espolvoreen después en harina y me frían con mucha grasa como una trucha!

Pero yo puse un dedo sobre mis labios, recordándole que en aquel cuarto había instalados micrófonos secretos.

capítulo veintiuno

BERTHA me siguió escaleras abajo, y después fuera a la terraza, y luego hasta la playa, donde las palmeras se inclinaban sobre el agua y las frondas dibujaban su silueta contra el cielo nocturno. La arena de coral brillaba blanca como la plata. Las ondas suaves y calientes de la playa de Waikiki se deslizaban unos veinte metros dentro de la playa, se detenían y luego volvían a avanzar en suaves rizos.

—Por la forma en que estos policías hacen las cosas —dijo Bertha—, me siento llena de temores. Voy a registrarme el cuerpo, para comprobar que no han instalado un micrófono secreto en mi sostén.

—Quizá no sería una mala idea ésa —le contesté.

—Y ese jefe de policía tan suave… —continuó ella—. Si él cree que yo voy a acudir allí para que me sometan al tormento de un interrogatorio de tercer grado, está loco.

—No está loco.

—¿Qué quieres decir?

—Que él no espera que te presentes allí.

—Sin embargo, me envió un recado para que me presentase.

—Sí, pero en estos momentos se encuentra en extremo ocupado —contesté yo—. Si tú le mostrases tus credenciales y le explicases que se trata de un asunto de extrema urgencia, estoy completamente seguro de que podrías tomar un avión y marcharte de aquí antes de que el jefe terminase de estar tan ocupado.

Bertha me observó detenidamente y dijo:

—Eres el cerebro número uno. ¿Suponer que eso fue lo que el sargento quiso decir?

—No me sorprendería que lo fuese —contesté—. Entraste en la casa del crimen, descubriste allí pruebas, las hiciste desaparecer. Eso es una falta de ética profesional. Nos hubieran podido poner en

una situación comprometida a causa de eso y plantearnos acusaciones, allá en California, y las cosas hubieran podido ponerse entonces bastante serias.

—Yo solamente estaba tratando de proteger a un cliente contra un chantajista —alegó Bertha.

—Exactamente —contesté—. Y ésa es la razón por la cual el jefe de policía te hizo saber que si continuabas mucho tiempo aquí tendría que apretarte las clavijas, pero que iba a estar en extremo ocupado para hablar contigo durante algunos días; y si no estás aquí cuando él pueda hablarte, estoy seguro de que en seguida volverá a estar muy ocupado y no tendrá tiempo para transmitir una acusación a la metrópoli.

—¡Que me frían como una trucha! —dijo Bertha—. Creo que tienes razón.

Yo guardé silencio.

—Donald —dijo ella—, creo que hay un avión que sale de aquí por la mañana, y Bertha va a ver ahora lo que puede hacer para conseguir billete. Bertha está terriblemente ocupada estos días y, además, es preciso que haya alguien en nuestra oficina, allá en la metrópoli. Donald, vas a ser tú quien tendrá que dar las noticias a la joven Woodford.

—Muy bien; así lo haré.

Bertha me miró, suspicaz, y dijo:

—Y recuerda, enamorado, que nosotros realizamos negocios por dinero. Así, pues, no dejes que ella te pague con gratitud y pintura de labios.

—Pero ya fuimos pagados por Bicknell.

—No, recibimos un anticipo de Bicknell —contestó Bertha.

—Pues se presenta una situación interesante —dije yo.

—¿Cuál?

—Que conforme a las leyes de la mayor parte de los Estados, una persona no puede heredar nada de la fortuna de la persona a quien ha asesinado él mismo.

—¿Quieres decir que si Bicknell queda convicto de haber sido él quien mató a Ezra Woodford no podrá quedarse con el dinero que le legó aquél, a pesar de establecerlo así el testamento?

—Así es.

—Y entonces, ¿qué ocurriría con ese dinero?

—Que iría a formar parte completa de su herencia.

—¿Quieres decir que pasaría a su viuda?

—Sí, pasaría a su viuda.

—Donald, sal disparado para allá —dijo Bertha—. Procede con diplomacia con ella. Procura llegar a un acuerdo con Mira, proteger sus intereses y… ¡Dios santo!, ¿qué estás haciendo todavía aquí? ¡Lárgate a ver a esa muchacha! Le gustas mucho a ella; trata de cortejarla. Déjala que te acaricie y pongámonos en marcha en este asunto.

—Bueno, si insistes en eso… —contesté yo.

—Sí, insisto —me chilló Bertha—. Con pozos de petróleo, minas de oro y rentas de propiedades, ella es… ¡Y tú estarás dispuesto a ir a verla, si yo insisto! ¡Oh Dios mío! ¡Que me hagan puré como si fuera una patata y me aderecen con maldito perejil! Donald, vete allá inmediatamente.

Dejé a Bertha y fui a casa de Miriam.

La muchacha estaba sentada en su cama, escuchando la radio. Tenía puesta una bata.

—¡Hola, Donald! —me dijo.

—Me sorprende que te encuentres en casa.

—Esperaba que vendrías —me contestó—. Entra.

La seguí a la sala de estar. Las luces estaban semiextinguidas. Mira se sentó en el sofá.

—¿Dónde está Norma? —pregunté.

—Salió acompañada de su coartada.

—¿Con Geary?

—Así es.

—¿Y hasta qué punto es buena esa coartada, Mira?

La muchacha consultó su reloj de pulsera y dijo:

—Debe ser muy buena ya a estas horas. Y a medianoche ya será una coartada fundida en acero y ribeteada de cobre. Y a la una de la madrugada, tú no podrías deshacerla ni con una tonelada de dinamita.

—¡Estupendo! —contesté yo, y fui a sentarme en una butaca.

Mira hizo una pequeña mueca y dijo:

—Siéntate aquí, en el sofá, Donald; es más blando y más íntimo.

—Tengo que decirte algunas cosas, primero. Cosas de negocios.

—Eso puede esperar.

Entonces fui a sentarme en el sofá, al lado de ella.

Saqué de mi bolsillo las dos llaves que había recogido en casa de Mitsui y dije:

—Creo que una de éstas es la llave de este departamento.

—¡Caramba —exclamó ella—, qué inteligente eres!

Y luego, con una pequeña risita, deslizó un brazo desnudo por detrás de mi cuello y me atrajo hacia ella.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.